

F. Donald Logan

LOS VIKINGOS EN LA HISTORIA



BREVIARIOS

BREVIARIOS
del
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

414

Traducción
CLARA HUARTE

Traducción del prefacio
y revisión de la nueva edición
DENNIS PEÑA

F. Donald Logan

Los vikingos en la historia



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 1983
Primera edición en español, 1985
Tercera edición en inglés, 2005
Segunda edición en español, de la tercera en inglés, 2014
Primera edición electrónica, 2014

Diseño de forro: Paola Álvarez Baldit

Título original: *The Vikings in History*
© 2005, F. Donald Logan
Traducción de la edición en inglés autorizada por Routledge,
miembro de Taylor & Francis Group

D. R. © 2014, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-2895-4 (mobi)

Hecho en México - *Made in Mexico*

ÍNDICE

Lista de mapas, figuras y cuadros

Agradecimientos

Prefacio a la primera edición

Prefacio a la segunda edición

Prefacio a la tercera edición

I. Preludio de las invasiones vikingas

Escandinavia

La explosión nórdica

Lecturas selectas adicionales

II. Las primeras incursiones en las Islas Británicas y sus consecuencias

Inglaterra

Escocia y las islas

Irlanda

Lecturas selectas adicionales

III. A través del Atlántico Norte

Las islas Feroe

Islandia

Groenlandia

Lecturas selectas adicionales

IV. Los vikingos y el Nuevo Mundo

Primeros descubrimientos

Las exploraciones vikingas

Localización de Vinlandia

El mapa de Vinlandia: ¿un gran fraude?

Lecturas selectas adicionales

V. Los daneses en el sur

Las primeras décadas de ataques

Defensa

Iberia y el Mediterráneo

Los grandes ataques (879-892)

Los asentamientos: Normandía y otros sitios

Lecturas selectas adicionales

VI. *Los daneses en Inglaterra*

La primera oleada vikinga (835-954)

El reino vikingo de York

El proceso de asentamiento

La segunda oleada vikinga (980-1035)

Lecturas selectas adicionales

VII. *Los suecos y el oriente*

La primera llegada de los vikingos

Los rus y Bizancio

Los rus y el islam

Del escandinavo al eslavo

Lecturas selectas adicionales

Epílogo

Índice analítico

LISTA DE MAPAS, FIGURAS Y CUADROS

MAPAS

- I. Las expediciones vikingas
 - I.1. La Escandinavia del periodo vikingo
- II. Primeros ataques vikingos a las Islas Británicas
 - II.2. Irlanda en el periodo vikingo
 - II.3. Excavaciones del Dublín vikingo y medieval
- III. Islandia y las islas Feroe en el periodo vikingo
 - III.2. La Groenlandia vikinga y el Poblado del Este
- IV. Los vikingos y el Nuevo Mundo
 - IV.2. Sitio excavado en L'Anse aux Meadows, Terranova
- V. Los vikingos daneses en la Europa Occidental
 - V.2. Los grandes ataques (879-892)
- VI. Primeros ataques vikingos a Inglaterra (835-865)
 - VI.2. Inglaterra en la época del rey Alfredo
 - VI.3. Caminos romanos usados por los vikingos
 - VI.4. Defensas del Burghal Hidage para el reino de Wessex (ca900)
 - VI.5. Fortificaciones de Eduardo el Viejo y de Ethelfled (907-923)
 - VI.6. York en el periodo vikingo
 - VI.7. La colonización escandinava
 - VI.8. Extensión de los ataques lanzados por el ejército de Thorkell el Alto (1009-1011)
- VII. Las colinas de Valdai y los sistemas fluviales
 - VII.2. La Rusia vikinga
 - VII.3. Constantinopla y alrededores

FIGURAS

- I.1. Excavación del barco Oseberg en 1904, Oseberg, Tønsberg, Vestfold
- II.1. Piezas del ajedrez de la isla de Lewis
- IV.1. Sitio arqueológico vikingo en L'Anse aux Meadows, Terranova, Canadá

- iv.2. El mapa de Vinlandia: el gran fraude
- vi.1. El tesoro de Cuerdale
- vi.2. La piedra rúnica de Jelling
- vi.3. Fortaleza vikinga, Fyrkat, Dinamarca
- vii.1. Espada de juguete de la era vikinga, Ladoga, Rusia

CUADROS

- v.1. Danegelds generales pagados en los siglos IX y X
- vi.1. Incursiones vikingas tempranas en Inglaterra
- vi.2. Los reyes vikingos de York
- vi.3. Danegelds pagados por los ingleses

AGRADECIMIENTOS

El autor y la editorial agradecen a los titulares por su amable permiso para reproducir el siguiente material.

Excavation of the Oseberg Ship © Museum of Cultural History-University of Oslo Norway / O. Væring.

The Lewis Chess Pieces © The Trustees of the British Museum.

L'Anse aux Meadows NHS of Canada © Parks Canada-1975.

The Vinland Map por cortesía de la Beinecke Rare Book and Manuscript Library, Yale University.

The Cuerdale Hoard © The Trustees of the British Museum.

Jelling Runestone © Carmen Redondo / CORBIS.

Viking fortress © Ted Spiegel / CORBIS.

Viking Age toy sword © The State Hermitage Museum, St. Petersburg.

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

Quisiera explicar al lector el porqué de la intromisión de un especialista de la Edad Media tardía en los lugares sagrados de la historia medieval temprana.

Muy pocas épocas ofrecen al historiador un interés tan genuino como el periodo vikingo en Europa. Provenientes de Escandinavia, territorio hasta entonces vagamente conocido y poco considerado, llegaron hordas nórdicas y penetraron en la conciencia de Europa Occidental. Se trata de un periodo que invita al profesional que posea diversos intereses de investigación a indagar sus líneas generales de desarrollo, a buscar los resultados recientes de la erudición especializada y a identificar los problemas históricos que se plantean y que aún no han sido resueltos. La historia que aquí se narra es una historia digna de ser relatada y se enfoca en las expediciones de los vikingos, sus viajes a través de los mares, los sistemas fluviales e incluso en tierra firme: los vikingos fuera de Escandinavia. Su contacto con el mundo exterior durante el periodo que abarca aproximadamente del año 800 a 1050 confirió una dimensión europea —quizá, en opinión de algunos, incluso una dimensión mundial— a su historia y dio nacimiento a la era vikinga. Es mi mayor anhelo que este periodo pueda beneficiarse con el enfoque fresco de un intruso.

Para librar algunos escollos peligrosos y obstáculos ocultos, este intruso ha contado con la ayuda de excelentes amigos y fieles guías. Entre éstos destaca la doctora Janet Nelson, quien leyó el texto por entero; me proporcionó el beneficio de un extenso conocimiento sobre el periodo y un agudo juicio histórico, y me dio el aliento necesario para perseverar. Esta deuda sólo ha sido parcialmente saldada al producir un texto en gran medida mejorado. El profesor Henry R. Loyn leyó dos veces el manuscrito para la editora, y sus perspicaces comentarios y su entusiasmo por el proyecto son muy apreciados. La doctora Marlyn Lewis, el señor A. F. O'Brien y el doctor David Smith tuvieron la generosidad de leer algunas partes de este trabajo.

El doctor Bruce J. Bourque, del Maine State Museum de Augusta, Maine, proporcionó la información sobre la moneda Goddard. Las numerosas peticiones de informes al personal de la Emmanuel College Library fueron respondidas con información precisa, con prontitud y de manera entusiasta, en particular por Cynthia J. Whealler y Judit K. Narosny. La impropiedad del estilo persiste a pesar del asesoramiento de Cynthia Jobin. El profesor J. J. Scarisbrick, quien originalmente sugirió que escribiera este libro, ha mostrado entusiasmo por el proyecto en cada etapa, y la editora, Claire L'Enfant, me ha prestado toda clase de ayuda con su amable paciencia y con su gran pericia profesional. La atenta colaboración de Dorothy Walsh Fleming, ex alumna, y Pamela Johnson, alumna del Emmanuel College, ha aligerado la difícil responsabilidad que implican la corrección de pruebas y la elaboración del índice.

Los errores que subsisten —*errata et corrigenda residua*— se deben a las limitaciones personales de conocimientos y (¡ay de mí!) a imperfecciones de mi naturaleza.

F. DONALD LOGAN
Emmanuel College
Boston, Massachusetts

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Quien escribe estas líneas se alegra por la oportunidad de publicar la presente nueva edición y agradece a colegas his- toriadores y demás personas por las correcciones y sugerencias realizadas tanto por comunicación personal como mediante reseñas a la primera edición de este libro. Aquí he incorpo- rado los cambios pertinentes, así como aquellos exigidos por los avances de la erudición. Sin contar más idiomas que el inglés, la bibliografía crece a un ritmo increíble; así pues, en las sugerencias de lectura hago un intento por indicar nuevos títulos importantes.

F. DONALD LOGAN

PREFACIO A LA TERCERA EDICIÓN

Cuando este libro vio la luz por primera vez, en 1983, el tema de los vikingos era uno de tantos en la historia medieval, y generaba apenas un vago interés. Eran comunes los estereotipos populares de feroces guerreros que portaban cascos con cuernos, blandían sus espadas y quemaban todo a su paso, que saqueaban y violaban. Así también, por lo general las películas de Hollywood sobre el tema se consideraban comedia. La erudición seria, que data del siglo XIX, gozaba sólo de un pequeño pero respetado lugar en el plano más grande de los estudios medievales.

En los últimos años un torrente de literatura en todos los niveles ha producido una nueva era vikinga. Durante el año 2000 las celebraciones en América del Norte marcaron el aniversario del milenio del desembarco vikingo en L'Anse aux Meadows, Terranova: se organizaron simposios; la Smithsonian Institution preparó una exposición itinerante de objetos vikingos, y numerosos libros —por lo general en colaboración— vieron la luz. Además, recientemente, en casi cada rincón de lo que podríamos llamar el mundo vikingo se han celebrado conferencias especializadas sobre todo aspecto posible de la materia, a lo cual ha seguido la inevitable y muy benéfica publicación de sus memorias.

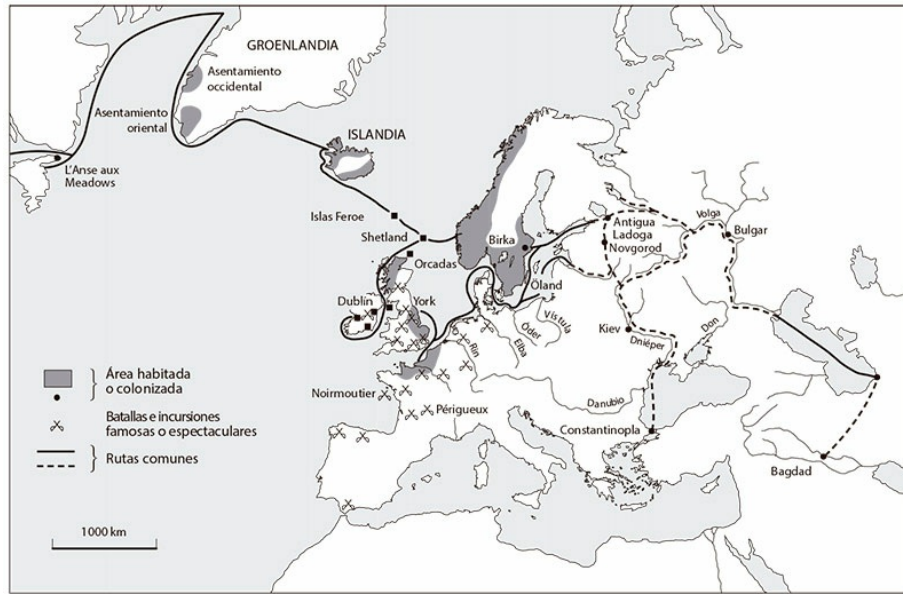
Las excavaciones arqueológicas de lugares que van desde el Nuevo Mundo hasta la antigua Rusia, pasando por cientos de sitios intermedios, realizadas con los refinados métodos de la investigación moderna, no sólo han desenterrado objetos de gran interés, sino que también han proporcionado una visión más profunda y más clara de la época histórica de los vikingos. Así, al mismo tiempo que esta edición llega a la imprenta, se descubren un asentamiento temprano cerca de Waterford y una tumba en Cumbria; además, estudiosos de los topónimos y lingüistas continúan aportando nuevos conocimientos sobre el periodo y el pueblo vikingo. Los historiadores están en deuda con los estudiosos de estas disciplinas, pues saben que, debido a la escasez de fuentes literarias, será gracias a ellos que aumentará nuestro conocimiento de ese pueblo. Esta nueva edición se esfuerza por aprovechar el extraordinario florecimiento de los estudios vikingos.

La presente edición se enfoca, al igual que las ediciones anteriores, en las expediciones vikingas: los vikingos fuera de Escandinavia. Según su etimología, el término *vikingo* significa “el pueblo del fiordo”, sin embargo, en fuentes contemporáneas, cuando se le utiliza hace referencia a los escandinavos que dejaron sus lugares de origen para salir a explorar. En su uso más temprano el término hacía alusión a los vikingos saqueadores; “piratas”, “merodeadores” y “ladrones” eran sinónimos apropiados. No obstante, con el paso del tiempo, *vikingo* comenzó a perder algo de su sentido peyorativo, y *pirata* y *vikingo* se convirtieron en términos cuasi respetables, como, por ejemplo, cuando al duque de Normandía a principios del siglo X se le conocía

como el *comes piratarum* (literalmente el “conde de los piratas” o “conde de los vikingos”) sin intención alguna de irreverencia. Para estar seguros, los historiadores modernos por convención aceptada tienden a usar la palabra *vikingo* —de vez en cuando con *v* minúscula— para referirse a todos los escandinavos que vivieron durante la época que por lo general abarca de *ca.* 800 a *ca.* 1050 (1066 en Inglaterra). No podemos rebatir esta construcción moderna, pero es necesario mencionar que los pueblos que habitaban sus lugares de origen no se consideraban “vikingos”, sino que se identificaban de manera regional, o, a lo sumo, “nacional”: tal vez daneses, suecos y nórdicos, pero no vikingos. Esta obra se ocupa de los escandinavos que abandonaron las islas y fiordos de sus penínsulas del norte y viajaron al oeste de las Islas Británicas, a Islandia, Groenlandia y América del Norte, al sur de Francia y los Países Bajos, así como al este, hacia las profundidades de Rusia.

Una obra como la que usted sostiene en sus manos depende de la erudición de otros, cientos y cientos de ellos, tanto del pasado como del presente, y la deuda apenas queda esbozada en las lecturas selectas adicionales para cada capítulo. Se trata de una cosecha muy rica que tenemos el privilegio de segar.

F. DONALD LOGAN
8 de febrero de 2005
Brookline, Massachusetts



Mapa 1. Las expediciones vikingas.

I. PRELUDIO DE LAS INVASIONES VIKINGAS

*A furore normannorum, libera nos, domine. [Libranos,
Señor, de la violencia de los hombres del norte.]*

ÉSTE bien podría tomarse como el epitafio que la opinión histórica general ha esculpido sobre la lápida sepulcral de los vikingos. Esta frase —no existe evidencia absoluta de que alguna vez haya sido añadida a las letanías monásticas— resume la actitud hostil que los historiadores de la Edad Media temprana comúnmente han adoptado ante los vikingos: este pueblo salvaje resultó ser una amenaza transitoria para el progreso de la civilización occidental. Se nos dice que pertenecen a la periferia de los acontecimientos; que están muy distantes de los siglos IX, X y principios del XI. Al igual que los magiares y los moros, los vikingos fueron irritantes, negativos y destructivos, hostiles a Francia, el centro histórico europeo de esa época. La historia tradicional se inicia, o al menos alcanza su mayor esplendor, con la coronación de Carlomagno en San Pedro en Roma la Navidad del año 800. Se nos dice de diversas formas que este hecho fue el punto central de la Edad Media temprana, que fue el primer intento de los pueblos germánicos de organizar Europa, que suministró un foco a la historia europea hasta el siglo XI y aun después. Los teorizantes de la política han considerado este hecho, sea como fuere que lo interpreten, como un hito en la lucha entre “la Iglesia y el Estado”. Además, nos dicen que las líneas principales de la historia europea se desarrollan a partir de ese acontecimiento. Carlomagno estableció un imperio o, al menos, una vasta área de Europa Occidental bajo el control franco: desde la Marca Danesa hasta la Italia central. Este llamado imperio se derrumbó bajo el gobierno de su hijo y de sus nietos. Con el Tratado de Verdún se inició, según nos relatan, su desmembramiento, y en menos de 100 años el imperio de Carlomagno, alguna vez unido, se había dividido en cientos de fragmentos, algunos pequeños, otros grandes, todos ellos unidades virtualmente independientes y autónomas. Más tarde, según la historia tradicional, los francos del este en Sajonia empezaron a reorganizarse lentamente, y Otón I tomó el título imperial en 962. Sus sucesores desarrollaron un poderoso Estado franco en el oriente; en 1049 este desarrollo alcanzó su clímax cuando Enrique III colocó a León IX, quien inició la obra de la reforma papal desde el trono papal. La promesa de Carlomagno se cumplía entonces. Así pues, según esta versión, el desarrollo de la historia europea desde principios del siglo IX hasta mediados del XI es la historia del ascenso y caída del Imperio carolingio y el ascenso de sus sucesores germanos. ¿Quién puede poner en duda esto?

Deben surgir dudas, puesto que el punto de vista tradicional tiene su foco en Francia; el resto de Europa, aunque no ha sido olvidado, ocupa un segundo plano y se coloca al margen de los acontecimientos, distante de lo que sucedía en las tierras de Carlomagno y

sus sucesores. Los historiadores nacionalistas del siglo XIX, en particular los franceses y alemanes, en la búsqueda de sus orígenes han marcado la pauta en las investigaciones historiográficas del siglo XX y, mucho tememos, del siglo XXI. Es así como surge esta tendencia histórica que sigue las líneas del desarrollo histórico de Carlomagno, Otón I y Enrique III. Para estos historiadores los invasores vikingos tan sólo fueron una fuerza negativa y destructora que aceleró la decadencia de la civilización en el occidente. La excesiva dependencia de los historiadores nacionalistas en las crónicas monásticas parece haber motivado su olvido de las demás fuerzas destructivas en juego en la Europa de esa época. ¿Qué sucedió con las mortíferas guerras entre las tribus irlandesas o los reinos anglosajones o los pueblos francos? Los vikingos se han convertido en un chivo expiatorio conveniente.

Este libro argumenta que el enfoque tradicional ha sido erróneo: si es que debe haber un solo foco, éste no debe centrarse en los carolingios y sus sucesores, sino más bien en los pueblos escandinavos del norte de Europa y en las penínsulas del norte donde se encontraban las fuerzas dinámicas de Europa. La civilización vikinga del norte, llena de vitalidad, indómita y tosca, tuvo un efecto vigoroso e indiscutible en gran parte del resto de Europa y en tierras allende los mares y océanos. En el año 800, cuando Carlomagno recibía la corona imperial, los vikingos asolaban las costas de Inglaterra, Escocia e Irlanda, y establecían bases en las Orcadas y en las Islas Occidentales. Antes de la muerte de Carlomagno, acaecida en 814, habían detenido el avance de los francos hacia el norte. En 838 algunos vikingos, que sin duda habían llegado a Bizancio atravesando Rusia, llegaron con una embajada de Constantinopla a la corte de Luis el Piadoso, hijo de Carlomagno. Mientras los nietos de Carlomagno se dividían sus pequeños reinos, destinados a fragmentarse cada vez más, los pueblos del norte atacaban incesantemente la campaña francesa. A menos de 100 años de la muerte de Carlomagno, los vikingos habían fundado reinos en Irlanda, en el norte y este de Inglaterra y en Rusia, así como un establecimiento ultramarino en Islandia. Estos guerreros y navegantes de Escandinavia habían de viajar por el oeste hasta las costas de América del Norte y por el este hasta la cuenca del Volga, y algunos aún más lejos.

Una obsesión irracional con una historia europea que sitúa a Francia y más adelante al imperio y al papado como su centro ha motivado al historiador a considerar a los vikingos sólo en forma superficial. Por extraño que parezca, este enfoque en los francos ha hecho que la atención se centre en la decadencia de un Estado organizado prematuramente, con una lista tediosa de reyes y sus epítetos respectivos. Las fuerzas dinámicas y vitales de Europa no se encuentran en una civilización decadente, sino en los jóvenes guerreros navegantes exuberantes y a veces destructivos que partieron de los fiordos de las penínsulas del norte de Europa y cuyo legado puede encontrarse buscando su rastro a través de Normandía, Sicilia, las Cruzadas y un Estado anglo-normando cuyas

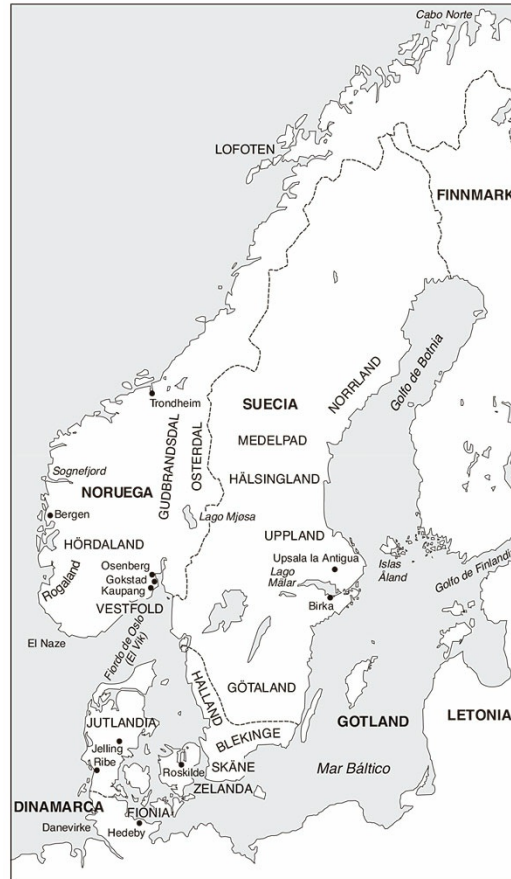
leyes han venido a formar la base de los sistemas legales de América del Norte y de todas partes. Miremos hacia el norte.

ESCANDINAVIA

Los vikingos provenían de las penínsulas del norte de Europa: de la península de Jutlandia y sus islas orientales, de la península sueco-noruega y de las islas cercanas al Báltico. Este territorio —que actualmente forma Noruega, Suecia y Dinamarca— abarcaba un área muy extensa. Si se parte del extremo norte de Escandinavia, el Cabo Norte, y se viaja a Roma, apenas se estará a la mitad del camino al llegar al sur de Dinamarca. No obstante, en cierto sentido esto es engañoso, pues dichas tierras no estaban densamente pobladas en el periodo vikingo: si bien más allá de los pueblos nórdicos se encontraban otros, tales como los lapones, se trataba de un área muy vasta con una población dispersa. Los lugares mencionados miran hacia el mar en forma diferente: Dinamarca hacia el occidente y sudoeste; Noruega hacia el occidente y, por así decirlo, hacia el lejano oeste, y Suecia mira hacia el este y el sudeste. Si buscáramos la clave de la geografía de estos lugares, la encontraríamos en las montañas y los fiordos de Noruega, los densos bosques de Suecia y la extensión de Dinamarca.

Noruega abarca un vasto territorio que entonces, igual que ahora, era inhabitable en su mayor parte y que tiene una extensión de más de 2 500 kilómetros a lo largo de su costa y de unos 1 800 kilómetros desde su extremo sur, el Naze, hasta el Cabo Norte, situado mucho más arriba del Círculo Polar Ártico. El mismo relieve montañoso del noroeste de Europa que puede verse en Donegal y a través de Escocia se extiende a casi todo lo largo de esta tierra, que tiene la apariencia de una quilla vuelta hacia arriba (a esto deben su nombre estas montañas: Keel), y dan a Noruega una altitud promedio de 500 metros sobre el nivel del mar. Sus costas occidentales están realzadas por fiordos; algunas de estas largas ensenadas de aguas profundas (por ejemplo, el fiordo del Sogne) penetran más de 150 kilómetros en el interior. En el sudeste pueden encontrarse tierras fértiles en las cercanías de los canales que rodean el extremo del fiordo de Oslo y, partiendo de aquí, en dirección al norte, en la franja que atraviesa el lago Mjøsa y los sistemas de los valles Osterdal y Gudbrandsdal hasta Trondheim. Al occidente de esta región fértil se encuentra una altiplanicie que se extiende en dirección al Atlántico y una costa recortada, con numerosas islas y surcada por fiordos profundos. También pueden encontrarse tierras fértiles en orillas estrechas entre las montañas y el mar, y a lo largo de angostos valles glaciales. El clima favorable del Atlántico por lo general mantiene a los fiordos del occidente libres de hielo todo el año; hoy, día, la temperatura media en enero en Lofoten, arriba del Círculo Polar Ártico, es de -4°C (25°F). Aunque el acceso a Suecia era posible atravesando tortuosos desfiladeros, el medio de comunicación normal, ya sea interno o externo, era el mar. Por mar, Bergen se encuentra más cerca de Escocia que de Suecia. Los poblados estaban dispersos a lo largo de los fiordos y quizá existían también poblaciones más concentradas en el sudeste. El mar era el camino principal que unía los poblados de un fiordo a otro. Cualquier sentimiento nacional (es decir, noruego)

demoraría mucho en cristalizar, y la organización política de estos pueblos tendría que esperar hasta la llegada (alrededor de 890) de Harald Cabellera Hermosa. Incluso entonces, el alcance del poder político efectivo podría haber estado limitado tan sólo a algunas partes de este territorio tan grande y tan escasamente poblado.



MAPA I.1 La Escandinavia del periodo vikingo.

Al principio del periodo vikingo, Suecia, vecina de Noruega y menos montañosa que ésta, ya contaba con algunos poblados grandes, el de Uppland, habitado por los suecos (del latín, *suiones*), se concentraba en Upsala la Antigua. Su territorio formaba el extremo norte de la planicie de Europa Central y, a pesar de haber tenido densos bosques, para el siglo VIII Uppland había sido despejada lo suficiente como para mantener a su población. Al sur de Uppland, separada por densos bosques, se localiza Götaland en un área que quizá contiene el suelo más fértil de la península. Al norte de Uppland, también separada por bosques y pantanos, donde áreas extensas eran impenetrables, se encontraban las regiones muy escasamente pobladas de Halsingland y Medelpad, y más allá, en otro mundo, las regiones árticas de Norrland y Finnmark. En el Báltico, la isla Gotland (no debe confundirse con la Götaland de tierra firme), que probablemente fue la tierra ancestral de los godos que descendieron al mundo romano a fines del siglo IV, se encontraba en una posición ideal a lo largo de las rutas de comercio

del litoral del Báltico y más allá hasta el centro de lo que más tarde sería Rusia. Estando separadas todas las poblaciones, su identificación esencial era local y particular, más que nacional. A pesar de que, sin duda alguna, hacia el siglo VIII Uppland era la región más poderosa de Suecia, el alcance de la hegemonía de sus reyes sobre los pueblos de Gotland y Götaland aún no está claro.

Dinamarca, mucho más homogénea en el aspecto geográfico y político, está formada por la otra península del norte: Jutlandia y por las islas del este, en particular Fionia y Seeland. Debemos recordar que el extremo sur de la Suecia moderna (Skåne, Halland y Blekinge) pertenecía a la órbita danesa en el periodo vikingo, y aun durante mucho tiempo después. El cuello de la península, en la actualidad árido en su mayor parte, constituyó una barrera entre los daneses y sus vecinos del sur: los sajones y los eslavos. La mayor parte de Dinamarca era completamente plana y una vez desbrozada se prestaba para el cultivo de cereales y la cría de ganado. Su naturaleza marítima hizo que la pesca se convirtiera en una industria productiva. Para el año 800, Dinamarca tenía un rey poderoso: Godofredo, y, quizá, era el país que contaba con una organización políticamente más avanzada en el norte de Europa.

Aunque los escandinavos vivían principalmente en poblados dispersos y en granjas, existían al menos cuatro centros comerciales de importancia: Kaupang en Noruega; Hedeby y Ribe en Dinamarca, y Birka en Suecia. Kaupang, situado en la costa occidental del fiordo de Oslo (el Vik), era el de menor extensión. A fines del siglo XI fue visitado por Ohthere, un noruego procedente de Helgeland, quien afirmó que ese lugar se llamaba Sciringesheal y que era un centro comercial. Su nombre moderno, Kaupang, significa centro comercial. Los indicios arqueológicos recientes han identificado este sitio sin dejar lugar a dudas. El nivel del agua ha descendido dos metros desde la época vikinga y se requiere de la fotografía aérea y de una perspicacia arqueológica para ver en las ruinas actuales un centro de comercio situado en una bahía y protegido en su parte posterior por colinas y al frente por islas y bancos de arena, muchos de éstos sumergidos en aquel tiempo y que ahora son visibles. Las excavaciones realizadas en el centro de comercio y en el interior, especialmente rico en tumbas del periodo vikingo, han puesto al descubierto objetos de las Islas Británicas, Renania y el este del Báltico. Las mercancías con las que se comerciaba en Kaupang probablemente incluían hierro, esteatita y aun pescado. No obstante, más que un centro comercial terminal, Kaupang debe ser considerado como una escala de los comerciantes en su viaje de Noruega a la ciudad danesa de Hedeby. En efecto, cuando Ohthere, el viajero de Noruega, se detuvo en Kaupang, iba camino a Hedeby, a cinco días más de viaje. Hedeby, la ciudad más grande de Escandinavia, tuvo una existencia cuyos límites casi coincidieron con el periodo vikingo. Probablemente se originó en el siglo VIII, cuando se unieron tres pequeñas comunidades en el cuello de la península de Jutlandia donde una corriente penetra en una

ensenada del Sleifjord. Las extensas excavaciones realizadas a partir de finales del siglo XIX han puesto de manifiesto una ciudad orientada al este hacia el fiordo. Una muralla semicircular, de un kilómetro de longitud, y que en el siglo X alcanzaba una altura de casi 10 metros, protegía la parte posterior y los costados de la ciudad. Los 60 acres dentro de la muralla contenían viviendas tanto del tipo de construcción a base de estacas (horizontales así como verticales) como de la variedad de junco y argamasa. El lugar lo habitaba una población compuesta de daneses, sajones y probablemente frisonos, aunque más o menos a partir del año 800 los daneses predominaron. Cerca del año 950, un comerciante árabe, al-Tartushi, del califato de la lejana Córdoba, visitó Hedeby y escribió sus vívidas impresiones sobre el lugar.

Slesvig [es decir, Hedeby] es una gran ciudad situada al otro extremo del mundo marítimo. Dentro de la ciudad pueden encontrarse manantiales de agua dulce. Con excepción de algunos cristianos que tienen una iglesia, la gente de esta tierra adora a Sirius. Celebran un festival de comida y bebida en honor de su dios. Cuando un hombre mata un animal para ofrecerlo en sacrificio, ya sea un buey, carnero, cabra o cerdo, lo cuelga de una estaca fuera de su casa para que los que pasen sepan que ha hecho un sacrificio en honor del dios. La ciudad no cuenta con grandes riquezas ni bienes. El alimento principal de sus habitantes es el pescado, debido a su gran abundancia. A menudo se arroja al mar a un infante recién nacido para evitar tener que criarlo. Además, siempre que así lo deseen, las mujeres pueden ejercer su derecho de divorciarse de sus maridos. Los afeites para los ojos que usan tanto los hombres como las mujeres realzan su belleza y evitan que terribles cantos de este pueblo: son peores aún que el ladrido de los perros.

Cuán bárbaro debe haber parecido todo lo anterior a este hombre proveniente del esplendor magnífico de la España islámica. ¿Acaso sabía que los daneses, quizá algunos de Hedeby, aproximadamente un siglo antes habían navegado por el Guadalquivir y habían atacado Sevilla en el corazón de este poderoso califato? Incluso en la época en que al-Tartushi escribía, los días de Hedeby estaban contados. A mediados del siglo XI dejó de existir: incendiada por Harald Hardrada en 1050, devastada por los eslavos en 1066 y, al final, probablemente abandonada a medida que retrocedía el nivel del mar.

Ribe, en el oeste de Jutlandia, tuvo un floreciente comercio de piel probablemente desde el siglo VIII. El sitio temprano se encuentra frente a la ciudad, y su catedral en la orilla norte del río Ribe; además, las excavaciones han descubierto numerosas monedas del siglo IX y vestigios de talleres y comercio. Es difícil conseguir fechas exactas, no obstante, en algún momento a principios del siglo VIII, posiblemente hacia el año 700, allí hubo un centro de comercio, que en un principio parece haberse utilizado sólo estacionalmente. La evidencia sugiere que el mercado se reorganizó entre 721 y 722 y perduró hasta mediados del siglo IX.

Birka, en la región central de Suecia, puede haber sido el más rico de los centros comerciales del norte. Aunque se han encontrado testimonios de la existencia de relaciones comerciales entre Birka y Dorestad en la Holanda moderna y con Renania, su comercio más importante lo realizaba con el oriente, en particular con los comerciantes

musulmanes a quienes encontraban los mercaderes suecos entre los búlgaros en la curva del Volga. Las monedas del oriente islámico encontradas en las sepulturas excavadas en el sitio de Birka son siete veces más numerosas que las monedas de occidente que allí se encontraron. Situada en una isla en el lago Mälär, camino a altamar viniendo de Upsala, y a unos 80 kilómetros al occidente de la Estocolmo moderna, Birka poseía una muralla en su parte posterior y a los lados. La tierra negra, así llamada debido a que la población humana había coloreado la tierra, era el área poblada; sobre ella se erguía vigilante una imponente colina. Más de 2 000 tumbas en el cementerio han proporcionado a los arqueólogos el sitio vikingo más rico que se ha conocido hasta ahora. Amplias excavaciones llevadas a cabo entre 1990 y 1995 han revelado 4 000 capas estratigráficas y 90 000 hallazgos y grupos de hallazgos; hay indicios de que Birka existió alrededor del año 750 y de que fue un centro de comercio de pieles. Si bien el nivel del lago ha descendido al menos seis metros desde los tiempos vikingos, su ocaso como próspero centro comercial debe atribuirse, más bien, al rompimiento de los vínculos comerciales con el mundo árabe debido al ataque de Sviatoslav a los búlgaros de la curva del Volga alrededor de 965.

Desconocemos cuántos sitios de comercio como estos cuatro quedan sin descubrir o sin estudiar. Sin embargo, sería precipitado afirmar que el número de asentamientos tempranos se reduce sólo a estos pocos.

Aunque es importante hacer hincapié en los poblados separados que existían en el norte, el aislamiento que existía entre áreas escasamente pobladas y el sentido de localismo de los pueblos, sería un craso error pensar que los escandinavos no tenían nada en común salvo sus tierras nórdicas. Estaban unidos por lazos más fuertes que la política y las relaciones comerciales frecuentes: compartían una lengua común, un arte común y una religión común.

Las inscripciones rúnicas de los siglos VIII al X, que se han encontrado en sitios muy distantes en cada una de estas tierras, muestran uniformidad en el idioma. Sin duda, la lengua hablada difería de la lengua escrita y los dialectos de la lengua hablada resultaron inevitables, pero éstas eran las diferencias normales que se encuentran en cualquier lengua viva que se utiliza para comunicar las necesidades y los sentimientos humanos. La lengua nórdica primitiva (*dönsk tunga, vox danica*) aún era utilizada por los pueblos nórdicos en los inicios de la era vikinga. Los vikingos de Vinlandia habrían comprendido la lengua hablada por los vikingos de la curva del Volga y viceversa. Fue sólo después cuando la *dönsk tunga* dio lugar a las distintas lenguas características de Noruega, Suecia, Dinamarca e Islandia.

Asimismo, los vikingos del norte compartían un arte común. Los historiadores del arte han tratado de perfeccionar nuestros conocimientos del arte vikingo y distinguen seis estilos distintos: Estilo III (Oseberg), Borre, y los casi contemporáneos Jelling, Mammen,

Ringerike y Urnes. Los ejemplos que perduran sin duda representan sólo una pequeña fracción de la producción artística del periodo vikingo. A pesar de que sin duda eran distintos uno del otro, sería mejor destacar las analogías de estos estilos en lugar de sus diferencias. El arte vikingo característico, que sin duda dependía del arte germánico anterior y recibió influencia y a su vez influyó en el arte irlandés, anglosajón y carolingio, era un arte aplicado que se encuentra principalmente en madera y en piedra y, en menor grado, en metal. La ornamentación seminaturalista de objetos funcionales hace uso de motivos con cabezas de animales y cuerpos en forma de listones que se entrelazan en diseños de suaves curvas. Algunos ejemplos se han encontrado en lugares tan distantes uno de otro como Oseberg en Noruega, donde se encuentran los magníficos grabados en madera de la embarcación del siglo IX que sirvió como sepultura real; Jelling en Jutlandia, donde se encontró una exquisita copa de plata, y Källunge en Gotland, donde se descubrió una veleta de elegante diseño decorativo. Naturalmente existían variaciones locales, como la preponderancia de las estelas descriptivas (es decir, realistas) en la isla de Gotland, pero la tendencia general es evidente: un arte vikingo básico, común en motivos y diseño, en toda Escandinavia.

El panteón de dioses de la religión escandinava estaba poblado por deidades antropomorfas, cada una con su propio símbolo: entre ellos, Odín, el dios de los aristócratas, con una lanza; Thor, el dios del trueno de los campesinos, con un martillo. Freya, la diosa de la fertilidad, con un falo erecto. Su culto no era uniforme: Thor, en vez de Odín, tenía el lugar de honor en el templo de Upsala la Antigua, según la descripción hecha por Adam de Bremen. Existía la creencia general de que los guerreros de Odín, una vez muertos, eran conducidos por las valquirias, las princesas de la leyenda, al Valhala, su morada parecida al cielo. Se realizaban ritos de sacrificios votivos por lo general al aire libre, en bosquecillos, cerca de árboles sagrados, aunque ocasionalmente se podría haber utilizado una edificación dentro de una granja (*hof*) para ritos festivos. A pesar de las variaciones locales que son de esperar, con el énfasis regional en diferentes dioses de un panteón común —como si fueran “santos” locales— y con la naturaleza dispersa de la evidencia arqueológica, aún es posible atribuir a los escandinavos una religión común y, aunque pueden encontrarse algunas analogías con las religiones de otros pueblos germánicos, una religión peculiar.

Gracias principalmente a las compilaciones codificadas posteriores y a los intentos, exageradamente románticos, de los historiadores con ideas *whig* por descubrir los orígenes de las instituciones democráticas de Europa del Norte, nos es posible conocer el sistema jurídico que prevalecía en las tierras nórdicas. Parece evidente que en toda Escandinavia la distinción social entre rey, *jarls* (nobles), hombres libres, libertos y *thralls* (esclavos) influyó en la administración general de la sociedad. En una sociedad con esta estratificación social y con la población dispersa, ¿qué otra cosa podría

esperarse sino que los hombres acaudalados de cada localidad (la élite en el poder) tomaran las decisiones locales —su asamblea era un *thing*— y que los hombres más importantes de una región tomaran las decisiones en un *thing* de esa región? Esta pauta prevaleció durante el periodo vikingo en toda Escandinavia y en sus colonias del Atlántico Norte. Es imposible afirmar que la esencia de la ley haya sido uniforme en todo el mundo vikingo: probablemente no lo era, debido a la capacidad de los hombres poderosos para tomar decisiones en el ámbito local y regional, y debido, también, a la diversidad de antecedentes que de este modo surgían en cada *thing*. La proscripción, probablemente con consecuencias similares aunque no siempre exactamente iguales, existió como una forma de castigo en el norte. En Götaland occidental, la ley sobre homicidio sin premeditación dejaba la iniciativa en el enjuiciamiento al heredero de la persona fallecida. Las leyes de Gotland contenían una relación de multas, curiosa en su escala, por tocar a una mujer: por tocar la muñeca o los tobillos, cuatro onzas de plata; el codo o la pierna entre la rodilla y la pantorrilla, dos onzas y dos tercios; los senos, una onza, y por tocar más arriba de la rodilla, “el toque deshonesto”, o por “propasarse” no se pagaba ninguna multa, ya que la mayoría de las mujeres, se dice, lo toleraba cuando llegaba tan lejos. Por diversas que pudieran haber sido las leyes específicas como éstas en todo el mundo vikingo, se aplicaba el mismo sistema procesal básico, y las leyes escandinavas, cuando aparecieron a plena luz en los siglos XIII y XIV, modificadas por nuevas influencias que incluían el derecho canónico, reflejaban un pasado común.

La irrupción vikinga fuera de sus tierras a fines del siglo VIII y principios del IX sigue siendo un fenómeno histórico indescifrable. Sin exagerar las fechas implicadas, debemos afirmar con toda seguridad que fue más que un accidente de la historia el que en 790 y en los años siguientes los noruegos atacaran las costas orientales e incluso las occidentales de Gran Bretaña, las islas hacia el norte y occidente, e Irlanda; que entre 800 y 810 los daneses rechazaran las fuerzas expansionistas de Carlomagno y comenzaran a extenderse a lo largo de la costa de Frisia, y que los suecos ya hubieran cruzado el Báltico y llegado a Letonia y que a principios del siglo IX hubieran viajado hasta el lago Ladoga. Fue como si una violenta convulsión hubiera atravesado estas tierras del norte, seguida de otras convulsiones, y durante casi dos siglos Escandinavia envió corrientes de emigrantes al occidente, al sur y al oriente, al principio como atacantes de temporada, luego como atacantes establecidos en forma más permanente, y finalmente como colonos. ¿Cómo se explica este fenómeno? El historiador se enfrenta aquí con un problema que rebasa el alcance de sus fuentes y su talento para proporcionar una respuesta contundente. Se encuentra en la penumbra donde las evidencias parciales y las suposiciones se combinan para producir soluciones muy alejadas de la verdad, conclusiones que deben expresarse en modo subjuntivo, y donde, por desgracia, nunca se está libre de dudas insistentes.

En esta etapa, la palabra *causa* debe excluirse del vocabulario del historiador y sustituirla por la más adecuada *factor*. Desde finales del siglo XIX, el punto de vista de muchos historiadores ha sido que la explosión vikinga suponía la existencia de un factor demográfico. La sociedad escandinava era una sociedad dominada por los hombres; su concepto de la virilidad incluía la procreación de muchos hijos, en particular de hijos varones, y un sentido heroico de la aventura vinculado con el mar y con el descubrimiento de nuevos lugares ultramarinos. Si aceptamos el relato un tanto hostil de Adam de Bremen, la poligamia estaba extendida en Suecia y sólo la limitaba la riqueza personal. Otros relatos insinúan que los jefes podrían haber tenido hasta 40 esposas. No se requiere de mucha imaginación para ver el efecto que esto pudo haber tenido en el aumento de la población. Un hombre podría haber procreado 20 hijos, 10 de los cuales llegarían a la edad adulta, y cada uno a su vez podría haber procreado 20 hijos de los cuales sobrevivirían 10, y así sucesivamente. Harald Cabellera Hermosa tuvo por lo menos nueve hijos —algunos relatos afirman que fueron 20— que alcanzaron la edad adulta; su hijo Erik Hacha Sangrienta tuvo por lo menos ocho hijos que sobrevivieron, y así continuaría. Es decir, así habría seguido hasta llegar al punto decisivo, que de acuerdo con el aumento de la población de este modelo, podría suceder de modo inesperado y con poco aviso. Es necesario agregar prontamente que la relación entre la poligamia y el

aumento de la población por sí misma no es extraordinaria por fuerza, pues, a fin de cuentas, el número de hijos depende del número de mujeres fecundadas y no de los hombres que fecunden. No obstante, aunque esto se considere en una sociedad como la vikinga, que estaba dominada por los hombres y en la que un hombre podía tener muchas esposas simultánea y consecutivamente, la poligamia debe considerarse como un factor positivo, si no es que predominante, en la situación demográfica.

El aumento de la población no siempre depende de la poligamia. Incluso una sociedad de costumbres por completo monógamas, lo que la sociedad vikinga no era evidentemente, puede conocer las presiones de una población en aumento. Existen otros elementos implicados. El periodo vikingo en Escandinavia se distinguió por tener un clima óptimo que, a su vez, hizo posible que muchas tierras, que antes se utilizaban para apacentamiento, se utilizaran para el cultivo, en parte para el consumo animal, pero una cantidad muy acrecentada, especialmente alta en contenido proteínico, para el consumo humano. Los nuevos instrumentos de labranza (por ejemplo: el arado sobre ruedas con vertedera) dieron como resultado el uso más productivo de la tierra cultivable. Al mismo tiempo se intentó utilizar nuevas tierras, menos favorables, en particular las tierras altas; también es probable que se intentara despejar (es decir: rozar) algunas zonas boscosas. Dinamarca ofrece evidencias particularmente sorprendentes de estos desarrollos. El aumento de la población estimuló y a la vez resultó en estos cambios, y, en el momento en que no pudieron satisfacer las necesidades de esa población creciente, el siguiente paso habría de ser la emigración. (¿Quién puede olvidar a los millones que, enfrentándose al hambre, huyeron de Irlanda a fines de la década de 1840?) Mil años antes de que Malthus describiera la emigración como una válvula de seguridad para el exceso de población, la realidad parece haberse presentado en Escandinavia, particularmente en la parte occidental. Una variante de esta teoría es que un excedente de guerreros descubrió ricas tierras dignas de exploración. El movimiento con dirección al este, hacia lo que hoy es Rusia y Ucrania, parece haber obedecido a razones distintas, en su mayoría mercantiles (véase el capítulo VII). Es así como se sostiene la tesis de la población.

Además, Dudo de San Quintín, que escribió en el siglo XI, atribuyó la invasión vikinga a su natal Normandía a factores demográficos en las respectivas tierras de los invasores:

Estos hombres libertinos tienen muchas esposas y engendran incontables hijos. Cuando estos niños se convierten en adultos discuten violentamente por la tierra con sus padres y abuelos. Si el pueblo crece sobremano y no logra adquirir la suficiente tierra fértil para su subsistencia, la tradición dicta que un gran grupo, elegido por sorteo, deberá emigrar a tierras lejanas donde, a través de la batalla, pueda hacerse de tierra y vivir ahí en paz.

Es difícil saber qué tan cierta es la explicación de Dudo; sin embargo, si dejamos de

lado las referencias a la violencia y los sorteos, podría quedar descubierto el grano de verdad que explicaría el motivo de los asentamientos de los hombres del norte en sus tierras.

Los arqueólogos dependen en gran medida de los hallazgos de tumbas, los cuales no apoyan las razones primordialmente demográficas del extraordinario aumento de la natalidad vikinga. Este tipo de evidencia debe respetarse, si bien podría necesitar que los historiadores indagaran más allá de las razones demográficas para encontrar explicaciones; empero, las tumbas son por naturaleza sólo un testigo parcial, puesto que las que han sido descubiertas hasta el momento podrían no representar el verdadero número de tumbas del periodo.

Sin duda, la existencia de rutas de comercio conocidas facilitó en parte esta expansión hacia el exterior; algunos considerarían este factor como la fuerza motriz de la expansión hacia el exterior de los vikingos, que es más convincente para las migraciones de vikingos de Suecia hacia el este, que para los noruegos y daneses hacia el oeste y el sudoeste. El conocimiento de estas rutas comerciales dio por resultado el conocimiento de otras regiones. A pesar de que Escandinavia se encontraba muy remota, sus habitantes tenían relaciones con sus vecinos. Aunque se practicó el comercio exterior, no debe exagerarse su importancia como factor en las migraciones escandinavas de los siglos IX y X. La mayor parte de los indicios se refiere a los suecos y a sus relaciones mercantiles en el oriente —Birka estaba situada en un extremo de una ruta comercial que se extendía hasta el Volga— y, en menor grado, a los daneses y sus relaciones con Frisia, en especial con Dorestad. Este último contacto se intensificó con la construcción del Danevirke en el cuello de la península de Jutlandia, terraplén que en algunos lugares tenía cinco metros de altura y 38 de ancho, abarcaba poco más de 30 kilómetros y debía servir como barrera defensiva contra los ataques del sur y como un camino que unía el río Trene en el oriente con Sleifjord en el occidente en Hedeby. El sencillo porteo de bienes (como la sal) por tierra sustituyó el largo viaje alrededor de Jutlandia. La inclusión de la construcción del Danevirke como un elemento en el comercio acrecentado de principios del siglo IX disiente de las suposiciones de que se construyó a principios del siglo IX en virtud de una orden del rey Godofredo en 808, y que su existencia intensificó las relaciones comerciales con Dorestad en Frisia. La *Crónica franca*, para el año 808, afirma que:

Godofredo determinó proteger los linderos de su reino con Sajonia. Para este fin había mandado construir una muralla defensiva que se extendía desde una ensenada en el oriente (Ostarsalt) hasta el mar en el occidente a lo largo de la ribera norte del río Ejder. La muralla estaba interrumpida sólo por una entrada para uso de caballos y carruajes.

Ha sido fácil utilizar sólo esta fuente extranjera y, así, atribuir el Danevirke a Godofredo y su construcción a las primeras décadas del siglo IX. Las minuciosas investigaciones de los dendrocronólogos modernos nos ofrecen una visión más amplia

que revela tres pasos distintos en la construcción de este terraplén. Las pruebas de carbono 14 sugieren que se construyó una muralla durante la segunda mitad del siglo VII. Aproximadamente en el año 737 se llevaron a cabo reparaciones mayores al muro, y, si aceptamos el recuento de la *Crónica franca*, alrededor de 808 se construyó un muro adicional. Después, alrededor del año 968, un nuevo muro conectó la antigua y la nueva muralla; se trataba de una muralla en forma de semicírculo alrededor de Hedeby. Posteriormente, durante el siglo XII, se llevaron a cabo trabajos de fortalecimiento de gran parte de la construcción. El Danevirke podría ser un indicio, en menor escala, del fenómeno general de la emigración vikinga.

Cualesquiera que hayan sido las razones de los primeros traslados de los pueblos, la migración habría creado su propia dinámica interna. Los que se fueron en un primer momento para buscar un medio de subsistencia, incluso si conseguirlo requería el saqueo y la matanza, podrían haber tenido la intención de emigrar sólo de forma estacional y temporal. En poco tiempo las colonias de ultramar se convertirían en asentamientos poblados no sólo por las personas que huían del hambre y la necesidad, sino también por aventureros, proscritos, exiliados políticos y colonos. El poder impulsor que ya estaba allí.

Sin embarcaciones, la expansión vikinga habría sido inimaginable; sin conocimientos náuticos, las embarcaciones habrían tenido un uso limitado. Los escandinavos eran un pueblo que vivía cerca del mar y a sus orillas. El mismo nombre *vikingo*, aunque en este periodo significaba atacante o aventurero, probablemente tuvo su raíz en la palabra *uik*, que significaba “fiordo”; eran “el pueblo del fiordo”. El barco era su compañero y aliado natural; con él podían pescar, comerciar y comunicarse con sus vecinos, y sin él no podían sobrevivir. Igual que el carro con toldo fue una causa de la colonización del oeste norteamericano, o que los elefantes fueron la causa de la invasión de Aníbal a Italia, la embarcación vikinga fue sencillamente una *conditio sine qua non* de esta emigración.

La habilidad de los constructores de los barcos y de los navegantes del norte era legendaria. Alrededor de 90 d.C., Tácito, el historiador romano, hizo alusión a las embarcaciones del norte: “Sus barcos son distintos. Están provistos de una proa a cada extremo que les permite atracar con facilidad. Además, no utilizan velas ni sujetan sus remos a las hiladas de los costados”. La ausencia de velas en una época en que las velas, comunes en el Mediterráneo desde mucho tiempo antes, se usaban frente a las costas de Galia, es extraña. Es común afirmar que los escandinavos utilizaron tardíamente la vela, que ésta fue una innovación del siglo VII o, con más probabilidad, del siglo VIII, y que la vela desplegada se utilizó sólo a fines del siglo VIII, haciendo posibles los ataques vikingos que comenzaron en esta época. Esto bien podría ser cierto, pero se basa en una conclusión negativa, el tipo de conclusión histórica que siempre resulta más aventurada: que los navegantes escandinavos no utilizaron la vela hasta este periodo porque no

sobreviven indicios de su existencia anterior entre las escasas fuentes existentes. Los indicios recientes podrían echar abajo esta conclusión. Además, se debe tener presente que en Escandinavia el desarrollo de las velas no remplazó a la embarcación de remos: las dos coexistieron durante todo el periodo vikingo y durante mucho tiempo después. La cuestión que persiste debe ser: ¿cuánto tiempo coexistieron antes del periodo vikingo? Las estelas descriptivas de Gotland proporcionan indicios tempranos, incluso del siglo VII, de que la vela se utilizaba en el mar Báltico. Sólo un historiador temerario afirmaría categóricamente que la vela era desconocida en el norte antes del siglo VII. Pero, cualquiera que haya sido su historia anterior, hacia finales del siglo VIII la embarcación de velas con una quilla perfeccionada existía entre los escandinavos e hizo posibles sus expediciones ultramarinas.

Las excavaciones arqueológicas que comenzaron en el último tercio del siglo XIX y continúan hoy en día han puesto al descubierto algunas embarcaciones vikingas: los ejemplos clásicos son el barco *Tune*, probablemente de finales del siglo IX, excavado en 1867 en un montículo que servía de sepultura en el lado oriental del fiordo de Oslo; el barco *Gokstad*, probablemente también de finales del siglo IX, excavado en 1880 en un sitio sepulcral en el lado occidental del mismo fiordo, y el barco *Oseberg*, también en el lado occidental de ese fiordo, que se descubrió en 1903 y puede fecharse alrededor del año 820. Estas tres embarcaciones famosas, que se exhiben en el Museo de Barcos Vikingos de Bygdoy, cerca de Oslo, fueron, al final de sus vidas útiles, embarcaciones para sepultura, cuyo propósito ritual era transportar al fallecido al otro mundo. El texto de *Beowulf* narra el funeral sobre una embarcación de un jefe escandinavo en un barco.



MAPA1.1. Excavación del barco Oseberg en 1904, Oseberg, Tønsberg, Vestfold.

Un barco real de curva proa estaba, cubierto de escarcha, dispuesto para partir. Pusieron a su querido rey en medio del barco, cerca del mástil, y se amontonó a su alrededor un tesoro que venía desde las partes más remotas de la tierra. Decían que ningún barco jamás había estado mejor provisto de espadas, corazas, armas y armaduras. En el pecho del rey había un montón de joyas que lo acompañaría hasta el fondo del mar.

Aunque este texto no se refiere a una sepultura en un montículo de tierra, refleja el motivo común del gran hombre al que, una vez muerto, se le transporta en barco al paraíso. En las embarcaciones que aún se conservan en cientos de túmulos sepulcrales dispersos por todo el norte es donde podemos encontrar las respuestas a muchas de nuestras preguntas acerca de los tipos de embarcaciones vikingas y la determinación de la época a la que pertenecieron. Otra forma de actividad arqueológica —la arqueología subacuática— ayudó a extraer cinco barcos vikingos del fondo lodoso del Roskilde Fjord en Skuldelev, Dinamarca, en 1962, y descubrió tres más en Hedeby en 1979-1980, de los cuales uno pudo extraerse, pero hablaremos del asunto más adelante.

No existía un tipo único de barco vikingo: de hecho, había muchas clases de embarcaciones vikingas, que no sólo variaban en tamaño (de alrededor de seis a unos 25 metros) sino también en la fuerza motriz utilizada (remos o velas y remos) y en el propósito (local, Atlántico Norte, pesca, comercio, guerra). Las características clásicas del barco de vela vikingo pueden observarse en el barco *Gokstad*: ligero en el agua, elegante a la vista, veloz a toda vela y fácil de varar. Esta embarcación vikinga virtualmente completa fue encontrada por los arqueólogos bajo un montículo de cinco metros en Gokstad. Se conservó por la arcilla añil en la que se le enterró y de la que estaba lleno. Aunque probablemente fue enterrado a fines del siglo IX, el barco *Gokstad* podría haber tenido 50 años en ese tiempo, lo que significa que podría ser un barco del periodo vikingo temprano. El barco mide 24.2 metros de largo, 5.25 metros de ancho en su parte media y 1.95 metros desde la quilla hasta una línea que va de la borda de estribor a babor por la parte media del barco. Construido por entero de roble, con excepción del entarimado, el mástil y las vergas, probablemente pesaba unas 18 toneladas y podría haber tenido un calado de 90 a 95 centímetros, muy superficial. La parte más notable de este barco es la quilla: tallada de una sola pieza de roble, mide 17.6 metros de largo y disminuye en su profundidad de 42 centímetros en el centro a 37 centímetros en sus extremos. El roble del cual se hizo la quilla debe de haber tenido por lo menos 25 metros de altura y, por necesidad, tuvo que haber sido recto. Los artífices hicieron esta quilla de modo que formara un suave arco de unos 25 centímetros más de profundidad en el centro que en la proa y la popa, y así crearon una embarcación de poco calado. La presión del agua contra la quilla contrarresta la presión del viento en la vela y, de esta forma, la quilla evita que la embarcación zozobre. Una vez colocada la quilla, se fijaban los postes de la proa y de la popa, cada uno de una sola pieza de roble, mediante clavos de madera. Con la quilla y los postes de los extremos en su lugar, parece ser que los costados se unían a ellos y, sólo después de eso, se extendían 19 cuadernas y vigas

transversales de un lado a otro del barco para mantener los costados en su lugar. Cada costado estaba formado de 16 tracas (tablones), cada una superpuesta a la de abajo (es decir: de tingladillo). La hilera de remos de cada costado tenía 16 orificios circulares para remos que podían cerrarse mediante unas contraventanas de madera cuando el barco navegaba. Sobre la traca más elevada se colocaba una gruesa borda. A lo largo de ella un perchero permitía que se colgaran 32 escudos superpuestos en la parte exterior: se encontraron los restos de los 64 escudos en el lugar del hallazgo en Gokstad. El entablado se colocaba sobre las vigas transversales, pero no se unía a ellas. La embarcación era gobernada por medio de un timón largo que no se colocaba en la proa, sino que estaba fijado en una pieza de madera llamada la *verruga* en la aleta de estribor (bordo del timón). El mástil no ha sobrevivido en su estado original, y su altura, y por consiguiente la altura de la vela, no se conocen con seguridad. Cualquiera que haya sido su longitud exacta —entre unos 10 y 13 metros—, el mástil se insertaba en una pieza maciza en la parte central de la quilla, de donde podía extraerse según la situación lo requiriera. La vela tenía forma rectangular o, quizá, casi cuadrada (un cuadrado de unos 11 metros de lado). La vela, que probablemente estaba hecha de lana burda a cuadros o a rayas, colgaba de una verga; unas cuerdas que se unían a la orilla inferior de la vela y que llegaban a algunos puntos a lo largo de la borda proporcionaban la capacidad necesaria para navegar de bolina (es decir: navegar con el viento en popa) y de virar (es decir: navegar contra el viento).

Una réplica exacta de esta magnífica embarcación se construyó a mediados de la década de 1990, en Islandia; su constructor-capitán la nombró *Íslendingur* (“islandés”). Él y su tripulación zarparon del este de Islandia el 4 de julio de 2000 con destino al sitio vikingo en L’Anse aux Meadows, Terranova, durante la celebración milenaria del desembarco vikingo en aquel lugar. Once días después de abandonar Islandia, el *Íslendingur* llegó a Brattahlid, en Groenlandia. La nave zarpó de Groenlandia el 18 de julio y 10 días después llegó a L’Anse aux Meadows. Su velocidad máxima fue de ocho millas náuticas por hora. Años antes, en 1892, otra réplica del barco *Gokstad* zarpó de Bergen el 30 de abril de 1893 y 28 días después llegó al este de Terranova. Su capitán elogió la ligereza del barco en el agua, comparándolo con una gaviota. Su flexibilidad permitía que la armazón del casco se curvara hasta 15 centímetros de su forma real. Su parecer fue que el timón de costado era infinitamente preferible al timón de popa para este tipo de embarcación. Ambas réplicas del *Gokstad* se condujeron bien en condiciones atmosféricas adversas.

Durante el periodo vikingo ocasionalmente se construyeron embarcaciones muy grandes. La más famosa de éstas, la *Gran Serpiente*, fue construida por Olaf Tryggvason, rey de Noruega, cerca de Trondheim, probablemente en 998. Los poetas de su tiempo la ensalzaban y pronto se adentró en el mar de la leyenda escandinava. Siglos

después Snorri Sturluson, el historiador islandés, haciendo uso de material poético anterior, describió en un memorable pasaje de *Heimskringla* la construcción de esta gran embarcación vikinga de estilo dragón:

Durante el invierno que siguió a su llegada de Halogaland, el rey Olaf hizo construir en Ladehammer un magnífico barco, más grande que cualquier barco del país y cuyas escuadras aún se pueden ver. El largo de la quilla que descansaba en la hierba era de 64 anas. El hombre que dirigió la construcción del barco se llamaba Thorberg Skafhog, pero había muchos más —algunos para talar madera, otros para labrarla, algunos para hacer clavos, otros para acarrear madera—. Todo lo que se utilizó era de la mejor calidad. El barco era grande y amplio, de costados elevados y estaba construido con madera resistente. Mientras colocaban los tablones sucedió que Thorberg tuvo que regresar a su granja a atender un asunto urgente, y, debido a que permaneció mucho tiempo allí, el barco ya había sido entablado en ambos lados cuando él regresó. En la tarde el rey se dirigió con Thorberg a ver el aspecto que tenía la embarcación y todos dijeron que nunca se había visto un barco de guerra tan grande y tan hermoso. Entonces el rey regresó a la aldea. Al día siguiente el rey regresó temprano con Thorberg a ver el barco. Los carpinteros se encontraban allí frente a ellos, pero todos permanecían inactivos con los brazos cruzados. El rey preguntó: “¿Qué sucede?” Le respondieron que el barco estaba arruinado pues alguien había ido de proa a popa y había hecho unas profundas hendiduras, una tras otra, en un lado del entablado. Cuando el rey se acercó, observó que así era y pronunció un juramento: “Aquel que por envidia haya arruinado este barco morirá, si es descubierto, y otorgaré una gran recompensa a quien lo descubra”.

—Señor, yo puedo decirte —dijo Thorberg— quién ha hecho esto.

—No creo —contestó el rey— que alguien tenga más probabilidades de descubrirlo que tú.

Thorberg dijo: “Te diré, señor, quién lo hizo: yo lo hice”. El rey dijo: “Debes repararlo y dejarlo en las condiciones en que estaba antes o pagarás con tu vida”.

Entonces Thorberg fue a tallar los tablones hasta que las profundas hendiduras quedaron pulidas y uniformes. El rey y todos los presentes declararon que el barco era mucho más bello del lado del casco que Thorberg había tallado. El rey le ordenó que moldeara el otro lado del mismo modo y después le dio las gracias por haberlo mejorado. Thorberg dirigió la construcción del barco hasta que quedó terminado por completo. El rey había hecho construir el barco al estilo de aquel que había tomado en Halogaland, pero esta nueva embarcación era más grande y estaba ensamblada con más cuidado en todas sus partes. Parecía un dragón y el rey la llamó la *Gran Serpiente* y a la otra la *Pequeña Serpiente*. La *Gran Serpiente* tenía 34 bancas para remeros. La cabeza y la parte trasera en forma de arco eran tan altas como las de los barcos de altamar. Este barco era el mejor y el más costoso que se había construido en Noruega.

Aquí debemos evitar la licencia poética y las convenciones de la “historia” legendaria: el barco así descrito habría tenido dimensiones excepcionales, probablemente 37 metros de largo, mayor que cualquier otro barco vikingo conocido hasta ahora. No obstante, es evidente que Olaf Tryggvason casi al final del siglo X hizo construir una impresionante embarcación vikinga.

Los restos de los cinco naufragios rescatados del Roskildefjord cerca de Skuldelev en una hazaña notable de la arqueología submarina demuestran claramente la naturaleza variada de los barcos vikingos. En 1957 buzos descubrieron que lo que se había creído un naufragio del siglo XV era, en realidad, algo muy distinto: un cúmulo de piedras de 50 metros de largo y 14 metros de ancho que, cuando se eliminaron las incrustaciones por medio de mangueras para incendios a presión, se encontró que cubrían los restos del

naufragio de cinco barcos vikingos de principios del siglo XI. Habían sido cargados de piedras y se habían hundido en forma tal que obstruían la entrada al puerto de Roskilde. Se trataba de dos barcos de guerra (naufragios 2 y 5), dos barcos de carga (naufragios 1 y 3) y un pequeño barco costero (naufragio 6). (Obsérvese que no hay naufragio 4.) De éstos, el naufragio 2, construido en Irlanda, es el mayor y, de hecho, es el segundo barco vikingo más grande que se ha descubierto hasta ahora: 28 metros de largo y probablemente unos 5 metros de ancho en su parte media, sólo un poco más pequeño que el barco extraído en Hedeby. El naufragio 1 es el más grande de los dos barcos cargueros y probablemente navegaba en la ruta del Atlántico Norte. Se trata de una embarcación profunda que tenía un calado de alrededor de 1.5 metros con carga completa, tenía en el centro un espacio para la carga claramente delimitado y tenía alcázares en proa y popa. El barco de carga menor (naufragio 3) pudo haber sido usado en la ruta de comercio del Báltico, en tanto que el más pequeño de estos barcos (naufragio 5) pudo haber prestado servicio como barco de pesca o de transporte. Los barcos de Skuldelev nos recuerdan vívidamente que “el” barco vikingo no existía.

Los escandinavos tenían un método de navegación basado en el sentido común. En altamar navegaban en sentido latitudinal, y para orientarse tomaban como puntos fijos el sol y la estrella polar. Siendo veteranos de los mares, podían identificar con facilidad los peces y las aves de la costa. Su habilidad práctica de observación les permitía “oler” la tierra. La navegación longitudinal en altamar parecía estar fuera de su alcance; seguían una latitud fija hasta recalar y entonces se dirigían hacia el norte o hacia el sur. Se sabe que en las regiones árticas existen espejismos que mediante la refracción de la luz extienden el horizonte más allá del “verdadero horizonte”, de unas cuantas millas, al “horizonte ilusorio”, de 40 millas o más. Tales espejismos árticos, a diferencia de los espejismos del desierto, reflejan cosas verdaderas. Los vikingos que navegaban en aguas lejanas en el norte podrían haber “visto” más allá del verdadero horizonte, pero, aunque así haya sido (lo cual no se ha comprobado ni remotamente), su navegación no podría haber dependido del encuentro fortuito de las fuerzas necesarias para crear un espejismo ártico. A pesar de sus refinadas habilidades y conocimientos sobre la navegación, los vikingos ocasionalmente experimentaron desastres al enfrentarse a aguas traicioneras. Según la leyenda, Erik el Rojo navegó de Islandia a Groenlandia en una flotilla de 25 barcos; algunos regresaron, otros zozobraron y se perdieron, y sólo 14 llegaron sin contratiempos a su nueva colonia.

Estas habilidades y estos barcos prepararon a los escandinavos para navegar hacia el occidente hasta las islas del Atlántico Norte, hacia el sur a las tierras de los francos y sus vecinos, y hacia el oriente por río y porteo hasta el mundo de Bizancio y del islam.

Una serie de excelentes estudios generales ha aparecido en los últimos años. *The Norsemen in the Viking Age* (Oxford, 2002), de Eric Christiansen, si bien para algunos comprensiblemente puede parecer “iconoclasta”, es un libro muy bien informado y estimulante. *The Oxford Illustrated History of the Vikings* (Peter Sawyer [coord.], Oxford, 1997) no es, como el título podría sugerir, un libro de mesa: contiene una serie de valiosos ensayos escritos por especialistas en diversos aspectos de la historia de los vikingos. *The Vikings*, de Else Roesdahl (2ª ed.; S. M. Margeson y K. Williams [trads.]; Harmondsworth, 1998), a pesar de que fue escrito por una eminente arqueóloga, es un estudio que trasciende su propio tema. Aunque antiguos, algunos libros aún valiosos son *The Age of the Vikings* (2ª ed., Londres, 1971), de Peter Sawyer, el cual sirvió para establecer la agenda historiográfica de una generación y más; del mismo autor, *Kings and Vikings* (Londres, 1982); Gwyn Jones, *A History of the Vikings* (ed. rev., Oxford, 1984); James Graham-Campbell, *The Viking World* (2ª ed., Londres, 1989), y aún una excelente lectura a pesar de su edad: T. D. Kendrick, *A History of the Vikings* (Londres, 1930, reimpreso con frecuencia). El lector encontrará útil la *Encyclopaedia of the Viking Age* (Nueva York, 2000), de John Haywood, y del mismo autor, *The Penguin Historical Atlas of the Vikings* (Londres, 1995); *The Cambridge History of Scandinavia*, vol. 1, *Prehistory to 1520* (Knut Helle [coord.], Cambridge, 2003); R. I. Page, *Chronicles of the Vikings* (Londres, 1995), y A. Foote, R. Oram y F. Pedersen, *The Viking Empires* (Cambridge, 2005). *Historical Dictionary of the Vikings* (Lanham, Maryland, 2003), de Katherine Holman, es una excelente herramienta de referencia que cuenta con una extensa bibliografía de títulos en inglés. Para conocer más bibliografía véase también *Scandinavian History in the Viking Age* (Cambridge, 2001), de Martin Syrett.

Para introducciones a temas específicos, el lector encontrará útil una serie de libros. Para popa véase D. M. Wilson y O. Klindt-Jensen, *Viking Art* (2ª ed., Londres, 1980). Para religión véase H. R. Ellis Davidson, *Myths and Symbols in Pagan Europe: Early Scandinavian and Celtic Religions* (Mánchester, 1988) y Thomas A. Du Bois, *Nordic Religions in the Viking Age* (Filadelfia, 1999). Para las ciudades existe una serie de libros y artículos. Véase, en general, Helen Clark y Björn Ambrosiani, *Towns in the Viking Age* (Leicester, 1991). Para las excavaciones realizadas durante 1990-1995 en Birka véanse varios volúmenes a partir de 1995 de *Birka Studies* (Estocolmo). Para Ribe véase Claus Feveile, “The Latest News from Viking-Age Ribe: Archaeological Excavations, 1993”, *Developments around the Baltic and the North Sea in the Viking Age* (Björn Ambrosiani y Helen Clark [eds.], Estocolmo, 1994), pp. 91-99. Además, existe el importante artículo de Lena Holmquist Olausson, “Patterns of Settlement and Defence at the Proto-Town of Birka, Lake Mälaren, Eastern Sweden”, en *The Scandinavians from the Vendel Period to the Tenth Century: An Ethnographic*

Perspective (Judith Jesch [coord.], Woodbridge, Suffolk, 2002). En la misma colección véase también “Law and Legal Customs in Viking Age Scandinavia”, de Stefan Brink. Para barcos véase A. W. Brøgger y H. Shetelig, *Viking Ships, Their Ancestry and Evolution* (Oslo, Dreyer, 1951), que es en cierto modo antiguo pero sigue siendo muy valioso; Olaf Olsen y Ole Crumlin-Pedersen, *Five Viking Ships from Raskilde Fjord* (nueva ed.; Barbara Bluestone [trad.], Roskilde, 1990), y Ole Crumlin-Pedersen, *Viking-Age Ships and Shipbuilding in Hedeby / Hattabu and Schleswig* (Schleswig and Roskilde, 1997). El de Judith Jesch es un erudito estudio de fuentes lingüísticas, *Ships and Men in the Late Viking Age: The Vocabulary of Runic Inscriptions and Skaldic Verse* (Woodbridge, Suffolk, 2001). La palabra *vikingo* es objeto de discusión en Finn Hødnebo, “Who Were the First Vikings”, en *Proceedings of the Tenth Viking Congress* (J. E. Knirk [coord.], Larkollen, Noruega, 1985), pp. 43-54.

Dos estudios valiosos sobre Dinamarca son Klavs Randsborg, *The Viking Age in Denmark* (Londres, 1980) y Else Roesdahl, *Viking Age Denmark* (Londres, 1982). Para un aspecto de la sociedad escandinava a menudo pasado por alto véase Ruth Mazo Karras, *Slavery and Society in Medieval Scandinavia* (New Haven, 1988).

II. LAS PRIMERAS INCURSIONES EN LAS ISLAS BRITÁNICAS Y SUS CONSECUENCIAS

“... Y LLEGARON los paganos.” Los vikingos no fueron los primeros extranjeros ni, por lo tanto, los primeros paganos que atacaron las Islas Británicas. En gran medida fueron como los romanos y los anglosajones que los precedieron —paganos, explotadores, persistentes—, pero, a diferencia de los invasores que los antecedieron, finalmente se asimilaron. Más aún, sus horizontes eran distintos: llegaron a Irlanda y a otras partes de las Islas Británicas (y a lugares más lejanos) que no habían sido tocados por los primeros invasores. A diferencia de los invasores romanos y anglosajones, los vikingos tuvieron además el infortunio, como ellos lo habrían considerado, de que sus hazañas fueran registradas por una “prensa” uniformemente hostil. Como eran iletrados, no dejaron relatos escritos contemporáneos a esos sucesos: nada que pudiera poner en tela de juicio a los analistas y cronistas nativos, quienes naturalmente miraron con horror y espanto estas invasiones. Tengamos esto presente y sigamos el curso de los vikingos y de sus barcos a través de las aguas al oeste de Escandinavia.

Resulta útil suponer que los invasores noruegos atacaron Inglaterra primero y, sólo después, Escocia y sus Islas del Norte y Occidentales, e Irlanda, en ese orden. Esta secuencia tiene una nitidez tal que la recomienda una lógica geográfica que se satisface al ver a los vikingos abrirse camino desde la costa oriental de Inglaterra, rodear el extremo norte de Escocia y penetrar en el mar de Irlanda. La lógica evidente de la situación podría tentarnos a inferir que aquí funcionaba una estrategia maestra, que había misiones de ataque coordinadas, que los invasores estaban en estrecha comunicación entre sí, y que una estación del año tras otra, de manera planeada y sistemática, explotaron las cosas de las Islas Británicas. Las fuentes acerca de estos hechos son escasas para estos primeros años. Nadie sabe qué contactos no registrados pudieron haber existido antes del suceso descrito en la *Crónica anglosajona* para el año 789. Y nadie sabe si en verdad el modelo que se ha supuesto fue el verdadero: pudo haber viajes directos de Noruega a las Islas del Norte y a Caithness. Podría ser útil reunir aquí las fechas más antiguas que se conocen para estas incursiones iniciales a las Islas Británicas: entre 786 y 793 Portland en Dorset, en 793 Lindisfarne, en 794 Jarrow, en 795 Iona y Rathlin (una isla al noreste de la costa de Irlanda). Sin duda, hubo algunos ataques que no se registraron. Las Islas Occidentales probablemente sirvieron como base para el ataque a Rathlin, y es posible que nunca sepamos hasta qué grado fue arrasada la costa de Gales o cuándo los vikingos invadieron por primera vez Irlanda continental y la isla de Man. La imagen que surge es que en la última década del siglo VIII hubo varios ataques vikingos quizá con poca

coordinación contra las islas de las costas noroccidentales de Europa.

INGLATERRA

Tres incidentes registrados constituyen la suma de las incursiones conocidas de los vikingos en Inglaterra al comienzo del periodo vikingo. Una lectura de la *Crónica anglosajona* debe impresionar hasta al lector más indiferente con la extensión y la frecuencia de la violencia practicada por los anglosajones entre ellos mismos. Con esto como telón de fondo, las tres primeras incursiones vikingas podrían no parecer inusitadas a no ser por el hecho de que los atacantes eran extranjeros y paganos. Sin embargo, estos incidentes tuvieron una gran importancia, pues anunciaron el inicio de lo que sólo se puede denominar el periodo escandinavo de la historia de Inglaterra. Incluso el cronista reconoció esto, aunque en forma tenue, cuando afirmó que el ataque a Dorset fue la primera vez que los barcos vikingos llegaban a Inglaterra. No fue la última. Después de estos hechos iniciales siguió un periodo de 40 años libres de incursiones vikingas en Inglaterra —pero apenas libres de la violencia interna—; después llegaron los daneses. Se nos dice que los primeros vikingos que arribaron eran noruegos, pero incluso esto requiere de algunas consideraciones adicionales.



MAPA II.1. Primeros ataques vikingos a las Islas Británicas.

La *Crónica anglosajona* es la fuente principal, aunque no la única, para todos estos

incidentes iniciales. Llamarla *crónica* resulta un tanto inapropiado pues, de hecho, se trata de varias crónicas escritas en inglés antiguo y unidas en Wessex durante el reinado del rey Alfredo, después de 892, para conformarla; actualmente existe en siete versiones. Aunque la crónica fue tomada de anales anteriores, no es posible identificarlos y, por consiguiente, no es posible determinar su confiabilidad. El compilador (o compiladores) alfrediano conocía las primeras incursiones vikingas sólo mediante estas fuentes desconocidas y, por supuesto, escribió 100 años después de los hechos. Con esta advertencia en mente volvamos a cada uno de estos incidentes en el orden en el que aparecen dentro de la *Crónica*.

789

En este año el rey Brihtric se casó con Eadburh, hija de Offa. Y durante su reinado llegaron por primera vez tres barcos de nórdicos. El magistrado fue a encontrarlos y trató de obligarlos a ir a la residencia del rey, pues no sabía quiénes eran, y ellos lo asesinaron. Aquellos fueron los primeros barcos daneses que llegaron a la tierra de los ingleses.

Los *Anales de San Neots* identifican el lugar donde desembarcaron como Portland (Dorset). Æthelweard afirma que el magistrado asesinado se llamaba Beaduheard y que había viajado a Portland desde Dorchester con algunos hombres con la creencia errónea de que los extraños eran comerciantes.

De estos relatos surgen varias preguntas. La primera tiene que ver con la fecha de este suceso. El cronista coloca esta entrada en el año 787, pero se debe leer 789, pues en esto la crónica tenía dos años de desincronización, además, no especifica que el evento tuviera lugar durante ese año. Él sólo dice que sucedió durante el reinado de Brihtric, un rey sajón occidental que gobernó de 786 a 802. Los acontecimientos de Lindisfarne en 793 son las siguientes incursiones vikingas que describe la *Crónica*. Esto debió de haber seguido al incidente de la costa sur, ya que el ataque a Dorset fue llamado el “primero”. Parece seguro, entonces, concluir que el ataque al sur ocurrió entre 786 y 793.

Casi todos han convenido en que los atacantes de Dorset eran noruegos, pero la cuestión de su identidad, por esa causa, no debe pasarse por alto en silencio. ¿Qué es lo que dicen los textos? Todas las versiones de la *Crónica anglosajona* los identifican como “nórdicos” y “daneses”; tres añaden que eran “de Haeredalande”. Æthelweard los llamaba “daneses”. ¿Qué pruebas existen para considerarlos noruegos? En primer lugar, en esta literatura la palabra *daneses* no necesariamente se usaba en sentido literal y podía significar, de forma más general, vikingos. Además, tres versiones de la crónica indican que vinieron de Haeredalande. Estas tres versiones (D, E y F) están estrechamente relacionadas y no deben considerarse en este contexto tres relatos separados, sino tan sólo uno. La traducción e interpretación acostumbradas es que Haeredalande es Hørthaland en el occidente de Noruega. Aunque esto sea cierto —y no está del todo claro que así deba ser— nuestra mente duda al tratar de determinar cómo se pudo haber

obtenido esta información. Incluso si damos por hecho cierta comprensión mutua, ¿acaso hubo una presentación formal entre ellos en una playa de Dorset? Y ¿es que el magistrado no fue asesinado por los extraños? Además, existe la cuestión enigmática de que este ataque haya ocurrido en la costa *sur*. Esta localización no concuerda con lo que sabemos de otros ataques noruegos: el noreste de Inglaterra, Escocia, las islas, Irlanda, etc. Parece más probable que los atacantes de la costa sur de Inglaterra hubieran sido daneses. Los ataques daneses subsiguientes se realizaron en estas regiones y en estas aguas: Frisia en Holanda, la costa este de Inglaterra y, a través del canal de la Mancha, la costa sur de Inglaterra y la costa occidental de Francia.

Nadie puede discutir que los otros dos primeros ataques a Inglaterra hayan sido realizados por noruegos. Una vez más, nuestro testigo de estos ataques es la *Crónica anglosajona*:

793

En este año aparecieron unos terribles presagios sobre Northumbria y aterrorizaron muchísimo a la gente. Consistieron en inmensos torbellinos y destellos de relámpagos, y flameantes dragones fueron vistos volando en el aire. A estas señales siguió de inmediato una gran hambruna, y poco después en el mismo año, el 8 de junio, la devastación de unos paganos destruyó la iglesia de Dios en Lindisfarne con pillaje y asesinatos en masa.

Este incidente más que el anterior en el sur (debido, quizá, al énfasis excesivo de un compilador de Wessex) marcó el verdadero inicio de los ataques vikingos a las Islas Británicas. El relato anterior de los sucesos de Dorset no mencionaba saqueo ni asesinato sin control: los extraños mataron al magistrado y a sus hombres. El ataque a Lindisfarne, hoy conocida como Isla Santa, fue un ataque al cuerpo y alma de la Inglaterra cristiana. Simeón de Durham, que escribió a principios del siglo XII, pero según parece utilizó como fuente una versión del norte y más antigua de la *Crónica anglosajona*, que ya no existe, comparó a los vikingos en sus ataques a Lindisfarne con “avispones agujoneantes” y con “lobos voraces”; asesinaron a sacerdotes y monjas; destruyeron todo lo que encontraron, incluyendo las santas reliquias, y se llevaron los tesoros de la iglesia e incluso a algunos monjes como esclavos. Las noticias de este ataque inesperado llegaron a la corte de Carlomagno, donde Alcuino de York, el anglosajón más distinguido de su tiempo, era consejero de enseñanza del rey franco. Alcuino respondió no una sino siete veces en distintas cartas a las noticias de este ataque: tres veces a Ethelred, rey de Northumbria; una vez a Æthelhard, arzobispo de Canterbury; a los monjes de Wearmouth-Jarrow; al obispo de Lindisfarne, y a un sacerdote de Lindisfarne. “Han pasado casi 350 años —escribió en una de sus cartas— desde que nosotros y nuestros padres nos establecimos en esta bellísima tierra y nunca antes había surgido un terror como éste en Gran Bretaña y nunca se había pensado que un desembarco así fuera posible.” La causa, moralizaba Alcuino, era que los monjes no vivían de acuerdo con su

ideal monástico; Dios los estaba castigando por su infidelidad hacia Él. Teniendo en cuenta la retórica del moralizador, la posible distorsión de los hechos en la transmisión, y el fervor de un nativo de Northumbria, aún sigue siendo muy evidente que este suceso dejó una huella profunda en el corazón de Alcuino, no sólo por lo que era sino por lo que presagiaba.

El tercer incidente ocurrió en Jarrow (en Tyneside), donde en 681 Benedicto Biscop había fundado un monasterio de monjas en Wearmouth:

794

Y los paganos asolaron Northumbria y saquearon el monasterio de Ecgfrith en Donemuthan. Uno de sus jefes fue asesinado allí y además algunos de sus barcos fueron hechos pedazos por el tiempo tempestuoso, y muchos de sus hombres se ahogaron. Algunos llegaron a la playa con vida y de inmediato fueron asesinados en la desembocadura del río.

Simeón de Durham identificó el monasterio como Jarrow en el río Don, afluente del Tyne. Confirmó el fracaso de los paganos vikingos y lo atribuyó a la intercesión de san Cutberto. No eran invencibles, así pues, ni los cristianos eran misericordiosos ni mesurados.

Se tiene registro de estos tres ataques en Inglaterra, posteriormente la crónica no tiene entradas al respecto por los próximos 30 años. En el panorama general del periodo vikingo estos tres incidentes ingleses deben parecer en verdad muy poco importantes. Tuvieron importancia porque marcaron una distinción entre cristianos y paganos, entre atacados y atacantes, y anunciaron dos siglos en los que Inglaterra debe ser considerada en el contexto más amplio del norte de Europa. Los daneses habrían de volver a Inglaterra en la década de 830, pero esa historia pertenece a otro capítulo.

Según el parecer de algunos, los ataques al noreste de Inglaterra fueron, de hecho, sucesos secundarios de la colonización llevada a cabo por los noruegos occidentales en las Orcadas y Shetland en la última mitad del siglo VIII. Las pruebas que apoyan esta opinión distan mucho de ser convincentes. Algunas excavaciones arqueológicas —las más conocidas en Jarlshof (Shetland) y en Birsay (Orcada)— han puesto al descubierto algunas tumbas vikingas primitivas que pueden fecharse cerca del año 800. Los indicios acerca de los nombres de los lugares son apenas tan seguros como los indicios arqueológicos; se utilizan mejor para describir las pautas de colonización y sólo pueden tener un uso limitado en la determinación de fechas exactas. El intento de algunos eruditos en la toponimia de remontar el periodo de la colonización hasta el último cuarto del siglo VIII no ha encontrado apoyo. Un tesoro enterrado, compuesto por objetos de plata, en la isla de Saint Ninian podría fecharse alrededor del año 800. Si su dueño lo enterró para resguardarlo durante el tiempo de un ataque nórdico, que posiblemente cobró su vida, entonces éste podría utilizarse como evidencia de los ataques vikingos tempranos en las Islas del Norte. El enfoque más seguro en esta cuestión es aún el tradicional: hubo ataques vikingos contra las Islas del Norte en la última década del siglo VIII. Estos ataques corresponden al contexto más amplio de las incursiones bien documentadas que ocurrieron durante la misma década en Northumbria, las Islas Occidentales e Irlanda. Según los *Anales de Ulster* hacia el año 794 hubo “una devastación por los paganos de todas las islas de Gran Bretaña”. Quizá, como algunas veces se dice, los vikingos utilizaron las Orcadas y las Shetland como bases para las incursiones al occidente. Esta afirmación, para la que tampoco existen pruebas sólidas, tiene el valor de satisfacer las demandas de la lógica geográfica e incluso de la lógica naval y militar.

Beda el Venerable describió las islas Orcadas como la parte posterior (el dorso) de Gran Bretaña, “donde se abre al océano infinito”. Los dos archipiélagos del Atlántico Norte —las Orcadas (alrededor de 70 islas y 1 007 kilómetros cuadrados) y las Shetland (alrededor de 100 islas y poco más de 1 445 kilómetros cuadrados)— se encuentran casi como una sarta de perlas sueltas al norte de Escocia. Desde las costas de Caithness hasta el extremo sur de las Orcadas, la distancia es de sólo unos 10 kilómetros cruzando el estuario de Pentland en el sitio más angosto; desde las elevaciones más altas de Rousay en las Orcadas puede verse la isla Fair, a medio camino de las Shetland, y desde la isla Fair es visible el extremo sur de Shetland, Sumburgh Head. Estas islas estuvieron habitadas por pictos en el siglo VIII. Habiendo adoptado el cristianismo desde fines del siglo VI, estos pictos ni habían desaparecido, como algunos sostendrían, ni estaban desapareciendo cuando llegaron los vikingos. Estos descendientes de los constructores de tumbas en cámaras y de torres circulares probablemente fueron rápidamente asimilados.

No obstante, el patrón de los asentamientos vikingos nos es del todo desconocido. Ya fuera que, al igual que en otros lugares, las incursiones precedieran o no a los asentamientos, aún nos es imposible hacer afirmaciones concretas. Si el patrón seguido fue el mismo de los guerreros-navegantes que se establecían sin esposas, entonces pudo haber tenido lugar el matrimonio interracial con mujeres pictas nativas, lo que, a su vez, ayudaría a explicar la rápida integración de los pictos y la escasez de vestigios pictos posteriores a los asentamientos vikingos. Las similitudes entre las casas picticas y nórdicas apoyarían una tesis de asimilación. De cualquier modo, cuando Ragnald y sus hijos vinieron de Noruega a las Orcadas más o menos a mediados del siglo IX, la implicación era que iban a un lugar donde estuvieran a salvo de sus enemigos. Esto disiente de una presencia escandinava en colonias antes de esa época, una situación compatible con los indicios arqueológicos de este periodo.

Las excavaciones de Jarlshof han mostrado una imagen bastante completa de una colonia vikinga desde principios del siglo IX hasta el siglo XIII o XIV. Para el periodo más antiguo se ha descubierto una pequeña comunidad agrícola. Su edificio principal era una “vivienda comunal” de 22 por seis metros; su techo estaba sostenido por postes y cabrios; uno de sus muros se curvaba hacia el exterior y tenía cuatro edificios anexos incluyendo un establo y una herrería. Junto con Cunningsburg, donde se han revelado tres inscripciones rúnicas nórdicas, notablemente difíciles de fechar, Jarlshof es el único sitio importante excavado por completo en Shetland.

En las Orcadas, un descubrimiento casual en 1991 en Scar, dentro de los límites de la isla Sanday, reveló lo que claramente es un barco vikingo funerario del siglo IX. La embarcación contenía los cuerpos de una mujer de alrededor de 70 años, un hombre en sus 30 y de un infante, así como una gran placa decorada en forma exquisita que había sido tallada a partir de un hueso de ballena. En Westness, en la isla de Rousay, y de nueva cuenta por accidente, fue descubierto un cementerio con cerca de 30 tumbas, entre las cuales se hallaron entierros vikingos que datan del siglo IX y posteriores. Los restos de Birsay, “tierra adentro” de las Orcadas, son vastos y se encuentran tanto en la bahía como en la isla mareal (Brought de Birsay). Se han descubierto granjas vikingas que datan del siglo IX, y se sabe que los condes de las Orcadas vivieron allí, donde también construyeron una catedral. Fue en esta catedral donde descansó el cuerpo del conde Magnus, santo patrón de estas islas, durante casi 30 años después de su asesinato. En los 300 años que transcurrieron entre los invasores y colonos originales, y la muerte de san Magnus, los vikingos habían arrollado a los pictos, habían establecido una comunidad por entero escandinava con su propia lengua nórdica (*norn*), habían hecho que la isla volviera al paganismo, y ellos mismos a su vez se convirtieron al cristianismo. El condado de las Orcadas, fundado en el siglo X, tendría autoridad que habría de extenderse no sólo a las Islas del Norte, sino a gran parte de la costa occidental de

Escocia, así como a las Hébridas y la isla de Man. Sus descendientes no son de ninguna manera escoceses y deben distinguirse con claridad de sus vecinos del sur, con quienes se unieron políticamente como resultado de una dote matrimonial a fines del siglo xv.

Hasta cierto punto, sus vecinas inmediatas del sur, Caithness y la costa de Sutherland, deben excluirse de esta distinción, pues en el periodo vikingo y durante algún tiempo formaron parte del mundo de las Orcadas-Shetland. Es difícil determinar la fecha exacta en la que los vikingos comenzaron a establecerse en la zona: posiblemente su asentamiento haya sido contemporáneo con el de las Orcadas, o, de hecho, puede ser que éste no haya tenido lugar sino hasta el siglo x. Los nombres nórdicos destacan de manera importante en la toponimia de Caithness. Es posible que Thurso, por ejemplo, deba su nombre al nórdico antiguo *Thorshaugr*, “Thor’s Mound” (Montículo de Thor). Una cantidad considerable de nombres de lugares en Caithness deriva de *-bolstadr* (granja), como Bilbster, Ulbster, Scrabster y Lybster. Los nombres de muchos lugares derivan del antiguo nórdico *-setr* (morada) como Tister y Reaster. Además, los numerosos nombres de lugares que terminan en *-dale* (por ejemplo: Berriedale, Harpsdale, Weydale) provienen del nórdico antiguo *-dalr* (valle). Todos los nombres de lugares que terminan en *-gill*, *-wick* y *-toft* también indican orígenes nórdicos. Las excavaciones en Freswick en el noreste de Caithness han mostrado construcciones y artefactos del periodo vikingo posterior y se han encontrado varias tumbas del periodo nórdico tardío en otros sitios aledaños.

Las otras islas —las Hébridas Interiores y Exteriores, la isla de Man y Anglesey— con el tiempo se convirtieron en partes secundarias del mundo vikingo más extenso; sus relaciones con las Orcadas fueron un tema dominante, y su proximidad con Irlanda fue un factor constante en su historia. Gales, además de Anglesey, escapó de todo el poderío y la furia de las actividades vikingas, y en su territorio no prosperó con éxito ninguna colonia, aunque sí sufrió incursiones esporádicas. Las muy decoradas piezas de ajedrez del siglo xii, de origen noruego, encontradas en la isla de Lewis en 1831, son un recordatorio de que las Islas Occidentales fueron parte de un mundo nórdico más amplio. Sea cual haya sido la importancia nórdica en estas latitudes, los habitantes de la zona no experimentaron el influjo escandinavo que sí golpeó las Islas del Norte.



FIGURA II.1. *Piezas del ajedrez de la isla de Lewis.*

IRLANDA

Al sudoeste de las Islas del Norte los vikingos llegaron inexorablemente por las Hébridas y la península de Kintyre hasta el mundo occidental, la sobreviviente más al occidente de las alguna vez poderosas tierras célticas, a la que llamaron “Irlanda”. También dieron nombres a tres de sus provincias: Ulster, Leinster y Munster. Sería un anacronismo considerar esta isla como la unidad histórica irlandesa básica en esta época, pues formaban un pueblo centrado en la tribu a cuyo mundo pertenecían las islas célticas del norte y occidente e incluso las penínsulas escocesas del oeste. Los historiadores irlandeses suelen describir esta fase de su historia como “el periodo vikingo”.

Una visión trágica de la historia irlandesa sostendría que los grandes logros de la edad de oro de la cristiandad céltica llegaron a su fin en forma repentina bajo el hacha y la antorcha del vikingo. Se dice que el gran éxito de los monjes irlandeses no estriba sólo en el establecimiento de monasterios en lugares como Clonmacnois, Durrow, Glendalough, Clonfert, Bangor, Armagh y Cork, que mantuvieron viva la tradición occidental de las letras latinas, sino también difundieron esta tradición a través de Columba hasta Escocia y Northumbria; a través de Columbanus hasta Luxeuil, San Gall y Bobbio en el continente, y a otros lugares aún más hacia el este. Los manuscritos ilustrados, las ruinas monásticas y las altas cruces célticas son los símbolos que nos quedan, según nos dicen, de la gran promesa y logros de la cristiandad céltica primitiva en Irlanda: los vikingos destruyeron todo esto. En esta visión trágica de la historia irlandesa nos encontramos con un personaje familiar en la historiografía de la región: el extranjero destructor, la causa de todo mal. Debemos volver más adelante a esta visión, pero primero veamos las incursiones.

Las primeras incursiones se realizaron, al igual que en Inglaterra y en las Islas del Norte y Occidentales, durante la década de 790. El comentario al que ya hicimos referencia en los *Anales de Ulster* para el año 794 (*vastatio omnium insularum Britanniae a gentilibus*) debe significar que en 794 hubo ataques extendidos en las Hébridas y, quizá, más al sur en Iona e incluso en Man. Los *Anales* se vuelven muy específicos en 795: los invasores atacaron las islas de Iona y Skye cerca de la costa occidental de Escocia, la isla de Rechru (Rathlin), cerca de la costa norte de Antrim, dos islas cercanas a la costa occidental de Irlanda (Inishbofin, casi con seguridad la isla con ese nombre cerca de la costa de Donegal, e Inishmurray, cerca de la costa de Sligo). En 798 Inispatrick, la isla de San Patricio cercana a Dublín, fue saqueada y el altar de santa Conna fue destruido. En 798 Ulster y las Hébridas también fueron visitadas y saqueadas. Los *Anales de Ulster* resumen el año 798 diciendo simplemente: “Gran devastación entre Irlanda y Escocia”.

Los *Anales* continúan: en 802 y 806 Iona fue visitada nuevamente; la segunda vez 68 personas fueron asesinadas y las restantes fueron obligadas a trasladarse a Kells en el año

siguiente; en 812 fueron atacadas las Owles de Mayo, Connemara e incluso Kerry en el sudoeste; en 813 las Owles fueron atacadas otra vez; en 821 Howth cerca de Dublín fue invadida y las mujeres fueron tomadas como esclavas; en 823 fue atacada Skellig Michael, la isla santuario a unos 16 kilómetros de la costa de Kerry en el océano Atlántico, y Bangor, condado de Down, fue invadida y las reliquias de san Comgall fueron profanadas; Bangor también fue atacada al año siguiente; en 832 Armagh fue saqueada tres veces en un mes, y desde entonces los vikingos se convirtieron en un elemento constante en la historia de Irlanda.



MAPA II.2. Irlanda en el periodo vikingo.

La pauta en la historia de las relaciones irlandesas se pone de manifiesto de inmediato. Primero transcurrieron estos años iniciales (aproximadamente de *ca.* 795 a *ca.* 830) con incursiones, ataques rápidos y huidas en lugares de la costa y en algunas islas. A continuación vinieron dos periodos de colonización, cada uno seguido de cierto grado de tranquilidad e incluso de asimilación: uno de los años 830 a los años 870, el otro de alrededor de 914 a los años 940. No es necesario referir aquí en detalle la historia de estas dos últimas etapas. Esta historia puede encontrarse en las abundantes páginas de los anales irlandeses. Generalmente no se reconoce la gran riqueza que tienen estos anales para tal periodo; de hecho, una riqueza mayor que la de los registros de los anales

anglosajones para el mismo tiempo. Sin embargo, existe el peligro de mezclar los anales con relatos legendarios posteriores y menos confiables. Aquí nos basta con trazar las líneas generales de la narrativa.

La primera etapa de colonización comenzó en los años 830 y duró alrededor de cuatro décadas. No debe insistirse en las fechas exactas. Lo que es evidente es que para los años 830 existen pruebas de incursiones muy intensificadas, procedentes tanto del occidente como del oriente. Los ríos permitieron el acceso a las regiones más importantes de Irlanda. El Shannon, en el occidente, condujo a los vikingos a Connaught, a la que asolaron en 836 (*vastatio crudelissima a gentilibus omnium finium Connactorum*), hasta Clonmacnois, a la que saquearon repetidas veces, y a otros lugares del interior. Llegaron a la desembocadura del río Vartry (Wicklow) en 836, y el año siguiente dos grandes flotas de 60 barcos cada una remontaron el Boyne hasta las más ricas tierras del país en el este de Meath y por el Liffey con su fértil valle; el mismo año barcos vikingos también navegaron hasta el lago Erne. En 839 los vikingos navegaron hasta la desembocadura del Lee, donde incendiaron el monasterio de Cork. En ese año también estuvieron en el lago Neagh, que utilizaron como una base para los ataques al este de Ulster. La imagen está clara: invasores en todas las provincias del país, en gran escala, no coordinadas y que se extendieron considerablemente al interior mediante los extensos sistemas fluviales irlandeses. Hacia 840 los vikingos fueron una amenaza para la Irlanda cristiana celta.

La amenaza habría de tomar una nueva forma cuando, en los años 840, los vikingos empezaron a pasar el invierno y a establecer bases permanentes en Irlanda. El lago Neagh y el lago Rea fueron dos de las primeras áreas que los vikingos utilizaron para invernar. En 841 los nórdicos construyeron un gran puerto (un lugar protegido para guardar sus barcos) en Louth, probablemente en Anagassan al sur de Dundalk, y, también, en Dublín (*Duibhlinn*: “estanque negro”). Los *Anales* indican que éstos se usaron como centros para el saqueo. Pronto se establecieron otros centros similares en *Hlymrekr* (Limerick), *Veigsfjörth* (Wexford), *Vethraffjöthr* (Waterford), *Vikingalo* (Wicklow) y en los pantanos de Cork.

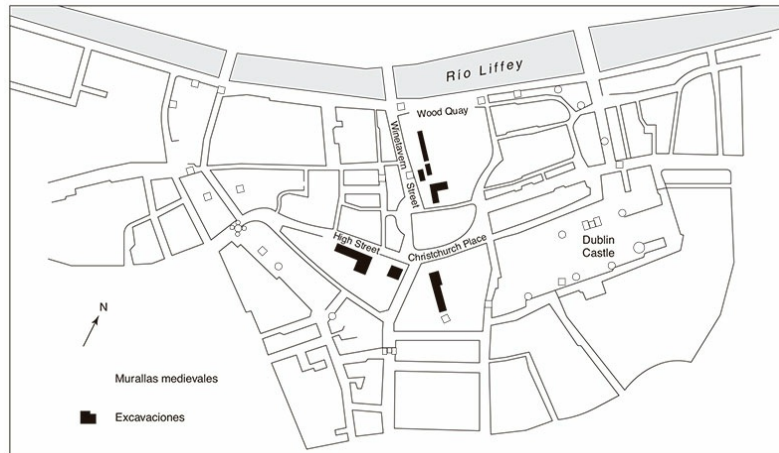
De esta forma, los vikingos introdujeron las ciudades en Irlanda. Los pequeños poblados que existían hasta entonces cerca de los monasterios celtas apenas podrían merecer el nombre de “ciudades”, lo que implica un destacado núcleo comercial. La ulterior historia ilustre de Dublín no debe deformar su importancia real de mediados del siglo IX: durante sus primeras décadas tan sólo fue una más de las crecientes ciudades vikingas. Si acaso destacó una de estas ciudades quizá fue Limerick. No obstante, el espléndido puerto de Dublín, sus perspectivas hacia el oriente y su potencial para el comercio habrían de convertirla con el tiempo en la ciudad más importante de Irlanda. En la década de 1960 se excavaron cuatro sitios de la Dublín vikinga: dos justo al sur de

High Street, uno al sur de Christchurch Place, y uno al este de Winetavern Street cerca de Wood Quay. Se recobraron más de 30 000 objetos; de éstos muy pocos datan del siglo IX. Las excavaciones han producido la imagen de una ciudad acaudalada con extensas relaciones comerciales con el norte de Europa. Esta ciudad vikinga, situada en la ladera que nace en la orilla sur del Liffey, tenía casas construidas a base de postes y zarzos. Los troncos de los árboles se partían a lo largo y se ahuecaban para proporcionar en High Street un canal abierto de madera, cuyo propósito no se conoce con certeza. Lo seguro es que Dublín contaba con artesanos especializados, en especial bronceístas (se encontraron 700 broches primorosamente decorados), fabricantes de peines (la gran cantidad de desechos de cuernos de ciervos sugieren la existencia de talleres en los sitios de High Street y Christchurch Place) y artesanos del cuero, probablemente fabricantes de zapatos, con tiendas en High Street. No se han encontrado pruebas que apoyen la sugerencia de que había un poblado anterior a los vikingos en Dublín y ningún indicio que asocie al *ath cliath* (“el vado de los zarzos”, como los irlandeses llamaban Dublín), mencionado en los *Anales*, con un poblado en el promontorio formado donde el Liffey se unía con su afluente, el Poddle. Varios monasterios de la época previkings existían en la región del Liffey y en el interior del país (Clondalkin, Swords, Tallaght, Kilmainham y Finglas), pero ninguno en el sitio de la ciudad noruega de Dublín. En 841 la gloria de Dublín se hallaba en el futuro.

Tal vez previo al sitio de Dublín haya sido el gran sitio de Woodstown en el río Suir, cerca de Waterford, posteriormente abandonado sin desarrollar. Descubierta en abril de 2003, mientras se preparaba el terreno para la construcción de un camino de circunvalación, el sitio reveló evidencia de una sede vikinga muy temprana, probablemente el lugar del asentamiento escandinavo original de Waterford.

La pauta de ataque en Irlanda estaba destinada a cambiar una vez que los vikingos tuvieran bases permanentes allí. Sin duda alguna se aceleró el ritmo: en 845 hubo ataques en Teryglass, Clonenagh, Dunamase, Clonmacnois, Clonfert y Lorrha; el abad de Teryglass y el subabad de Kildare fueron asesinados, y el abad de Armagh fue hecho prisionero y se pidió rescate por él. Las colonias permanentes además llevaron a los vikingos al contacto político con los irlandeses, y es en los años 840 cuando vemos por primera vez una alianza entre los jefes irlandeses y vikingos. En esta nueva situación apareció Turgeis, a quien la leyenda ha coronado como el gran rey de todos los vikingos en Irlanda. Su fama se debe a las narraciones acerca de sus hazañas y de sus crímenes en la crónica-leyenda del siglo XII *Cogadh Gaedhel re Gallaibh* [La guerra de los irlandeses contra los extranjeros]. Para el periodo que va de 811 a 922 este texto se basa en crónicas, probablemente la *Gran crónica de Irlanda* (la principal fuente ya no existente de los otros anales), y en la tradición oral. Por el texto nos enteramos de que Turgeis llegó a Dublín en 841 y asumió el mando general de los vikingos en el este —los

vikingos que operaban en el Shannon desde su base en Limerick eran independientes—. Aunque existen algunas dudas acerca del incidente, Turgeis podría haber ocupado realmente Armagh para establecerse como sumo sacerdote pagano. En la leyenda de Turgeis, con excepción del incidente acerca de su muerte, apenas hay una parte de verdad.



MAPA II.3. Excavaciones del Dublín vikingo y medieval.

La resistencia irlandesa no demoraría mucho en aparecer, pero no se trató de un esfuerzo nacional. Tampoco se dirigía solamente contra los vikingos. Las guerras intertribales, endémicas en la Irlanda de este periodo, continuaron, y los vikingos añadieron otra dimensión a la situación prevaleciente. Algunos reyes irlandeses, cada uno actuando en forma individual, lanzaron algunos ataques. Tomemos el año 847, por ejemplo, cuando Cerball, rey de Osraige, atacó a los vikingos de Dublín; el rey supremo O'Neill se enfrentó a una fuerza vikinga en Skreen; el rey de Cashel derrotó a los vikingos invasores; los reyes de Munster y de Leinster en forma conjunta se enfrentaron y derrotaron a una gran fuerza vikinga en Castledermot, y el rey de Munster atacó la colonia vikinga de Cork, dos años antes de que el legendario Turgeis fuera hecho prisionero por el mismo rey supremo de los O'Neill y se ahogara en el lago Owel en Westmeath. Se nos dice que a mediados del siglo IX las alianzas entre facciones irlandesas y facciones noruegas habían dado por resultado los “irlandeses extranjeros” (*Gall-Gaedhill*). El hambre de conocimiento del historiador de este pueblo híbrido se estimula, pero está lejos de satisfacerse. Las leyendas hostiles los describen como renegados y oportunistas que se unieron a Turgeis y, con él, saquearon monasterios e iglesias cristianas, donde entonces adoraron a Thor. Puede decirse que los *Gall-Gaedhill* eran un grupo de nórdicos-celtas, algunos de los cuales eran producto del *matrimonio* entre los vikingos y los celtas, y cuya cultura y religión probablemente reflejaban su linaje híbrido. En 856 su flota fue destruida por una flota O'Neill, y después de 860 su importancia como fuerza política independiente empezó a declinar. Subsiste la posibilidad

muy distinta de que los *Gall-Gaedhill* no fueran en lo absoluto irlandeses; que, más bien, fueran invasores provenientes de la región occidental de Escocia y de las Islas Occidentales, lugares colonizados y cultivados por los noruegos en esta época y donde, sin duda, se habían realizado matrimonios entre los miembros de las distintas razas. El nombre posterior de Galloway en Escocia deriva de este pueblo.

Las aguas de la historia irlandesa habrían de enturbiarse aún más cuando otros extranjeros, esta vez los daneses, probablemente provenientes de Inglaterra, atacaron Irlanda en 851. Dirigieron sus atenciones hostiles hacia sus compañeros del norte y llevaron a cabo un exitoso ataque al Dublín noruego. Los dublineses, ansiosos de venganza, navegaron con una flota de 160 barcos por el lago Carlingford para hacer frente a los daneses, pero después de tres días de lucha sólo un puñado de dublineses escapó con vida. Los días daneses en Irlanda habrían de ser breves y tenue su huella en la historia irlandesa. En 853, Olaf, hijo de un rey noruego, llegó a Irlanda con una gran flota; de inmediato se puso al frente de los daneses, se instaló como rey en Dublín y se casó con la hija cristiana del O'Neill del norte. Su hermano Ivar había asumido el mando de los vikingos en el occidente de Limerick. Los dos hermanos ayudaron a establecer una presencia noruega permanente en Irlanda. Los noruegos habían llegado para quedarse y no para ser arrojados de la isla, aunque tuvieran que sufrir derrotas. Olaf e Ivar extendieron los intereses de Dublín al occidente de Escocia: cuando sucedió a su hermano en Dublín en 871, Ivar fue llamado “el rey de los noruegos y de toda Irlanda y Bretaña”, sin duda un título ampuloso, pero, al menos, una manifestación de ambición. A pesar de que la guerra habría de continuar después de que Ivar se convirtió en rey, los años turbulentos de esta fase habían terminado entonces, y con cierta justicia el cronista puede describir los 40 años que siguieron a la muerte de Ivar en 873 —quien podría haber muerto siendo cristiano— como “el descanso de 40 años”, es decir, 40 años libres de invasiones.

El lapso es sólo una aproximación: el periodo de paz relativa finalizó alrededor de 914 con el inicio de la fase final (la segunda etapa de colonización) de los vikingos en Irlanda. La colonización de Islandia en los aproximadamente 25 años que precedieron y que siguieron al año 900 alejó a algunos noruegos que se habían establecido en Irlanda. Asimismo, una importante derrota de los vikingos en Dublín en 902 hizo que partieran más, esta vez para establecerse en la isla de Man y en el noroeste de Inglaterra desde el Wirral del norte hasta el Solway, donde sobreviven nombres por entero noruegos en lugares como Ainsdale, Bescar, Meols Cop, Ormskirk y Scarisbrick. (Existe cierta opinión moderna que no ha sido refutada y que sostiene que Cumbria y Lancashire fueron pobladas en este periodo por noruegos de las Islas Occidentales de Escocia.) Había llegado el momento propicio para un renovado ataque externo a Irlanda por parte de los vikingos. Éste se presentó en 914 y en los años sucesivos cuando grandes flotas

invadieron Irlanda. Bajo el mando de los nietos de Ivar invadieron grandes regiones del país, en particular Munster y Leinster, y en 919 derrotaron al rey O'Neill de Tara, quien sucumbió en la batalla junto con 12 reyes menores. Los *Anales de Ulster* lamentan su muerte:

Triste se encuentra hoy la noble Irlanda
sin un valiente jefe de un reino rehén.
Es contemplar el firmamento sin un sol,
ver a Magh-Neill sin Neill.

No hay alborozo en la bondad humana,
no hay paz ni alegría en las huestes;
ninguna feria se puede celebrar,
pues su muerte sólo trae tristeza.

Es una tragedia, ¡oh amada planicie de Brega!
Hermoso y deseable país.
Has partido con mi noble señor;
Neill, tu guerrero heroico, te ha abandonado.

¿Dónde está el jefe del mundo occidental?
¿Dónde se encuentra el héroe de todas las contiendas?
¿Acaso es el valiente Neill de Cnucha,
el que se ha perdido, oh, gran tierra?

A raíz de esta sorprendente victoria el reino vikingo de Dublín fue rápidamente restablecido. Pronto se convirtió en el centro de un reino que se extendía por el mar de Irlanda y los Peninos hasta la ciudad de York en el Dominio Danés en Inglaterra. Es muy evidente que existía una conexión con York en el siglo X. Ragnald, uno de los nietos de Ivar, asumió el control de York en 919 y fue sucedido, a su vez, por sus parientes Sihtric, Guthfrith, Olaf Guthfrithson y Olaf Sihtricson. Este último, quien se había casado con una princesa O'Neill, fue bautizado en 943 y habría de morir en la isla monástica de Iona. Aunque carecemos de detalles cruciales acerca de la relación Dublín-York en el siglo X, las excavaciones arqueológicas en ambas ciudades, más recientemente en York, subrayan su estrecha interrelación.

La importancia de Dublín residía en que era el centro de este eje noruego. La Dublín del siglo X era en cierta forma como la Dublín del XVIII: próspera, parte de un mundo más extenso, una ciudad internacional regida por extranjeros. Aunque preocupados por su propia esfera hacia el este, los vikingos de Dublín en 921 atacaron Armagh, y en 924 y de nuevo en 931 trataron de obtener el control sobre los vikingos de Limerick. Estos mismos vikingos de Limerick a menudo tenían conflictos con los de Waterford. Siguió un torrente de invasiones piratas vikingas a lo largo de las costas del norte y del noroeste, y a lo largo de ríos como el Shannon y el Erne. La verdadera historia de Irlanda en esta

época no fue de una lucha de los irlandeses contra los vikingos, sino una lucha entre los reyes irlandeses por conseguir el reinado supremo. Los vikingos, hacia mediados del siglo X, se habían integrado a esta pauta general y se habían convertido en piezas de ajedrez adicionales utilizadas por los grandes reyes de Irlanda en sus intentos por restablecer un poder político más amplio. Esta lucha dominó el panorama irlandés hasta el advenimiento de los normandos en 1169. Es con este fondo como se deben analizar los últimos días de los vikingos como un elemento extranjero e independiente. Su integración y su irlandización fueron facilitadas por su conversión al cristianismo, que se estaba llevando a cabo lentamente desde mediados del siglo X —según algunos, desde mediados del siglo IX— debido a sus alianzas con las facciones nativas irlandesas y al mestizaje. De hecho, existen bastantes pruebas de que en los siglos IX y X las grandes familias noruegas y las grandes familias irlandesas —la élite gobernante— a menudo realizaban matrimonios entre sí.

¿Qué sucedió, entonces, con la batalla de Clontarf en 1014? ¿Acaso no fue el suceso mediante el cual Brian Boru sofocó la amenaza vikinga en forma definitiva, destruyó este poder pagano y resguardó a Irlanda para los celtas? Las leyendas perduran y quizá ninguna perdurará más que la de Brian Boru y la batalla de Clontarf. Tal como la leyenda sostiene, Brian surgió de las intrincadas profundidades de Clare como rey supremo del sur y con el tiempo como rey supremo de Irlanda. Protector de la cultura, glorificador de los primeros logros cristianos de Irlanda, reconstructor de monasterios y bibliotecas, enemigo de la ignorancia y la barbarie, Brian se irguió como el jefe nacional para derrotar a los noruegos, quienes se oponían a todos los verdaderos valores celtas. Fue en Clontarf, al norte del Liffey cerca de Dublín, donde los celtas se enfrentaron a los noruegos, los cristianos se enfrentaron a los paganos y Brian Boru se enfrentó a Sihtric. Los vikingos habían reunido un poderoso ejército vikingo virtualmente de todo el mundo escandinavo: venían de las Hébridas, las Orcadas, Normandía, la isla de Man y de la misma Escandinavia para proteger a sus hermanos dublineses. En la víspera de la batalla se observaron augurios en el norte en lugares tan distantes como Caithness e Islandia. Brian tuvo una visión de san Senán, quien reclamó reparaciones por el ataque de Brian a su monasterio en Inis Cathaig en 977. Los barcos del rey de Man recibieron visitas fantasmales y unos cuervos con picos y garras de hierro atacaron a los guerreros de Manx. El día de la batalla era el Viernes Santo de 1014, y el ejército irlandés de Brian, sin los hombres de Leinster, que se habían pasado al bando de los vikingos, y sin el O'Neill del norte, quien había permanecido en su tierra, se apostó en dos flancos paralelos al Liffey en su lado norte. Brian se arrodilló sobre la piel de un animal en el bosque de Tomar y se negó, él mismo, a entrar en combate en ese día sagrado. No obstante, se trabó combate. Primero se enfrentaron un campeón de cada bando, pero sin que se llegara a una decisión. Entonces, las fuerzas de Munster retrocedieron antes de

arremeter contra Leinster, pero se trataba sólo de una táctica, ya que el O'Neill del sur procedió a aplastar a Leinster. Sigur, el *jarl* de las Orcadas, reagrupó en torno suyo a los restos del ejército vikingo y a los hombres de Leinster, pero era demasiado tarde. Se les obligó a huir a sus barcos atravesando un bosque cercano. Allí vieron a un anciano arrodillado en medio de un círculo de guerreros. Brodir, el rey de Man, preguntó quién era ese hombre y le respondieron que era Brian Boru. Brodir levantó su poderosa espada de combate y derribó al rey supremo de Irlanda. Sin embargo, el día ya estaba perdido y la sangre de Brian Boru selló la victoria de los celtas sobre los *Gael-Gaedhill*, de los cristianos sobre los paganos. La era vikinga había llegado a su fin o, por lo menos, eso es lo que cuenta la leyenda.

Debemos hacer un examen de esta maraña de verdad y ficción. Ciertamente Brian Boru había asumido la hegemonía del sur y, a veces, de algunas partes del norte. Lo que en realidad significaba el oficio de sumo sacerdote en ese tiempo aún no ha sido esclarecido. Él encabezó una confederación de algunas tribus irlandesas (e incluso algunas fuerzas vikingas) en una batalla en Clontarf el Viernes Santo de 1014. Su principal oponente fue una coalición de los vikingos de Dublín y el rey de Leinster, quien había tratado de reafirmar su independencia y quien, mediante lazos matrimoniales, mantenía relaciones amistosas con el rey vikingo de Dublín. Las fuerzas de Brian triunfaron, pero él sucumbió en la batalla. La lucha por la hegemonía de Irlanda continuó durante siglo y medio después de Clontarf, que fue tan sólo uno entre muchos sucesos de esa lucha. No destruyó el poder de los vikingos; difícilmente una batalla de un solo día en la primavera de 1014 lograría hacerlo. La asimilación gradual de los vikingos se había iniciado hacía más de medio siglo antes de Clontarf y había de continuar después de él. Relativamente pocos nombres de lugares son de origen noruego, y el reducido número de vocablos prestados por lo general está relacionado con la navegación, el comercio y la guerra. Los vikingos como un elemento distinto desaparecieron en forma gradual del panorama irlandés aproximadamente en los dos siglos que transcurrieron entre 950 y 1169, siendo la conversión y el mestizaje los agentes gemelos de esta asimilación, si bien en Dublín pudieron haber mantenido rastros de su origen étnico.

Aún no se ha determinado el efecto de los vikingos en Irlanda durante los dos siglos en que formaron una parte distinta del panorama irlandés, pero tampoco ha sido raro referirse a la experiencia vikinga en Irlanda como catastrófica. Incluso una lectura rápida de los grandes *Anales de Ulster* podría tender a confirmar este juicio: abundan en la obra las referencias a incendios y saqueos de los “extranjeros”. Pero antes de emitir un juicio general, se podría hacer una distinción entre los efectos de los vikingos en la sociedad secular irlandesa y sus efectos en la sociedad eclesiástica irlandesa. Con respecto a la primera se deben hacer algunas observaciones. Los vikingos no alteraron sustancialmente la estructura política general de Irlanda: aún existían dos “mitades”, es decir, una

hegemonía del norte ejercida en Tara por los O'Neill, que alternaba entre las ramas sur y norte de esa familia, y en el sur un rey supremo en Cashel, que fluctuaba entre los Eoganacht y los Dal Cáis. Los vikingos, en cierto sentido, descubrieron la costa de Irlanda al establecer a lo largo de ella ciudades en puertos marinos acompañadas del comercio ultramarino y de otros contactos con el mundo exterior. Los vikingos dieron a Irlanda el don de Dublín, sin el cual no sólo Irlanda sino el mundo sería un lugar mucho más pobre.

La evaluación de las consecuencias de los vikingos en Irlanda se limita a su efecto en el sector eclesiástico de la sociedad. Fueron los monasterios y las iglesias los sitios que visitaron estos extranjeros merodeadores. En el siglo XII se emitió un primer veredicto hostil en las vívidas palabras del autor de "La guerra contra los extranjeros" cuando afirmó:

Si un cuello tuviera 100 cabezas de acero forjado y si cada cabeza tuviera 100 lenguas filosas de metal templado y si cada lengua gritara incesantemente a 100 voces, nunca podrían enumerar los sufrimientos que los irlandeses —hombres y mujeres, seglares y clero, jóvenes y viejos— padecieron por este pueblo salvaje y belicoso.

Difícilmente se trata de una apreciación amistosa, pero esta opinión, expresada en lenguaje menos vívido, es la que ha triunfado: la brillantez de la Irlanda cristiana primitiva (representada por el Cáliz de Ardagh, el Libro de Kells, el Broche de Tara, etc.) fue apagada por los vikingos. El inestable terreno de la opinión ha cambiado.

Los estudiosos debaten sobre cuánta destrucción llevaron a cabo los vikingos paganos en sitios religiosos —en su mayoría monásticos—, y cómo esa destrucción se compara con la destrucción causada por los irlandeses cristianos nativos en los mismos sitios. Las estadísticas se tomaron de informes en los anales irlandeses y han conducido a conclusiones diferentes. Si bien en este debate el polvo aún no se ha asentado, es necesario decir que un análisis cuantitativo basado en las referencias de los anales no es realmente significativo, ya que los anales hablan de "devastación generalizada" —algo que desafía la cuantificación—, y puesto que no hay ninguna garantía de que los analistas hayan dado, o incluso trataran de dar, una imagen completa de la situación, uno se podría preguntar en voz alta, examinando los términos de este diálogo erudito, cómo se pueden utilizar de manera confiable los métodos de cuantificación sobre este material. La confiabilidad de los anales existentes no está en discusión en particular, sino más bien su integridad. No existe una manera de saber qué tan completos están, cuántas invasiones realizaron los irlandeses o los vikingos, y, cuando los anales hablan de "devastación extendida", ¿a qué se refieren exactamente? ¿Qué porcentaje de invasiones reales se registró en los anales? ¿Qué porcentaje de los anales ha sobrevivido? Hasta que estas y otras preguntas similares puedan ser contestadas —y es difícil entender cómo se pueden contestar todas en forma adecuada—, la conclusión prudente que se obtiene a partir de

las pruebas dispersas debe subrayar simplemente que los vikingos amenazaron Irlanda en una forma en extremo violenta durante los 50 años comprendidos en la mitad del siglo IX y que a partir de entonces siguieron siendo una de las fuerzas violentas, entre muchas, que acosaban el país en la guerra tribal endémica de Irlanda en los siglos que antecedieron a los normandos. De cualquier forma, no debe hacerse una diferenciación demasiado sutil entre las esferas eclesiástica y secular de la sociedad irlandesa. Los monasterios y las iglesias eran atacados y saqueados no sólo porque contenían riqueza material, sino también porque tenían una relación estrecha con el *tuath* local, el reino regional. Muchos de ellos eran monasterios e iglesias tribales, a menudo con estrechos vínculos familiares y hereditarios con el rey local. Así pues, las guerras intertribales fácilmente condujeron a ataques a estos lugares sagrados, símbolos evidentes y vulnerables de la riqueza de un enemigo. Si habrá de jugarse el juego de las culpas, ambas partes, tanto vikingos como irlandeses, están en igualdad de condiciones.

El periodo de los magníficos manuscritos iluminados había terminado. Con el Libro de Kells a fines del siglo VIII y el más sencillo Libro de Armagh un poco después, sirviendo como ejemplos finales, la tradición de la iluminación de manuscritos parece haber abandonado Irlanda. Aunque la metalistería ornamental y las obras de mampostería continuarían en el siglo X, ciertamente una era había llegado a su fin. ¿Habría terminado tan pronto sin los vikingos? ¿Deberíamos tomar como base estos logros artísticos de los irlandeses para juzgar a una sociedad que tenía tantas otras facetas (pero menos impresionantes)? Dejemos que sigan siendo para nosotros los símbolos de la tragedia de la promesa no cumplida. Y los forasteros volvieron nuevamente en 1169.

La *Anglo-Saxon Chronicle* ha sido traducida de manera frecuente. El lector podrá consultar las ediciones en inglés de Dorothy Whitelock, David C. Douglas y S. E. Tucker (Londres, 1963, y sus reimpresiones), y de M. J. Swanton (Londres, 1998). Para los *Annals of Ulster*, parte I, véase la edición de S. MacAirt y G. MacNiocaill (Dublín, 1983), y *The War of the Gaedhil with the Gaill* puede consultarse en la edición de J. H. Todd, dentro de la serie Rolls (Londres, 1867).

En el caso de Escocia existe el espléndido estudio de Anna Ritchie en *Viking Scotland* (Londres, 1993). Disponibles, también, están los textos de Barbara E. Crawford, *Scandinavian Scotland* (Leicester, 1987), y James Graham-Campbell y Colleen Batey, *Vikings in Scotland: An Archaeological Survey* (Edimburgo, 1998). Un sumario más reciente es el de James H. Barrett: “Culture Contact in Viking Age Scotland”, dentro del volumen que él mismo coordina, *Contact, Continuity, and Collapse: The Norse Colonization of the North Atlantic* (Turnhout, 2003), pp. 73-111. Varios artículos excelentes sobre temas específicos aparecen en *The Vikings in Caithness, Orkney and the North Atlantic* (C. E. Batey, J. Jesch y C. C. Morris [coords.]; Edimburgo, 1993). Olwyn Owen y Magnar Dallnd discuten el Scar en “Scar, Sanday: A Viking Boat-Burial from Orkney”, *Developments around the Baltic and the North Sea in the Viking Age* (Björn Ambrosiani y Helen Clarke [coords.], Estocolmo, 1994). Para la creación de modelos con las Orcadas como base véase J. H. Barrett *et al.*, “What Was the Viking Age and When Did It Happen? A View from Orkney”, *Norwegian Archaeological Review* 33 (2000), pp. 1-39. Para una obra más general véase Alfred P. Smyth, *Warlords and Holy Men: Scotland, AD 80-1000* (Edimburgo, 1984), especialmente el capítulo 5. Para una obra pionera pero aún útil véase F. T. Wainwright, “The Scandinavian Settlement”, en *The Northern Isles* (Edimburgo, 1962), pp. 117-162. En *Scandinavian Settlement in Northern Britain: Thirteen Studies of Place-Names in Their Historical Context* (Barbara E. Crawford [coord.], Londres y Nueva York, 1995) pueden encontrarse estudios sobre nombres de lugares para Shetland, las Orcadas, Caithness y Sutherland.

D. M. Wilson describe y evalúa los vastos sitios sepulcrales de Man en *The Viking Age in the Isle of Man: The Archaeological Evidence* (Odense, 1974); pueden hallarse estudios adicionales en *The Viking Age in the Isle of Man* (Christine Fell *et al.* [coords.], Londres, 1983). Para la colonización del noroeste de Inglaterra por parte de nórdicos de Escocia y las islas y por parte de daneses de Danelw, véase *The Scandinavians in Cumbria* (John R. Baldwin e Ian D. Whyte [coords.], Edimburgo, 1985), en particular los capítulos de Richard N. Bailey y Gillian Fellows-Jensen; véase también *Wirral and Its Viking Heritage* (P. Cavill, S. E. Harding y J. Jesch [coords.], Nottingham, 2000); puede encontrarse un resumen de la evidencia en el caso de Gales en Mark Redknap, *Vikings*

in Wales: An Archaeological Quest (Cardiff, 2000).

Para Irlanda véase Dáibhi Ó Croínín, *Early Medieval Ireland, 400-1200* (Londres, 1995), un texto accesible y confiable para el lego. Donnchadh Ó Corráin ofrece una narración útil, *Ireland Before the Normans* (nueva ed., Dublín, 2002). Varios ensayos importantes pueden encontrarse en Anne Christine Larsen (coord.), *The Vikings in Ireland* (Roskilde, 2001). Para la conexión Dublín-York véase A. P. Smyth, *Scandinavian York and Dublin* (Dublín, 1987). En *Ireland and Scandinavia in the Early Viking Age* (Howard B. Clarke *et al.* [coords.], Dublín, 1998) puede encontrarse una colección de disertaciones enfocadas en la arqueología. Para monedas, véase la magistral presentación de Michael Dolley en *Hiberno-Norse Coins in the British Museum* (Londres, 1966). Brendan Ó Riordáin (pp. 134-153) y Patrick F. Wallace (pp. 112-133) describen las excavaciones en Dublín en *Viking Dublin Exposed: The Wood Quay Saga* (John Bradley [coord.], Dublín, 1984), así también, Hilary Murray en *Viking and Early Medieval Buildings in Dublin* (Oxford, 1983). Desde 1988 la Royal Irish Academy ha publicado *Medieval Dublin Excavations, 1962-81* (Dublín). El informe completo de una excavación en el Dublín vikingo en 1990 puede hallarse en Claire Walsh *et al.*, *Archaeological Excavations at Patrick, Nicholas and Winetavern Streets, Dublin* (Dublín, 1997). Podemos seguir desde el comienzo el debate sobre la destrucción de monasterios por vikingos e irlandeses en doctor A. T. Lucas, “The Plundering and Burning of Churches in Ireland, Seventh to Sixteenth Century”, en *North Munster Studies* (Etienne Rynne [coord.], Limerick, 1967), pp. 172-229, y en la respuesta de la doctora Kathleen Hughes, *Early Christian Ireland: Introduction to the Sources* (Londres, 1972), capítulo 4. Continúan la discusión Colman Etchingham, *Viking Raids on Irish Church Settlements in the Ninth Century* (Maynooth, 1996) y, en un contexto más amplio, Alfred P. Smyth, “The Effect of Scandinavian Raiders on the English and Irish Churches: A Preliminary Reassessment”, en *Britain and Ireland 900-1300: Insular Responses to Medieval European Change* (Brendan Smith [coord.], Cambridge, 1999).

III. A TRAVÉS DEL ATLÁNTICO NORTE

EL AVANCE vikingo de una isla a otra durante el siglo IX fue casi inevitable. La dinámica interna del movimiento de emigración, en particular la ambición por la tierra, impulsó a estos navegantes agricultores cada vez más hacia el occidente. Una vez que Shetland había sido colonizada y que Irlanda había empezado a perder su atracción, los vikingos encontraron lugares distintos e inhabitados para establecerse. Los mapas planos deforman las distancias en las aguas del norte; de hecho, las islas del Atlántico Norte están situadas a distancias regulares y navegables unas de otras, no como una sarta de perlas, sino más bien como estriberones de distintos tamaños y formas. Las islas Feroe se hallan sólo a unos 300 kilómetros de las Shetland y a poco más de 380 kilómetros de Islandia, e Islandia, a su vez, se localiza a sólo 305 kilómetros de la parte más cercana de Groenlandia. O, para verlo de otra manera, mirando desde Noruega hacia el occidente, las Feroe se encuentran a unos 560 kilómetros de distancia, Islandia a 965 kilómetros, y Groenlandia a más de 1 600 kilómetros.

Por supuesto, nada en la historia de verdad es inevitable, pero, debido a la destreza de los vikingos en la navegación y a su sed de tierra en los siglos IX y X, no resulta sorpresivo que a la colonización de Shetland siguiera el establecimiento de colonias en las Feroe, Islandia, Groenlandia e incluso más allá, hasta que las travesías fueron tan largas y las circunstancias tan ingratas que la expansión hacia el occidente finalizó, en forma efímera, en las costas de América del Norte.

Este tema corresponde al siguiente capítulo. Por ahora, examinemos los logros vikingos en las islas del Atlántico Norte, únicas entre las experiencias vikingas, pues aquí se establecieron en tierras inhabitadas y sus logros alcanzaron una ejecución deslumbrante en la gran era islandesa.

LAS ISLAS FEROE

Situadas al noroeste de las Shetland, las Feroe (“islas ovejas”) comprenden un archipiélago de 22 islas de considerable tamaño, 18 de las cuales están habitadas en el siglo XXI. Streymoy (45 por 13 kilómetros) es la más grande; Torshavn, la ciudad más importante, debe su nombre al dios vikingo. En el occidente los acantilados se yerguen abruptamente desde el mar hasta una altura de más de 300 metros en algunos lugares y abundan las playas rocosas, pero también hay ensenadas y tramos arenosos que permitieron el desembarco de las naves vikingas.

Los primeros barcos vikingos desembarcaron en las Feroe probablemente hacia el año 800, arrastrados allí desde las islas situadas al oeste de Noruega, si bien algunos podrían ver un asentamiento celta desde el sur. En estos lugares por lo demás inhabitados encontraron monjes irlandeses, cuyos predecesores habían establecido ermitas en estas islas remotas hacía más de 100 años. El ideal de la *peregrinatio pro Christo* (peregrinación por Cristo) había llevado monjes irlandeses no como misioneros, sino, más bien, como peregrinos en penitencia, la cual consistía en la peregrinación misma y cuyo destino era Cristo. El geógrafo irlandés Dicuil, al escribir en 825 basándose en el testimonio de testigos fidedignos, informa:

Existen islas alrededor de nuestra propia isla Hibernia, algunas pequeñas y otras muy pequeñas. Cerca de la isla Britania hay muchas islas, algunas grandes, otras pequeñas, y algunas más de tamaño mediano. Algunas se localizan en el mar que está hacia el sur de ella, otras en el mar hacia el occidente de la misma, pero principalmente hacia el noroeste y norte. Entre éstas he vivido en algunas y he visitado otras; a algunas las he avistado, en tanto que he leído acerca de otras. Existen muchas otras islas [además de Tule] en el océano hacia el norte a las que se puede llegar desde las islas que están al norte de Britania en un viaje directo de dos días y noches con las velas hinchadas de viento continuamente favorable. Un sacerdote devoto me dijo que en dos días de estío y en la noche intermedia navegó en una embarcación de dos travesaños y desembarcó en una de ellas. Algunas de estas islas son muy pequeñas; casi todas están separadas unas de otras por angostos tramos de agua. En estas islas han vivido desde hace más de cien años los ermitaños que viajan desde nuestro país, Escocia [Irlanda]. Pero así como siempre estuvieron desiertas desde el comienzo del mundo, así lo están ahora debido a los piratas del norte; están vacías de anacoretas y llenas de innumerables ovejas y de una gran variedad de aves de mar.

Por supuesto, él hablaba de las Feroe, pues en este tiempo las Shetland estaban habitadas, como lo habían estado desde hacía siglos. Además, los estudios botánicos parecen indicar que hubo un asentamiento, posiblemente irlandés, en las Feroe desde el siglo VII. La fecha en que los vikingos se establecieron allí por primera vez y transformaron la paz ermitaña de los monjes irlandeses debe fijarse durante el primer cuarto del siglo IX. No se sabe con certeza de dónde provenían los primeros pobladores, aunque la mayoría de los arqueólogos sostiene que llegaron de algún sitio noruego, si bien también es probable que vinieran de las colonias nórdicas situadas al sur (Hébridas, Shetland, Orcadas, etc.). En todo caso, durante el siglo IX los colonos habrían de venir

de las regiones noruegas de Sogn, Rogaland y Agder. De inmediato se puso de manifiesto la conveniencia de las Feroe para el apacentamiento y los campos pronto se llenaron de ovejas. A continuación vendrían la pesca y otros intereses.

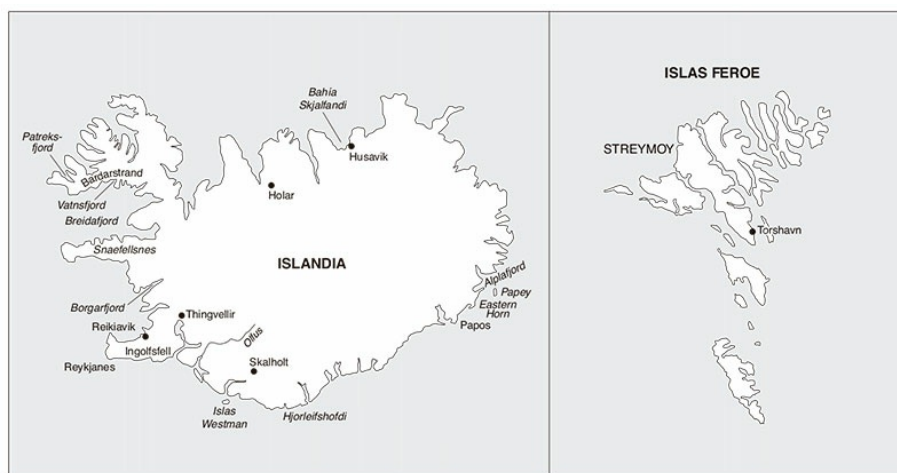
La colonia vikinga, al principio pequeña, creció durante su primer siglo. La ascensión de Harald Cabellera Hermosa a una especie de hegemonía política en Noruega en los años 880 u 890 sin duda hizo que algunos disidentes y rivales partieran al exilio, en particular a las Feroe y a Islandia. Los emigrados políticos formaron sólo una parte de este proceso de colonización: los deseos de obtener tierra, riqueza y aventura sin duda se cuentan entre los motivos de los primeros pobladores. La *Saga de los isleños de las Feroe*, que glorificó el papel de Olaf Tryggvason en la conversión y prosperidad de las islas, no es digna de crédito desde el punto de vista histórico, pues consiste en fragmentos tomados en el siglo IX de varias epopeyas islandesas. El cristianismo llegó a las Feroe mediante el rey Olaf hacia el año 1000.

Se podría pensar que en su historia ulterior las islas Feroe habrían servido como lugares de parada para el tráfico que navegaba entre Noruega e Islandia, pero éste no parece haber sido el caso: las embarcaciones iban directamente a Islandia por una ruta que las llevaba a través de las aguas entre Shetland y Feroe. No obstante, una vez que se estableció una ruta de navegación entre Noruega y Groenlandia, las embarcaciones de esta ruta se detenían con regularidad en las Feroe.

ISLANDIA

La civilización vikinga alcanzó su mayor esplendor en medio de los glaciares, hielo, playas arenosas, planicies con lava y verdes praderas de Islandia. En ninguna otra parte los vikingos establecieron una colonia propia permanente y de considerable tamaño que no fuera trastornada por la gente nativa, las necesidades de conquista y por la consiguiente absorción. Islandia habría de ser el vástago que superó al padre; sus maduros logros literarios habrían de ser más grandiosos que los de la tierra natal escandinava así como los de los colonos vikingos en las tierras conquistadas.

Algunos escritores de la Antigüedad —Polibio, Estrabón, Plinio y Tácito— sabían de la existencia de una isla a seis días de viaje de Britania. La llamaban Tule. Beda el Venerable, en su tratado sobre el tiempo, citó a los antiguos y describió Tule como un lugar a seis días de navegación al norte de Britania y donde no existe la noche durante el solsticio de verano ni el día en el solsticio de invierno, y que está a un día de viaje al sur del hielo eterno. En 825 Dicuil escribió acerca de Tule en términos que exigen su identificación como Islandia. Conocía estas mismas fuentes antiguas, pero añadió:



MAPA III.1. *Islandia y las islas Feroe en el periodo vikingo.*

Han pasado 30 años desde que los clérigos, que habían vivido en la isla desde el 1° de febrero hasta el 1° de agosto, me dijeron que no sólo en el solsticio de verano sino en los días cercanos a él el Sol al ponerse en las tardes se oculta como si estuviera detrás de una pequeña colina de tal forma que no había oscuridad en ese pequeñísimo lapso y un hombre podría hacer lo que deseara como si el Sol aún estuviera allí, incluso quitar los piojos de su camisa, y si alguien se paraba en la cima de una montaña, quizá aún podría contemplar el Sol.

Así pues, aproximadamente desde 775, estos monjes irlandeses, al parecer omnipresentes, pasaban las estaciones luminosas (y cálidas) en Islandia, yendo y viniendo probablemente en sus canoas de cuero. Los vikingos los conocían como *papar*; y nombres de lugares como Papey y Papos en el sudoeste de Islandia indican nombres

utilizados por los vikingos —ciertamente no por los propios ermitaños irlandeses— para describir los lugares en los que los santos hombres solían permanecer.

Los noruegos deben de haber tenido cierto conocimiento de la existencia de esta isla hacia el primer cuarto del siglo IX. En aquel entonces estaban colonizando las Orcadas, Shetland y Feroe, y eran figuras familiares en Irlanda. Los relatos tradicionales sitúan el “descubrimiento” vikingo de Islandia hacia el año 860, una fecha posterior a lo que se podría esperar en vista de su presencia a sólo 380 kilómetros al sudoeste en Feroe desde el año 800 más o menos. En realidad, pudieron haber sabido de su existencia e incluso haberla avistado antes de 860, pero las sagas guardan silencio sobre un “descubrimiento” de este tipo.

Lo que los vikingos descubrieron al llegar a Islandia fue una isla, de forma ovalada, con excepción de una península en el noroeste, y un poco más grande que Irlanda. La tierra estaba compuesta de elementos de naturaleza muy diversa. Siendo básicamente una altiplanicie, Islandia tenía —y, en efecto, tiene— una altitud promedio de entre 600 y 950 metros; la tierra desierta, de capas de hielo, glaciares y lava enfriada, cubría gran parte de la isla. Veinticinco de los más de 200 volcanes han estado activos en diversas épocas desde la llegada de los vikingos y han convertido a Islandia en una de las regiones de mayor actividad volcánica del mundo. Las orillas de tierra a lo largo de la costa y de algunos de los valles fluviales —igual que en la Noruega natal de muchos de los vikingos colonos— siguen siendo hasta nuestros días las únicas áreas cultivables donde crecen los cereales y el heno y donde pasta el ganado. En la era vikinga las aguas islandesas suministraron a los habitantes abundantes cantidades de pescado.

¿Quién fue el primer vikingo que descubrió esta isla situada debajo del Círculo Ártico? Se debe plantear esta pregunta aunque sólo sea porque ésta fue una cuestión importante para las generaciones islandesas posteriores. El *Landnámabók*, sobre el cual se hablará todavía más, en sus diversas versiones relaciona a tres hombres con el descubrimiento vikingo: Naddod, Gardar y Floki. Se dice que el descubrimiento de Naddod fue accidental. Esto es:

Según se dice unos hombres tenían que realizar un viaje de Noruega a las Feroe; algunos dicen que era Naddod el Vikingo. Fueron llevados por una tormenta al occidente del océano y encontraron allí un gran país. En la región de los estuarios del este escalaron una elevada montaña desde donde dominaban un panorama espléndido. Buscaron humo o alguna otra señal de ocupación humana, pero no encontraron nada. Se quedaron allí hasta el otoño y, al partir, de regreso a las Feroe, vieron nieve en las cimas de las montañas y, así, llamaron Snowland a esta tierra, de la que hicieron grandes elogios.

Este supuesto percance de Naddod no parece haber impresionado mucho al narrador de la historia, y ¿qué sucedió con Gardar?

Había un hombre llamado Gardar Svarvarsson, de ascendencia sueca, que emprendió un viaje en busca de Snowland por orden de su madre, una vidente. Recaló en el oriente del Horn del Este donde había un puerto.

Gardar circunnavegó la tierra y descubrió que era una isla. Aquel invierno lo pasó en Husavik en Skjalfandi, donde construyó una casa. En la primavera Gardar regresó a Noruega y ensalzó mucho la tierra. En ese tiempo esta tierra se llamaba Gardarsholm, y tenía bosques entre las montañas y la costa.

Dos descubridores, cada uno habiendo hecho grandes elogios a esta tierra, y dos nombres para este lugar. Al tercer “descubridor” este lugar le pareció desagradable, lo maldijo y le dio un nombre despectivo, que, por ironía del destino, resultó permanente.

Hubo un gran vikingo llamado Floki Vilgerdason, que zarpó de Flokavardi, como se llama en la actualidad, donde se unen Hordaland y Rogaland, en busca de Gardarsholm. Primero partió hacia Shetland, donde ancló. Divisaron Horn desde el este y navegaron a lo largo de la costa sur. Cuando navegaban hacia el occidente más allá de Reykjanes, el fiordo se abrió ante ellos y pudieron ver Snaefellsnes. Faxi dijo: “La tierra que hemos descubierto debe de ser una tierra grande: estos ríos son grandes”. Floki y sus hombres siguieron navegando hacia el occidente, cruzaron Breidafjord, y desembarcaron en Vátnsfjord (como lo llamamos) cerca de Bardarstrand. Aprovecharon tanto la excelente pesca allí que olvidaron buscar heno y todo su ganado murió durante el invierno. Siguió una primavera bastante fría. Floki escaló una elevada montaña que miraba hacia el norte y vio un fiordo lleno de hielo y llamó a la tierra Islandia. Floki pasó el invierno en Borgarfjord y el siguiente verano partió hacia Noruega. Cuando se le preguntó acerca del lugar, le dio un nombre despectivo.

Sean cuales fueren las trazas de verdad que haya en estos relatos, éstos fueron importantes para las generaciones siguientes, para quienes divisar y descubrir nuevas tierras poseía una fascinación y proporcionaba materia de la cual se hacían los héroes. El historiador también encuentra fascinante la cuestión del descubrimiento de Islandia y, al mismo tiempo, de importancia muy limitada. Si Islandia fue “descubierta”, entonces sin duda debe darse el crédito a los monjes irlandeses empujados en sus canoas de cuero hacia el occidente por vientos de abnegación y ascetismo cristiano. El historiador de los vikingos sabe que durante los años 860 algunos vikingos avistaron y exploraron las regiones costeras de Islandia. Poco importa si entre ellos estaban Naddod, Gardar o Floki.

La colonización de Islandia por los europeos es lo que importa. De 870 a 930 se llevó a cabo una inmigración de cierta magnitud: miles de inmigrantes zarparon de Noruega y de las tierras celtas con el propósito de establecerse allí. Éstos no eran viajes de exploración, ni excursiones de verano al noroeste, ni bandas de ataque estacionales. Estos inmigrantes —los primeros en sentir el *Drang nach Westen*— llegaron para establecerse en los fértiles fiordos y en las planicies costeras. Este desplazamiento terminó tan rápido como había comenzado: en 60 años había finalizado. Por supuesto, siguieron existiendo comunicaciones con la metrópoli, pero las flotas de barcos que transportaban colonos habían desaparecido hacia 930 e Islandia estaba en camino de convertirse en la única colonia vikinga ultramarina autónoma e independiente.

Dos fuentes del siglo XII en dialecto local describen este periodo de colonización. Ari Thorgilsson, el padre de la historia islandesa, escribió *Íslendingabók* (El libro de los islandeses) alrededor de 1125. Es cierto que este libro se escribió unos 200 años después

de la colonización, pero Ari había sido educado por Halir Thorarinsson, quien podía recordar su bautizo en 998, más tarde estuvo al servicio del rey noruego y tenía reputación de poseer una memoria prodigiosa: un vínculo estrecho, aunque corresponde a la tradición no escrita, con los colonos y su isla recién descubierta, y un vínculo fidedigno, al menos, para las tradiciones nacionales muy antiguas de este pueblo. La segunda fuente tenía un propósito muy distinto. Al *Landnámabók* (El libro de la ocupación de la tierra), probablemente escrito en el siglo XII, sólo lo conocemos mediante ediciones del siglo XIII. Este libro es una especie de catálogo de los primeros colonos, no precisamente una lista —huesos sin carne— sino, más bien, los nombres de 400 colonos, su lugar de origen, alguna información genealógica y muy a menudo relatos vinculados a ellos que describen las hazañas, peculiaridades e incluso ironías de gente como Wale el Fuerte, Osborn el Acaudalado, Rolf el Robusto, Thorkell el Alto y Ketil el Manco. Sería un error considerar completamente históricos o por entero fidedignos hasta el último detalle a cualesquiera de estos libros. No obstante, se encuentran bastante cercanos a las tradiciones islandesas más antiguas. ¿Qué es lo que nos dicen?

Nos cuentan que Ingolf Arnarson fue el primer poblador. El relato es ilustrativo; su versión más larga se encuentra en el *Landnámabók*.

Los hermanastros [Ingolf y Leif] partieron en su barco completamente equipado en busca de la tierra que Ravenfloki había descubierto y que había llamado Islandia. Descubrieron esa tierra y recalaron en la costa este en el sur de Alptafjord: allí la tierra les pareció más fértil que en el norte. Después de pasar un invierno allí regresaron a Noruega. Entonces Ingolf hizo los preparativos para un viaje de colonización, mientras que Leif fue a atacar las Islas Británicas. Asoló Irlanda, quitó una espada a un hombre en un oscuro lugar subterráneo y por esto fue llamado Hjorleif [Espada Leif], y regresó con 10 esclavos. Ese invierno Ingolf ofreció sacrificios a los dioses, en busca de señales de su futuro. Hjorleif no ofreció sacrificios. Las señales dirigieron a Ingolf a Islandia. Cada hermano preparó su barco para el viaje y se hicieron a la mar.

En el verano, cuando Ingolf y Hjorleif emprendieron el viaje para establecerse en Islandia, Harald Cabellera Hermosa había reinado en Noruega durante 12 años, habían transcurrido 3 774 inviernos desde el comienzo del mundo y 874 años desde la encarnación del Señor. Se separaron una vez que avistaron Islandia. Ingolf arrojó al mar los pilares que sostenían su sitio, prometiendo solemnemente establecerse donde éstos tocaran tierra. Desembarcó en lo que ahora se llama Ingolfshofdi. Hjorleif fue más lejos hacia el occidente a lo largo de la costa y desembarcó en Hjorleifshofdi, donde permaneció ese invierno. La primavera siguiente Hjorleif, queriendo sembrar pero teniendo sólo un buey, hizo que sus esclavos araran la tierra. Los esclavos atacaron a Hjorleif y a sus hombres, los asesinaron y se llevaron a las mujeres y los bienes muebles en el barco a una isla mar adentro, donde permanecieron. Ingolf se conmovió profundamente cuando dos de sus esclavos encontraron el cuerpo de Hjorleif. Cuando llegó, Ingolf se lamentó: “Es un triste final para un hombre valiente que unos esclavos hayan ocasionado su muerte. ¿Qué se puede esperar de un hombre que se niega a ofrecer sacrificios?” Persiguió a los esclavos de Hjorleif, los halló y mató hasta al último de ellos.

El siguiente verano Ingolf viajó a lo largo de la costa hacia el occidente y pasó este tercer invierno en Ingolfssfell, al occidente del río Olfus. En esta estación Vífil y Karli encontraron los pilares de su sitio cerca de Arnarhval. En la primavera Ingolf cruzó los campos y construyó su casa en el lugar donde los pilares de su asiento supremo habían llegado a tierra. Lo llamó Reykjavik, y los pilares aún siguen allí.

Sea cual fuere la preponderancia que Ingolf pudiera haber tenido en realidad, este

relato revela ciertas pautas seguidas por los primeros colonos y plantea ciertas cuestiones que aún inquietan a los historiadores. En una fecha cercana, sin duda en los años 870, Islandia fue circunnavegada por gente que pretendía establecerse allí. Quizá no todos pero sí muchos de los primeros colonos sin duda arrojaron por la borda los pilares de sus sitios supremos para que la Providencia les pudiera indicar dónde deberían establecerse. Estos pilares eran como el marco de una puerta dentro del cual más tarde se colocaría el asiento del jefe de la familia dentro de su casa; representaban su autoridad, familiar y sacerdotal. Al igual que Ingolf, otros colonos llegaron en grupos familiares acompañados de sirvientes y esclavos. Por otras fuentes sabemos que cada colono podía “delimitar con estacas” para sí mismo sólo el área en torno a la cual él y sus hombres pudieran llevar fuego en el transcurso de un día. La distribución de la tierra entre sus hombres principales seguía usualmente, y con eso el señorío local del principal colono y sus sucesores.

La mención de esclavos celtas al servicio de Hjorleif alude a la cuestión más amplia del componente celta en la colonización islandesa. De los 400 colonos mencionados en el *Landnámabók* quizá 7% provenía de tierras evidentemente celtas, principalmente de Irlanda y de las Hébridas Exteriores. En efecto, a algunos de estos colonos, como Aawang, Thormond y Ketil, se les llama irlandeses (*Iskr*), y un análisis más minucioso muestra que algunas de las esposas y concubinas de los colonos noruegos que llegaron de Irlanda eran, realmente, irlandesas, como lo eran muchos de los esclavos, ellos mismos con frecuencia de noble nacimiento. Entre los nombres de personajes legendarios islandeses figura el gran Njall (es decir: Neil), un celta sobre el cual se narra una gran saga. En esta cuestión tan debatida del alcance del factor celta en la colonización islandesa dos hechos resultan claros. El primero —y su importancia requiere el énfasis más marcado— es simplemente que la colonización de Islandia fue una colonización noruega: la toponimia del *Landnámabók* exhibe la pauta principal de emigración a gran escala proveniente del sudoeste de Noruega, especialmente de Sogn, Hordaland y Rogaland, y una pauta de menor importancia de algunos noruegos que emigraban directamente de las Islas Occidentales (Escocia y las islas hacia el inmediato norte y oeste, las Feroe e Irlanda). Sin duda la gran mayoría del aproximadamente 7% que provenía de las tierras celtas eran noruegos de primera o segunda generación. De mucho menor importancia es el segundo hecho: entre los colonos de Islandia había celtas. No eran los principales terratenientes, sino en su mayor parte esposas, el resultado del matrimonio interracial en Irlanda, y los esclavos que habían sido subyugados en Irlanda. Los historiadores islandeses modernos subrayan —y quizá exageran— el factor irlandés como un medio para explicar las diferencias entre Islandia y su metrópoli escandinava, en particular como una explicación parcial de los enormes logros literarios de Islandia. La interrogante permanece.

En esta disputa céltica se pasa por alto con facilidad la cuestión más fundamental de la extensión de la colonización islandesa. Nuestra fuente principal menciona sólo 60 años de poblamiento y sólo 400 colonos: no mucho para progresar. Los 400 en cuestión eran 400 *colonos*, es decir, hombres acaudalados, quienes con sus familias, séquito y esclavos poblaron la isla. Los cálculos varían de 10 000 a 60 000, y sin duda dependen de qué tan completo se piense que es el *Landnámabók* y a qué conclusión se llegue acerca del tamaño promedio de una *familia*. Una cifra alrededor de 20 000 podría no estar demasiado equivocada.

Es muy fácil —y probablemente erróneo— decir que los vikingos se establecieron en Islandia durante este periodo de 60 años como resultado de las condiciones políticas en Noruega: Harald Cabellera Hermosa había extendido su control sobre una gran extensión de Noruega: la batalla de Hafrsfjord (probablemente librada en una fecha entre 885 y 900) puso fin al dominio de muchos reyes y *jarls* en el Vestland.

Snorri Sturluson, el historiador del siglo XIII, atribuyó este *Völkerwanderung* hacia Islandia a la tiranía del rey Harald. De hecho, el *Landnámabók* menciona que varios de los colonos realmente habían luchado contra Harald en Hafrsfjord. Así pues, se ha llegado a la conclusión de que los emigrados políticos poblaron Islandia. La imagen real es mucho más compleja. Sin duda, a los disidentes políticos y derrotados Islandia les pareció un lugar de exilio atractivo. Su atracción no fue menos efectiva para los apolíticos, los sedientos de tierra, los hijos segundones y los noruegos que ya vivían en su diáspora entre los celtas, muy alejados del Vestland y de Harald. Las pruebas incluso sugieren que Harald ayudó a fomentar o, al menos, a controlar la colonización de Islandia. Al menos dos de los colonos más nobles, Ingimund el Viejo y Hrollaug, se describen como amigos de Harald. Una narración del siglo XIII afirma que el hijo de Gardar, uno de los “descubridores” de la isla, en realidad había sido enviado a Islandia por Harald en un intento por obtener el control. Harald trató de controlar la ocupación de la tierra no sólo limitando la extensión de tierra que cada colono podía poseer, sino también exigiendo un impuesto personal a los emigrados que abandonaran Noruega (“onzas de tierra”). Indudablemente, la perspectiva de una tierra nueva que estaba allí para poseerla habría sido suficiente, en todo caso, para seducir a grandes cantidades de hombres ambiciosos y temerarios a fin de que huyeran del país-fiordo del sudoeste de Noruega y comenzaran una nueva vida en un lugar donde, a pesar de su nombre, un antiguo visitante vio “briznas de hierba que chorreaban mantequilla”.

Esta nueva sociedad necesitaba ser organizada, y de inmediato se estableció una forma aristocrática de gobierno basada en un modelo noruego. Entre 927 y 930 los jefes gobernantes convinieron en que se debía formar una asamblea nacional para poner fin a las disputas y fijar la ley. Por consiguiente, enviaron a Ulfljot a Noruega a investigar sus leyes ancestrales. El resultado fue la ley de Ulfljot, de la cual se sabe poco con excepción

de sus disposiciones rituales. La erudición islandesa moderna duda de la historia de Ulfjot y sugiere que, si es que dicha misión a Noruega alguna vez tuvo lugar, su propósito no pudo haber sido recibir la ley ancestral, sino sólo resolver algunos problemas específicos, y, además, que esto no pudo haber sucedido sino hasta después de que se creara el *althing* (asamblea general). Los *things* (asambleas) regionales habían existido desde las primeras etapas de la colonización, pero un *althing* probablemente se reunió por primera vez en el verano de 930. El lugar elegido para la asamblea, llamado el *thingvellir* (la planicie de la asamblea), sigue siendo hasta ahora uno de los sitios más impresionantes de Islandia: estaba situado al norte del lago más grande de la isla en el extremo de una gran hendidura natural de 40 kilómetros de largo y casi 10 kilómetros de ancho, y accesible a las áreas populosas del sur y del occidente. Aquí los grandes terratenientes solían reunirse una vez al año durante dos semanas; ellos —y no un rey— habrían de gobernar esta república: “Los islandeses —dijo Adam de Bremen en la década de 1070— no tienen otro rey que las leyes”. Lo secular y lo sagrado se fundieron en estos colonos aristocráticos; se llamaban *goðars*, jefes y sacerdotes o, más bien, jefes-sacerdotes. De cada uno de los 12 distritos de Islandia provenían tres miembros, y estos 36 hombres elegían un presidente de la asamblea legislativa quien, durante tres años, presidiría sus reuniones en la Roca de la Ley y quien, en cada reunión, recitaría una tercera parte de las leyes. Se hicieron algunos ajustes al *althing*. En 965 Islandia se dividió en regiones (norte, sur, este y oeste), cada una con tres distritos (con excepción del norte, que tenía cuatro) controlados por un *thing* local. Cada uno de estos 13 distritos enviaba tres *goðars* al *althing*, que entonces comprendía 39 miembros. Calificar a esta notable asamblea legislativa como el parlamento democrático más antiguo de Europa es no comprender la naturaleza antidemocrática y esencialmente aristocrática del *althing*; calificarla como el parlamento continuo más antiguo de Europa es deformar la realidad histórica y apartar de la vista las numerosas lagunas en la historia de esta asamblea. Lo que el *althing* fue en realidad destaca con mayor importancia que su antigüedad y supuesta continuidad: fue el primer intento de los vikingos por establecer *ex nihilo* una constitución para ellos mismos en una nueva tierra; se basaba en modelos escandinavos y sin embargo se adaptó a una nueva experiencia. Su logro radica en el hecho de que al principio funcionó toscamente y después con mayor eficacia, proporcionando el orden y la estabilidad que habrían de hacer posible la edad de oro de la cultura islandesa; el siglo XIII con sus sagas y escaldas o poetas cortesanos se yergue como un legado de la constitución del siglo X.

La conversión de los islandeses al cristianismo —a pesar de los relatos acerca de erupciones volcánicas que anunciaban con estruendo el llamado de Dios a las buenas nuevas en el año 1000— no fue una experiencia “camino a Damasco”. Probablemente siempre existieron cristianos entre los primeros islandeses, convertidos en las tierras

celtas: mujeres devotas como Aud la de Mente Perspicaz, quien, renuente a que su cuerpo fuera sepultado en suelo profano, dio instrucciones para que la sepultaran en la arena entre las marcas de marea alta y marea baja; otros, como Helgi el Delgado, creían en Cristo pero dirigían sus plegarias a Thor en las crisis. Unos cuantos nombres de lugares del periodo de colonización muestran una conexión cristiana (por ejemplo, Kristnes y Patreksfjord). Sea cual fuere el elemento de cristiandad que haya existido entre los colonos, tuvo sólo importancia secundaria, y este cristianismo antiguo probablemente desapareció pronto: los hijos de Helgi construyeron templos para sus dioses.

La conversión masiva —la conversión de la nación islandesa— tuvo lugar al terminar el milenio, y fue precedida por varios intentos de misioneros cristianos por evangelizar a los paganos. Desde los años 980 algunos islandeses que habían sido convertidos fuera del país regresaron predicando la nueva religión, aunque no con un éxito notable. El momento decisivo en la cristianización de Islandia se verificó a cientos de kilómetros al este, en Noruega, donde Olaf Tryggvason, un cristiano, subió al trono en 995. Para este proceso nuestro relato fidedigno más preciso es el *Íslendingabók* de Ari. El padrastro de Ari había sido bautizado por uno de los primeros misioneros del rey Olaf; el autor de Ari, Teit, era el hijo de Isleif, el primer obispo nativo de Islandia (1056-1080). Con un deleite en citar fuentes comparable al de Beda, Ari refiere la misión exitosa: “Teit me dijo que él supo esto por un hombre que en verdad había estado presente”. ¿Qué es lo que Ari (y Teit y el testigo presencial e informante de Teit) nos dice? Después de una misión sólo parcialmente exitosa de Thangbrand, una misión que logró un progreso considerable pero que dejó la mayor parte de la isla aún pagana, el rey Olaf envió a dos jefes islandeses convertidos de vuelta para Islandia con el propósito de establecer el cristianismo como la religión oficial del país. Partieron de Noruega con el sacerdote Thormond, siendo la misión de ellos política y la de él evangélica. A mediados de junio del año 1000 —algunos narradores sugieren 999— sus embarcaciones tocaron tierra en las islas Westman frente a la costa sudoccidental. Uno de los jefes convertidos, Hjalti, un año antes había sido condenado por blasfemia en el *althing*; por esta razón se le dejó en las Westman mientras el otro jefe convertido, Gizur, prosiguió su misión política. Era periodo de *althing* y Gizur se unió a sus compañeros partidarios del cristianismo en el *thingvellir* —incluso el blasfemo Hjalti abandonó toda reserva y se unió a ellos sin que se lo pidieran—. Entonces se llevó a cabo la confrontación más grande de la historia islandesa: dos facciones armadas se enfrentaron una a la otra en medio de la roca hendida. En la Roca de la Ley una procesión de cristianos y paganos afirmó que no querían vivir bajo la misma ley. Retornaron a sus diversas barracas a aguardar la decisión de Thorgeir, el hombre de leyes, quien se echó en la Roca de la Ley, se cubrió por completo, y permaneció allí todo ese día y toda la noche. Se levantó al día siguiente y convocó a las

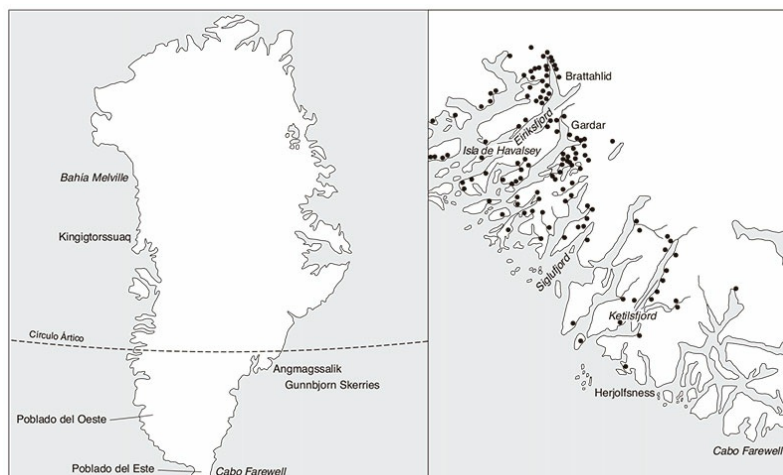
facciones. Allí en la Roca de la Ley comenzó a hablar: la disensión ha azotado las tierras de Noruega y Dinamarca; destruiría esta tierra también; no puede haber dos leyes, una para los paganos y otra para los cristianos; cada bando debe ceder un poco y cada bando ganar un poco; habrá una sola ley y una fe en Islandia. Este criterio complació a la concurrencia: convinieron en que Thorgeir promulgara una ley única. Thorgeir decidió que todos los hombres deberían ser públicamente cristianos y, si ellos querían, en privado podían ser paganos. El bautizo debía ser universal, pero prevalecerían las antiguas costumbres, aunque sólo en privado, con respecto al abandono de niños, el consumo de carne de caballo y los sacrificios. “Pero —nos informa Ari— estas formas de paganismo pronto fueron abolidas.” El relato de Ari presenta una transacción no extraña a la evangelización cristiana: Constantino, Bonifacio, Agustín de Canterbury, los carolingios conocían circunstancias de coexistencia de lo nuevo con lo antiguo en la transición entre el paganismo y el cristianismo y en la aceptación de rituales religiosos aculturados.

El primer obispo, Isleif, fue nombrado en 1056 y se estableció en Skalholt. En 1106 se estableció en Hólar un segundo obispado. Los arqueólogos han descubierto las ruinas de la enorme catedral de Skalholt, construida con estacas, así como el sarcófago del obispo Pál Jonsson (1195-1211). Se hizo una codificación de los cánones eclesiásticos en 1123, 17 años antes de que Graciano el Canonista escribiera su famoso *Decretum* en Bolonia. Sin embargo, los refinamientos de la disciplina canónica no se pusieron en práctica: los sacerdotes y los obispos tenían concubinas e hijos, y los obispos ejercían una considerable autoridad secular. Cuando, en una época posterior, llegó la Reforma a Islandia, llegó como la religión de un rey danés, y el obispo de Hólar y sus dos hijos murieron como defensores no sólo del antiguo orden religioso, sino también como defensores de las libertades nacionales del pueblo islandés.

GROENLANDIA

Aunque la colonización vikinga en Groenlandia nunca fue grande, en el mejor de los casos exigua, y aunque se encontraba en el extremo del mundo, fue una prueba de la sorprendente capacidad de estos agricultores-navegantes para atravesar el Atlántico Norte y vivir en tierra marginal. Al mismo tiempo suministró pruebas de los límites que la naturaleza, no siempre hospitalaria, impone incluso a los hombres valientes y fuertes. Durante casi 500 años los europeos vivieron en lo que eran colonias europeas a lo largo de los fiordos del sudoeste de esta isla —la más grande del mundo—. Un mapa cultural de Europa para los años alrededor de 1000 y 1500 tendría que incluir a Groenlandia.

Tal como sucede con Islandia, el “descubrimiento” de Groenlandia sigue siendo menos importante que el verdadero inicio de una colonización europea. A diferencia de Islandia, la Groenlandia que los vikingos poblaron no tenía monjes irlandeses que hicieran penitencia y, en las regiones de las colonias vikingas, no había habitantes en absoluto. La primera observación de Groenlandia que se registró fue realizada alrededor de 900 y, como en otras partes, provino de un barco que, sacudido por el viento, había perdido el rumbo; se trataba del barco de Gunnbjorn, en su trayecto de Noruega a Islandia. Un barco que de esta manera había sido desviado de su rumbo podía hacer poco más que navegar latitudinalmente cuando las aguas estuvieran en calma; Gunnbjorn, desviado de su ruta hacia el sur, navegó hacia el occidente y avistó una enorme extensión de tierra con el glaciar de Inolfsfjeld que alcanzaba una altura de 1 900 metros. Las islas (o arrecifes) frente a la costa llevaron su nombre durante algunos siglos y los mapas antiguos mostraban Gunnbjarnarsker, que probablemente eran las islas al este de Angmagssalik. La toponimia pudo haberse debido a la historia legendaria que dio lugar a la saga escrita, más que viceversa. La existencia de una gran extensión de tierra hacia el occidente se conoció en Islandia durante la época de la colonización. Cuando terminó la colonización de Islandia y cuando las mejores tierras habían sido reclamadas y obtenidas, los ambiciosos hombres se volvieron hacia el occidente y a lo que se encontraba justo más allá de los arrecifes de Gunnbjorn.



MAPA III.2. *La Groenlandia vikinga y el Poblado del Este.*

La colonización de Groenlandia se equipara con el nombre de Erik el Rojo, quien no fue un simple personaje de leyenda sino una persona que tiene un lugar firme en la historia de esta tierra. Conocemos la fecha de su establecimiento y su localización exacta; los arqueólogos han excavado para nosotros el sitio donde estaba su casa, la iglesia de su esposa y las tumbas de su familia. A diferencia de Gunnbjorn, quien sólo se vislumbra en la lejanía, Erik se yergue con claridad como figura histórica.

Las fechas exactas no son fáciles de obtener en esta cuestión. A principios de la década de 980, probablemente en 983 o 984, Erik el Rojo divisó por primera vez esta nueva tierra. Los relatos sobre él, tal como se narran en las sagas, parecen ciertos y, en algunos momentos cruciales, son corroborados por los hallazgos arqueológicos. Erik y su padre Thorvald habían sido obligados a huir de su hogar en Jaeren en el sudoeste de Noruega cerca de Stavanger, alrededor de 970. Llegaron a una Islandia que ya estaba densamente poblada, y que sólo tenía tierras marginales que quedaban para los recién llegados. Los odios mortales con los vecinos de estas tierras marginales del occidente llevaron al derramamiento de sangre y a la proscripción de Erik durante un periodo de tres años. Este castigo proporcionó a Erik el tiempo para explorar la tierra avistada en el occidente por Gunnbjorn algunas décadas antes. La distancia de Snaefellsnes en Islandia a Angmagssalik, el sitio más cercano de Groenlandia, es de casi unos 720 kilómetros, un viaje de cuatro días con buen tiempo a lo largo del paralelo 65, sin ver tierra quizá durante un día. Erik divisó la formidable y nada atractiva costa oriental de Groenlandia y volvió su barco al sudeste siguiendo la costa y rodeando el Cabo Farewell. En el mismo extremo sudoccidental de esta extensión de tierra —no existen indicios de que ellos supieran o siquiera sospecharan que era una isla— él y sus hombres encontraron tierra verde, de apariencia fértil, situada en profundos fiordos, que se extendían hasta las montañas, un paisaje que recordaba con claridad a Noruega. Los tres años que Erik pasó a lo largo de esta costa sudoccidental fueron años de “exploración para la población de la

tierra”. Resolvió que la tierra era propicia para el establecimiento de dos poblados distintos: uno en el extremo sudoccidental y el otro 640 kilómetros más al norte a lo largo de la costa occidental, que se llamarían, respectivamente, el Poblado del Este y el Poblado del Oeste, pues, de hecho, se encontraban al sudeste-noroeste en relación uno del otro. Aunque las sagas afirman que Erik llamó a la tierra “Greenland” para que pareciera más atractiva a los probables colonos, una práctica que aún conocen los urbanistas, lo cierto es que la tierra del sudoeste alrededor del cabo era verde, y prometía abundancia y prosperidad, y que el clima era sin duda más cálido que en épocas posteriores y, a pesar de las tendencias mitigantes, un poco más cálido de lo que es en la actualidad.

La colonia que Erik fundó en 985 o 986 fue una respuesta a sus dotes de vendedor. Para los vikingos que vivían en tierras estériles en Islandia y recordaban la hambruna reciente, la perspectiva de establecerse en una tierra de largos fiordos y verdes pasturas debe de haber sido seductora. El relato acerca de los 25 barcos que habían partido de Islandia, llenos de familias y de ganado, de los cuales sólo 14 lograron llegar a su destino, podría ser una dramatización exagerada, pero seguramente una cantidad importante de islandeses se hizo a la vela con Erik con el propósito de establecerse en Groenlandia. Otros colonos habrían de seguir sus pasos. En los años siguientes los vínculos con Islandia habrían de mantenerse y se habrían de establecer nuevos vínculos directamente con Noruega. El resultado fueron dos poblados bastante grandes con granjas dispersas: según los relatos de esa época el Poblado del Este en su apogeo tenía 190 granjas y probablemente entre 3 000 y 4 000 habitantes, y el Poblado del Oeste tal vez 90 granjas y más de 1 000 habitantes. Erik estableció su granja en Brattahlid, y en las cercanías se estableció el lugar del *thing* en un área de prados. El cristianismo llegó a Groenlandia al mismo tiempo que a Islandia, hacia el año 1000, pero no existe razón para creer que el hijo de Erik, Leif, haya sido su apóstol. La *Saga de Erik* describe parte de este proceso en tres oraciones.

Erik estaba poco dispuesto a abandonar la antigua religión, pero Thjodhild, su esposa, se convirtió de inmediato e hizo construir una iglesia a cierta distancia de la casa de labor. Se llamó la iglesia de Thjodhild y era allí donde ella y otros conversos oraban. Thjodhild se negó a vivir con su esposo después de su conversión, y esto le ocasionó a Erik un gran disgusto.

Su descontento podría haber disminuido cuando Erik, con el tiempo, probablemente se convirtió al cristianismo. La Iglesia cristiana habría de prosperar en Groenlandia. Se estableció una diócesis en Gardar, cerca de Eiríksfjörður, en 1126; en el siglo XII se fundaron un monasterio de la regla agustina en Ketilsfjörður y un convento de monjas benedictinas en Siglufjörður, y un total de 12 iglesias parroquiales en el Poblado del Este y cuatro iglesias parroquiales en el Poblado del Oeste son indicios de una comunidad cristiana llena de vida, aunque pequeña.

Las familias que habrían de habitar esta tierra durante siglos vivían principalmente de la cría de ganado vacuno y lanar. Sus demás recursos incluían una abundancia de peces y animales de caza. Los groenlandeses tenían cazaderos al norte del Poblado del Oeste (lo llamaban Nordseta), donde cazaban morsas, focas y osos blancos. ¿Hasta qué distancia hacia el norte de esta costa occidental llegaron los vikingos groenlandeses? Se ha encontrado una piedra con inscripciones rúnicas que data de principios del siglo XIII precisamente al sur de los 73°55' latitud norte, y sabemos que algunos vikingos navegaron en la bahía Melville cerca de los 76° latitud norte. Además, es probable que algunos cazadores alcanzaran la zona oriental de la isla Ellesmere justo por debajo de los 80° latitud norte, donde se han descubierto artefactos escandinavos (incluido el remache de un barco). No obstante, a pesar de eso, la colonización vikinga siguió siendo lo que era desde el principio: dos comunidades agrícolas en el sudoeste, separadas por más de 600 kilómetros, con una población en su apogeo de casi 5 000 personas, aunque existen estimaciones menores.

Abundan los testimonios medievales acerca de esta colonización: cartas papales, obispos de Gardar en concilios ecuménicos, sagas, relatos de barcos y osos polares como regalos principescos en cortes europeas. Subsiste la vívida descripción escrita por el autor de *Espejo del Rey*, un libro de etiqueta cortesana del siglo XIII escrito en noruego antiguo:

La población de Groenlandia es escasa, ya que sólo una parte de la tierra está lo bastante libre de hielo como para ser habitada por humanos. Es un pueblo cristiano con sus propias iglesias y sacerdotes. En comparación con otros lugares probablemente formarían una tercera parte de una diócesis; sin embargo, los groenlandeses tienen su propio obispo debido a su lejanía de otros pueblos cristianos. Sabemos que la pastura aquí es muy buena y que las granjas son grandes y prósperas. Los granjeros se dedican a criar grandes cantidades de ganado vacuno y lanar y a hacer mucha mantequilla y queso; la gente vive principalmente de estos productos y de la carne de buey. Además, consumen carne de reno, ballenas, focas y osos.

Las fuentes literarias solas podrían proporcionar al historiador una imagen bastante completa de la tierra y de sus habitantes durante esta época. Pero ésta es sólo una parte —¿tal vez una parte de menor importancia?— de las evidencias.

En ningún otro lugar durante la era vikinga nos encontramos con hallazgos arqueológicos tan completos, tan precisos y que se relacionan con tanta claridad con fuentes escritas como en Groenlandia. Comenzando a fines del siglo XIX y continuando con gran éxito en los años de entreguerra y en los años subsecuentes a la segunda Guerra Mundial, las excavaciones, que aún continúan cada reducido verano, han dado lugar a descubrimientos de naturaleza extraordinaria y a otros menos asombrosos, pero con un efecto acumulativo de importancia probablemente mayor.

Los arqueólogos han mostrado los sitios de los dos poblados. Han excavado los cimientos de cientos de construcciones que en tamaño, cantidad y disposición son tal como han indicado las sagas. El sitio mismo de la granja de Erik el Rojo en Brattahlid ha

sido claramente identificado. La parte principal de la casa de labranza se asemeja a una casa de labranza islandesa del mismo periodo y tenía un gran salón que medía casi 15 metros por 5. Se habían añadido ampliaciones: un dormitorio, almacenes, una construcción para el fuego, frente a la sala un pozo donde ahora brota un manantial y, en el declive hacia el mar, establos con puestos para 28 vacas. Los muros por lo general eran de grueso tepe, aunque se utilizaron algunas piedras. Los objetos del periodo vikingo se encontraban dispersos por todo el lugar. Dentro de la casa había juguetes hechos de hueso de morsa, algunas navajas y una piedra de amolar, y afuera había utensilios como lámparas de piedra, cacerolas, tazones y huesos de pescado y de animales. En 1961 unos trabajadores, que cavaban una zanja para un edificio moderno, en forma inesperada encontraron esqueletos humanos: habían hallado el sitio de un cementerio vikingo. De inmediato los arqueólogos asumieron la dirección de la excavación y sus trabajos revelaron los restos de una antigua iglesia vikinga con su camposanto; la iglesia misma tenía muros de piedra y tepe, una fachada de madera en forma de “U”; el piso estaba pavimentado con piedra arenisca roja. Se trata de una pequeña construcción, de casi 3.5 por 2 metros; no se diferencia de las iglesias de aquel tiempo en Islandia. Se tenía que concluir que en realidad se trataba de la iglesia de Thjodhild, la esposa de Erik, “construida a cierta distancia de la casa de labranza”, que en realidad estaba a unos 185 metros de la casa de labor, justo dentro de los límites de los campos cultivados en las inmediaciones de la casa de labranza. Se encontraron los restos de 150 personas en este camposanto —hombres, mujeres y niños—, entre ellos sin duda Thjodhild y su hijo Leif el Afortunado y, quizá, su esposo Erik el Rojo.

La catedral de Gardar, construida en el siglo XII con piedra arenisca local, actualmente sólo existe en ruinas. En un tiempo fue una construcción espléndida de unos 28 metros por 17 con cruceros y coro. En las cercanías se encontraba el palacio del obispo, que tenía 47 metros de largo y un gran salón, un granero para el diezmo y establos que podían dar cabida a 100 vacas. El sitio, una vez más, estaba lleno de objetos de la era vikinga: anillos, navajas, piezas de juego y, en la tumba de un obispo, un anillo de oro y un hermoso puño de un báculo pastoral hecho de marfil de morsa.

Las excavaciones en el convento benedictino de Narsarsuaq en el Poblado del Este han revelado, *inter alia*, un objeto del siglo X (que algunos interpretan como una brújula de madera utilizada en la navegación), una campana rota de iglesia y varias tumbas.

La capa de hielo y la intensa helada de un periodo posterior ayudaron a conservar para los arqueólogos el cementerio de la era vikinga en Herjolfsnes en el Poblado del Este, al sur de Brattahlid. Estas condiciones climatológicas peculiares preservaron los vestidos con los que habían sido colocados los cuerpos: 30 vestidos de talle estrecho, faldas amplias, mangas un poco largas y escote bajo; 17 capuchas con “colas largas” (bandas largas y ondulantes unidas al pico de la capucha que caían sobre la espalda), y

cinco sombreros, dos algo redondeados y los otros de forma cónica. Así pues, aquí está una parte del vestuario del último periodo de esta colonización. Además, en 1990 la erosión del suelo desenterró una finca bien conservada en el Poblado del Oeste, conocida por los arqueólogos como “La Granja bajo la Arena”. Si bien el permacongelamiento sirve para preservar los hallazgos, también puede retardar su excavación y estudio.

Menos extensos pero no menos importantes que el sitio de Herjolfsnes son la iglesia del siglo XI, con su pared intacta, en la isla de Havalsey en el Poblado del Este, el crucifijo labrado en madera de Sandnes en el Poblado del Oeste, y la piedra rúnica, ya mencionada, en Kingigtorsuaq, una isla frente a la costa occidental, a 72°55' latitud norte.

Las cantidades crecientes de pruebas arqueológicas describen dos comunidades establecidas de groenlandeses que vivían en una forma similar a como lo hacían sus primos vikingos en Islandia y Noruega. Sus casas, sus edificios de labranza, la ubicación de las viviendas, el estilo de sus iglesias, la forma de sus vestidos y el empleo del *thing*, todo atestigua la presencia de europeos en el sudoeste de Groenlandia, y aunque se encontraban muy alejados de la ancestral Escandinavia y su estilo de vida había sido modificado por el ambiente, seguían siendo europeos.

La desaparición de esta colonia europea en Groenlandia intriga a todo aquel que la estudia. Hacia el año 1500 aproximadamente había dejado de existir. El poblado establecido por Erik, que había prosperado, se había convertido al cristianismo y durante siglos se había adaptado a su localización en el norte, expiró sin testimonios, sin explicación y sin dolientes. Si existe una sola cuestión a la que los historiadores de Groenlandia esperan que las excavaciones arqueológicas proporcionen una respuesta, con seguridad debe ser la inquietante cuestión del fin de la Groenlandia vikinga. Abundan las teorías y, sin embargo, ningún observador registró los últimos días, el último suspiro de esta civilización. Una explicación que hace hincapié en los cambios climatológicos y resta importancia a los factores político-económicos probablemente se encuentra lo más cerca de la verdad que podemos llegar por el momento. En 1261 este pequeño país autónomo estuvo bajo el control del rey de Noruega, quien, con frecuencia se dice, restringió su comercio. Debido a que gran parte de la subsistencia y bienestar de Groenlandia dependían de la exportación de artículos como telas confeccionadas en casa, pieles de bueyes, ovejas y focas, cuerdas de morsa, colmillos de morsa, y osos polares, así como de la importación de madera, hierro y cereales, se argumenta que, en particular, tales restricciones al comercio dificultaron la vida. Cuando las consecuencias de estas políticas mercantiles se unieron a los efectos de los rigurosos cambios climatológicos, los poblados no pudieron sobrevivir. Después se hablará más sobre el clima. Ahora debemos considerar los supuestos efectos funestos del sometimiento de Groenlandia al régimen noruego en 1261. Hubo, en efecto, un acuerdo en 1261 entre el pueblo de Groenlandia y

el rey de Noruega, y mediante este acuerdo Groenlandia estuvo sometida (hasta 1814, como lo quisieron los acontecimientos) a la autoridad del monarca noruego: debían pagársele multas, el mediador en sus asuntos debía representarlo, y debía haber tierras reales en el Poblado del Este. Puede ser cierto que se haya dado el monopolio del comercio con Groenlandia a los comerciantes de Bergen, y que, como sucedió con Islandia, una cantidad específica de barcos (seis al año para Islandia en 1262) podía navegar de Groenlandia a Noruega. No obstante, para que este argumento tenga fuerza, debe suponerse que Groenlandia dependía económicamente de ese comercio con Noruega. La verdad parece ser que Groenlandia era en esencia una tierra económicamente autosuficiente. Su principal requerimiento de importación era la madera: pero no había necesidad de navegar hasta Noruega cuando más cerca se habrían de encontrar abundantes suministros en Marklandia —en el siguiente capítulo hablaremos más sobre su localización, pero, por el momento, puede identificarse con el todavía boscoso Labrador— y los barcos navegaban allí incluso hasta 1347. Un factor que requiere consideración es si los granjeros noruegos dependían o no de la importación de hoces de metal. No existen pruebas de un gran volumen de exportaciones: en 1282 el obispado de Gardar pagó su diezmo de cruzada en especie (pieles de buey y de foca, sogas y marfil de morsa) y su intermediario pasaba aprietos para vender esos bienes en Noruega. El marfil de morsa y los colmillos de narval probablemente fueron los sostenes principales de lo que sin duda alguna era un pequeño negocio de exportación. La economía de Groenlandia era lo suficientemente independiente para soportar la interrupción de sus lazos comerciales con Noruega.

Los climatólogos han reforzado lo que nos dicen las sagas: durante los siglos XI y XII el hielo era virtualmente desconocido en las aguas entre Islandia y los dos poblados vikingos de Groenlandia, y la temperatura en estas áreas pobladas era de 2 a 4°C más cálida que en el presente. Desde el principio del siglo XIII, una muy breve edad de hielo afectó el hemisferio norte, haciendo descender la temperatura del agua del mar entre 3 y 7°C (casi 3°C por debajo de la temperatura actual). Información isotópica muestra que entre 1343 y 1362 las temperaturas cayeron en la región del Poblado del Oeste. Este cambio fue suficiente para hacer que el hielo descendiera cada vez más hacia el sur. Empezaron a aparecer témpanos de hielo estacionales en las rutas oceánicas y cerca de los poblados; su cantidad aumentó; la estación de hielos se prolongó, y los témpanos fueron seguidos por icebergs. El autor de *Espejo del Rey*, cuando escribió en el siglo XIII, describió los peligros ocasionados por el hielo.

Quando se ha navegado por las regiones más profundas del océano, se encontrarán casi de inmediato enormes masas de hielo en el mar, un fenómeno sin paralelo en ninguna otra parte. También existe hielo en una forma muy distinta: la gente de Groenlandia los llama *icebergs*. Parecen montañas que se elevan a gran altura sobre el mar.

A mediados del siglo siguiente un escritor que daba instrucciones para navegar a Groenlandia advirtió que la antigua ruta ya no se podía seguir: “por el noreste el hielo ha descendido”. El pueblo dorset vivió en Groenlandia mucho tiempo antes que los vikingos, y para ese entonces ya no estaba allí; algunos pueblos nativos más recientes, probablemente de Alaska, llamados los thule por los arqueólogos, vivieron en la parte norte de Groenlandia durante la era vikinga; estos últimos son los ancestros del pueblo inuit que hoy conocemos y que actualmente permanecen en el lugar. Cuando el hielo descendió más hacia el sur, los inuit hicieron lo mismo, o, para ser más precisos, lo mismo hicieron las focas y sus cazadores, los thule.

A mediados del siglo XIV, muy probablemente en la década de 1340, el representante de la ley ordenó a Ivar Bárdarson, un clérigo de Noruega asistente del obispo de Gardar, que fuera al Poblado del Oeste a librarse de los *skraelings* (el término peyorativo para los nativos). Cuando su grupo llegó al lugar se encontró con que el asentamiento estaba vacío; sólo había animales salvajes que vagaban sin atención. Ya fuera que los colonos hubiesen sido asesinados —no se hace mención de los cuerpos—, se estuvieran escondiendo de un posible mayoral o hubieran migrado, no podemos determinarlo, sin embargo, hay varias teorías plausibles. Lo que sí sabemos es que la peste que azotó Europa durante ese tiempo nunca llegó a Groenlandia. La evidencia arqueológica sugiere que el cultivo de tierras continuó durante un corto tiempo después de la visita de Ivar Bárdarson. Curiosamente, una crónica islandesa del año 1379 describe la forma en que algunos thule mataron a 18 groenlandeses e hicieron esclavos a dos muchachos. Por otro lado, el lugar de la masacre no ha quedado esclarecido y la referencia podría aludir a un grupo de cazadores europeos que había viajado demasiado lejos hacia el norte. Con todo, está claro que el Poblado del Oeste había desaparecido hacia mediados del siglo XIV, abandonado por completo por los vikingos probablemente ante el peligro inminente de un enfriamiento climático generalizado y de roces poco amistosos con los pueblos nativos.

El fin del Poblado del Este es una interrogante más. ¿Qué evidencias poseemos? Pocas, pero dignas de enumerar. Alrededor del año 1377 el obispo de Gardar, Alf, murió y nunca se le remplazó, una situación que probablemente haya obedecido a la reducción cada vez mayor de la población. En 1381 el barco noruego *Oláfsúðinn* visitó el poblado y permaneció allí dos años. Mientras esta nave se encontraba en Groenlandia, otro barco noruego naufragó en la zona. Además, en 1385 Björn Einarsson, proveniente de Bergen, dirigió cuatro barcos al Poblado del Este, donde permanecieron por dos inviernos. No se sabe si sus barcos se desviaron de curso en su camino a Islandia, como Björn alegó, o si estaba involucrado en comercio ilegal con Groenlandia, como sospechaban las autoridades de Noruega. Unos islandeses, que habían zarpado de Noruega en 1406, aseguraron haber sido desviados de su trayecto de regreso a casa y visitaron Poblado del Este. Se quedaron cuatro años y durante su permanencia su líder se casó con una viuda

islandesa que vivía ahí. La boda fue precedida por amonestaciones y se celebró una misa nupcial de acuerdo con el ritual y la solemnidad apropiados. Éste fue el último viaje a Groenlandia del que se tiene registro.

Un extraño documento del papa Nicolás V, con fecha del 20 de septiembre de 1448, relata que los groenlandeses habían solicitado tener un obispo, o, al menos, que les enviaran sacerdotes; ellos narraban cómo hacía 30 años paganos vecinos habían atacado y devastado su asentamiento “con fuego y espada”, y habían hecho prisioneros a sus hombres más fuertes. De regreso, quisieron volver a establecer la práctica de la fe cristiana. El papa fue incapaz de complacerlos. ¿Esto significa que alrededor de 1418 se había producido un ataque devastador por parte de los thule en el Poblado del Este? Es una pregunta muy debatida; no obstante, sin importar las sospechas sobre su legitimidad, la carta papal se presenta como un documento atormentador en la historia de la desaparición de la Groenlandia noruega.

Las excavaciones de un cementerio en Herjolfsnes descubrieron esqueletos vestidos con ropas de tipo medieval tardío, particularmente tocados femeninos no muy diferentes de los usados en Islandia. Pruebas de carbono 14 dieron como resultado fechas que situaban estas prendas en la primera mitad del siglo XV. (No hay ningún indicio de que los cuerpos hayan sido enterrados al mismo tiempo.) ¿Acaso fueron estos los últimos entierros cristianos de colonos europeos en Groenlandia? Y ¿qué pasó con el remanente, aquellos que sobrevivieron y que tuvieron que cavar las tumbas? Podrían haber muerto, sus restos aún sin ser detectados; pudieron haber emigrado a Islandia; pudieron haber sido “rescatados” por pescadores ingleses y portugueses que a finales de los años 1490 probablemente frecuentaban las aguas cercanas. Aunque los groenlandeses nórdicos eran agricultores y no pescadores, la idea de que su asentamiento se extinguió porque se negaron a comer pescado es demasiado extrema. Todo lo que puede decirse con cierto grado de certeza histórica es que la última información confiable que tenemos de los pobladores del Poblado del Este son los entierros de 1450.

En 1492 el papa Alejandro VI escribió —uno se pregunta cómo obtuvo esta información— acerca de una avanzada del cristianismo apenas recordada:

La diócesis de Gardar se encuentra en los confines de la tierra en una región llamada Groenlandia. La gente que vive allí no tiene pan, vino ni aceite; viven de pescado seco y leche. Muy pocas travesías a Groenlandia han sido posibles debido al hielo en los mares, y éstas sólo en el mes de agosto, cuando el hielo se ha derretido. Se cree que ningún barco ha navegado allí durante 80 años y que ningún obispo o sacerdote ha residido allí durante este periodo. Por consiguiente, muchos habitantes han abandonado la fe de su bautizo cristiano; una vez al año exhiben un lienzo sagrado utilizado por su último sacerdote que celebró misa allí hace casi 100 años.

Esta última avanzada del cristianismo había desaparecido, sin que alguien hubiera registrado su final, habiendo sido escrito su epitafio por un papa Borgia en el mismo año

en que Cristóbal Colón zarpó hacia el occidente en busca de la India y “descubrió” en vez de eso un nuevo mundo.

Los párrafos pertinentes de Gwyn Jones, *The Norse Atlantic Sagas* (2ª edición, Oxford, 1986), están llenos de útil información y muy buen juicio.

Para más información acerca de las Feroe véase la síntesis de los descubrimientos arqueológicos en Símun V. Arge, “Vikings in the Faeroe Islands”, *Vikings: The North Atlantic Saga* (W. W. Fitzhugh y Elisabeth I. Ward [coords.], Washington, 2000), capítulo 5. Un texto interesante, en especial por la cuestión de los asentamientos y prenórdicos, es el de Steffen Stummann Hansen, “The Early Settlement of the Faroe Islands: The Creation of Cultural Identity”, en *Contact, Continuity, and Collapse* (James H. Barrett [coord.], Turnhout, 2003). Pueden encontrarse tres artículos sobre las Feroe en *The Viking Age in Caithness, Orkney and the North Atlantic* (C. E. Batey, J. Jesch y C. D. Morris [coords.], Edimburgo, 1993). Entre las obras antiguas que aún vale la pena consultar se encuentran P. G. Foote, *On the Saga of the Faroe Islanders* (Londres, 1965) y G. J. Marcus, “The Norse Emigration to the Faroe Islands”, *English Historical Review* 71 (1956), pp. 56-61.

Para Islandia en general véase Jon Johannesson, *A History of the Old Icelandic Commonwealth* (Winnipeg, 1974). Dos capítulos en *Vikings: The North Atlantic Saga* (información en el párrafo anterior), escritos por Orri Vésteinsson y Helgi Thorlaksson, ofrecen un excelente lugar para comenzar. Para un análisis de los diferentes aspectos de Islandia de la era vikinga véase Jesse L. Byock, *Medieval Iceland* (Berkeley, 1988) y *Viking Age Iceland* (Harmondsworth, 2001), una actualización del primer libro. Una magnífica exposición de la conversión puede encontrarse en Jenny Jochens, “Late and Peaceful: Iceland’s Conversion through Arbitration in 1000”, *Speculum* 74 (1999), pp. 621-655. Para un análisis de la Iglesia y su lugar en la sociedad islandesa véase Orri Vésteinsson, *The Christianization of Iceland: Priests, Power, and Social Change 1000-1300* (Oxford, 2000). El mismo autor y Adolf Fridriksson ofrecen una reconstrucción provocativa del *Landnámabók* en su artículo “Creating a Past: A Historiography of the Settlement of Iceland”, en *Contact, Continuity, and Collapse* (véanse los detalles en el párrafo previo). Para una importante fuente acerca de los asentamientos véase *Landnámabók: The Book of Settlements* (H. Pálsson y P. D. Edwards [coords.], Winnipeg, 1972). Para textos en inglés sobre las sagas islandesas véase V. Hreinsson (coord.), *The Complete Sagas of Icelanders* (6 vols., Reikiavik, 1997), y *The Sagas of Icelanders: A Selection* (Penguin, 2000), con prefacio de Jane Smiley e introducción de Robert Kellogg. Numerosos capítulos especializados sobre la Islandia medieval pueden encontrarse en *Norse and Later Settlement and Subsistence in the North Atlantic* (Christopher D. Morris y D. James Rackham [coords.], Glasgow, 1992).

Kirsten Seaver ofrece una lectura esencial sobre Groenlandia en *The Frozen Echo: Greenland and the Exploration of North America, ca. AD. 1000-1500* (Stanford, 1996).

Aunque antiguo, aún vale la pena considerar el texto de Finn Gad, *The History of Greenland*, vol. I, *Earliest Times to 1700* (Ernst Dupont [trad.], Londres, 1970). Para una reseña interpretativa de algunas de las excavaciones arqueológicas véase Thomas H. McGovern, “Bones, Buildings, and Boundaries: Palaeoeconomic Approaches to Norse Greenland”, en *Norse and Later Settlement and Subsistence in the North Atlantic* (C. D. Morris y D. J. Rackham [coords.], Glasgow, 1992). Se incluyen seis capítulos importantes sobre los nórdicos en Groenlandia en *Vikings: The North Atlantic Saga* (véase los detalles más arriba). La novela de Jane Smiley *The Greenlanders* (Nueva York, 1988) ofrece una entrada placentera al mundo de la Groenlandia nórdica.

IV. LOS VIKINGOS Y EL NUEVO MUNDO

LOS VIKINGOS llegaron a América del Norte. Éste es un hecho histórico. Las pruebas, escritas y arqueológicas, no dejan lugar a dudas: en una fecha próxima al milenio hombres cuyos vínculos culturales se extendían más allá de Groenlandia e Islandia hasta Escandinavia llegaron a las costas de América del Norte. Negar o incluso dudar de esto sería hacer caso omiso de los abrumadores testimonios históricos.

La cuestión de la historicidad de los vikingos en el Nuevo Mundo se plantea sólo porque se relaciona con la cuestión de quién en realidad descubrió América. La fascinación con el descubrimiento del nuevo continente es en verdad una fascinación no con el descubrimiento del hemisferio occidental —fue descubierto quizá hace 30 000 años por asiáticos— sino con el descubrimiento muy posterior por europeos: ¿quién fue el primer europeo que avistó el Nuevo Mundo? Una pregunta más importante desde el punto de vista histórico sería: ¿qué circunstancias, qué pautas de desarrollo humano dieron por resultado una presencia europea en las costas occidentales del océano Atlántico? Los descubrimientos de fines del siglo xv llevaron al establecimiento de colonias europeas y, a partir de entonces, a una presencia europea continua y dominante. Si no hubiera sido Cristóbal Colón, entonces sin duda alguien más —quizá el italiano anglicanizado Juan Caboto— habría desembarcado en América en la última década del siglo xv. El individuo es menos importante que las fuerzas históricas en juego que hicieron, al menos en esa época, inevitable tal descubrimiento. En la era vikinga, cuatro siglos antes, aun otras fuerzas hicieron virtualmente inevitable un desembarco en América del Norte. Es posible que nunca conozcamos la identidad del primer vikingo que avistó América, quizá con justicia histórica, pues el primer vikingo que alcanzó tierra allí fue llevado por fuerzas que en distancia abarcan al Atlántico Norte desde los fiordos del occidente y del sur de Noruega y en tiempo abarcan varios siglos de exploraciones vikingas.

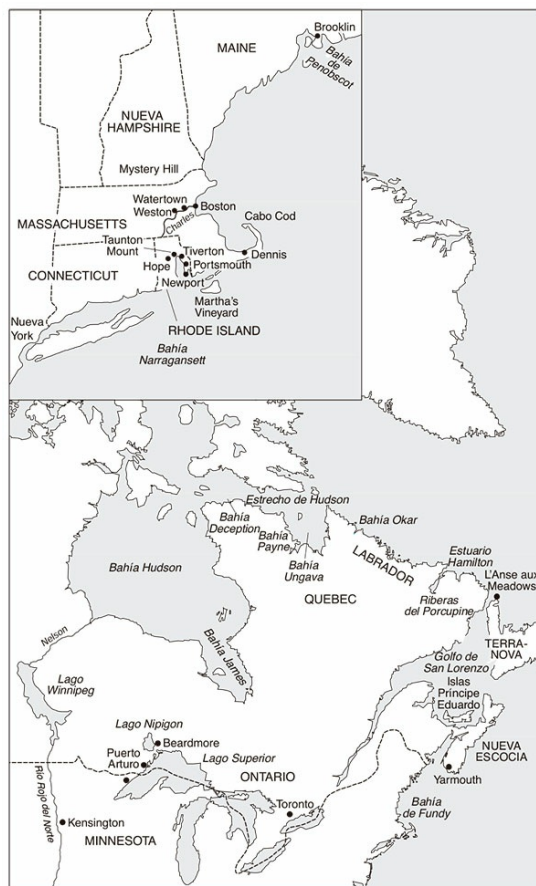
PRIMEROS DESCUBRIMIENTOS

¿Antes de los vikingos, otros pueblos habrán cruzado el Atlántico para llegar a América? La respuesta seca es que podrían haberlo hecho, pero las pruebas en este momento no existen. Todo este asunto ha sido confundido con fraudes y falsificaciones así como por entusiasmo bien intencionado. Existe siempre el peligro de que la información importante en manos de aficionados pudiera ser pasada por alto e incluso desacreditada por los eruditos debido a la falta de presentación profesional. Una mente receptiva sobre esta cuestión admite el surgimiento posible de pruebas concluyentes —podría surgir otra Troya o Cnosos— pero, por el momento, no existen evidencias convincentes. Deben examinarse las pruebas existentes.

¿América antes de los vikingos? La pregunta tiene traza de anacronismo. Sería mejor preguntar: ¿hubo gente mediterránea o europea en el hemisferio occidental antes de la llegada de los vikingos hacia el año 1000 d.C.? Una respuesta afirmativa puede basarse sólo en textos vagos y en grabados muy ambiguos. Con grato entusiasmo el biólogo marino Barry Fell, profesor emérito de la Universidad de Harvard, ha descubierto, en particular en el norte de Nueva Inglaterra, algunas marcas en piedras que él identifica como provenientes de un alfabeto protoogam en celta antiguo. En Mystery Hill, en Salem del Norte, Nueva Hampshire, descifró marcas en piedras asociadas con una serie de cámaras subterráneas y las interpretó como palabras que se referían a Bal, el dios solar celta. Esta forma de alfabeto protoogam, tal como lo describe Fell, sólo tenía consonantes que se representan mediante líneas rectas verticales paralelas unas con otras:

| = h, || = d, ||| = t, |||| = c, etcétera.

No se conoce ningún otro alfabeto ogam sin vocales. Las líneas como las que él describe con facilidad podrían haber sido talladas en piedra por razones distintas al intento de seres humanos por comunicarse: raíces de árboles, herramientas de labranza, marcas glaciales, etc. Es intrigante, pero no estamos más cerca ahora de lo que hemos estado en probar la existencia de una comunidad celta de Nueva Inglaterra hace 2 500 años.



MAPA IV.1. Los vikingos y el Nuevo Mundo.

Se han encontrado grabados en piedra que, a primera vista, son prueba de una presencia fenicia en América en lugares tan distantes como Brasil y Tennessee. La inscripción, supuestamente descubierta en Pouso Alto, Brasil, en 1873, describe a sus autores como cananeos llevados por tormentas a través del Atlántico Sur desde África. Hoy día los eruditos, virtualmente por unanimidad, consideran que estas inscripciones son una hábil falsificación. El mismo veredicto parecería aplicarse a la piedra que según se cree fue encontrada alrededor de 1890 debajo del cráneo de un esqueleto en Bat Creek, Tennessee, y que contiene una inscripción hebrea supuestamente del siglo II d.C.

El relato de la Atlántida habla de una gran isla al occidente de Gibraltar que finalmente fue devorada por el mar; una tierra cuyos habitantes en un tiempo habían sido sabios y poderosos pero después se volvieron corruptos y fueron derrotados por los atenienses. Se trata tan sólo de un cuento. Platón, al referirlo, combinó relatos de la decadencia minoica en la isla de Creta y de la subida al poder de Atenas. Esta historia no fue tomada en serio en la Antigüedad ni debe tomarse en serio ahora. Al igual que Platón, el filósofo Plutarco hizo un relato acerca de los eruditos peregrinos que habían navegado al occidente de Britania más allá del hielo hasta un gran continente en los lejanos márgenes del océano, donde Cronos dormía en un santuario dentro de una cueva. Sin

duda, es otro mito. Estos relatos y otros similares ayudaron a mantener viva una tradición de regiones míticas al otro lado del Atlántico.

San Brendan —o, con mayor precisión, el autor del *Navigatio sancti Brendani*— perpetuó esta tradición de islas y tierras trasatlánticas. El misterio rodea a san Brendan, su viaje y el relato sobre éste. En la neblina de la narración de Brendan varios hechos se advierten con claridad: existió un Brendan histórico (aproximadamente de 490 a 580) que fundó monasterios en el occidente de Irlanda, siendo el más conocido Clonfert en Galway, y que navegó a Iona, las Islas Occidentales, Gales y posiblemente incluso a Gran Bretaña. Allí la luz de la historia nos abandona y volvemos a la neblina teniendo como única guía el *Navigatio*. El texto del *Navigatio* probablemente data de principios del siglo X. Existe en más de 120 manuscritos en latín además de la tradición manuscrita de las versiones vernáculas posteriores. Probablemente existió un antiguo relato en latín para el año 800. Aunque la obra era claramente eclesiástica, no corresponde a la tradición de la hagiografía que refería los milagros sino al *immrama*, los relatos irlandeses y latinos de viajes marinos. En forma breve, la narración de Brendan describe una travesía de siete años de san Brendan y sus compañeros en una *currach*, una canoa con los costados de cuero. Su peregrinaje en busca de la Tierra Prometida de los Santos los llevó a muchas islas, como la isla de las ovejas, la isla de los pájaros, la isla de las uvas, la isla de los herreros, la isla de la montaña flameante, y en muchas de estas islas encontraron monasterios. Durante estos siete años acontecieron incidentes extraños a Brendan y sus acompañantes. Desembarcaron en una isla y encendieron un fuego en el suelo sólo para descubrir que el suelo no era suelo y la isla no era una isla: habían desembarcado en el lomo de una ballena y su fuego había escocido al animal. (Un incidente similar se describe en el bestiario griego del siglo II, *Physiologus* y, posteriormente, en *Las mil y una noches*.) Cada año regresaba a su ballena durante la Pascua y celebraban oficios religiosos sobre su lomo. En otra ocasión encontraron un enorme monstruo marino que arrojaba espuma por los orificios nasales. Incluso encontraron un pájaro que hablaba. Un día vieron a lo lejos una columna de cristal y entonces se acercaron para examinarla; era más alta que el cielo y tenía una red enredada a su alrededor donde emergía del agua. Otro día encontraron al apóstol Judas sentado en una roca. Y de esta forma seguían sus aventuras.

Resulta muy tentador tratar de identificar algunos de estos lugares y considerar a la isla de las ovejas y a la isla de los pájaros dos islas de las Feroe (Streymor y Vagar), la isla de la montaña flameante como Islandia, y a la isla de las uvas como la Vinlandia de los vikingos. Se trata de aguas traicioneras con costas nada seductoras: las instrucciones dadas en el texto, las inconsecuencias de los espacios de tiempo y la vaguedad de las localizaciones relativas, todo esto hace peligrosa en extremo cualquier identificación precisa. Para el año 800 monjes irlandeses estuvieron de hecho presentes en las islas

Feroe y en Islandia, y la descripción general de estas tierras sin duda era conocida en Irlanda en la época en que se compuso el *Navigatio*. No se puede añadir mucho más; el texto habla de otras tierras, verdaderas y no sólo fantasía; no existe ninguna razón para llegar a la conclusión de que alguna de ellas deba ser localizada en América. Las ballenas amistosas y curiosas no son raras en el Atlántico Norte —ballenas que, cuando exhalan, arrojan espuma—; tampoco se pone a prueba la imaginación al identificar la columna de cristal con su red alrededor de ella como un *iceberg* con una faja de hielo superficial. La *currach*, esa canoa de costados de cuero y armazón de madera, que aún utilizan en una forma modificada los pescadores en el occidente de Irlanda, ciertamente pudo haber navegado en el Atlántico, como Tim Severin lo probó con sus emocionantes viajes. Durante el siglo VI san Brendan podría haber navegado el Atlántico, podría haber desembarcado en las Feroe y en Islandia, e incluso podría haber “descubierto” América del Norte, pero el texto del *Navigatio*, nuestra única fuente, y ella misma una mezcla de lo fantástico y lo verosímil, de lo natural y de lo inexplicable, de antiguo material *immrama* y de material reciente y distinto, no apoya tales proposiciones. Lo que el texto sugiere es la existencia continua en el siglo IX y a principios del siglo X del conocimiento de tierras en el Atlántico y una curiosidad acerca de ellas. Algún día podrían surgir pruebas que demuestren que los monjes irlandeses estuvieron en América siglos antes que los vikingos y casi un milenio antes que Colón; esa evidencia casi con certeza será arqueológica. Por el momento no se sabe que exista. América antes de los vikingos, al menos por el momento, es sólo una tierra de fantasías y cuentos de hadas.

Aproximadamente en el año 1000 los vikingos divisaron, desembarcaron, exploraron e intentaron colonizar el litoral de América del Norte. Las fuentes escritas más antiguas no son, como podría suponerse, los relatos de las sagas, que existen en manuscritos de los siglos XIV y XV transcritos de textos de los siglos XII y XIII. La fuente escrita más antigua se remonta a sólo unas cuantas generaciones del intento de colonización vikinga en América: *The History of the Archbishops of Hamburg*, concluida por Adam de Bremen hacia 1075. El libro cuatro de esta historia se titula “Una descripción de las islas del norte”, lo que convierte a Adam en el geógrafo alemán más antiguo que se conozca. A fines de la década de 1060, Adam de Bremen visitó la corte danesa con el objeto de recabar información para su historia y, durante su permanencia allí, se entrevistó con el *inter alios* rey Svein Estrithson, sobrino del rey Canuto el Grande.

El rey habló sobre otra isla más que había sido descubierta por muchos en ese océano. Se llama Vinlandia porque allí en ese país crecen vides silvestres que producen un vino excelente. Allí abundan las plantas que crecen solas. He sabido esto no de relatos fantásticos sino de los informes fidedignos de los daneses.

Adam de Bremen había recopilado esta información a finales de la década de 1060. El rey Svein, en cuya corte había obtenido esta información, había nacido en 1017, aproximadamente el periodo en que los vikingos estaban tratando de colonizar Vinlandia. Nunca se sabrá con exactitud cuándo Svein tuvo conocimiento de esta tierra —durante su reinado (1047-1074) parece haber sido visitado por el islandés Eadwine llevando como presente un oso polar de Groenlandia y las nuevas de esta tierra recién descubierta—, pero lo seguro es que aquí nos encontramos con un relato casi contemporáneo.

Otras tres referencias antiguas y que no pertenecen a las sagas confirman el conocimiento continuo en Islandia de la existencia de Vinlandia. Un tratado geográfico del siglo XII afirma: “Al sur de Groenlandia yace Hellulandia, y después Marklandia, y, no muy lejos, Vinlandia”.

Los *Anales islandeses* para el año 1121 registran que “el obispo Erik de Groenlandia emprendió un viaje en busca de Vinlandia”. El primer gran historiador de Islandia, Ari Thorgilsson, al escribir hacia 1127 indicó que él tenía noticias acerca de Vinlandia y sus habitantes nativos por su tío, Thorkell Gellison, quien había tenido conocimiento de esto por uno de los primeros colonos de Groenlandia. Así pues, a menos de 100 años aproximadamente del asentamiento en Vinlandia, Ari escribió sobre ella, casi de paso, sin dar una explicación, pues ésta era innecesaria.

Las sagas, que surgieron de una tradición distinta, aunque similar, apoyan esta información y añaden hechos importantes de una naturaleza indiscutiblemente histórica. Teniendo como propósito el esparcimiento, las sagas existieron en forma oral al principio y sólo después de mucho tiempo fueron escritas. Requieren cuidado en el uso que los

historiadores hagan de ellas: no se puede confiar en todos los detalles y no todas las afirmaciones se pueden rechazar. Las sagas celebraban las grandes hazañas de los antecesores de islandeses posteriores, quienes realzaban su propia importancia mediante descripciones halagadoras de los hombres y mujeres heroicos de quienes se decían descendientes. Las dos sagas que describen en forma detallada la experiencia vikinga en el Nuevo Mundo provienen de esta tradición de las sagas que proporciona esparcimiento y que ensalza a los antepasados. La *Saga de los groenlandeses*, la más antigua de las dos, fue puesta por escrito en el siglo XII y posee una crudeza primitiva que, aunque no es particularmente atractiva desde el punto de vista literario, acrecienta su credibilidad histórica. La gran antología de material islandés, el *Flatey Book*, recopilado hacia finales del siglo XIV en el norte de Islandia, contiene el texto existente más antiguo de esta saga. La *Saga de Erik*, por otra parte, tiene una apariencia más pulida y contiene fechas, en su forma escrita más antigua, de mediados del siglo XIII, pero existe sólo en dos versiones medievales posteriores: la versión *Hausbók* de principios del siglo XIV y la versión *Skalholtsbók* de finales del siglo XV, esta última una copia más fiel del original. La *Saga de los groenlandeses* y la *Saga de Erik* refieren en esencia la misma historia, sin embargo, en algunos pasajes se complementan y en otros se contradicen. La *Saga de Erik* se lee como una revisión de la *Saga de los groenlandeses*, si bien dentro del cambiante ámbito de la erudición alrededor de las sagas existen diferencias de opinión con respecto al tema: bien podría ser una versión independiente de la tradición oral. La *Saga de los groenlandeses* es considerada más confiable y su texto más fiel a un original oral. Su historia debe ser relatada.

La *Saga de los groenlandeses* narra la historia de Vinlandia en tres etapas: el descubrimiento, la exploración y el intento de asentamiento en Vinlandia. Esta tierra situada hacia el sudoeste de Groenlandia, según la saga, no fue descubierta por Leif Ericsson sino por Bjarni Herjolfsson. Este islandés acostumbraba pasar un invierno en Islandia, con su padre, y otro en Noruega. Un invierno, mientras Bjarni estaba en Noruega, su padre Herjolf se trasladó de Islandia a Groenlandia con Erik el Rojo y estableció una granja allí en Herjolfssnes. Bjarni no se enteró de esto hasta el siguiente verano, cuando llegó a Islandia esperando encontrar allí a su padre. Aunque ni Bjarni ni ninguno de su tripulación había viajado antes a Groenlandia, se hicieron a la vela y se dirigieron al occidente. Fuertes vientos del norte y una densa neblina los obligaron a desviarse de su ruta. Cuando el mal tiempo se disipó, izaron la vela y una vez más se dirigieron al occidente. Un día después avistaron una tierra que estaba densamente arbolada y tenía colinas bajas. Esto no concordaba con la descripción de Groenlandia que le habían dado a Bjarni en Islandia, y en vez de desembarcar, viró la proa de su barco hacia el norte. La tierra decrecía desde babor. Dos días después se avistó tierra nuevamente. Esta región plana y boscosa no era la Groenlandia de los glaciares, y, contra

el consejo de su tripulación, Bjarni ordenó que el barco zarpara otra vez. Tres días después divisaron una región montañosa, coronada con glaciares, y según la opinión de Bjarni, sin valor. Dejando atrás esta tierra, Bjarni dirigió su barco delante de fuertes ventarrones del sudoeste, y cuatro días después avistaron una cuarta tierra. Bjarni consideró que ésta sería Groenlandia y desembarcó en un promontorio, que el azar quiso que fuera Herjolfsnes, donde su padre se había asentado. Allí se estableció y, con el tiempo, se hizo cargo de la granja de su padre.

Algunos años después el hijo de Erik el Rojo, Leif, quien como todos los groenlandeses tenía curiosidad por tierras nuevas, decidió explorar los lugares avistados por Bjarni. Compró el barco de éste —¿acaso existía la creencia de que la embarcación pudiera conocer su propio camino?— y alistó a una tripulación de 35 hombres. El plan de navegación era simplemente seguir la ruta de Bjarni. Esto lo lograron con éxito. Primero avistaron la tierra montañosa, coronada de glaciares, que Bjarni había avistado al último. No queriendo soportar la misma crítica que habían prodigado a Bjarni por no atracar, Leif bajó un bote y desembarcó. La tierra, realmente, no tenía ningún valor: había glaciares en el interior del país, y entre los glaciares y el mar, rocas planas. Llamó Hellulandia a esta tierra (es decir: Tierra de Piedras Planas). Posteriormente se dirigieron más al sur y la siguiente tierra que avistaron tenía playas de arena blanca y, más allá de éstas, regiones boscosas y planas. Leif desembarcó, la llamó Marklandia (es decir: Tierra de Bosques), y siguió su viaje. Dos días después divisó tierra de nuevo. Hacia el norte de esta tierra yacía una isla y desembarcaron en ella. Se llevaron a los labios el rocío de la hierba y se maravillaron de su dulzura. Leif ordenó entonces que su barco se dirigiera al occidente alrededor del promontorio situado al sur de ellos en un canal abierto. Sin esperar a que la marea cambiara se precipitaron a desembarcar. Después llevaron el barco río arriba y lo anclaron en un lago en el nacimiento del río, donde establecieron albergues temporales para sí mismos. El río tenía salmón más grande que el que habían visto, y la copiosa hierba parecía abundante para su ganado. Decidieron invernar allí, por lo cual construyeron casas. Leif dispuso que unos grupos de exploración salieran del campamento, pero uno de sus hombres, un sureño (¿germano?) llamado Tyrkir, desapareció y, cuando Leif estaba preparando una búsqueda, Tyrkir llegó tambaleante al campamento, un poco borracho por las uvas que había encontrado. Leif llamó Vinlandia al lugar (es decir: Tierra de Vino). La duración de las noches y los días en esta tierra se asemejaba más que en Groenlandia. Leif y su tripulación dispusieron un cargamento de vides, uvas y madera y regresaron a Groenlandia el siguiente verano. Ése fue el alcance de la participación de Leif en las exploraciones: había seguido la ruta de Bjarni, había desembarcado en tres sitios, les había dado nombre, y había pasado un invierno en la tercera tierra (Vinlandia). Así termina la historia de Leif Ericsson y el Nuevo Mundo.

A decir de la *Saga de los groenlandeses*, las expediciones de colonización que

siguieron involucraron a otros hijos de Erik el Rojo: Thorvald, quien murió en Vinlandia; Thorstein, quien nunca llegó a su destino; la viuda de este último, Gudrid, y su entonces esposo Thorfinn Karlsefni, y Freydis, la sanguinaria hija de Erik. La embarcación que había llevado a Bjarni por accidente y a Leif deliberadamente fue vendida a Thorvald Ericsson. Con una tripulación de 30 personas emprendió el viaje hacia Vinlandia y encontró las casas de Leif, donde invernaron. Las exploraciones hacia el occidente descubrieron un atractivo país de bosques y playas arenosas. Después de pasar otro invierno en las casas de Leif, Thorvald y sus hombres zarparon, primero hacia el este a lo largo de la costa y luego hacia el norte, donde una tempestad los obligó a acercarse a la orilla y la quilla de su embarcación quedó destruida. Thorvald llamó al lugar Kjalarness (Keelness). Después de pasar algún tiempo en la sustitución de su quilla, el grupo zarpó hacia el este sin desprenderse demasiado de la orilla, hasta que hicieron escala en un promontorio espesamente arbolado situado entre dos fiordos. Thorvald dijo que deseaba asentarse en aquel lugar. Al explorar uno de los fiordos, él y sus hombres tuvieron lo que se conoce como el primer contacto registrado con los habitantes nativos de América del Norte. Thorvald y sus hombres repararon en lo que parecían ser tres montículos en la playa; un reconocimiento más cercano mostró que los montículos eran canoas de piel, cada una de las cuales cubría a tres hombres. Un hombre escapó; los otros ocho fueron capturados y ejecutados. Europa se encontró con América con una violencia no provocada. De pronto el fiordo se llenó de canoas de piel, y los europeos huyeron para salvar sus vidas, aunque Thorvald, herido por una flecha, no pudo escapar con vida. La tripulación regresó a Groenlandia sin el cuerpo de Thorvald, pero con relatos de *skraelings* (hombres horribles) en las hermosas playas de Vinlandia.

Thorstein, otro hijo de Erik, con su esposa Gudrid y una tripulación de 25 hombres, fue en busca del cuerpo de su hermano con el fin de llevarlo de vuelta a Groenlandia. Se hicieron a la mar en el mismo barco, que ya había recorrido la ruta tres veces, pero el terrible tiempo los sacudió sin clemencia hasta que casi era invierno cuando pudieron desembarcar en el Poblado del Oeste en Groenlandia. Durante ese invierno, la enfermedad azotó el lugar; mató a Thorstein y dejó viuda a Gudrid. Ésta regresó con el cuerpo de su esposo a Brattahlid, en el Poblado del Este, donde le dio sepultura en suelo consagrado. Allí conoció a un visitante islandés, el acaudalado Thorfinn Karlsefni, y se casaron. A instancias de Gudrid, Karlsefni convino en emprender una expedición de colonización a Vinlandia. Juntos navegaron llevando con ellos una tripulación de 60 hombres, cinco mujeres y un cargamento de ganado de diversas clases. El viaje familiar —cabe suponer que algunos de los hombres habían recorrido esta ruta antes— se realizó con facilidad. Los nuevos colonos se adaptaron rápidamente a la vida en el sitio de Leif: llevaban a apacentar a las vacas, y vivían de la fruta y plantas silvestres, así como de la caza y la pesca que conseguían. El propósito era quedarse y crear un asentamiento

permanente. Después del primer invierno encontraron una gran cantidad de *skraelings*, quienes un día simplemente salieron de los bosques en el sitio del poblado. El toro de los colonos bramó a los *skraelings* y los asustó. No obstante, pronto los vikingos y los *skraelings* estaban comerciando: las pieles de los nativos por la leche de vaca de los colonos. En ese verano Gudrid dio a luz a un hijo, Snorri, el primer europeo nacido en el hemisferio occidental cuyo nacimiento fue registrado. Al comenzar el siguiente invierno, los *skraelings* regresaron a comerciar y, en una disputa, un *skraeling* fue asesinado. Pronto siguió la batalla, y los vikingos, empujando por delante su toro, alejaron a sus atacantes. Karlsefni decidió, cuando llegó la primavera, abandonar el poblado. Después de sólo dos inviernos los colonos regresaron a Groenlandia. Karlsefni, Gudrid y el joven Snorri finalmente se establecieron en Islandia. Después de la muerte de su esposo, Gudrid habría de viajar a Roma y, más tarde, de regreso en Islandia, se volvió monja. Entre sus descendientes figuraron tres obispos islandeses del siglo XII: no es de extrañarse que la *Saga de los groenlandeses* del siglo XII cantara alabanzas a esta mujer y a sus parientes (la familia de Erik y Karlsefni).

Sin embargo, un miembro de la familia de Erik no es ensalzado en la *Saga de los groenlandeses*, y ésta es Freydis, la hija de Erik. En asociación con dos islandeses, Freydis navegó a Vinlandia y al sitio de Leif. Allí estallaron las desavenencias y Freydis hizo matar a sus socios y a sus hombres; ella misma dio muerte a sus cinco mujeres con el agudo filo de un hacha. Este relato de la sanguinaria Freydis pone fin a la descripción de la saga de los intentos de asentamiento en Vinlandia. Tres intentos, todos en el mismo sitio, de los cuales dos fracasaron debido a encuentros hostiles con los nativos, y el tercero debido a una perversa mujer. En sólo ocho capítulos breves se narra la historia de Vinlandia —o, al menos, parte de la historia—.

La *Saga de Erik* refiere una historia más completa, repitiendo algunos de los detalles de la saga más antigua, omitiendo, cambiando y aun añadiendo otros. Esta saga no menciona a Bjarni y atribuye el descubrimiento del Nuevo Mundo a Leif Ericsson, que ahora se describe como un misionero enviado por el rey Olaf de Noruega para evangelizar Islandia y Groenlandia. Los peligros del mar desviaron de su rumbo el barco de Leif, y éste avistó una nueva tierra donde crecían trigo silvestre, uvas y *mosur* (¿arces?). En las cercanías encontró y salvó a algunos náufragos, y desde entonces se le llamó Leif el Afortunado. Después de pasar un invierno allí, Leif se dirigió a Groenlandia para llevar a cabo su misión evangelizadora. En este momento, después de su breve aparición, Leif desaparece de la *Saga de Erik*. El siguiente viaje fue dirigido por Karlsefni y su esposa Gudrid, viuda de Thorstein Ericsson, y llevaba una tripulación, que incluía a Freydis y a Thorval, resuelta a asentarse. Avistaron y desembarcaron brevemente en un lugar al que llamaron Hellulandia y después en otro lugar al que llamaron Marklandia. Más allá de una larga extensión de playa arenosa —la llamaron Furdustrand—

encontraron ensenadas y después de algunas exploraciones se detuvieron en un fiordo donde había vides y trigo silvestre. A este lugar lo llamaron Straumfjord. El primer invierno resultó ser tan riguroso que decidieron navegar más lejos en dirección al sur. Después de navegar durante mucho tiempo llegaron al estuario de un río que fluía desde un lago. Aquí había vides y trigo silvestre, y el mar rebosaba de peces. Se establecieron en el lugar y lo llamaron Hóp; no nevó ese invierno, pero en la primavera llegaron los *skraelings*, primero a comerciar —zaleas de los *skraelings* por telas vikingas— y después a librar batalla. En este momento la *Saga de Erik* intenta rehabilitar la memoria de Freydis y la describe como una mujer valiente que, resistiendo mientras los hombres huían, sacó uno de sus pechos y le dio de golpes con una espada mientras los *skraelings* huían aterrorizados. A pesar de su heroísmo, los vikingos decidieron regresar a Groenlandia. En su camino hicieron varias escalas. En un lugar encontraron a un unípede, quien mató a Thorvald con una flecha; en otro sitio, Gudrid dio a luz a Snorri. La saga termina dando los nombres de los tres obispos islandeses del siglo XII que descendían de Karlsefni y Gudrid.

¿Qué conclusión se obtiene de estos relatos de sagas? Tres hechos destacan como irrefutables sobre todos los demás: 1) los vikingos llegaron a América del Norte; 2) después intentaron establecer un asentamiento en Vinlandia, y 3) abandonaron su asentamiento después de algunos encuentros hostiles con los nativos. Relatos secundarios tales como el del medio borracho Tyrkir o el de Freydis la que se golpeó el pecho se pueden hacer a un lado: son interesantes al narrar una historia, pero carecen de otra utilidad. Las sagas tenían que ser creadas dentro de un contexto creíble desde el punto de vista histórico y geográfico. Los héroes tenían que ser personas reales, sus viajes reales, los trayectos de navegación creíbles para los diestros navegantes. Deben examinarse algunos detalles. Por ejemplo, la omisión de Bjarni como el descubridor de las nuevas tierras en la historia tal como se narra en la *Saga de Erik* es bastante sospechosa. El escritor de la saga, conociendo perfectamente el relato de la *Saga de los groenlandeses*, suprimió por completo el incidente de Bjarni y dejó que un Leif sacudido por el mar avistara la nueva tierra. En toda la *Saga de Erik* se magnifica a los parientes de Erik y a su nuera Gudrid y, en el caso de Leif, el autor le atribuyó la conversión de Groenlandia, lo cual sabemos que es falso. La omisión deliberada de Bjarni en favor de Leif encaja dentro de esta pauta general. (¡Considérese, también, la transformación de la sanguinaria Freydis en la mujer valiente!) Es Bjarni Herjolfsson a quien debemos considerar en las sagas como el “descubridor” de América del Norte. Las referencias a los pormenores de la tierra misma son tan insistentes y coinciden tanto que puede haber pocas dudas de que los vikingos descubrieron una tierra donde unas plantas y lo que parecía ser uvas crecían en forma silvestre y donde el salmón corría por los ríos; en todo caso, confirman lo que ya sabíamos gracias al recuento casi contemporáneo de Adam de Bremen. Éste es

terreno firme para el historiador.

Las preguntas adicionales se imponen. ¿Cuándo visitaron estos europeos el Nuevo Mundo?, y una vez allí, ¿en qué sitio desembarcaron? Dentro de poco trataremos esta última pregunta; la otra, más sencilla, a continuación. Bjarni realizó su descubrimiento en el año en que Erik el Rojo llevó colonos de regreso con él de Islandia a Groenlandia. Hay un acuerdo unánime en que esto tiene que ser 985 o 986. Fue a finales del verano cuando Bjarni no encontró a su padre en Islandia y continuó el viaje hasta avistar la nueva tierra. La fijación de la fecha del viaje de exploración de Leif requiere cierta atención. La *Saga de los groenlandeses*, que por lo general se prefiere, dice que este viaje aconteció cuando el *jarl* Erik gobernaba en Noruega (1000-1014), en tanto que la *Saga de Erik* describe a Leif como un misionero enviado por el rey Olaf Tryggvason de Noruega (995-1000). Olaf fue asesinado y el *jarl* Erik se convirtió en el gobernante de gran parte de la costa de Noruega en septiembre del año 1000. La visita de Bjarni a Erik puede fecharse entre 1001 como fecha mínima y 1014 como fecha máxima. Bjarni permaneció en Noruega un invierno y regresó a Groenlandia el siguiente verano para pasar el invierno con su padre, 1002 como fecha mínima y 1015 como fecha máxima. Fue entonces cuando Leif zarpó e hizo sus descubrimientos. No se requiere más precisión, y el año 1000, que por lo general se toma como el año del viaje de Leif, sirve como fecha aproximada. El único poblado mencionado en ambos relatos de las sagas fue el construido por Thorfinn Karlsefni y Gudrid, su esposa; según los relatos duró tres años. ¿Cuándo tuvo lugar? Durante este asentamiento nació Snorri. Podemos seguir su descendencia. Snorri tuvo una hija, Hallfrid, quien dio a luz a Thorlak, futuro obispo de Skalholt. Los anales islandeses afirman que Thorlak nació en 1085. Si suponemos que Snorri tenía 35 años cuando procreó a Hallfrid y que Hallfrid tenía 20 años cuando tuvo a Thorlak, esto significaría que Snorri nació en 1030. Por supuesto, otras suposiciones conducirían a otras conclusiones. Sin embargo, parece bastante seguro afirmar que el poblado de Karlsefni, durante el cual nació Snorri, tuvo lugar durante la segunda o tercera década del siglo XI. Aún está por verse dónde nació y cuál fue la ubicación de este poblado.

LOCALIZACIÓN DE VINLANDIA

Se debe afrontar la enojosa cuestión referente a la localización de Vinlandia. Debemos hacer una distinción al comienzo. Al dar nombre a los lugares, los vikingos dieron nombre a grandes regiones (por ejemplo, Islandia, Groenlandia) y a lugares específicos (por ejemplo, Breidafjord, Brattahlid). Los nombres Hellulandia, Marklandia y Vinlandia fueron dados a grandes regiones, a extensiones con cientos de kilómetros de litoral. Los historiadores prácticamente están de acuerdo de forma unánime en localizar Hellulandia en la isla de Baffin, a sólo 320 kilómetros cruzando el estrecho Davis desde Groenlandia. Allí la tierra es muy parecida a como lo era al terminar el milenio: glaciares imponentes en el interior del país y piedras planas en declive desde ellos hasta el mar. Marklandia, esa región de densos bosques con kilómetros de playas arenosas, debe ser considerada como Labrador, pues, a pesar de los cambios climatológicos intermedios, el área de Labrador al sur del estuario de Hamilton aún está densamente arbolada y cuenta con una ribera de playas arenosas, y en el periodo de los vikingos el límite de la vegetación arbórea podría haber llegado en el norte hasta la bahía Okak. No se encuentra ninguna montaña aquí, sólo una ondulante planicie costera. Fue a lo largo de este litoral donde Karlsefni encontró una extraordinaria extensión de playa arenosa que él llamó Furdustrand (es decir: Ribera Maravillosa). Esto debe identificarse, así parecería, con la ribera de Porcupine, que comprende más de 70 kilómetros de playa casi ininterrumpida, en la mayor parte de los sitios de unos 50 metros de ancho y que tiene dunas como fondo, y el promontorio Kjalarnes podría ser Cabo Porcupine, que se adentra más de tres kilómetros en el mar.

Vinlandia, la tierra al sur de Marklandia, ha sido localizada en un sinnúmero de lugares a lo largo de la costa oriental de América del Norte, por el sur incluso hasta Florida. El orgullo local, la entusiasta arqueología de aficionados, y (¡ay de mí!) el fraude han dado lugar a la mayor parte de estos reclamos. Cualquier investigación relacionada con la localización de Vinlandia debe iniciarse con los mismos textos. Adam de Bremen y las dos sagas no sólo están de acuerdo en el nombre de esta tierra sino en la razón de él: Vinlandia, la tierra de las uvas productoras de vino. Los ingeniosos intentos por traducir Vinlandia como pradera no son convincentes, ya que se oponen a las pruebas escritas más antiguas. Lo que los vikingos percibieron como uvas eran una marca inconfundible de esta tierra. Adam de Bremen y las sagas también están de acuerdo en que la tierra tenía ricos campos de plantas silvestres. Las sagas se maravillan del salmón que saltaba en los ríos. Describen un promontorio con una isla al norte y un canal al occidente y, a lo largo del canal, bajos en el estuario de un río que fluye al mar desde un lago: una descripción aplicable a cientos de lugares en el noreste de América del Norte. Poco puede dilucidarse de la descripción de la tierra por sí misma.

Una forma de enfocar la cuestión es definir el área dentro de la cual crecen las uvas y

nada el salmón, dejando de lado la referencia ambigua acerca de las plantas silvestres (¿trigo?, ¿centeno?, ¿hierba?). En otras palabras, ¿hasta qué distancia en dirección al sur encontramos salmón? y ¿hasta qué distancia en dirección al norte encontramos uvas? Actualmente el salmón se encuentra en dirección al sur no más allá de los 41° latitud norte, y las uvas silvestres en dirección al norte no más allá de los 42° latitud norte. Esto colocaría a Vinlandia en algún lugar entre la ciudad de Nueva York y Boston. Una explicación tan sencilla, no obstante, no toma en cuenta los cambios climatológicos que ocurrieron entre el periodo vikingo y la época moderna. Si podemos creer que hubo un periodo de enfriamiento intermedio —y la evidencia de esto es convincente— entonces las referencias modernas no son una gran ayuda. Habiendo dicho esto, debe añadirse prontamente que en el siglo XVI Jacques Cartier encontró uvas silvestres que crecían en la isla Príncipe Eduardo y a lo largo del río San Lorenzo.

Si Vinlandia ha de ser localizada con mayor precisión que simplemente “al sur de Marklandia”, será la arqueología la que lo haga. Con un litoral tan extenso —aunque nos limitemos a la región norte de la bahía Chesapeake— el arqueólogo profesional se enfrenta materialmente con cientos de lugares probables conforme a las descripciones de las sagas. En gran parte debe depender de descubrimientos fortuitos de pescadores, granjeros y arqueólogos aficionados. Una lista de los sitios que hasta ahora han sido descubiertos y que se afirma que son de origen vikingo llenaría páginas. El descubrimiento en 1824 de una auténtica piedra rúnica en Kingigtorsuaq, Groenlandia, que daba los nombres de los hombres y la fecha en la que llegaron a este sitio del norte desató un interés por el descubrimiento de restos vikingos en Vinlandia. Se encontraron unas supuestas inscripciones rúnicas cerca de Taunton, Massachusetts —la piedra Dighton—, inscripciones que, aunque fueron notadas por Cotton Mather y otros un siglo antes, captaron considerable atención como runas nórdicas sólo hasta el siglo XIX. Actualmente se considera con seguridad que no son nórdicas en absoluto sino de origen algonquino, la misma conclusión a la que llegó el presidente Washington en 1789 cuando le mostraron una copia en el Harvard College, si bien un origen portugués no ha quedado descartado. En otras partes de Massachusetts han surgido pretensiones adicionales desde entonces. Un entusiasta localizó indicios vikingos en la ciudad de Dennis en Cabo Cod: en Follin’s Pond en el nacimiento del río Bass se encontró una roca con un agujero para amarre, y en las proximidades había un apuntalamiento. Las pruebas con carbono 14 para la determinación de la antigüedad demuestran que éste no es un sitio vikingo. Asimismo, un excéntrico profesor de química del siglo XIX, Eben N. Horsford, vio supuestos restos vikingos en la región de Boston y localizó Vinlandia, como correspondía a alguien de Harvard, en las riberas del río Charles, río arriba de Cambridge, en Watertown. La estatua de Leif Ericsson en Commonwealth Avenue Mall en Back Bay, Boston, y el monumento Norumbega en Weston son dos recuerdos de esta fiebre vikinga

en la zona de Boston. Un incidente más en Massachusetts: hacia 1920, en la playa de No Man's Land cerca de Martha's Vineyard, se encontró una piedra que llevaba en letras rúnicas el nombre de Leif Ericsson y la fecha en números romanos mil. Se sospecha de algún bromista pesado en los alrededores de New Bedford.

El estado vecino de Rhode Island ha tenido sus propias pretensiones. En el monte Hope una roca con inscripciones fue llamada, indistintamente, "La Roca de los Nórdicos" y "La Roca de Leif "; además, han surgido constancias de otras rocas con inscripciones en Portsmouth y en Tiverton. Las inscripciones de estas rocas, que ocasionalmente se utilizaron para autenticar como Vinlandia un sitio en la bahía de Narragansett, han sido descartadas desde hace mucho tiempo ya sea como marcas naturales, palabras amerindias o grafitis de algunos escolares. Sin embargo, la torre de Newport ha sido considerada con mayor seriedad; ésta es una torre circular de piedra que mide 7.5 metros de altura, y se localiza en lo alto de una elevación de tierra en Newport, Rhode Island. La pretensión con respecto a la torre consiste simplemente en afirmar que se trata de una torre vikinga del siglo XIV, probablemente un bautisterio o una iglesia. Las visiones de vikingos en Newport inspiraron a Henry Wadsworth Longfellow a escribir "El esqueleto en la armadura", un poema que trata de un vikingo y su dama:

Por tres semanas nos dirigimos al occidente,
y cuando la tormenta terminó,
como una nube vimos la costa
que se extendía a sotavento;

allí para la morada campestre de mi dama
construí la elevada torre,
que hasta esta precisa hora
se yergue mirando al mar...

Allí vivimos muchos años;
el tiempo secó las lágrimas de la doncella;
había olvidado sus temores,
era madre;
la muerte cerró sus apacibles ojos azules,
bajo esa torre yace;
nunca se alzaré el sol
sobre otra igual.

Las excavaciones en el sitio de la torre en 1948 y 1949 no desenterraron a la doncella nórdica de Longfellow sino algunos artefactos cuya antigüedad no se remontaba más allá de mediados del siglo XVII en su origen; entre éstos los principales eran fragmentos de tubería de arcilla encontrados en la misma zanja de construcción. En fechas más recientes, algunas pruebas de ADN de la argamasa han confirmado que la torre data del periodo colonial, probablemente de mediados del siglo XVII. La Torre Redonda de

Newport se yergue sobre un terreno que perteneció de 1651 a 1677 a Benedict Arnold, gobernador de Rhode Island, quien en su testamento se refirió a esta torre como un molino de viento. Los desacreditadores modernos de esta supuesta torre vikinga la han descrito como virtualmente idéntica en diseño a un molino de viento construido en piedra en Chesterton, en Warwickshire, Inglaterra. Sea cual sea el origen de su diseño, los historiadores ahora aceptan que la Torre Redonda de Newport data de principios del periodo colonial.

Nueva Escocia tiene sus pretensiones, siendo la principal de éstas la Piedra Yarmouth. Esta piedra, encontrada en las costas de la bahía de Fundy frente a la ciudad de Yarmouth, tiene marcas que en 1884 fueron descifradas como “El hijo de Hako se dirigió a los hombres”. La conclusión que se sacó fue que Hako era el Haki mencionado en las sagas como un acompañante de Karlsefni. Esta interpretación fantástica se basa en marcas que no tienen parecido con ningún otro alfabeto conocido y que probablemente no son más que raspaduras accidentales o símbolos amerindios. Incluso en el alto Canadá ha habido brotes de fiebre vikinga. En Beardmore, Ontario, cerca del lago Nipigon, un minero que extraía oro relató que al detonar explosivos para hallar oro, varios objetos saltaron del suelo. Consistían en una espada, partida en dos, una cabeza de hacha, parte de un cascabel de caballo y tres fragmentos no identificables. Los objetos de hierro, sin duda alguna, son nórdicos y datan de finales del periodo vikingo. El Museo Real de Ontario, en Toronto, adquirió estos artefactos por 500 dólares en 1936, una suma nada insignificante en dólares de la depresión. Más tarde, el hijo del supuesto descubridor juró que había visto estos objetos en el sótano de su padre en Port Arthur, Ontario, en una época anterior a su “descubrimiento” en la tierra. Estas piezas auténticas del periodo vikingo parecen haber sido importadas alrededor de 1923 de Escandinavia a la región de Port Arthur, donde había una comunidad noruega. Un fraude de menor importancia en la historia de los fraudes vikingos.

El fraude más irritante y más persistente, el más conocido, y según parece el más incontrolable, ha sido la piedra rúnica de Kensington. Durante la última mitad del siglo XIX miles de inmigrantes escandinavos se establecieron en Douglas County, Minnesota, donde se localiza Kensington. En su mayor parte eran suecos y noruegos. Olof Ohman, un inmigrante de Suecia, llegó a Douglas County en 1879. En 1898 afirmó que al estar desbrozando la tierra de cultivo encontró una piedra plana envuelta parcialmente por las raíces de un álamo. De forma parecida a una lápida sepulcral, la piedra que encontró medía 80 centímetros de alto, 40 centímetros de ancho y unos 13 centímetros de grosor. En noviembre de ese año se anunció el descubrimiento; la piedra tenía una inscripción rúnica. El texto dice:

Ocho godos [suecos] y 22 noruegos que exploran el occidente de Vinlandia. A un día de viaje al norte de esta piedra teníamos nuestro campamento cerca de dos arrecifes. Un día salimos a pescar y a nuestro regreso

encontramos los cuerpos muertos de 10 de nuestros hombres, rojos de sangre. AVM [Ave María] libranos del mal. A 14 días de viaje de esta isla 10 hombres están a cargo de nuestros barcos.

Año 1362

Al parecer habían navegado en dirección al occidente de Vinlandia, a través del estrecho de Hudson, al sur de la isla de Baffin, penetraron en la bahía de Hudson, desde donde navegaron aguas arriba por el río Nelson hasta el lago Winnipeg, y luego por el río Rojo hasta Minnesota. De acuerdo con la inscripción, un grupo de ellos en un viaje de pesca había encontrado violencia y los restantes, tratando de regresar a sus barcos a cierta distancia, dejaron esta piedra.

La reacción inmediata de los eruditos de los Estados Unidos y de Escandinavia, quienes estudiaron copias de la inscripción, fue que se trataba de una falsificación. Y en 1899 el asunto continuó así, pero, desafortunadamente, tuvo una resurrección. En 1909 el escritor Hjalmar Rued Holand, un noruego de nacimiento pero graduado en la Universidad de Wisconsin, visitó Kensington, adquirió la piedra e inició una cruzada, que duró medio siglo, para dar a conocer la piedra rúnica de Kensington como un objeto auténtico del siglo XIV. En la celebración del milenio de Normandía en 1911 exhibió su tesoro. La cruzada del señor Holand tuvo tanto éxito que en 1948 el Smithsonian Institution en Washington, D.C., exhibió públicamente la piedra. Los miembros de más alto rango del personal la aclamaron como auténtica, y *Speculum*, la distinguida revista de la Academia Medieval de América, dedicó un artículo favorable a estas pretensiones en un sitio preeminente en su número de julio de 1950. De hecho, la piedra de Kensington había sido labrada durante la década de 1880 o de 1890 —algunos sugerirían entre agosto y noviembre de 1898— por una persona (o personas) que utilizó un cincel de una pulgada, asequible en cualquier ferretería de finales del siglo en Minnesota, y que tenía cierto conocimiento del alfabeto rúnico y familiaridad con el extraño dialecto local. Aproximadamente una tercera parte de las runas de la piedra o son desconocidas en el siglo XIV o bien se oponen al uso en ese periodo. Además, el idioma no se parece a ninguna forma conocida de idioma nórdico alguno. Y, por otra parte, en el siglo XIX a los escolares en Suecia se les enseñaba, de manera elemental, el alfabeto rúnico de sus antecesores. No tiene gran importancia quién en realidad perpetró el engaño —el granjero, su vecino, el profesor local o algún otro—, pues el asunto podría haber tenido el propósito de una broma que posteriormente resultó desproporcionada. Sólo podemos desear a la piedra rúnica de Kensington, así como a los vikingos ficticios que describe, un ferviente *requiescat*.

Durante su existencia, la piedra de Kensington produjo otros “descubrimientos” en la región de Minnesota: por un momento se pensó que tales “descubrimientos” con el tiempo podrían sobrepasar en número a los lagos de ese estado. En el área de los Grandes Lagos docenas de objetos se han examinado cuidadosamente y considerado de

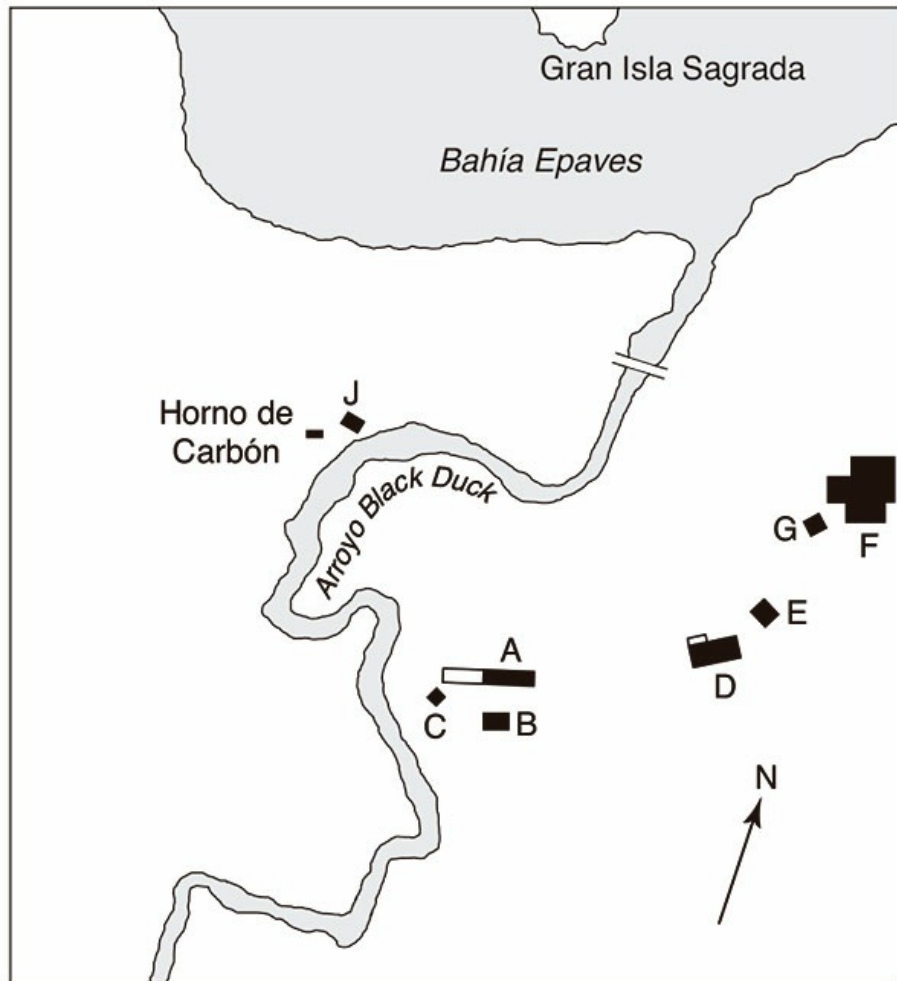
origen reciente, por ejemplo, las “alabardas nórdicas” que ahora se han identificado como cortadoras de tabaco distribuidas por la American Tobacco Company para promover el Battle-Ax Plug Tobacco (Rollo de Tabaco Hacha de Combate) a fines del siglo XIX.

No está claro cómo se supone que los vikingos llegaron al estado de Oklahoma, pero se afirma que una piedra arenisca encontrada cerca de Heavener en las montañas Poteau en el este de Oklahoma tiene una inscripción rúnica: GNOMEDAL (transcrita en letras romanas), que probablemente no es más que el nombre del señor G. Nomedal, un colono noruego. Y con respecto a las otras 50 inscripciones rúnicas que se dice existen al este de Oklahoma...

Dos proyectos arqueológicos en Canadá, uno en Quebec y el otro en Terranova, han atraído atención seria; ninguno de los dos ha surgido del fervor local ni se ha apoyado en sus sentimientos. El primero lo condujo Thomas E. Lee en el norte de Quebec a lo largo de la costa occidental de la bahía de Ungava en dos sitios (la bahía Payne y la bahía Deception). No parecería irracional que algunos groenlandeses nórdicos navegaran al sur de la isla de Baffin a través del estrecho de Hudson hasta la bahía Ungava. En estos sitios el señor Lee descubrió varias casas comunales, así como instrumentos de piedra, una pieza de hueso y la cabeza de una hacha de hierro que al parecer estaba laminada. La antigüedad de los objetos podría remontarse al periodo vikingo, y si bien algunas opiniones afirman que son de origen nórdico, el consenso académico no los considera escandinavos, sino dorset, la cultura nativa, puesto que existen materiales similares asociados con ésta que han sido encontrados en otras partes del Ártico canadiense. Esto no descarta la posibilidad de que noruegos groenlandeses pudieran haber realizado viajes a Ungava durante el verano para conseguir hierro del pantano, pero en Terranova pasamos de posibilidad a certeza.

Hasta 1960 L'Anse aux Meadows, Terranova, era un diminuto pueblecito pesquero desconocido, de alrededor de 70 almas, aislado de sus vecinos excepto por mar. Ahora una carretera llega a ese pueblecito, se ha abierto allí un parque nacional, y su nombre se ha difundido por tierra y mares. L'Anse aux Meadows es el sitio de las excavaciones que han tenido gran publicidad y que han desenterrado pruebas ineludibles de un antiguo poblado nórdico en el Nuevo Mundo. En 1960 el doctor Helge Ingstad, ex gobernador noruego de la ártica Svalbard, navegó hacia el norte desde Rhode Island a lo largo de la costa noreste de América del Norte en busca de un sitio en Vinlandia. En el pueblecito de L'Anse aux Meadows, en el extremo septentrional de Terranova, interrogó a George Decker, un descendiente de los primeros colonos ingleses, acerca de la existencia de ruinas en los alrededores. El doctor Ingstad fue llevado a corta distancia al occidente del pueblo a las costas de la bahía Épaves en el arroyo Black Duck. Los contornos en un antiguo bancal en la ribera le hicieron creer que éste podría ser un sitio digno de más investigación. Detrás de este lugar situado al lado de la playa se alzan bajas y ondulantes

colinas. Hoy los bosques se encuentran a cierta distancia, si bien, como ya sabemos, en tiempos vikingos los árboles habrían bordeado la playa. El rasgo sobresaliente ahora es la exuberancia de sus campos, sin par en esta latitud de América del Norte. Great Sacred Island se yergue como centinela al norte de la bahía Épaves. El doctor Ingstad decidió excavar. Todos los veranos desde 1961 hasta 1968 la arqueóloga Anne Stine Ingstad, su esposa, dirigió las operaciones en el sitio, y en 1977 publicó un informe científico sobre las excavaciones. De 1973 a 1976 se realizaron trabajos adicionales en el sitio, primero por Bengt Schonback y después por Birgitta Linderöth Wallace.



MAPA IV.2. Sitio excavado en L'Anse aux Meadows, Terranova.

¿Qué fue lo que encontraron los arqueólogos en L'Anse aux Meadows? Muy sencillo, encontraron los restos de una pequeña comunidad nórdica del siglo XI. Al este del arroyo descubrieron tres conjuntos de casas, cada una separada de la otra por cerca de 30 metros, y al oeste del arroyo una herrería y un horno para carbón de leña. Las construcciones tienen paredes construidas con capas horizontales de tepe colocadas una sobre otra. En cada conjunto había una vivienda comunal y una o más casas

dependientes más pequeñas; fueron construidas sobre un antiguo bancal marino que está a casi 4 metros sobre el nivel del mar con marea alta. Cada una de las viviendas comunales (A, D, F) tenía una pared lateral que miraba al mar. La casa A medía 26.6 por 4 metros. En sus cuatro piezas se encontraron fogones, fosos para cocinar y agujeros para los postes. Se parece a la vivienda comunal de Narssaq en el Poblado del Este, en Groenlandia, la cual lleva una inscripción rúnica que data de alrededor del año 1000 d.C. Un muro podría haber circundado el área entre A, B y C, formando así un corral para animales. La casa D tenía tres piezas y parece haber sido construida añadiendo una extensión a una vivienda comunal a lo largo del eje longitudinal y, después, una extensión más pequeña a partir de ésta. La casa F, la construcción más grande del sitio con un área interior de 14 por 21 metros, tenía cinco o posiblemente seis piezas. La pieza más grande, su “salón”, medía 8 por 3.2 metros; en su centro había un fogón largo (1.9 por 0.5 metros), que contenía un foso para cocinar (50 centímetros de diámetro y 15 centímetros de profundidad), un foso para brasas revestido con piedras y una piedra grande y plana que se utilizaba para cocinar. La sexta “pieza” apenas puede llamarse así, pues se asemeja más a un cobertizo en el que las rebabas de hierro encontradas sugieren que se usó para reparaciones de barcos. Cerca de esta vivienda comunal yace el edificio G, que hoy se cree que pudo tener una función relacionada con la reparación de barcos llevada a cabo en el edificio F. La herrería al otro lado del arroyo había sido interpuesta en los banales, y éstos formaban tres de sus paredes. En la herrería se encontraron un fogón por fragua, una piedra plana por yunque y cientos de escorias y fragmentos de hierro. En general, los edificios de este sitio representan construcciones escandinavas, y con base en las mismas construcciones escandinavas se tiene suficiente confianza para describirlos como una comunidad nórdica.

Aunque los artefactos encontrados en L'Anse aux Meadows no son tan abundantes como hubiésemos querido, confirman la evidencia arquitectónica e indican, sin lugar a equivocación, un origen nórdico. Cerca de la entrada de la vivienda comunal F se encontró un volante para huso hecho de esteatita; tiene un gran parecido con un volante de huso encontrado en Groenlandia —nada de este tipo se puede atribuir a aborígenes norteamericanos de esta época— e indica la presencia de ganado ovino en este poblado nórdico. Una pequeña piedra redondeada que tiene una cavidad sin duda era una lámpara utilizada para quemar aceite; es muy parecida a las lámparas islandesas del periodo vikingo y no se parece en absoluto a las lámparas esquimales conocidas. Cerca de un fogón en la casa D, los excavadores encontraron un fragmento de cobre que se había producido por fundición, un proceso que no empleaban nativos de la región. Un fragmento de aguja de hueso tenía un orificio perforado, rasgo imposible para los nativos de la cultura dorset. De suma importancia es el prendedor de bronce que tiene un anillo en la parte superior, sin duda de origen nórdico-celta. Este prendedor, con un anillo

enlazado a través de un agujero perforado en la parte superior de la espiga, no tiene adornos, mide 10 centímetros y es muy similar a los prendedores encontrados por todo el norte de Europa. Se han encontrado más de una veintena de tales prendedores del periodo vikingo en tumbas tan sólo en Noruega, media docena más o menos en Islandia, y muy recientemente se encontró uno en el sitio de las excavaciones de High Street en Dublín. Los fragmentos de remaches de hierro hallados en el edificio F y los cientos de piezas de madera trabajados por manos humanas encontrados cerca del edificio D han llevado a los investigadores a concluir que en ese lugar se llevaba a cabo la reparación de barcos —Birgitta Wallace lo llama “una especie de puerto de comercio orientado a la reparación de barcos y botes”— y, de hecho, el sitio pudo haber servido a este propósito para los buques que navegaban más al sur. Dos bellotas de nogal encontradas entre los escombros de madera difícilmente pudieron haber llegado de algún lugar más al norte que la desembocadura del río San Lorenzo y el norte de New Brunswick, a cientos de kilómetros al sur y al suroeste de L’Anse aux Meadows. Además de estos descubrimientos, la mayor parte de los fogones contenían restos de carbón de leña.

La edad de este poblado nórdico en L’Anse aux Meadows aún debe ser debatida. Los excavadores han hecho que parte del material encontrado en este sitio se sometiera a pruebas de radiocarbono. Este proceso supone que la concentración de carbono 14 radiactivo en los átomos de los organismos vivientes ha permanecido constante durante miles de años y que, con la muerte de un organismo viviente, la proporción de descomposición de estos átomos se verifica en una proporción mensurable: hablando en términos generales, cuanto más carbono 14 se conserve, más reciente será el objeto; cuanto menos carbono 14 se conserve, mayor será su antigüedad. La prueba del carbono 14 no permite precisar la fecha; el margen de error se expresa como un signo de más o menos ($\pm$) de un número específico de años. A partir de 1962 el proceso de medición ha sido corregido y perfeccionado.

Dieciséis muestras de L’Anse aux Meadows fueron sometidas al análisis del equipo de Anne Stine Ingstad, y posteriormente otro equipo realizó pruebas en una muestra más representativa y de mayor tamaño. La doctora Wallace señala que el análisis de radiocarbono de 55 muestras de la época del asentamiento nórdico en el sitio arroja fechas desde alrededor del año 700 a alrededor del año 1000 d.C. Las fechas tempranas se derivan de muestras de madera y carbón vegetal (de madera). Hay que recordar que la datación por radiocarbono no revela la fecha en que se utilizó la madera en la reparación de barcos o como leña; la fecha que este análisis arroja indica la fecha en la que la madera dejó de formar parte de un ser vivo. Es razonable suponer que las muestras de carbón de leña de L’Anse aux Meadows provienen de madera flotante acarreada por la corriente: entre las fuentes de árboles identificadas por el análisis de partículas se encuentran especies que nunca se ha sabido que crecieran en esta parte de Terranova y

que deben de haber llegado allí como madera flotante. Todos los indicios de marea y corriente indicarían que la bahía Épaves ha sido desde hace mucho tiempo una bahía de madera flotante. Podrían haber transcurrido cientos de años desde el tiempo en que moría un árbol hasta el tiempo en que, como madera acarreada, se utilizaba como combustible en los fuegos de este poblado nórdico.



FIGURA IV.1. Sitio arqueológico vikingo en L'Anse aux Meadows, Terranova, Canadá.

Un elemento adicional que debe tenerse en cuenta en el análisis de la madera es la edad del árbol del cual fue tomada y la parte del árbol que representa la muestra. De mucha mayor utilidad para nosotros es la evidencia derivada de dos muestras de tepe, las cuales han arrojado una fecha cercana a 1020 d.C. $\pm$ 100 y 1020 d.C. $\pm$ 60 d.C., y de cuatro muestras de brezo y ramas jóvenes, que nos proporcionan fechas promedio de entre 980 d.C. $\pm$ 90. La datación por carbono 14 sugeriría una fecha en el cambio de milenio. Esta datación es coherente con la información derivada de fuentes literarias. La conclusión es ineludible: en algún momento del año 1000 d.C. se estableció en L'Anse aux Meadows un asentamiento vikingo cerca de la punta norte de Terranova.

El sitio también ha rendido a sus investigadores signos de morada tardía no nórdica. Un fogón debajo de la casa F, posiblemente utilizado por gente dorset, está fechado en 1060 d.C. $\pm$ 90, y otro cercano, probablemente amerindio, da una fecha cercana a 1500 d.C. $\pm$ 90. Se ha propuesto que, una vez que los nórdicos abandonaron el lugar, otros individuos, posiblemente gente de la cultura dorset, utilizaron lo que quedaba de las casas (aún con los techos en su lugar) como refugios temporales contra las inclemencias del tiempo. Objetos de tipo dorset —una punta de flecha de pedernal en la casa A, una punta de flecha de cuarcita en la casa D y una lámpara de esteatita ovalada en la herrería (casa J)— han sido encontrados por encima del nivel de la colonia escandinava. Que los pueblos nómadas indígenas —dorset o no— utilizaran posteriormente este sitio no altera el hecho de que durante alrededor de una generación cercana al cambio de milenio un pequeño asentamiento de vikingos existió en este sitio.

Por lo tanto, la evidencia arquitectónica y arqueológica se ve fuertemente apoyada por la datación por carbono, y esta evidencia nos obliga a concluir que los vikingos llegaron a América del Norte. La evidencia literaria, tan útil como sin duda lo es, ocupa un segundo lugar con respecto a lo que fue desenterrado en Terranova. Difícilmente podemos exagerar la importancia de estos hallazgos: aquella larga línea de migraciones vikingas que había iniciado generaciones antes en los fiordos del oeste de Noruega se había extendido a través del Atlántico Norte. La línea que había llegado a Islandia en la década de 870 y a Groenlandia en la década de 980 llegó a las costas de América del Norte cerca del año 1000. A medida que se extendía más hacia el occidente, esta línea se había vuelto cada vez más delgada, y cuando tocó el litoral de América ya era tan delgada que en Terranova quizá sólo tres familias con su ganado la representaban, aferrándose precariamente y sólo de forma breve a este pequeño asentamiento. Puede argumentarse que la línea era tan delgada, los colonos tan escasos y las condiciones de vida quizá demasiado inhóspitas como para permitir un asentamiento permanente. Y así pudo haber sido. Uno siempre debe recordar que, efectivamente, puede haber otros asentamientos vikingos aún sin descubrir, pero la probabilidad es que, al igual que L'Anse aux Meadows, pudieron haber sido pequeños asentamientos que duraron sólo unas pocas décadas. Los asentamientos europeos perdurables comenzarían a afianzarse medio millar de años más tarde: éstos llegaron a climas más hospitalarios, sus grupos eran más grandes y recibían el apoyo del poder de un Estado europeo importante.

Una cuestión inquietante acerca de L'Anse aux Meadows sigue en pie: el nombre Vinlandia. Según Adam de Bremen y las sagas, la tierra descubierta por los vikingos abundaba en uvas productoras de vino. En la actualidad no crecen uvas en esta región. Inconvenientemente, los complejos análisis de polen en muestras tomadas del sitio indican claramente que no tuvo lugar ningún cambio profundo en la vegetación allí durante los últimos siete y medio milenios y, por lo tanto, es muy improbable que crecieran uvas allí durante el periodo vikingo. El clima en el tiempo del poblado vikingo, a pesar de que hubo un periodo frío intermedio, era similar al de hoy: marcadas diferencias entre las temperaturas de invierno y de verano que, en ambas estaciones, se moderaban gracias a la corriente del Labrador y la corriente del Golfo, produciendo así mucha neblina y una corta estación (cerca de 100 días) para los cultivos. Aunque esta tierra carecía de uvas hace 1 000 años, sí producía una amplia variedad de bayas, algunas de las cuales eran *wineberries* (bayas productoras de vino), en particular las bayas de una variedad de viburno y las grosellas rojas así como las negras; es muy posible que éstas pudieran haber sido tomadas por uvas. Las grosellas aún se utilizan en Escandinavia para hacer vino y comúnmente se llaman “*wineberries* rojas y negras” en Suecia, y en otras regiones del norte (en partes de Noruega e Inglaterra) la grosella roja se conoce como “*wineberry* roja”. Se debe añadir que la prueba de análisis de polen

también mostró que el “trigo que crece solo” en la región debe de haber sido *elymus arenarius* (variedad *villosus*), una planta perenne que pertenece a la familia del maíz.

La duración del poblado nórdico en L’Anse aux Meadows en el siglo XI no pudo haber sido muy larga. Los basureros contienen relativamente pequeñas cantidades de desechos. Se encontraron relativamente pocos objetos en el sitio, y esto sugiere un corto periodo de asentamiento. La casa de paredes de tepe tenía una esperanza de vida de quizá 20 años, y todos los indicios arqueológicos indican que los tres conjuntos de casas existieron simultáneamente y no en forma sucesiva; además, no existen tumbas en el lugar. La duración de este poblado nórdico del periodo vikingo en la costa norte de Terranova probablemente fue de 20 años —o, a lo más, 30—. ¿Por qué terminó? La arqueología no ofrece una respuesta. Aparte de que un incendio había destruido la casa F —un peligro siempre presente en este tipo de casas—, no existe una evidencia que pueda sugerir un encuentro violento con nativos hostiles. Para nosotros, terminó en silencio.

¿L’Anse aux Meadows es, entonces, Vinlandia? La respuesta tiene que ser que L’Anse aux Meadows debe de haber sido un asentamiento vikingo en la extensa región llamada Vinlandia. En verdad, sería temerario identificar este poblado con cualquiera de los poblados mencionados en las sagas, aunque es fuerte la tentación, que debe ser valientemente resistida, de considerar esto como la colonia establecida por Thorfinn Karlsefni.

Aún falta que los eruditos determinen la extensión de Vinlandia. ¿Hasta qué distancia en dirección al occidente se extendía? —¿hasta la bahía de Ungava?, ¿hasta la bahía de Hudson?— y ¿hasta qué distancia en dirección al sur se extendía? —¿hasta Nueva Escocia?, ¿hasta la costa de Maine?, ¿hasta el Cabo Cod?, ¿hasta la bahía Narragansett o más allá?—. Sólo la evidencia arqueológica, quizá encontrada accidentalmente por pescadores, raqueros, o arqueólogos aficionados, será la que determine hasta dónde llegaron los vikingos en el Nuevo Mundo. El hallazgo de una moneda de plata del periodo vikingo en una punta de tierra (La Granja de Goddard) en la desembocadura oriental de la bahía Penobscot, cerca de Brooklin en el estado de Maine, hizo concebir esperanzas de que estaba cercana la prueba necesaria para demostrar que los vikingos ciertamente habían penetrado en el sur hasta la costa de Maine. Encontrada por primera vez en 1957, más tarde fue erróneamente identificada como una moneda inglesa del siglo XII, y sólo en 1978 se la reconoció como lo que era, una auténtica moneda nórdica de la década de 1070. La moneda Goddard es el único artefacto europeo encontrado en este rico sitio amerindio, uno de los más ricos del noreste de América del Norte, que ha revelado más de 50 000 artefactos. La presencia extendida en este sitio de horsteno procedente de Labrador y el descubrimiento de un instrumento parecido a un buril perteneciente a la cultura dorset indican que este asentamiento indio era parte de una red de comercio que se extendía a lo largo de la costa noreste de América del Norte, y que fue mediante el

intercambio aborigen como esta moneda, probablemente como una pieza de joyería ornamental, llegó a la costa de Maine en la primera mitad del segundo milenio.

Tres conjuntos de hallazgos en L'Anse aux Meadows podrían ofrecer pistas sobre la extensión sur de Vinlandia. La presencia de remaches de hierro en la construcción F y las piezas de madera tallada en el edificio D sugieren que en ese sitio pudieron haberse realizado reparaciones a barcos. Tal vez lo más importante son las bellotas de nogal que se encontraron allí, las cuales fueron recuperadas en una capa nórdica, con lo que se descartó su importación posterior (o previa) por parte de pueblos nativos. Los frutos del nogal nunca se han dado en esa región, pero se sabe que fueron comunes en el noroeste de Nueva Brunswick en las zonas costeras en el golfo de San Lorenzo (donde también hay uvas silvestres). Un estudio de otros lugares al sur de L'Anse aux Meadows puede revelar sitios adicionales donde pudieron haber crecido árboles de nogal. Debemos preguntarnos ¿cómo llegaron estos frutos al asentamiento vikingo en el extremo norte de la península septentrional de Terranova? En su conjunto, las reparaciones de barcos y las bellotas de nogal del sur crean una fuerte impresión de que en algún momento en el tiempo L'Anse aux Meadows fue una base para los viajes hacia el sur; también nos hacen considerar que el segundo lugar (Hóp) mencionado en la *Saga de Erik* aún no ha sido descubierto —ciertamente no en L'Anse aux Meadows—, y que podría ser el lugar de donde proceden los frutos del nogal, es decir, la región del golfo de San Lorenzo. La extensión sur de Vinlandia sigue sin ser descubierta.

Por muy lejos que Vinlandia se pudiera haber extendido hacia el sur, e incluso al oeste —y esta sigue siendo una cuestión sin resolver—, no puede existir duda de que los vikingos establecieron un poblado, aunque éste tuviera poca duración, en los bancales marinos que dominan la bahía Épaves en Terranova.

El viaje del llamado mapa de Vinlandia se ha visto plagado de inconvenientes, y parece que aún no termina. La Yale University Press, mediante una campaña publicitaria insólita para una editorial universitaria, publicó, en la víspera del Día de la Raza en 1965, “el descubrimiento cartográfico más emocionante del siglo”: un mapa precolombino del mundo en el que se mostraba Vinlandia. Aparecieron artículos en primera plana y titulares en el *New York Times*, el *Chicago Tribune* y en otras partes. Las relaciones públicas emprendidas lograron captar la atención del mundo erudito en forma vigorosa. A la aceptación inicial, con asomos de duda, sobre todo en Europa, siguió el rechazo absoluto, y junto con el hombre de Piltdown, el mapa de Vinlandia fue clasificado como una de las grandes falsificaciones del siglo XX. Llegaron entonces los químicos en auxilio de los historiadores y la cuestión de la autenticidad del mapa de Vinlandia volvió a ser objeto de debate.

Quizá el mayor misterio es dónde comienza la historia, pero 1957 es un sitio tan bueno como cualquier otro para comenzar, aunque no es el principio. En ese año el librero Enzo Ferrajoli de Ry, un italiano que había residido durante largo tiempo en Barcelona, se presentó en diversos sitios de Europa (Ginebra, París, Londres) mostrando manuscritos a libreros locales. En Londres, el librero J. I. Davis, de Davis and Orioli Ltd., mostró un interés considerable en un volumen que contenía lo que más tarde habría de llamarse el mapa de Vinlandia y la Relación Tártara; incluso hizo los arreglos para que el volumen fuera llevado al Museo Británico, donde lo examinaron E. A. Skelton, entonces supervisor de la Sala de Mapas, y otros. Lo que sucedió en el Museo Británico aún permanece envuelto en un velo de misterio —¿dudas?, ¿preocupaciones presupuestarias?—; de cualquier modo, no se concertó la venta, ni tampoco autenticación alguna. Sin embargo, el señor Davis compró a Ferrajoli, para su propio catálogo, una copia del siglo XV del *Speculum historiale* de Vincent de Beauvais, que provenía de la misma biblioteca que el mapa. Ferrajoli siguió su camino. En septiembre se encontró en Ginebra al librero estadounidense Laurence Witten, de New Haven, Connecticut, quien mostró interés por el mapa, pero le dijeron que éste había sido devuelto a su propietario. Ferrajoli hizo los arreglos para llevar a Witten con el propietario. En la casa del dueño, Witten vio el mapa y decidió comprarlo en el acto, considerándolo genuinamente del siglo XV. El precio de compra fue 3 500 dólares. A fines de septiembre de 1957, Witten regresó a New Haven con el manuscrito recién adquirido. Lo mostró a Thomas E. Marston, director de Literatura Medieval y Renacentista de la Biblioteca de la Universidad de Yale, y a Alexander O. Vietor, director de Mapas en esa biblioteca. Ambos mostraron considerable interés, y Vietor pidió la exclusiva en caso de que el volumen fuera puesto en venta. Witten rápidamente transfirió la propiedad a su esposa.

¿Qué era este manuscrito que llegaba de Europa a América en 1957? Encuadernado con una cubierta de cuero de origen reciente, contenía 18 folios: los dos primeros formaban un bifolio (es decir, un pergamino grande doblado en dos), cuyo principio interior contenía un mapa del mundo, y los 16 folios restantes constituían una mano de papel completa (es decir, un alzado) que contenía una descripción de una misión franciscana del siglo XIII a la tierra de los tártaros. Estos dos componentes se han conocido, respectivamente, como el mapa de Vinlandia y la Relación Tártara. El bifolio de pergamino se había desprendido en el pliegue, pero había sido reparado; tenía cuatro picaduras de insecto en sitios que coincidían en cada folio. La mano de la Relación Tártara tenía una picadura de insecto que la atravesaba toda en un sitio y que no coincidía con ninguna de las picaduras del mapa de Vinlandia. Se puso de manifiesto para Witten que el mapa de Vinlandia y la Relación Tártara no podrían haber estado encuadernados juntos de esta forma cuando se hicieron las picaduras, ya que los agujeros no coincidían. Una descripción del contenido de la Relación Tártara no debe detener al estudiante de los vikingos: baste con decir que este texto, escrito a dos columnas a cada lado en 11 folios, dejando los últimos cinco folios con líneas trazadas pero por lo demás en blanco, se llama a sí mismo *Hystoria Tartarorum*, y es una descripción hasta ahora desconocida de la misión del fraile franciscano Juan de Plano Carpini con los mongoles en 1245-1247. La autenticidad de este valioso texto aún no ha sido cuestionada seriamente.

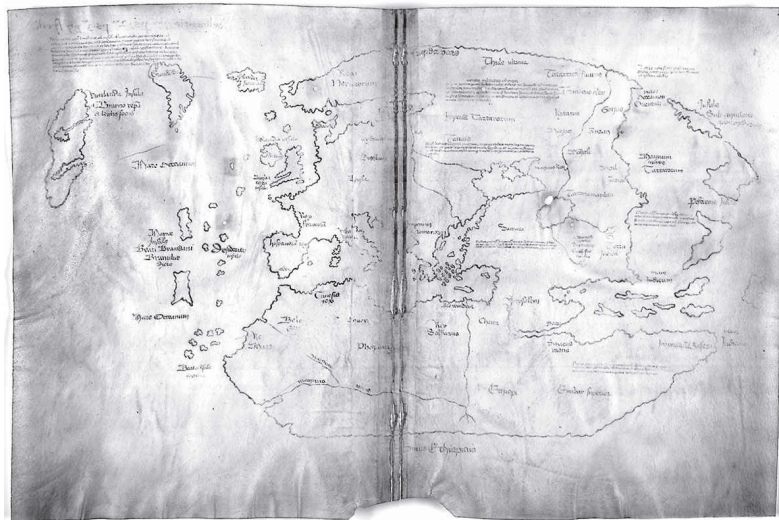


FIGURA IV.2. El mapa de Vinlandia: el gran fraude.

El contenido del mapa de Vinlandia es digno de una descripción más completa. En el recto del folio, por lo demás en blanco, aparecen las siguientes palabras (transcritas incorrectamente por el editor de la edición de Yale): *delineatio prima pars secunda pars tertia partis* (o parte) *speculi*. Su significado no está claro debido a que las palabras

tertia partis (o parte) no tienen sentido. Quizá deba decir (traducido): “un mapa, la primera y segunda parte de la tercera parte del *Speculum*”. De cualquier forma que se pudieran interpretar estas palabras, la palabra final, *speculi*, no tenía significado dentro de este contexto, y con justa razón intrigó a Witten. Al volver la página nos encontramos con un mapamundi que se extiende por todo el comienzo. En los lugares más alejados hacia el oriente se encuentran el Gran Mar de los Tártaros y algunas islas. Al occidente de allí están Eurasia en el norte y África (Etiopía) en el sur. En el *Mare Oceanum* (el océano Atlántico) están dibujadas tres islas en el norte. Éstas se llaman, de este a oeste, *Isolanda Ibernica*, *Grouelandia* y *Vinlanda* (o *Vimlanda*) *Insula a Byarno reperta et leipho sociis* (“Isla Vinlandia descubierta por los compañeros Bjarni y Leif ”). Paradójicamente, la edición de Yale transcribió en forma incorrecta los nombres dados a las dos últimas islas. Los tres nombres se refieren, por supuesto, a Islandia, Groenlandia y Vinlandia: a Islandia se le dio un nombre por lo demás desconocido, Groenlandia se mostraba como una isla, su delineación al norte de manera sorprendente coincide con los mapas modernos, y Vinlandia se llamaba y se mostraba como una isla que tenía claramente marcadas tres divisiones en la tierra. En ninguna otra fuente (saga, crónica, etc.) se hace mención de Vinlandia como una isla. Sobre Vinlandia y Groenlandia aparece una inscripción en latín. Dice:

Dios quiso que después de una larga travesía desde Groenlandia hasta las regiones que se encuentran más distantes del mar occidental los compañeros Bjarni y Leif Ericsson, navegando hacia el sur a través del hielo, descubrieran una nueva tierra, que era muy rica y que incluso tenía vides; la llamaron isla de Vinlandia. Erik, obispo de Groenlandia y de las regiones aledañas y legado de la sede apostólica en esta tierra verdaderamente vasta y rica, llegó en nombre de Dios todopoderoso en el último año del reinado del papa Pascual. Erik permaneció allí algún tiempo en verano y en invierno antes de regresar a Groenlandia y después prosiguió hacia el sur obediente a la voluntad de Dios.

Aquí se describen dos acontecimientos: el descubrimiento de Vinlandia por Bjarni y Leif y el viaje del obispo Erik a Vinlandia en 1117-1118. El primero combina los dos relatos de las sagas y el segundo se refiere al suceso registrado en los *Anales islandeses* en el año 1121 (“El obispo Erik de Groenlandia emprendió un viaje en busca de Vinlandia”).

Éste era el libro que Witten había comprado en 1957. Los enigmas persistían en New Haven. Se centraban alrededor de la palabra *speculi* y de las picaduras de insecto que no coincidían. Todo era muy extraño. Dos de estos enigmas se resolvieron en abril del año siguiente por un extraordinario incidente fortuito. La biblioteca de la Universidad de Yale adquirió entonces de Davis and Orioli Ltd. de Londres dos manuscritos y se invitó a Witten a examinar su encuadernación. Uno de éstos era un fragmento del siglo XV del *Speculum historiale* de Vincent de Beauvais; la copia, se recordará, había sido comprada por Davis a Ferrajoli. Witten llevó este volumen a su casa para examinarlo e hizo un

notable descubrimiento: la copia del *Speculum historiale* tenía picaduras de insectos al frente y en la parte posterior, y los agujeros del frente coincidían con precisión con los del mapa de Vinlandia, y el agujero de la parte posterior coincidía con precisión con el agujero de la Relación Tártara. Pronto descubrió que cada folio del *Speculum historiale* medía 285 por 210 milímetros, el mismo tamaño del mapa de Vinlandia y de la Relación Tártara. Más aún, las filigranas del papel del *Speculum historiale* eran idénticas a las filigranas del papel de la Relación Tártara. El papel había sido fabricado en Renania en la década de 1440. La conclusión a la que se llegó era obvia: se había encontrado el eslabón perdido. En la época del agujeramiento existía un códice que incluía el mapa al frente, la historia de los tártaros al final, e intercalado entre ellos el texto de Vincent de Beauvais. Entonces se explicaban los agujeros; la referencia a la palabra *speculi* era clara ahora; el argumento se reforzó, o eso parecía. El mapa de Vinlandia era un mapa auténtico de mediados del siglo XV.

Durante el siguiente año (abril de 1958 a abril de 1959) Witten investigó su hallazgo. La Universidad de Yale, en una acción deliberada, dio a la señora Witten su *Speculum historiale*, por el que sólo había pagado 75 libras esterlinas. En la primavera de 1959 Witten ofreció en venta los dos manuscritos a la Biblioteca de la Universidad de Yale. En vez de eso fueron adquiridos por un amigo filantrópico de la universidad, según se dice a un precio de casi un millón de dólares. El nuevo propietario mandó que se editara un libro acerca de este material. El proyecto siguió adelante con una reserva insólita, al parecer por órdenes del propietario, sin consultar a especialistas en estudios medievales nórdicos, y, como se ha dicho, el libro se publicó el 11 de octubre de 1965. Para entonces el nuevo dueño había donado el manuscrito a la Universidad de Yale.

Fue proclamado como el único mapa precolombino de América del Norte. Se celebraron conferencias eruditas para analizar su importancia, y en una de ellas (la Conferencia Anglo-Americana de Historiadores en Londres en 1966) se tomaron medidas de seguridad para mantener fuera a los periodistas. El anuncio del mapa fue recibido con amplia aceptación de su autenticidad, pero se expresaron reservas. Éstas concernían a las circunstancias de su compra: Witten se negó a dar el nombre del dueño anterior, y más tarde, Ferrajoli pasó dos años en prisión por su relación con el supuesto hurto de manuscritos de la catedral de Zaragoza. Algunos aspectos del mapa llamaron la atención: la naturaleza insular de Groenlandia, la combinación de las historias de Bjarni y Leif, y la misión del obispo Erik. Varios eruditos islandeses y escandinavos mostraron preocupación de que la reserva impuesta hubiera evitado que los autores de la edición consultaran más ampliamente con expertos. Los escépticos pronunciaban la palabra “falsificación”: podía ser una creación moderna sobre un pergamino en blanco (del cual posteriormente pudo comprobarse la edad mediante pruebas de ADN), en cuyo caso las perforaciones de insecto no probarían nada.

Estas pocas dudas persistentes se disiparían, se dijo, al someter el texto del mapa a un análisis científico. Para este fin, las autoridades de la Universidad de Yale, dicho sea en su honor, comisionaron a una agencia de Chicago en 1968 para que realizara pruebas a pequeñas partículas de la tinta utilizada en el mapa. Los análisis realizados en 1972 revelaron que la tinta contenía un compuesto químico (óxido de titanio en forma de anatasa) imposible de conseguir sino hasta alrededor de 1920. Las conclusiones eran obvias: el mapa de Vinlandia fue dibujado después de 1920 con la intención de hacerlo pasar por medieval. En una palabra, era una falsificación.

Sin embargo, en la década de 1980, los científicos de la Universidad de California en Davis volvieron a examinar la tinta. Su conclusión fue que la tinta utilizada es coherente con una fecha del siglo XV, lo que no quiere decir que haya sido utilizada en el siglo XV, sólo que podría haber sido utilizada en ese siglo. El mapa podría ser una falsificación moderna, se dijo, pero la evidencia no exige esa conclusión. Los químicos habían reabierto el caso. Los opositores, los químicos entre ellos, rechazaron enérgicamente los resultados de California. Los editores de la revista *Analytical Chemistry* han dedicado numerosas páginas en varios números a las diferentes opiniones acerca de la tinta del mapa de Vinlandia. En 2002, y de nuevo en 2004, los estudiosos en un laboratorio de la Universidad College de Londres entraron en la discusión y se alinearon con el bando de los escépticos. Sus convincentes puntos de vista, así como las opiniones de otros, crean un muro alto que al parecer los partidarios de la autenticidad del mapa son incapaces de superar. La composición de la tinta no sólo levantó serias dudas que parecen insuperables, sino que también suscitó preguntas paleográficas —aún sin la suficiente atención— y preguntas cartográficas de carácter grave que hacen casi imposible sostener la tesis de que el mapa es precolombino. Si a regañadientes pero inevitablemente uno es arrastrado a la conclusión de que el mapa es una falsificación moderna, ¿cuál es su origen? Kirsten Seaver proporciona un fuerte caso circunstancial que rastrea el mapa hasta la mano de un jesuita austriaco, que, probablemente de forma bastante inofensiva, dibujó un mapa que creía correcto para mediados del siglo XV. En última instancia, es probable que jamás sepamos con certeza el origen del mapa de Vinlandia, aunque es casi seguro que se trata de un producto del siglo XX.

Existe una montaña de literatura sobre este tema. Se puede empezar con la colección de excelentes ensayos sobre cada aspecto de la materia, presentados de forma atractiva, en *Vikings: The North Atlantic Saga* (William W. Fitzhugh y Elisabeth I. Ward [coords.], Washington, 2000), que tiene el gran valor de presentar puntos de vista opuestos sobre asuntos controvertidos. Para una introducción bien informada y textos esenciales en inglés véase Gwyn Jones *et al.*, *Norse Atlantic Sagas* (2ª ed., Oxford, 1986). Eric Wahlgren presenta un estudio útil de la evidencia en *The Vikings and America* (Londres, 1986).

Una obra relevante sobre las sagas pertinentes es el estudio presentado por Jon Johannesson, publicado por primera vez en islandés en 1956 y posteriormente en traducción al inglés: “The Date and Composition of the Saga of the Greenlanders”, *Saga Book*, vol. 16, núm. 1 (1962), pp. 54-66. Hoy ciertos aspectos de su punto de vista enfrentan la crítica de Gísli Sigurðsson en “The Quest for Vinland in Saga Scholarship”, *Vikings: The North Atlantic Saga* (detalles más arriba), pp. 232-237. Anne Stine Ingstad presenta un reporte de la excavaciones en L’Anse aux Meadows en *The Norse Discovery of America: Excavations at L’Anse aux Meadows, Newfoundland, 1961-1968* (Oslo, 1985); así también Birgitta Linderöth Wallace en varios de sus escritos, la mayoría asequibles de manera fácil en sus contribuciones a *Vikings: The North Atlantic Saga*.

El texto del viaje de Brendan puede encontrarse en *The Voyage of St Brendan* (J. J. O’Meara [trad.], Dublín, 1994). La travesía trasatlántica de Tim Severin goza de una descripción en *The Brendan Voyage* (Londres, 1978). F. J. Tschan ofrece una útil traducción al inglés de Adam de Bremen en *History of the Archbishops of Hamburg-Bremen* (con una nueva introducción escrita por Timothy Reuter; Nueva York, 2002). Una traducción moderna de las sagas relevantes puede encontrarse de forma pertinente en el libro de Gwyn Jones que se cita arriba, y en M. Magnusson y H. Pálsson, *The Vinland Sagas: The Norse Discovery of America* (Harmondsworth, 1965; reimpresso con frecuencia). Sobre la piedra de Kensington véase Eric Wahlgren, *The Kensington Stone: A Mystery Solved* (Madison, Wisconsin, 1958).

La fuente esencial para obtener información acerca del mapa de Vinlandia es R. A. Skelton, T. E. Marston y G. D. Painter, *The Vinland Map and the Tartar Relation* (New Haven, 1965), de la cual se publicó una segunda edición en 1995, aunque aún sin presentar puntos de vista opuestos en cuanto a la autenticidad de la piedra (*ipso dolor!*). El estudio esencial es la erudita e interesante obra de Kirsten A. Seaver, *Maps, Myths, and Men: The Story of the Vinland Map* (Stanford, 2004). Los artículos seminales en la disputa de la tinta son W. C. McCrone y L. B. McCrone, “The Vinland Map Ink”, *Geographical Journal* 140 (1974), pp. 212-214, y T. A. Cahill *et al.*, “The Vinland Map Revisited: New Compositional Evidence on Its Inks and Parchment”, *Analytical*

Chemistry 59 (1987), pp. 829-833. En *Analytical Chemistry* con regularidad aparecen publicados artículos y correspondencia sobre el tema.

V. LOS DANESSES EN EL SUR

EMBARCACIONES paganas atacaron la costa de Aquitania en 799. Fueron rechazadas y se dio muerte a muchos de los atacantes en la ribera.

El primer ataque vikingo en tierras francas del que se tiene registro fue anotado por Alcuino, el consejero inglés de Carlomagno. Se lamentaba de este ataque no con la misma pasión pero sí de un modo similar —Dios estaba castigando a los cristianos por su maldad— a como se había lamentado del ataque vikingo a Lindisfarne en su nativa Northumbria seis años antes. Con este ataque —fugaz, apenas importante en sí mismo, tema de una reflexión moralizante pasajera y luego rápidamente olvidado— se inicia un nuevo capítulo en la historia vikinga. El blanco de los ataques vikingos eran ahora las tierras situadas hacia el sur, principalmente las tierras controladas por los francos, que, desde el año 800, habían sido llamadas “imperio”, tierras que se extendían desde Sajonia hasta los Pirineos e Italia central. Pero algunos atacantes fueron más allá de estas tierras a otras, cuyos vínculos culturales pertenecían al mundo musulmán de Bagdad.

Alcuino murió en 804 y su “David”, Carlomagno, en 814. Las sospechas acerca de la amenaza que se vislumbraba de los hombres del norte pueden haber empañado sus últimos pensamientos. Carlomagno, al menos, se dice que estaba lleno de terror por el daño que pudieran infligir a sus descendientes y a sus súbditos. Nos podríamos preguntar qué juicios habrían emitido desde sus tumbas acerca de la huella de los vikingos en el imperio franco. ¿Habrían considerado a los vikingos sólo como una fuerza destructiva en su historia nacional, tal como los tradicionalistas entre nosotros lo hacen, o habrían adoptado una perspectiva a largo plazo y subrayado los efectos positivos de esas incursiones en el desarrollo nacional? Probablemente ni lo uno ni lo otro. Alcuino tal vez habría hecho hincapié en el castigo divino, y Carlomagno en la supremacía del Estado franco.

Los ataques a Europa Occidental fueron predominantemente daneses. Aunque algunas incursiones ocasionales podrían haber venido de Noruega o de noruegos que vivían en Irlanda y aunque, debido a la movilidad de los pueblos del norte, algunos vikingos no daneses participaban en partidas de ataque danesas, el hecho inalterable es que fueron los daneses quienes constituyeron la amenaza principal para el occidente. Dentro de un contexto, estos ataques corresponden a la historia danesa y deben ser considerados como parte del movimiento más amplio de gente de Jutlandia y de las islas aledañas, un movimiento que también llevó aventureros daneses a Inglaterra y, en un episodio, a Irlanda. De hecho, muchos de los mismos guerreros participaron en ataques en Inglaterra y en el continente. Si los hijos y, más en especial, los nietos de Carlomagno fueron incomodados por las correrías de los daneses, también lo fueron los hijos y los nietos de reyes de Mercia y Wessex. Aunque se tratan en forma separada aquí, las

incursiones danesas a Inglaterra fueron parte del mismo tapiz que incluía los ataques daneses a los Países Bajos, Francia, España, las islas Baleares, Marruecos e Italia. Examinemos el tapiz.



MAPA V.1. Los vikingos daneses en la Europa Occidental.

Las primeras correrías —posiblemente sólo algunas de ellas están registradas en las fuentes sobrevivientes— fueron sucesos secundarios e incluyeron el ataque a Aquitania en 799, una incursión contra Frisia en 810 y otras contra Flandes y en el Sena en 820. Éstos fueron sucesos casuales, tan sólo breves encuentros. Incluso el ataque del rey Godofredo de Dinamarca a la vecina Frisia en 810 no fue una incursión vikinga *per se*, sino parte de su estrategia defensiva contra Carlomagno, como lo fue la obra de construcción realizada en un terraplén (el Danevirke) que atravesaba el cuello de la península de Jutlandia. Nadie sabe realmente qué estaba sucediendo políticamente detrás del Danevirke. Una lucha por el reinado después de la muerte de Godofredo no debe oscurecer lo que se sabe: los reyes no eran capaces de ejercer el control sobre toda Dinamarca; podrían haber sido *primi inter pares*, pero no siempre podían controlar a los jefes rivales y a los aventureros de vida libre.

Los ataques vikingos importantes comenzaron en 834. Los atacantes llegaban en gran número a Frisia y al valle del Loira. La oportunidad no podría haber sido mejor para su propósito. Las noticias acerca del turbulento estado del imperio franco con seguridad deben haber llegado a Dinamarca. Luis el Piadoso (814-840), un hijo leal a Carlomagno, presenció la deslealtad de sus tres hijos mayores: se levantaron contra él en 829, y cuatro años después humillaron a su padre-emperador manteniéndolo cautivo en Soissons. Lo hicieron despojar de su espada, vestir una camisa de crin, y lo sentenciaron a pasar el resto de sus días en un monasterio. Sin embargo, los hijos tuvieron desavenencias y en 834 se restauró a Luis el Piadoso en una ceremonia en el monasterio de San Denis, donde, con la aprobación de la gente, se obligó a los mismos obispos que habían profanado su persona imperial en Soissons a investirlo de nuevo con su espada y a vestirlo con su manto púrpura. Con la familia real franca en obvia confusión comenzaron los principales ataques vikingos. La incapacidad de los francos para hacer frente a estos ataques debe mucho a la indecorosa lucha civil que acosó al imperio todo el resto del siglo IX. El momento apenas podría haber sido más propicio para los daneses. Se ha sugerido que Lotario, el hijo de Luis, invitó a los daneses a atacar Frisia en 834. Cualesquiera que hayan sido las circunstancias, los ataques vikingos en gran escala empezaron en 834, con sus incursiones a Frisia. El apunte contemporáneo en los *Anales de San Bertín* dice:

Una flota danesa llegó a Frisia y devastó parte de ella. Luego atravesaron Utrecht hasta el *emporium* en Dorestad, en donde ocasionaron vasta destrucción. Mataron a algunas personas, se llevaron a otros como cautivos y arrasaron el área circundante.

Este apunte sería repetido una y otra vez por los cronistas y en relación con otros lugares durante casi 100 años, pues pronto, y no sólo en Frisia, los francos sentirían el azote de los hombres del norte.

Los ataques vikingos al continente siguieron una pauta sencilla. Al principio, hubo incursiones como la de Dorestad en 834; sus naves desembarcarían por sorpresa, atacarían y se llevarían lo que pudieran en metales preciosos, esclavos (para venderlos, aunque la práctica no era común) y cautivos (para exigir rescate, lo que sí era mucho más común). Sólo con dificultad podemos ver un elemento positivo en estas crueles y destructivas incursiones cuyo objeto era simplemente el pillaje y el saqueo. Estas incursiones fueron seguidas por otras más grandes y más coordinadas, no acciones atropelladas o hechas al azar, sino ataques planeados: invernando en Francia, los vikingos atacarían sistemáticamente, conducirían campañas, asolarían ciudades, obtendrían ganancias de tributos y se convertirían en un factor terrible en la inestable vida de aquellas tierras y tiempos. Finalmente, algunos vikingos se asentarían: ocuparían tierras,

se adaptarían a la estructura feudal, se casarían con gente del lugar y se integrarían. Estas fases no se pueden fechar fácilmente con la precisión necesaria si tuvieran que ser aplicadas a todo el imperio franco. Distintas regiones experimentaron estas fases en distintas épocas, y siempre existió la inevitable superposición entre una fase y otra. Sin embargo, teniendo en cuenta las variaciones regionales y las zonas crepusculares, aparecen cuatro periodos en la historia de las expediciones vikingas en el sur. De 834 a alrededor de 851 los vikingos asolaron durante la estación de ataques (es decir: de primavera a otoño) el norte de Francia, así como a lo largo de los ríos Loira y Sena y la costa de Aquitania. Desde mediados del siglo IX, durante 25 años, invernaron y fueron vistos (y sentidos) con frecuencia en los sistemas fluviales de la Francia moderna y, en una expedición prolongada, en el Mediterráneo. Los ataques intensos comenzaron en 879 y duraron 13 años, en lo que sin duda fue el periodo más intenso de la embestida vikinga contra el occidente de Europa continental. Cuando regresaron hacia el año 900, su propósito era asentarse, y las líneas generales de sus asentamientos eran claramente visibles para 940. En total, los años vikingos en Francia y los países vecinos, desde el ataque inicial a Frisia en 834 hasta el establecimiento de un principado que llevaba su nombre en la parte occidental de las tierras francas, duraron casi un siglo.

Frisia, los modernos Países Bajos, era fácilmente accesible a estos incursionistas daneses. Dorestad, el gran centro comercial, era muy bien conocido por los comerciantes daneses. En 836 y de nuevo en 838, el rey Horik de Dinamarca negó cualquier responsabilidad por los ataques a Frisia. Pero había ataques, y eran de origen danés; los embajadores de Horik fueron asesinados en Colonia en obvia venganza. ¿Eran las cabezas de estos ataques jefes rivales? ¿Aventureros independientes? Quienesquiera que hayan sido, las incursiones continuaron año tras año. A Dorestad, asolada en 834, se le atacó nuevamente en 835, 836 y 837. Virtualmente sin defensa, este centro comercial fue presa fácil de los ataques por sorpresa de los vikingos, quienes habrían de regresar a menudo hasta que, en 864, las cambiantes aguas del sistema del Rin, y no los vikingos, destruyeron Dorestad al dejarla seca e inútil. En 836 había barcos vikingos en el Scheldt donde Amberes y Witla fueron incendiadas. Los atacantes parecían estar en toda Frisia. En 842 una partida de ataque partió de Londres para saquear el otro gran emporio del norte, Quentovic (cerca de la Boulogne moderna), y regresó a Inglaterra. En otra campaña, una gran flota —¿debemos dar crédito al informe de que 600 barcos navegaron contra una ciudad de unos cuantos cientos de habitantes?— navegó río arriba por el Elba y, en forma violenta, atacó Hamburgo.

Casi al mismo tiempo de los ataques en el norte, otros vikingos estaban avanzando más abajo de la costa occidental de Francia. A la isla monástica de Noirmoutier, cerca de la desembocadura del río Loira, se le atacó por primera vez en 834. Este centro de comercio de sal, al igual que sus contrapartes del norte, Dorestad y Quentovic,

experimentó frecuentes ataques vikingos: convenía a los atacantes tener una base en una isla para sus ataques río arriba del valle del Loira. En 843 los vikingos navegaron hasta Nantes, a la que atacaron en la fiesta de san Juan Bautista (24 de junio). Tomaron prisionero al obispo y lo mataron sin piedad en el altar de su catedral, y si podemos dar crédito a las crónicas posteriores, siguió una escena de total barbarie; los vikingos mataron a todo aquel que quisieron en una carnicería de proporciones épicas, que sólo terminó cuando, chorreando sangre y cargados de joyas ensangrentadas, regresaron a Noirmoutier. Allí invernaron con sus familias, a las que habían llevado con el propósito de establecer un asentamiento casi permanente. Ésta es la primera invasión registrada de los vikingos en las tierras de los francos. A su debido tiempo, otras partidas de vikingos permanecerían en las islas base, y se estableció así la pauta.

Mientras tanto, los incursionistas vikingos habían comenzado el primero de innumerables ataques arriba del Sena. En 841, mientras los tres hijos sobrevivientes de Luis el Piadoso estaban envueltos en una guerra civil, una flota vikinga al mando de Asgeir atacó Ruan y semanas después el monasterio de Jumièges, posteriormente capturaron el monasterio de San Wandrille y exigieron rescate por su liberación. Los *Anales de Fontanelle* (San Wandrille) informan acerca de estos ataques.

En 841 d.C. los escandinavos llegaron el 12 de mayo con su jefe, Asgeir. Dos días después arrasaron la ciudad de Ruan y permanecieron allí dos días. El 24 de mayo incendiaron el monasterio de Jumièges. Al día siguiente el monasterio de Fontanelle fue salvado del pillaje mediante el pago de seis libras, y el 28 de mayo los monjes de San Denis llegaron y rescataron a 68 cautivos al precio de 26 libras. El último día de mayo los paganos regresaron al mar.

Cuatro años más tarde Ragnar, posiblemente un antiguo aliado de Carlos el Calvo, penetró en el Sena en marzo y se dirigió a París. Carlos intentó impedir este ataque y dispuso su ejército en ambas márgenes del río. El jefe de los vikingos con toda su fuerza atacó a la banda, más pequeña, de los defensores francos en un lado del río y, ante los ojos de los francos que estaban del otro lado, colgó a los prisioneros. París se encontraba ante él, y los aleluyas de la Pascua se convirtieron en lamentos cuando Ragnar atacó y saqueó la ciudad, mientras Carlos se refugió en la abadía de San Denis. La mayor parte de la región occidental del imperio franco se enfrentó a ataques vikingos durante estas décadas: no sólo en el Sena, sino también en el Somme, Gironda, Garona, Scheldt, Dordoña y Mosa. Los escandinavos estaban asolando Charters, Amiens, Burdeos, Tolosa, Tours, Angers, Orleans, Poitiers, Blois y París. Año tras año volvían implacables contra una tierra aparentemente incapaz de defenderse a sí misma.

Carlos el Calvo, rey de los francos del occidente desde 843, no tomó en serio estos ataques al principio, y por otra parte estaba preocupado por las ambiciones de sus hermanos. Su defensa de París en 845 tuvo buena intención, pero fue sumamente inadecuada: no sólo infringió las prudentes tácticas militares al dividir su ejército en dos,

sino que fue incapaz de motivarlo y tuvo que dejar que Ragnar escapara río abajo después de pagar al jefe vikingo 7 000 libras de plata. Prácticamente no había defensa contra los vikingos de este periodo: la única posible era la autodefensa. Cada hombre por sí mismo; en una palabra, huida. Los toscos caminos de Francia y los Países Bajos conocían entonces, con bastante frecuencia, a los grupos de refugiados que huían de la temible brutalidad de los invasores vikingos. Los monjes de los monasterios, al no estar preparados para hacer frente a los ataques hostiles, huyeron de lugares santos como Saint-Maixent, Charvoux, Saint Maursur-Loire, San Wandrille, Jumièges y San Martín de Tours, y buscaron refugio en zonas apartadas de los ataques vikingos. Durante dos generaciones estos monjes que huyeron habrían de ser vistos en los caminos que conducían a Borgoña, Auvernia y Flandes. Hasta los obispos abandonaron sus sedes y sus rebaños. Cuando pasó la amenaza vikinga inmediata —temporalmente, como sabemos desde nuestra posición ventajosa— los monjes regresaron, se reconstruyeron los monasterios, se llevaron de vuelta las reliquias y otros tesoros y se restauraron los archivos. Y cuando había ataques recientes el proceso comenzaba otra vez. En todos sus peregrinajes los refugiados llevaban con ellos a sus “santos”, como llamaban a sus reliquias sagradas. Los Canónigos de Tours llevaron el cuerpo de su santo padre, Martín, primero a Cormery en 853; lo llevaron de regreso a Tours en 854, pero según parece se lo llevaron otra vez en 862 y 869; durante el ataque de 877 llevaron a su santo a Chablis, luego a Auxerre y finalmente de vuelta a Tours, donde san Martín descansó por fin. Asimismo, los monjes de San Filiberto de la isla de Noirmoutier, un blanco muy antiguo de ataques vikingos, se trasladaron con sus reliquias cada vez más lejos del mar: a los Déas en 836, Cunauld en 858, Messay en Poitou en 862, Saint Pourcain-sur-Sioule al otro lado del Macizo Central en 872, y Tournus en el Saona en 875, encontrando sólo en este último sitio protección contra los escandinavos casi omnipresentes. Aunque podría no haber registros sobre mudanza alguna de reliquias en la región general cercana a Ruan, queda claro que hubo movimiento de éstas desde otras partes de Francia.

A partir de mediados de la década de 850 se puede observar una nueva fase en estos ataques. Su propósito estaba cambiando ahora. Rara vez se exigía rescate por la liberación de individuos, ahora rara vez había devastación de lugares a troche y moche. Los nuevos ataques parecían campañas en su planeación, estrategia y designios. Los atacantes ya no seguían las vías fluviales: los vikingos se habían vuelto más móviles debido a que habían atrapado caballos y los utilizaban en sus ataques en la campiña. Por ejemplo, en 864 atracaron sus barcos en el Charente y viajaron a campo traviesa a caballo hasta Clermont en Auvernia. Ahora las partidas vikingas permanecían durante largos periodos en la misma región. Durante seis años (856-862) los mismos vikingos estuvieron presentes en el Sena, en 856 residiendo en la isla de Oscelle, frente a Jeufosse, al noroeste de París, donde permanecieron cuatro años. El teólogo

contemporáneo Pascasio Radbertus, reflexionando acerca de las Lamentaciones de Jeremías y acerca de una amenaza vikinga inmediata a París, probablemente en 856 (pero posiblemente en 845), tristemente preguntaba:

¿Quién de nosotros habría creído o siquiera imaginado alguna vez que en tan poco tiempo estaríamos agobiados con tan terribles desgracias? Hoy nos estremecemos al pensar en estos piratas dispuestos en partidas de ataque en las mismas cercanías de París e incendiando iglesias a lo largo de las márgenes del Sena. ¿Quién habría creído alguna vez, pregunto, que unas partidas de ladrones perpetrarían tales atrocidades? ¿Quién podría haber pensado que un reino tan glorioso, tan fortificado, tan grande, tan poblado, tan vigoroso sería humillado y deshonrado por una raza tan vil e inmunda?

Incluso un teólogo moralizador como Pascasio debe haber predicado dentro de un contexto verídico, y aquí, de temor. Los ataques no sólo se lanzaban contra París y las lamentaciones no sólo provenían de Pascasio. El ritmo acelerado de los ataques vikingos—de nuevo, incluso permitiendo cierta licencia— aparece vívidamente en las palabras citadas a menudo pero aún pertinentes de Ermentarius de Noirmoutier:

Las flotas se vuelven más grandes y los mismos vikingos son cada vez más numerosos. En todas partes los cristianos sufren matanzas, incendios y saqueos [...] Los vikingos aplastan todo lo que encuentran en su camino; no existe ninguna defensa. Toman Burdeos, Périgueux, Limoges, Angulema y Tolosa; destruyen Angers, Tours y Orleans [...] Un sinnúmero de barcos navega arriba del Sena donde se extiende el mal. Ruan es atacada, saqueada e incendiada; París, Beauvais y Meaux son ocupadas; la fortaleza de Melun es arrasada; Chartres es tomada; Évreux y Bayeux son saqueadas y todas las demás ciudades son asoladas.

Sin duda algo se debía hacer. Con lentitud, si no es que de mala gana, las autoridades se dieron cuenta de que la amenaza vikinga no era un fenómeno pasajero: había que afrontar el problema.

DEFENSA

La organización militar franca no estaba preparada para la defensa. Carlos Martel y Carlomagno, sus principales arquitectos, construyeron un brazo militar ofensivo; sus necesidades de defensa se limitaban a las regiones de las fronteras. Ante los ataques vikingos, este ejército, que ya no estaba unificado puesto que se usaba en guerras civiles, resultó incapaz de derrotar a los escandinavos, quienes tenían las ventajas de la sorpresa, la velocidad y el ataque. Después de los ataques iniciales, Luis el Piadoso fortaleció sus defensas costeras. Las disposiciones de defensa adicionales se encontraban en las manos de Carlos el Calvo. El hecho de que hubiese demorado en tomar una acción formal hasta 862 se debe a sus otras preocupaciones, en particular con la nobleza franca, y del menosprecio hacia la amenaza vikinga. Se reunió con sus consejeros en Pitres en ese año e ideó una estrategia defensiva. Se habrían de construir puentes fortificados que obstruirían la mayor parte de los principales ríos (Sena, Marne, Oise y quizá el Loira). Poco se sabe acerca de la naturaleza de estos puentes fortificados, excepto que debían situarse en recodos estratégicamente útiles de los ríos y que requirieron piedra y madera en su construcción. Sin duda se erguían fortalezas de piedra en las riberas a cada extremo del puente, y el mismo puente, al parecer construido como un puente de barcas moderno al nivel del río, creaba un obstáculo para el tránsito fluvial; los atacantes serían forzados hacia las riberas, donde los defensores en sus fortalezas tendrían la ventaja. Surgieron problemas no sólo en la guarnición de estos puentes fortificados, sino también en la lentitud de la construcción.

Un ejemplo excelente de esto es el puente de Pitres, situado en el bajo Sena a unos 16 kilómetros arriba de Ruan en un lugar donde el Sena podría ser fácilmente atravesado. Pitres al parecer estaba destinada a constituir la primera línea de defensa para el alto Sena y sus sistemas de ríos afluentes. Abajo estaba situada la ciudad de Ruan, la campiña del valle del bajo Sena y también la isla de Oselles, una base frecuente de los escandinavos. ¿Estaban estas tierras abajo de Pitres simplemente abandonadas y dejadas indefensas con excepción de lo que una población local muy asolada pudiera hacer para protegerse a sí misma? ¿Quién lo sabe? Las obras empezaron en junio de 862, pero, por las razones que fueran, se detuvieron. En 864 Carlos el Calvo una vez más ordenó su construcción. El año siguiente los vikingos tuvieron el control de Pitres y estaban haciendo incursiones incluso hasta París y su suburbio San Denis, y aun arriba del Oise y el Marne. Las obras se reanudaron de nuevo en el puente fortificado de Pitres en junio de 866. La mano de obra era sin duda un problema, pues en 869 Carlos tuvo que reclutar trabajadores de todo su reino —un hombre fuerte y sano por cien *mansi*, y una carreta y dos bueyes por 1 000 *mansi*— para su construcción. Se terminó en el otoño de 873, más de 11 años después de su comienzo. Apenas la prontitud necesaria contra los vikingos de rápidos desplazamientos. El Eure y, ligeramente arriba, el Andelle

desembocan en el Sena en Pitres. El puente en cuestión probablemente se construyó en el sitio del moderno Pont de l'Arche. El puente se habría extendido de un lado a otro del Sena justamente abajo del Eure. Existieron áreas fortificadas a cada extremo del puente; un fuerte permaneció en la orilla norte durante siglos y tuvo un papel importante en la campaña militar canadiense de 1944. Surgieron problemas de mano de obra similares en el Oise y en el Marne, tributarios del alto Sena, donde los puentes construidos en Auvers y Charenton se estaban deteriorando y la población local, que los había construido, no podía efectuar su reparación debido a los ataques vikingos. En 865 Carlos, para remediar esta situación, reclutó trabajadores de otras partes de su reino con la condición de que nunca volverían a ser convocados de esta forma otra vez. Sin duda éstos no eran trabajos de gran demanda. Los puentes fortificados no eran la respuesta, al menos en la década de 860 y principios de la década de 870, para el problema franco de defensa. Las ciudades reforzaron sus defensas y reconstruyeron sus murallas así como algunos monasterios y nuevos *burhs*. Sin embargo, Carlos el Calvo, por siempre el monarca carolingio, insistió en que no se hiciera una nueva construcción militar sin su permiso. De forma ocasional, trató de pagarle a un grupo de vikingos para que atacara a otro. En 864, mientras los vikingos atravesaban su reino virtualmente sin obstáculo, condenó las fortificaciones que se construyeron sin su permiso y, por increíble que pueda parecernos, ordenó que fueran desmontadas para el 1º de agosto. Más tarde, en la década de 880, como veremos, la población local hizo lo que tenía que hacer: fortificó los puentes y reconstruyó las defensas de la ciudad.

Considerar el tributo como un arma defensiva es como considerar el pago de rescate como una prima de seguro de vida. El pago excesivo de tributo a los atacantes vikingos dentro del imperio franco subraya la deficiente situación defensiva de los carolingios. El término *danegeld* se utilizó en el siglo XI en Inglaterra para referirse al tributo pagado a los vikingos, y no existe una razón por la cual el mismo término no pueda usarse en forma apropiada para una época anterior y en otro sitio. El *danegeld* era sencillamente el dinero pagado a los daneses para que se marcharan. Durante las primeras incursiones los daneses atacaban las ciudades y se llevaban el botín y los cautivos por quienes se exigía un rescate. Hacia mediados del siglo IX les pareció más provechoso extender el principio de rescate: en vez de exigir rescate por individuos, exigirían rescate por una comunidad entera (una ciudad, un monasterio, un *burh* o incluso toda una región). Los francos pagaron por lo menos 15 *danegelds* generales (es decir: pagos hechos por una área extensa). La cantidad exacta que se pagó no se conoce, pero el total para siete de estos *danegelds* generales es de 39 700 libras, como se puede ver en el cuadro v.1, que enumera los *danegelds* generales desde los siglos IX y X.

Los sucesos de Melun en el Sena en 866 proporcionan una imagen bastante completa de este proceso en funcionamiento. En ese año los vikingos, con una fuerza importante,

estaban amenazando lugares a lo largo del Sena: asolaron Melun y exigieron pago. Carlos el Calvo les pagó 4 000 libras de plata y mucho vino. Los vikingos abandonaron el área, y el valle del Sena disfrutó de 10 años de paz relativa. Al igual que en otros *danegelds* generales, este tributo pagado en 866 habría de ser recaudado en todo el reino —siendo el *mansus*, la unidad básica de tenencia, la unidad principal de fijación de impuestos— y requirió los siguientes pagos: seis peniques por cada *mansus* libre, tres peniques por cada *mansus* servil, un penique por cada habitante, medio penique por cada habitante temporal, una décima parte del valor de los bienes de los comerciantes y un pago de los sacerdotes de acuerdo con su riqueza. Normalmente se esperaba recaudar el impuesto en un periodo no mayor de tres a siete meses. Los *danegelds* locales (es decir: los pagos hechos por comunidades locales) deben haber sido numerosos: se conocen ejemplos en Bretaña y, en diversas épocas, en la región de la Bélgica moderna. Debemos preguntarnos ¿qué tan efectivo era este sistema *danegeld*? Su efectividad, a corto plazo, por lo general era excelente: los vikingos se marchaban y dejaban la zona libre de ataques inmediatos. El pago no aseguraba contra otras partidas de vikingos que aparecían en el escenario ansiosas de obtener pillaje. Tampoco compraba inmunidad permanente: los mismos vikingos podían regresar, y a menudo regresaban, nuevamente. El *danegeld* compraba tiempo. Algunos sugieren que producía una ganancia para el rey, quien podría recaudar más de la cantidad del *danegeld* y quedarse con la diferencia. El alivio, por supuesto, era local o, en el mejor de los casos, regional. Los vikingos que recibían el *danegeld* en el Loira pronto podrían aparecer en el Sena. El levantamiento del sitio de París en 886, como pronto veremos, significó el pago de *danegeld* y el desencadenamiento de la furia de los vikingos sobre Borgoña. Por general que pudiera haber sido un *danegeld* desde el punto de vista de la recaudación para pagarlo, todo *danegeld* era sólo particular en su efecto y hacía poco para aliviar lo que evidentemente era un problema nacional.

CUADRO V.1. *Danegelds* generales pagados en los siglos IX y X

<i>Año</i>	<i>Cantidad en libras</i>
845	7 000
853	
860-861	5 000
862	6 000
864	
866	4 000
877 (Sena)	5 000
877 (Loira)	
882	
884	12 000
886	700
889	
897	
923-924	
926	

Quizá la nación tenía demasiados problemas: Carlos el Calvo tuvo que luchar contra las amenazas de sus hermanos, los bretones, los aquitanos y los provenzales. Su adquisición en 870 de gran parte del reino medio ocupado por su difunto hermano Lotario se sumó a sus responsabilidades. Aunque echó fuera a los vikingos de Angers en el Loira en 873, no logró aprovechar su ventaja. En vez de eso, rápidamente se dirigió a Roma y, a su llegada, hizo una magnífica entrada en la Ciudad Eterna, donde fue coronado emperador el día de Navidad. Su imperio tenía poco parecido con el imperio de su abuelo, quien tres cuartos de siglo antes, en ese mismo día, había sido aclamado como Augusto. La fuerza de Carlos el Grande radicó en saber que su nuevo título era un reconocimiento de su poder; la debilidad de Carlos el Calvo radicó en creer que los títulos confieren el poder. Tenía poco poder para controlar las vías fluviales de su reino occidental, poco poder para proteger a su pueblo de los invasores que saqueaban. Carlos el Grande no habría ido a Roma en busca de títulos vacíos: habría ido a luchar por la seguridad de su reino. Incluso al regresar al norte proveniente de Roma, Carlos el Calvo parecía preocupado acerca de la seguridad de su reino: no prestó atención a la aparición de una gran flota vikinga (según se dice, de 100 barcos) en la desembocadura del Sena, y en vez de eso procedió a librar un combate con su sobrino, Luis el Joven, en el Rin. Carlos murió en 877, el año anterior a los grandes ataques vikingos, no habiendo podido detener la desintegración de la sociedad franca. El desmembramiento adicional del imperio, alguna vez unido, de Carlomagno y Luis el Piadoso, en virtud de la división de 876, aceleró la particularización ya en marcha desde antes en el reino de Carlos el Calvo.

Para la década de 880, ante los ataques masivos de esos años, rara vez se buscó o se esperó el permiso real para emprender la defensa local. La defensa del reino no existía; la defensa era organizada en forma local; se construían castillos, se fortificaban las ciudades, se construían cercamientos defensivos, y todo lo hacían los jefes locales. Desde esta época, la defensa, en particular en el norte, estaba en manos de los condes y de los obispos, hombres con intereses locales, ahora abandonados a sus propias fuerzas por los débiles monarcas carolingios.

Durante el siglo IX algunas flotas vikingas penetraron en el mundo islámico de España en dos ocasiones, y en una de éstas se presentaron en el Mediterráneo occidental. El encuentro de los mundos de Thor y de Alá está bien documentado, y en un sentido geográfico parece apropiado. Los ataques vikingos del siglo IX no fueron planeados específicamente como ataques contra los francos: fueron, en particular en sus primeras etapas, aventuras de ataque no coordinadas. Una vez que había llegado a Aquitania, entonces ¿por qué no llegar a España? Y una vez en España, ¿por qué no seguir adelante por el estrecho de Gibraltar hasta el mar Mediterráneo? Y así sucedió.

El ataque de 844 provenía directamente de Aquitania. Los vikingos habían penetrado en el Garona unos 210 kilómetros hasta Tolosa y sin atacar esa ciudad retrocedieron su camino hasta el golfo de Vizcaya. Entonces volvieron sus embarcaciones hacia el sur. Atacaron las comunidades cristianas de Gijón y Coruña, a lo largo de la costa norte de España, pero los asturianos pronto reunieron una fuerza armada e hicieron que los escandinavos huyeran en desorden a sus barcos, varios de los cuales fueron destruidos. La flota vikinga aún era fuerte —las cifras son dudosas, pero se dice que la flota original llegaba a 100 barcos en Aquitania— y se reagrupó y navegó alrededor del Cabo Finisterre. Navegaron hacia el sur de la costa occidental de Iberia, asolando en el camino. Los vikingos se encontraban ahora en la tierra de los moros, los musulmanes de España, y los seguidores de Alá les habrían de parecer unos formidables enemigos. En Lisboa, los vikingos saquearon la región de la desembocadura del Tago durante 13 días, pero se marcharon antes de tener un encuentro serio con una fuerza armada. Parte de su flota podría haberse desviado a Arcila en la costa atlántica de Marruecos, pero la mayor parte de la flota vikinga atacó Cádiz y, en el interior, Medina Sidonia con gran éxito. El Guadalquivir conduce a la región de mayor importancia de la España mora con Sevilla y Córdoba a sus orillas; esta última era la capital del poderoso califato. Intrépidos o, más probablemente, sin darse cuenta, los vikingos navegaron por sus aguas. El historiador no puede saber lo que pudieron haber pensado cuando tuvieron Sevilla al alcance de la vista, pero sabe que tomaron la ciudad, con excepción de la ciudadela, y que durante seis semanas Sevilla fue una ciudad vikinga o, al menos, que los vikingos, teniendo bajo control la mayor parte de la ciudad, la utilizaron como una base para el pillaje en el interior. Los moros, ahora prevenidos, emboscaron una gran parte de la flota vikinga. El emir Abd al-Rahman II tomó prisioneros, a algunos de los cuales mandó colgar en Sevilla y a otros de palmeras en Talyata. Entonces envió las cabezas de un jefe vikingo y 200 guerreros nobles a sus aliados en Marruecos. Los vikingos habían encontrado un rival digno de ellos: utilizaron los cautivos que tenían para comprar su escape, alimento y ropa. Después de algunos ataques en la costa occidental regresaron a Aquitania para el siguiente año, golpeados, maltrechos y muy reducidos después de su primer encuentro

con la España islámica.

El año siguiente ocurrió una extraña secuela. En 845 Abd al-Rahman II envió una embajada al mando de alGhazal al rey de los majus (es decir: adoradores del fuego, en este caso los vikingos), quienes vivían en una gran isla o península —el idioma permite cualquiera de las dos traducciones— que tenía hermosos jardines y arroyos que corrían. Estaba a tres días de viaje de tierra firme y en sus cercanías había otras islas habitadas por otros majus. Al-Ghazal, antes de su audiencia con el rey vikingo, insistió en que no se le debería exigir que se arrodillara ante el rey. Se convino en esto, pero, cuando al-Ghazal llegó a la residencia del rey, descubrió que el rey había construido la entrada tan baja que él estaría obligado a entrar de rodillas. El embajador árabe hizo frente al reto en forma diplomática recostándose en su espalda y arrastrándose sobre su trasero, con los pies por delante, hasta la presencia real. Durante la visita de alGhazal a esta corte escandinava, la reina vikinga le ofreció hospitalidad de naturaleza íntima, asegurándole que los escandinavos no conocían los celos y que las damas escandinavas tenían criterios liberales. El caballero del sur fue comprensivo. Nadie conoce el propósito de su misión —quizá se relacionaba con el comercio—, tampoco se tiene la certeza de si la tierra en cuestión era Irlanda o Dinamarca o si el rey era Turgeis u Horik. La identidad de la reina permanece encubierta discretamente.

El segundo ataque de los vikingos al mundo del sur duró más que la expedición de 844 y conoció un éxito mayor. En los anales de aventuras vikingas, la aventura de cuatro años de Bjorn Brazo de Hierro y Hasting de 859 a 862 se debe considerar entre las más audaces. Habrían de penetrar en el mar del centro, *mare nostrum*, y tocar algunas de sus costas e islas; al mismo tiempo, debe recordarse que sus primos vikingos estaban estableciéndose en Inglaterra, casándose con los nativos de Irlanda, circunnavegando Islandia, asolando a los francos y estableciendo una hegemonía en Rusia.

Estos dos famosos aventureros vikingos habían estado asolando el área del Sena. Llevaron una flota —las fuentes árabes dicen que comprendía 62 embarcaciones— hacia el sur y atacaron, como lo habían hecho sus predecesores, a los cristianos de Asturias pero sin obtener más éxito. Practicaban el pillaje a medida que navegaban a lo largo de la costa occidental de Iberia, y dos de sus barcos, navegando adelante de los otros, fueron apresados por guardias costeros moros, quienes descubrieron que los barcos vikingos ya estaban cargados de plata, oro, prisioneros y provisiones. La flota principal pronto llegó a la desembocadura del Guadalquivir (¿estaban resueltos a llegar a Sevilla y Córdoba?), pero los moros estaban preparados para recibirlos. El nuevo emir, Mohammed II, con su ejército y barcos listos, alejó a los atacantes. Con la flota vikinga aún bastante íntegra, Bjorn y Hasting dirigieron sus barcos a través del estrecho de Gibraltar y, tomando Algeciras por sorpresa, incendiaron su gran mezquita. Pronto cruzaron la corta distancia hacia la costa de África del Norte, y cinco relatos musulmanes narran el ataque vikingo a

Nekor, ciudad del Rif, en Mauritania (Mazima en el Marruecos moderno). Un relato refiere que “tomaron la ciudad, la saquearon y se llevaron esclavos”. ¿Acaso fueron estos los mismos esclavos (“hombres morenos”) que una fuente irlandesa afirma que fueron llevados a Irlanda desde África en esta misma época? Los personajes notables entre los capturados por los vikingos fueron rescatados por el emir local. Después de pasar ocho días en Nekor se marcharon nuevamente. De regreso en las aguas de España, los escandinavos atacaron a lo largo de la costa oriental y luego hicieron ataques relámpago en las islas Baleares (Formentera, Mallorca y Menorca), y desde allí acometieron contra el Rosellón, en la costa sur de Francia. El invierno se aproximaba y la isla de Camargue, cerca de la desembocadura del Ródano, les pareció un sitio ideal para pasarlo.

Cuando llegó la primavera en 860 los vikingos, desde su isla base, atacaron asentamientos río arriba tal como otros vikingos lo habían hecho desde sus islas base en el Sena y en el Loira. Irrumpieron en el valle del bajo Ródano, atacando Nîmes, Arlés e incluso tan lejos río arriba como Valence. No todos los ataques tuvieron éxito, como lo demuestra una carta de ese tiempo en la que el abad Lupus de Ferrières ensalza al conde Gerard de Provenza por haber derrotado y alejado a los saqueadores.

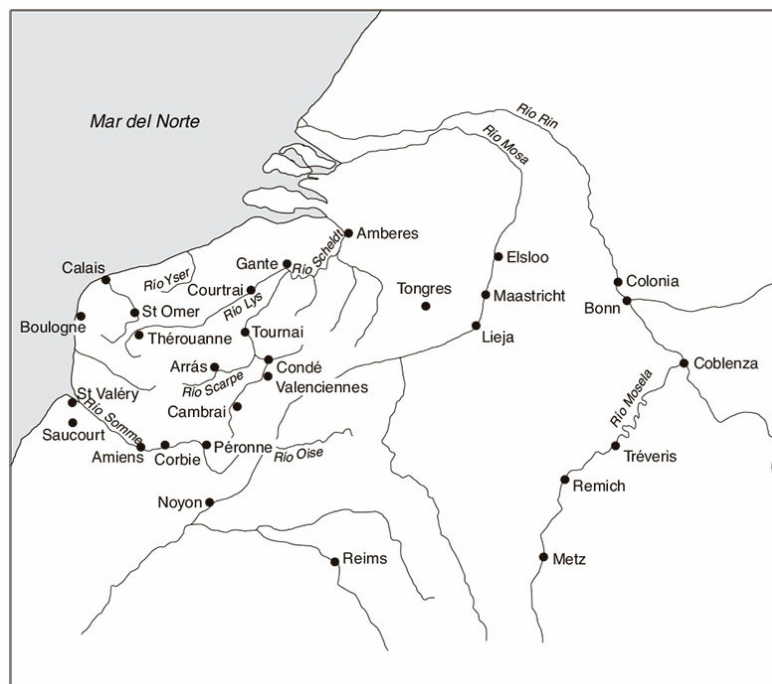
Ya que los vikingos estaban atacando el sur de Francia, entonces ¿por qué no atacar Italia? Al menos parte de la flota vikinga, probablemente bajo el mando de Hasting, navegó hacia el sur de la costa occidental de la bota italiana, luego hacia arriba del Arno, devastando Pisa y saqueando Fiésole. A estas hazañas italianas corresponde la historia de su ataque a Roma. Según el relato, Hasting, exaltado con sus triunfos, planeó atacar Roma y convertirse en el amo del mundo. Su partida divisó una ciudad de espléndidos edificios y deslumbrante para sus ojos nórdicos. Bajo una descarada artimaña Hasting envió mensajeros a la ciudad para decir que él, en los últimos momentos de su vida, deseaba el bautizo. Los habitantes permitieron la entrada de los vikingos en la ciudad para este propósito. Después de su bautizo, Hasting “murió” y, durante sus solemnes exequias, el “muerto” se levantó de su féretro y atravesó con su espada al obispo que estaba oficiando. Aparecieron armas ocultas y la partida vikinga devastó la ciudad. Tan sólo cuando partían, nos dicen, descubrieron que la ciudad que habían tomado mediante un ardid no era Roma sino la ciudad costera de Luna, la antigua ciudad romana situada en la desembocadura del Magra en el golfo de Génova, lejana de Roma tanto en distancia como en grandeza. El relato es narrado por Dudo de San Quintín, quien escribió a principios del siglo XI, y guarda cierto parecido con otros relatos, en especial relatos de entrada en los que se utilizaban funerales simulados tales como la historia de Pleskow (en Rusia) y Londres —¿podrían “Londonia” y “Luna” haber sido confundidas de algún modo?— y, en cualquier caso, no merece una seria consideración. Una fuente árabe tardía y dos fuentes tardías españolas pretenden que los vikingos llegaron al Mediterráneo oriental (Grecia y Alejandría), pero los trayectos son demasiado largos y

los testimonios demasiado débiles para que exploremos.

En el verano de 861, después de su expedición en el Mediterráneo, estos atacantes vikingos navegaron nuevamente más allá de las Columnas de Hércules hasta el Atlántico, donde fueron acosados por vendavales y por una flota mora: soportaron los primeros y a la última la derrotaron. Sin embargo, restaba un último ataque en este mundo del sur. Desde el golfo de Vizcaya invadieron Pamplona y exigieron rescate por su príncipe. En 862 estaban de vuelta en las aguas familiares en la desembocadura del Loira, su gran aventura había terminado. En las fuentes se mencionan otros ataques vikingos en el sur —Compostela en 968, el califato de los omeyas en 966 y 971, y Asturias en 1013— pero la acción principal continuó en la tierra de los francos; los ataques iberos, aunque fueron temerarios y revelan las ambiciones de los vikingos, fueron ramales de los ataques daneses en Francia.

LOS GRANDES ATAQUES (879-892)

Trece años de la peor devastación fraguada por los vikingos no fueron el resultado de un plan estratégico, una gran “ofensiva”, un ataque vigoroso. El gran ejército danés que apareció en los Países Bajos en 879 había llegado a Inglaterra en 878 para unirse a sus hermanos en armas en las guerras contra los anglosajones. El nuevo ejército, enterándose a su llegada al valle del Támesis de que sus hermanos en verdad habían sido derrotados por el rey Alfredo en Edington, permaneció el invierno en Fulham en el Támesis, y el año siguiente navegó hacia el continente. Este ejército habría de deambular casi libremente en la región norte de las tierras francas —entre el Sena y el Rin—, que en su mayor parte habían estado libres de ataques vikingos durante los 15 años anteriores.



MAPA V.2. *Los grandes ataques (879-892).*

El avance de este ejército se puede seguir con facilidad. A mediados de julio de 879 el gran ejército desembarcó en la costa entre Calais y Boulogne. Para finales de ese mes había atacado Thérouanne y la abadía de San Bertín. Asolando en su camino, infligieron daños a los valles de Yser, Lys y Scheldt, y acamparon; para el invierno de 880 este ejército vikingo dejó su campamento en Gante y atacó Tournai, Condé, Valenciennes e incluso Reims, antes de regresar a Gante. El siguiente invierno (880-881) acamparon en Courtrai, desde donde atacaron Arrás, Cambrai y Péronne —todos estos ataques probablemente ocurrieron durante el periodo de un mes desde finales de diciembre de 880 hasta finales de enero de 881—. En tan sólo cuestión de semanas estaban en marcha nuevamente, asolando Thérouanne, la región costera entre Boulogne y Saint Valéry, y el

valle del Somme, incluyendo Amiens y Corbie, antes de regresar a Courtrai. El itinerario sigue y sigue: en 881-882 estaban en el Mosa atacando Tongres, Lieja y Maastricht; en el Rin atacando Colonia, Bonn y Coblenza, y en el Mosela atacando Tréveris, Metz y Remich. Bajo el año 884 el cronista de San Vaast registró:

Los escandinavos continúan matando y tomando cautivos entre los cristianos; sin cesar destruyen iglesias y moradas e incendian ciudades. A lo largo de los caminos se ven los cuerpos de los clérigos y laicos, de nobles y otros, de mujeres, niños y criaturas. No existe un camino en el que no estén esparcidos los cuerpos de cristianos asesinados. La pena y la desesperación llenan los corazones de todos los cristianos que presencian esto.

Y los cristianos que presenciaron eso debieron haber perdido la esperanza de encontrar alivio alguna vez, pues los vikingos parecían capaces de atravesar en todas direcciones estas tierras casi a su voluntad. De hecho se organizó cierta oposición, y los vikingos perdieron una batalla en favor de Luis III en Saucourt en 881 y fueron acosados por Carlos el Gordo en Elslloo en el Mosa, aunque ninguno de los dos carolingios decidió aprovechar su ventaja. Para julio de 885, los invasores, habiendo agotado la región —pero no a sí mismos—, se dirigieron al sur hacia el Sena. No habrían de regresar a estas cansadas tierras del norte y noroeste durante otros cinco años.

El acontecimiento central de los 13 años del gran ejército —algunos dirían que fue el acontecimiento central de las campañas vikingas contra los francos— fue el famoso sitio de París. La ciudad estuvo bajo un sitio vikingo desde noviembre de 885 hasta noviembre de 886. En esta época la grandeza de París estaba en el futuro: en 885 era una de varias ciudades, todas ellas pequeñas, a lo largo del Sena, aunque su localización justo abajo de la confluencia del Marne y del Sena acrecentaba su importancia. Los parisienses en esta época debían contarse en cientos y no en miles. Aunque existían diminutos asentamientos en las cercanías —y, así pues, solamente suburbios en ese sentido, ya que París no era una urbe—, París era la isla del Sena, la Île de la Cité, unida a las orillas del río por dos puentes. El Grand Pont, en construcción desde la década de 860, unía a París con la orilla norte (derecha) y el Petit Pont con la orilla sur (izquierda). Ambos puentes obstruían el paso por el río y cada uno tenía torres en cada extremo. La clave para la defensa de París sin duda radicaba en estos puentes. Los jefes vikingos, al parecer empeñados en la región del Marne, querían pasar de lado París cuando llegaron a la ciudad el 24 de noviembre de 885. Sigfrido, el jefe de los escandinavos, se reunió con Joscelin, el obispo de París, el día siguiente para arreglar su paso río arriba.

Hizo una reverencia y se dirigió al obispo así: “Oh, Joscelin, apiádate de ti y del rebaño que ha sido confiado a tu cuidado. Por tu propio bien escucha lo que tengo que decir. Sólo pedimos que nos dejes pasar más allá de tu ciudad; no la dañaremos. Nos esforzaremos por salvaguardar tus derechos y también los de [el conde] Odo” [...] El obispo respondió lealmente con estas palabras: “Nuestro rey Carlos [el Gordo], cuyo reino se extiende sobre casi toda la tierra que se encuentra bajo la autoridad del Señor, Rey y Señor de los poderosos,

nos ha encomendado la protección de esta ciudad. El reino no debe consentir en ser destruido; debe ser salvado por nuestra ciudad. Si estas murallas hubieran sido confiadas a ustedes como en verdad han sido confiadas a nosotros, y si ustedes hubieran actuado como nos piden que actuemos, ¿qué pensarían de sí mismos?”

Sigfrido respondió: “Mi espada sería deshonrada e indigna de mi mando. Sin embargo, si no accedes a mi petición, debo decirte que nuestros instrumentos de guerra les lanzarán flechas envenenadas al amanecer, y al final del día habrá hambre. Y así será; no cesaremos”.

Y así fue, casi. Tal como Sigfrido había amenazado, el ataque se inició al amanecer del 26 de noviembre. Los escandinavos lanzaron un ataque total a la torre de la orilla derecha del Sena. Durante todo el día se arrojaron piedras y se lanzaron flechas contra los defensores mientras que se vertían brea ardiente y aceite hirviendo sobre los atacantes. Al final de ese día la torre seguía en poder de los parisienses pero se le había hecho mucho daño. Los defensores, trabajando de noche, añadieron otro piso a la altura de la torre. Cuando los vikingos regresaron el día siguiente, llegaron provistos de un ariete para batir la estructura misma y una catapulta para lanzar fuego a las entrañas de madera de la torre. Nuevamente los parisienses se impusieron.

Los vikingos iniciaron el sitio. Acamparon frente a la ciudad en la abadía de Saint Germain l'Auxerrois. El último día de enero de 886 comenzaron otro ataque. Dividiéndose en tres grupos, los atacantes enviaron una partida contra la torre de la orilla derecha y las otras dos partidas fueron enviadas contra el puente. Durante tres días los vikingos lucharon para tomar la torre, tratando de llenar su foso con paja, ramas de árboles, restos de animales e incluso con los cuerpos de los prisioneros muertos, pero todo fue en vano. Enviaron tres embarcaciones en llamas para destruir el puente, pero éste resistió.

El clima invernal logró lo que los daneses no pudieron lograr. El Sena se desbordó el sexto día de febrero y el *Petit Pont* fue arrastrado; el paso al sur de la ciudad fue posible. Los vikingos de inmediato atacaron la torre aislada en la orilla izquierda. Algunos vikingos atacaron por tierra más allá de París tan lejos como el Loira, otros atacaron al sur y al oriente y todavía otros permanecieron en París para mantener el sitio. El llamado para recibir ayuda salió de París, y el conde Enrique de Sajonia condujo un ejército para levantar el sitio. Sus soldados, debilitados por una marcha en invierno, lanzaron un solo ataque inconsistente contra los sitiadores antes de retirarse. El campamento danés se encontraba ahora en la orilla izquierda en Saint Germain-desPrés. Sigfrido ofreció levantar el sitio a cambio de un tributo de tan sólo 60 libras de plata, pero los parisienses se negaron y el sitio continuó. El obispo jefe de los parisienses, Joscelin, murió en abril. Los atacantes se enteraron de su muerte y gritaban burlonamente en los portales que el obispo había muerto. Odo, el conde de París, reunió y reanimó a los defensores, abatidos por la pena y azotados por la enfermedad, para continuar la defensa. En forma secreta, Odo abandonó París para suplicar a sus compañeros francos, en particular al emperador

Carlos el Gordo, que acudieran a la ayuda de su ciudad. Los daneses, que parecían saber mucho acerca de su enemigo, sabían que Odo, venía de regreso y bloquearon su entrada a la ciudad. El gran defensor de París, con su caballo muerto bajo él, luchó a pie y, dando muerte a los daneses de la izquierda y de la derecha pudo entrar en la ciudad. Carlos respondió a la súplica de los parisienses, y para octubre su ejército se encontraba al pie de Montmartre. En vez de atacar con su poderoso ejército llegó a un acuerdo con el enemigo: si ellos levantaban el sitio, Carlos les permitiría atravesar París y seguir por el Sena hasta Borgoña, donde podrían libremente pasar el invierno asolando a sus súbditos borgoñeses. Los parisienses se irritaron por este acuerdo y se negaron a permitir que el enemigo navegara más allá de París. Los barcos tuvieron que ser transportados por tierra hasta un sitio más allá de la ciudad. Los parisienses se enfurecieron aún más cuando en la primavera Carlos pagó a los vikingos 700 libras para que abandonaran el Sena. La justicia se vio realizada, a juicio de los parisienses, cuando, en 888, Carlos fue depuesto y, en 889, Odo, el salvador de París, se convirtió en el rey de los francos del occidente. Y a partir de ese año París no sufrió más violencia de parte de los ataques vikingos.

Durante estos años otros vikingos, aprovechando la situación fracturada y débil de Francia, atacaron en los otros ríos. Hasting estaba activo en el Loira. El Oise y el Scheldt fueron visitados repetidas veces por partidas vikingas, las cuales eran disciplinadas y expertas en tácticas militares y estaban bien equipadas para el tipo de guerra que ahora libraban. Los intentos de Odo y de otros por rechazar estos ataques sólo tuvieron éxito parcial. En 891, al mismo tiempo que Hasting con su ejército estaba asolando en Picardía, parte del gran ejército vikingo en Frisia sufrió una derrota en Lovaina. Ambos ejércitos partieron en 892, no víctimas del poderío militar franco —el ejército del norte podría haberse recuperado de la derrota de Lovaina— sino víctimas de la naturaleza misma. Un verano excepcionalmente seco en 892 había dejado una tierra reseca y una cosecha muy exigua. Las dobles devastaciones de hambruna y de enfermedades azotaron estas tierras, y ante éstas los vikingos se retiraron, para emprender campañas contra el rey inglés Alfredo. Esto proporciona una prueba más de la interrelación de las campañas danesas en el continente y en Inglaterra. El periodo de las campañas de ataque en Francia estaba llegando a su fin. Sin embargo, los vikingos habrían de regresar, y el gran principado de Normandía habría de ser fundado.

LOS ASENTAMIENTOS: NORMANDÍA Y OTROS SITIOS

Los asentamientos vikingos permanentes en Francia fueron la excepción más que la regla. El gran éxito de su asentamiento en Normandía y la gloria posterior de ese principado podrían dar la impresión de que éste era el único asentamiento vikingo en Francia. No fue el único, pero en cambio fue el único que tuvo éxito. Alrededor del año 840 dos vikingos se convirtieron en vasallos de Luis el Piadoso, y ellos y sus sucesores conservaron el territorio cercano a Dorestad hasta 885, cuando Carlos el Gordo puso fin a su dominio y también a lo que Marc Bloch llama “esta Normandía de los Países Bajos”. Los vikingos del Loira parecían resueltos a asentarse o, al menos, a establecer una colonia. En 869 Salomón, duque de Bretaña, hizo las paces con el poderoso Hasting y su grupo de incursionistas, y después de tres años estos vikingos navegaron río arriba por el Loira y su tributario el Marne tan lejos como Angers, donde se establecieron, quizá con sus esposas e hijos. A Carlos el Calvo le inquietaba la idea de un asentamiento vikingo permanente a tan sólo una distancia sorprendente de Tours, y con éxito sitió Angers desviando las aguas del Marne, dejando los barcos vikingos en seco. Pronto se llegó a un acuerdo y los vikingos retrocedieron hacia abajo del Loira, permaneciendo en su cuenca hasta 882. Este primer intento de establecer una “Normandía en el Loira” en la década de 870 fue un precedente, aunque no un modelo exacto, del intento de establecer un asentamiento en la zona del Loira cerca de Nantes a principios del siglo X, casi al mismo tiempo que Rollo y los vikingos del Sena estaban asentándose en el área del bajo Sena cerca de Ruan. De hecho, en 921 el conde Roberto, hijo de Roberto el Fuerte, reconoció el dominio de los vikingos en el condado de Nantes; más tarde, en 927, Raúl, rey de los francos del occidente, también los reconoció. Su poder probablemente se extendía hasta las fronteras orientales de lengua romance de Bretaña. Los vikingos del Loira finalmente fueron arrojados de su naciente asentamiento por Alan Barba Torcida en 937, habiendo durado, quizá, un cuarto de siglo su intento de colonización. Sólo podemos imaginar cuán distinta habría sido la historia francesa y, ciertamente, la historia europea si los asentamientos vikingos tanto en el Loira como en el Sena hubieran tenido éxito.

Normandía, el asentamiento vikingo situado en el Sena, con su futuro brillante de logros, tuvo sus inicios cubiertos en la oscuridad de la mañana antes de la primera luz. Afirmar que Normandía fue establecida en 911 como resultado de un acuerdo entre Carlos el Simple y Rollo es afirmar demasiado y muy poco. Los dos grandes cronistas de este periodo —Flodoard y un monje de San Vaast— pasan por alto los años cruciales. Se ha implicado mucho orgullo nacional al intentar determinar, sin éxito completo, el origen del mismo Rollo; ¿era danés?, ¿noruego?, ¿o simplemente sueco? No sobrevive ningún documento del asentamiento y sus términos pueden inferirse sólo de documentos

posteriores. Lo que se sabe es —y tiene que ser— suficiente para que obtengamos un esbozo general del proceso. Cuando Carlos el Simple se convirtió en el rey de los francos del occidente en 893, parecía resuelto a librar a su reino de la amenaza vikinga. Llegó a un acuerdo con el jefe de los vikingos del Sena en 897: este último fue bautizado actuando Carlos como padrino. (¿Debemos creer que Carlos lo llevó materialmente a la pila bautismal?) Este plan falló. Catorce años después —es una de las fechas con que contamos—, en 911, Rollo, cuyo lugar de origen no tiene verdadera importancia, condujo un ejército *danés* a la ciudad de Chartres, a la cual sitió. El sitio resultó un fracaso, y el ejército de Rollo sufrió una importante derrota. En 913 y 918 Rollo, actuando como un jefe cristiano con plena autoridad sobre Ruan, al parecer promulgó cédulas que desafortunadamente se perdieron. En 918 Carlos el Simple aludió, en una cédula real, a un acuerdo al que se había llegado con Rollo. Este acuerdo, entonces, debe de haber concluido entre 911 y 918, y probablemente entre 911 y 913 estableció Normandía. Rollo probablemente fue bautizado en esta época, ya que se supone que no era cristiano en el tiempo del sitio de Chartres y que Carlos exigió su bautizo, tal como había exigido el bautizo del jefe de los vikingos del Sena en 897. Rollo también se comprometió a defender el bajo Sena de más ataques, suministrando así un amortiguador contra los bretones y contra otros vikingos. Carlos el Simple, por su parte, permitió que los vikingos se establecieran en esa región; esto está implicado claramente en la cédula real del 14 de marzo de 918, en la que Carlos el Simple afirmaba que él había otorgado tierras a Rollo y sus compañeros *pro tutela regni* (“para la defensa del reino”). No se sabe con exactitud lo que se oculta tras estas palabras, pero la explicación obvia es que, poco después de su derrota en Chartres, Rollo se convirtió en vasallo del rey francés: recibió las tierras cercanas al bajo Sena a cambio de jurar fidelidad a Carlos. El relato acerca de que Carlos y el jefe vikingo se reunieron en Saint Claire-surEpte a finales del otoño de 911 y que, al rendir homenaje a Carlos, el vikingo Rollo lo hizo tropezar, de hecho no tiene mejores bases que la fértil y traviesa imaginación de historiadores posteriores.

¿En qué consistían estas tierras concedidas a los vikingos *pro tutela regni*? La cédula de 918 no las especifica. Aunque al principio —como parece haber sido el caso— se extendían sólo a la zona de la Alta Normandía, las tierras de los normandos llegaron a abarcar Bessin y, temporalmente, Maine en 924, y también Cotentin (es decir: la península), y Avranchin en 933; estas anexiones sin duda reconocían legalmente *de facto* la ocupación vikinga.

Las tierras que los vikingos poblaron probablemente estaban subpobladas en esta época debido a las generaciones de actividad vikinga en la zona y al patente abandono de las defensas del Sena abajo de Pitres. Casi todos los colonos eran hombres. Provenían principalmente de Dinamarca, aunque algunos venían del noreste de Inglaterra y otros de

Irlanda; ésta es una conclusión sugerida por el complejo análisis de nombres conocidos. ¿Cuánto tiempo tomó la colonización? Los límites principales del asentamiento se habían completado en el periodo de dos generaciones. El casamiento entre los hombres vikingos recién bautizados y las mujeres francas cristianas —aunque no se acepte que Rollo se casó con Gisèle, la hija de Carlos el Simple— debe haber ocurrido desde el mismo comienzo. El proceso de asimilación estaba muy avanzado y se manifiesta en esta etapa dinámica en la práctica, que era más que simbólica, de que los vikingos tuvieran dos nombres, uno pagano y nórdico, el otro cristiano y francés. Rollo era Roberto; su hija Gerloc era Adèle; Thurstein de Cotentin era Ricardo; Stigand de Mezidon era Odo. Si Rollo fue el responsable de obtener un hogar permanente para los vikingos en el Sena, fue su hijo, Guillermo Larga Espada, el responsable de la integración de los vikingos y de los francos. Siendo un cristiano piadoso, a quien en un tiempo se le prohibió entrar en un monasterio, Guillermo casó con una princesa franca, Liégeard, la hija de Heberto de Vermandois. La hermana de Guillermo se casó con Guillermo de Poitiers. La asimilación se estaba llevando a cabo. Ricardo, el hijo del duque Guillermo, para que fuera criado como vikingo, tuvo que ser enviado a Bayeux desde Ruan, pues la capital vikinga era para entonces una ciudad de habla francesa. Por supuesto, aún estaban llegando nuevos colonos en la década de 930, algunos de los cuales todavía eran paganos, y en cierto momento a principios de la década de 940 Normandía casi volvió al paganismo, pero el peligro pasó rápidamente. El curso futuro de Normandía estaba resuelto. El duque Ricardo se desposó con una princesa carolingia y fue conocido por sus contemporáneos con el título franco de conde: *comes piratarum* (no “conde de los piratas” sino más bien “conde de los vikingos”). Los normandos pronto adoptaron instituciones francas. Para mediados de siglo Normandía no era una colonia vikinga, sino una región de Francia, distinta, ciertamente, de las otras provincias (así como éstas eran distintas unas de otras), pero sin duda alguna francesa.

Si el cambio y la continuidad son los dos temas de la historia, y si corresponde al historiador decidir cuál tiene más relevancia, entonces una generalización fácil de hacer es que la *continuidad* es el tema que debe ser subrayado en el establecimiento de Normandía. Después de todo, la lengua nórdica desapareció pronto —primero en la Alta Normandía y después en la Baja Normandía— y no existen indicios de su uso después de 940. Ha dejado pocos vestigios en el idioma francés con excepción de los términos náuticos (por ejemplo, *bâbord*, *tribord*, *quille*, *havre*) y nombres de lugares (por ejemplo, los que terminan en *-bec*, *-bu*, *-dique*, *-tot*). Su religión no sobrevivió a la segunda generación y no dejó una huella permanente. El *thing*, la asamblea utilizada por los vikingos en el norte, no se conoce en absoluto en Normandía. La estructura política y social era feudal: los duques eran vasallos del rey francés y sus hombres estaban vinculados a ellos mediante la tenencia feudal. Los vikingos hicieron más que tan sólo

tolerar un cambio de religión y, con el fervor de los recién convertidos, defendieron la causa cristiana. Pronto estaban protegiendo monasterios y, un siglo después, dirigiendo un movimiento de reforma y, poco después de eso, llevando la cruz. Los hijos menores de los señores normandos que desembarcaron en el sur de Italia en las décadas posteriores a 1016 eran franceses, y el duque normando que desembarcó en Pevensey en 1066 era francés *tout à fait*. Y así prosigue el argumento en favor de la continuidad. Lo que surgió en Normandía, se asegura, fue una sociedad francesa cristiana y feudal. Este parecer de manera comprensible se ocupa de fenómenos históricos concretos y específicos: leyes, idioma, práctica religiosa, estructura social, etc. Más evasiva, debido a que es menos específica y no del todo concreta, es la dimensión espiritual traída por los invasores, las cualidades vikingas que les permitieron adaptarse a las nuevas condiciones y crear su principado. Audacia, vigor, empuje, vitalidad y capacidad administrativas y de organización —resistimos la tentación de añadir *brío*— no admiten tanto la medición y no pueden colocarse en una balanza contra los factores de peso que abogan por la continuidad. Sin embargo, la misma cuestión que concierne a la continuidad y al cambio en este contexto refleja un punto de vista de la historia enfocado en los francos: Neustria se convirtió en Normandía y este proceso corresponde a la historia de Francia. El historiador de los vikingos simplemente advierte que tan sólo un asentamiento vikingo se estableció con éxito en el sur y que, mediante normas mensurables, los vikingos se asimilaron rápidamente.

El asentamiento del Loira —que no tuvo éxito— y el asentamiento en el Sena —que sí lo tuvo— ocurrieron durante la fase final de los vikingos en Francia. Se lanzaron otros ataques en el siglo X, mas para entonces la fuerza vikinga se había agotado. Lo que comenzó en la década de 830 virtualmente se había extinguido para la década de 930, su ímpetu había desaparecido o, más bien, se había dirigido a otro sitio. Los daneses, que ya no estaban activos en Francia, continuaron su actividad en Inglaterra, pero eso corresponde a otro capítulo.

Las obras más importantes se encuentran, por supuesto, en francés y han sido escritas por Albert d'Haenens y Lucien Musset. Por fortuna, tres de las fuentes principales existen en traducción al inglés: *The Annals of St. Bertin* (Janet L. Nelson [trad.], Mánchester, 1991), *The Annals of Fulda* (Timothy Reuter [trad.], Mánchester, 1992) y *History of the Normans*, de Dudo de San Quintín (Eric Christiansen [trad.], Woodbridge, Suffolk, 1998).

Para tratamientos generales el lector encontrará útil el capítulo del profesor Nelson "The Frankish Empire", en *The Oxford Illustrated History of the Vikings* (Peter Sawyer, [coord.], Oxford, 1997), pp. 19-47, y de Simon Coupland, "The Vikings in Francia and Anglo-Saxon England to 911", en *The New Cambridge Medieval History*, vol. 2, ca. 700-ca. 900 (Rosamond McKitterick [coord.], Cambridge, 1995), pp. 190-201. Un importante ensayo interpretativo es *The Vikings in Francia*, de J. M. Wallace-Hadrill (Reading, 1975), reimpresso en su *Early Medieval History* (Oxford, 1975), el cual Simon Coupland se dispuso a corregir en "The Rod of God's Wrath? The Carolingian Theology of the Viking Invasions", *Journal of Ecclesiastical History* 42 (1991) pp. 535-554. Para el proceso de asimilación véase Janet L. Nelson, "England and the Continent in the Ninth Century: II, The Vikings and Others", *Transactions of the Royal Historical Society*, 6ª ed., 12 (2003) pp. 1-28. Para una región que los estudiosos a menudo pasan por alto véase Neil S. Price, *The Vikings in Brittany* (Londres, 1989). Para un puntual estudio sobre reliquias itinerantes en una parte de Francia véase Felice Lifshitz, "The Migration of Neustrian Relics in the Viking Age", *Early Medieval Europe* 4 (1995), pp. 175-192.

Para un análisis del *danegeld* véase la innovadora obra de Einar Joranson *The Danegeld in France* (Rock Island, Illinois, 1923), y el importante artículo de Timothy Reuter "Plunder and Tribute in the Carolingian Empire", *Transactions of the Royal Historical Society*, 5ª ed., 35 (1985) pp. 75-94, el cual examina la política general de los carolingios. Los aventureros ibéricos pueden ser estudiados en W. E. D. Allen, *The Poet and the Spae-Wife: An Attempt to Reconstruct al-Ghazal's Embassy to the Vikings* (Londres, 1960), y de Jon Stefansson, "The Vikings In Spain from Arabic (Moorish) and Spanish Sources", *Saga Book of the Viking Club*, vol. 6 (Londres, 1908-1909), pp. 30-46. Aunque no es una publicación reciente, *The Normans in European History* (Boston, 1915; reimpressa con frecuencia), de H. Haskins, aún ofrece información de interés. Para una revaluación de Carlos el Calvo véase Margaret T. Gibson y Janet L. Nelson (coords.), *Charles the Bald: Court and Kingdom* (2ª ed., Aldershot, 1990), y de una fecha posterior, la importante biografía de Janet Nelson *Charles the Bald* (Londres, 1992).

VI. LOS DANESSES EN INGLATERRA

ABUNDAN los héroes (Alfredo, Athelstan, Canuto) así como los santos (Edmundo, Alphege, Osvaldo) y los villanos (Erik Hacha Sangrienta, Etelredo el Desprevenido) y lugares famosos (Edington, Maldon, York). Es el mundo de la era vikinga en Inglaterra. Es el periodo en el que los daneses atacaron, invadieron y se asentaron, cuando sacaron a Inglaterra de su aislamiento y la comprometieron con la vida más extensa del norte de Europa. Durante 200 años los vikingos de Dinamarca dominaron la historia inglesa, atacando sus costas, cruzando sus caminos y cambiando permanentemente su paisaje y su idioma. Se construyeron fortificaciones; aparecieron nuevas ciudades; se abrieron nuevos mercados en el país y en el extranjero. Inglaterra nunca habría de ser la misma otra vez.

La historia de los vikingos en la tierra de los ingleses es al mismo bendecida y endemoniada por el relato de la *Crónica anglosajona* y por la imponente figura del rey Alfredo.

Eclipsadas como una antigua historia vernácula sólo por los anales irlandeses contemporáneos, las crónicas en inglés antiguo, conocidas en forma colectiva como *Crónica anglosajona* (y familiarmente como la *Crónica*), revelan tal riqueza de información acerca de las invasiones vikingas que, si estuviéramos obligados a depender únicamente de otras fuentes, quedaríamos con una gran pobreza desde el punto de vista histórico. Sin embargo, la *Crónica anglosajona* es, en el mejor de los casos, un relato parcial y prejuiciado de estos años. La manifiesta importancia que da al sur y, en particular, a la fortuna del reino de Wessex en gran parte de su relato del periodo vikingo deja vastas áreas del país virtualmente sin referencia en la crónica durante largos periodos. Prestando sólo atención ocasional a los acontecimientos del noreste y casi ninguna a los acontecimientos del noroeste, la *Crónica* no puede ser considerada una historia *nacional* inglesa para el periodo de los vikingos. Ésa no fue nunca su intención y ésa nunca fue la realidad histórica.

La gran fama de Alfredo debe mucho a su buena fortuna de que las hazañas de su reinado hubieran sido registradas en forma tan completa —y tan favorable— en la *Crónica anglosajona* y su vida tan elocuentemente descrita a la manera de los hagiógrafos por el lisonjero Asser. Además, ya que un triunfo lleva a otro triunfo y ya que la casa de Wessex logró unir a los ingleses en un reino, los historiadores *whig* y *neowhig* se han vuelto hacia Alfredo como el fundador del Estado inglés, el monarca más grande antes de la Conquista Normanda, en una palabra: “el Grande”. En realidad, el éxito de la casa de Wessex estaba lejos de ser verdadero a la muerte de Alfredo, y la unidad de Inglaterra había estado lejos de la mente de Alfredo. Como rey de Wessex, Alfredo fue un monarca capaz, a la altura pero, discutiblemente, no superior a Eduardo el

Viejo ni a Athelstan. Las tiranías triples de la *Crónica*, Asser y la historiografía tradicional nos dejan con la fama de un buen rey local elevado a la majestuosa grandeza nacional. Si el periodo vikingo produjo un monarca de grandeza, entonces no necesitamos ver más allá del extranjero de nacimiento Canuto, cuyo legado a Eduardo el Confesor y a Guillermo el Conquistador suministró una base sólida para el éxito de la Inglaterra posterior a Canuto.

Las definiciones no son fáciles en todo esto. Palabras como *rey*, *Inglaterra* y *Dinamarca* se deslizan de nuestra pluma con mucha facilidad, pero ¿qué es lo que significan? ¿Acaso *Inglaterra* significa algo más que el lugar donde vivían los anglosajones, y *Dinamarca* el lugar donde vivían los daneses? Podríamos estar tentados a atribuir una unidad y una organización política a estos lugares que éstos no poseían en realidad. Ni para Inglaterra ni para Dinamarca al principio del periodo vikingo debemos suponer “un rey para una nación”, o aún menos, “un rey para un Estado”. El velo de los siguientes siglos puede encubrir el hecho de que, en esta época, *rey* entre los daneses se refería a un jefe regional poderoso con cierto derecho hereditario para gobernar, y que en Inglaterra un *rey* era un gobernante de un reino regional, de nuevo con un elemento hereditario de algún tipo. Podrían haber existido tres reyes como éstos que gobernarán en diferentes partes de Dinamarca, y posiblemente hasta cinco reyes en la Inglaterra contemporánea. La dignidad real se relacionaba con el poder, y el poder se relacionaba con los hombres —en particular guerreros— y con la riqueza. Un jefe poderoso podría mediante la fuerza de las armas intimidar a jefes más débiles y exigir de estos últimos ayuda militar y financiera. Casi como una cantilena los historiadores deben repetirse a sí mismos (y al mundo) “los títulos no confieren el poder”; Alfredo podría haber sido llamado “rey de todos los ingleses excepto de los que eran cautivos de los daneses” y Athelstan “rey de toda Gran Bretaña”, pero el título y la realidad apenas son iguales. El poder no se confiere; se posee. Cierta apariencia de unidad llegó a Inglaterra cuando Edgar se convirtió en el monarca único en 959 y a Dinamarca aproximadamente al mismo tiempo bajo el gobierno de Harald Diente Azul. En ninguno de estos casos se erradicó el regionalismo ni existió algo más que el aparato primitivo de un Estado nacional, aunque Inglaterra se encontraba mucho más adelantada en este proceso que Dinamarca.

Mencionar a Inglaterra y Dinamarca al mismo tiempo ayuda a subrayar el hecho de que desde la década de 850 hasta la de 1060 Inglaterra y Dinamarca pertenecían al mismo mundo septentrional. La conexión con Dinamarca dominó la historia inglesa durante este periodo. La Gran Escandinavia incluía a Inglaterra y se requirió una invasión normanda para romper la conexión e involucrar a Inglaterra en el mundo de Francia, el imperio y el papado reformado.

LA PRIMERA OLEADA VIKINGA (835-954)

En 835 los daneses llegaron a Inglaterra. El mismo ímpetu que los había impulsado a atacar Frisia y Francia el año anterior los impulsó a atacar Inglaterra. Es posible que nunca se sepa qué fue lo que desató la furia de los daneses en esa época particular; luchas dinásticas, tensiones en la población, un clima que estaba enfriándose y cultivos restringidos, todo esto puede haber contribuido. Los ataques a Inglaterra de 835 a 865 se hicieron por sorpresa, ataques de entrada y salida de naturaleza estacional, tal como lo fueron los primeros de los daneses —a veces a los mismos daneses— en la Europa continental. Entre 865 y 954 los ataques fueron realizados por grandes ejércitos y seguidos por asentamientos. Los ataques estacionales y los ataques de colonización se combinaron para formar la primera oleada de daneses que llegaron a Inglaterra.

Un análisis de estas primeras incursiones estacionales en Inglaterra —o más bien, un análisis de los relatos acerca de estas incursiones— es instructivo. La *Crónica anglosajona* menciona incursiones en sólo 13 de los años durante este periodo, e indica sólo 22 lugares visitados por los vikingos (cuadro VI.1).

CUADRO VI.1. *Incursiones vikingas tempranas en Inglaterra.*

<i>Año</i>	<i>Lugar</i>
835	Sheppey
836	Carhampton
838	Cornualles (Hingston Down)
840	Southampton, Portland (Dorset)
841	Romney Marsh, Lindsey, Anglia Oriental, Kent
842	Londres, Rochester
843	Carhampton
848	Somerset (desembocadura del río Parret)
850	Devon, Sandwich, Thanet
851	Canterbury, Londres, Surrey
853	Thanet
855	Sheppey
860, 865	Winchester

El primer punto que debe establecerse del cuadro VI.1 es de tipo geográfico. Evidentemente eran ataques costeros contra el *sur* de Inglaterra, que rara vez penetraban

más de 25 kilómetros al interior. Con la excepción de 841, donde el cronista simplemente dice que “en Lindsey y en Anglia Oriental y en Kent muchos hombres fueron asesinados”, las incursiones mencionadas en nuestra fuente principal fueron incursiones en el sur, ninguna de ellas en el norte de Londres y el Támesis. No se debe pasar por alto que la costa sur y no Kent oriental, como se podría esperar, fue favorecida en particular por los atacantes vikingos durante las incursiones de los años que abarcan hasta 850. Todos los ataques relatados aquí, con excepción de aquellos contra Lindsey y Anglia Oriental en 841 y contra Londres en 842, fueron de interés inmediato para el reino de Wessex; su principal sede, la misma Winchester, fue atacada durante el reinado de Ethelbert (860-865).

¿Debemos concluir basándonos en esta evidencia que las incursiones durante el periodo de 835 a 865 fueron, de hecho, principalmente incursiones contra Wessex? ¿Que el resto de Inglaterra permaneció virtualmente intacto? ¿Que no hubo incursiones vikingas en Inglaterra entre 843 y 848? Sería arriesgado que nos precipitéramos a estas conclusiones ante tal escasez de fuentes sobrevivientes. Desde el punto de vista histórico sería ingenuo creer que lo que está registrado —o más bien, lo que sobrevive de lo que se registró— constituye los acontecimientos principales de la historia inglesa. La llamada “crónica nacional” es, en lo que respecta a estos años, una crónica que atañe principalmente a Wessex. El hecho de que el cronista haya podido tratar con tanta brevedad los sucesos de Lindsey y de Anglia Oriental en 841 indica la estrechez de sus intereses y quizá, también, el alcance de su información. La misma *Crónica* no tiene entrada en absoluto para muchos años en este periodo.

La *Crónica Parker* (la versión A de la *Crónica anglosajona*) no enumera los acontecimientos en lo que se refiere a 16 de estos 30 años, aunque los anales para 855 y 860 son resúmenes quinquenales sucintos y podrían ser corregidos para que indicaran 855-859 y 860-864, respectivamente; sin embargo, eso deja por lo menos ocho años sin registrar en absoluto: 837, 844-847, 849, 852 y 854. Los *Anales de San Bertín*, que atañen a los acontecimientos de la Francia contemporánea, afirman bajo el año 844 que “los escandinavos iniciaron un ataque importante en esa región de la isla de Gran Bretaña donde vivían los anglosajones y después de una batalla de tres días los escandinavos resultaron vencedores: saqueando, pillando y asesinando, ejercieron el poder sobre el territorio a su voluntad”. Para el año 844 la crónica inglesa no registra ataques vikingos. En vista de tal registro evidentemente incompleto, cuyo foco excluye efectivamente grandes regiones de Inglaterra, sólo podemos preguntarnos acerca de la extensión de la actividad vikinga no registrada fuera de Wessex. ¿Qué es lo que se oculta tras las palabras “en Lindsey y en Anglia Oriental... muchos hombres fueron asesinados”?

El periodo de los primeros ataques importantes de los vikingos en Inglaterra estuvo marcado por victorias y derrotas alternas. Estos ataques se iniciaron en 865: “En este

mismo año llegó un gran ejército a Inglaterra y estableció cuarteles de invierno en Anglia Oriental”. Y de esta forma la *Crónica* inicia su relato, y a partir de esta época hasta el año 954, cuando llegó la paz, sus páginas tienen por tema las invasiones vikingas y apenas algo más. Durante estos años los asentamientos echaron raíces: se establecieron los reinos vikingos; el mapa político de Inglaterra adoptó nuevas formas y éstas eran variables. La historia no es la aceptada acerca del rey Alfredo que derrota a los vikingos, y su hijo y su nieto que acaban con ellos después. En el lado inglés —y aquí tenemos nombres y, detrás de ellos, al menos vagos perfiles de personas— aparecen héroes de iguales logros e incluyen a Alfredo, Eduardo el Viejo y Athelstan. “Y llegó un gran ejército.”



MAPA VI.1. *Primeros ataques vikingos a Inglaterra (835-865).*

El “ejército” que llegó a Anglia Oriental en 865 ascendía —y el cálculo varía mucho— a aproximadamente entre 500 y 2 000 vikingos. Éstos formaban un grupo bastante unido, probablemente dirigido por los hermanos Ivar y Halfdan, hijos del legendario Ragnar Lothbrok. Su propósito era distinto del de sus predecesores, pues la de ellos no tenía la intención de ser una incursión de verano; estos vikingos llegaron preparados para una campaña prolongada, resueltos a ganar la tierra inglesa para sí mismos. La acción unificada de este ejército indica un mando único: el ejército se movía como un ejército,

aunque incluía reyes subordinados y *jarls*, a quienes se les podrían haber permitido tangentes ocasionales de la línea general de ataque. Fue este ejército, acrecentado de vez en cuando, el que asoló Northumbria, Mercia, Anglia Oriental y Wessex; fue este ejército el que suministró los primeros contornos del asentamiento danés, y fue un residuo de este ejército al que Alfredo derrotó en Edington en 878. Toda la evidencia invita a la conclusión de que éste era un ejército cuyo propósito fundamental era ocupar la tierra y asentarse.

El avance del ejército vikingo de 865 a 886 puede seguirse sin interrupción. Los habitantes de Anglia Oriental, que se enfrentaron a esta invasión en 865, prontamente hicieron las paces y proporcionaron caballos a los invasores que habrían de hacer posibles sus rápidos avances. En el otoño de 866 los vikingos cruzaron el Humber y penetraron en una Northumbria desgarrada por la disensión. Los reyes rivales competían por obtener la autoridad. El día de Todos los Santos de 866, los daneses tomaron York, sin encontrar oposición. York habría de ser su capital en el norte, una ciudad vikinga para rivalizar con Dublín, Hedeby y Birka, pero eso quedaba para el futuro. Por el momento los vikingos tenían que enfrentarse con una reacción que paulatinamente se unía en Northumbria contra su presencia en York. El 21 de marzo de 867, los habitantes de Northumbria, haciendo a un lado sus diferencias por el momento, trataron de reconquistar su ciudad. Se libró una batalla dentro y fuera de las murallas romanas que quedaban y, según las palabras del cronista, “se hizo una gran matanza de los de Northumbria, que incluyó a ambos reyes”. Nuevamente se hizo la paz. Desde York el ejército vikingo, móvil sobre sus caballos de Anglia Oriental y quizá ahora de Yorkshire, se volvió al sur hacia las atrayentes tierras de los habitantes de Mercia. Parecía que no tenían problemas para tomar Nottingham, donde pasaron el invierno de 867-868. El rey de Mercia, ayudado por sus cuñados, Etelredo, rey de Wessex, y el joven Alfredo, avanzó sobre los vikingos en Nottingham, pero los vikingos sabían el peligro de abandonar sus fortificaciones para librar una batalla abierta y por lo tanto se rehusaron. De nuevo se concertó la paz. ¿A qué precio para los habitantes de Mercia, el bando que la solicitó? Cualquiera que haya sido el precio —y sobre este asunto las fuentes guardan silencio—, a los de Mercia se les perdonaron más ataques daneses durante más de tres años. El año siguiente, 869, los daneses abandonaron Mercia y regresaron a York, donde supuestamente habían dejado cierta fuerza militar para mantener su autoridad. Más tarde en ese mismo año se permitió que su ejército atravesara Mercia en su camino de regreso a Anglia Oriental, donde establecieron cuarteles de invierno en Thetford. Durante ese invierno de 869-870, los de Anglia Oriental intentaron una resistencia contra los daneses. Al igual que los de Northumbria en York, fracasaron; su rey, Edmundo, fue asesinado en el intento. Parecía que no existía un poder en Inglaterra capaz de detener a este ejército vikingo disciplinado, móvil y bien dirigido.

Quedaba Wessex —es decir, si aceptamos que el propósito de estos vikingos era una conquista de Inglaterra, y la evidencia en favor de esta opinión no está clara de modo convincente—. El argumento según el cual Alfredo salvó a Wessex y, por consiguiente, a Inglaterra depende de una supuesta política vikinga de conquista total. Si su propósito era la conquista, ¿por qué sólo Inglaterra? ¿Por qué no toda la isla? ¿Con cuánta precisión podían los invasores distinguir las unidades políticas que entonces existían en Gran Bretaña? ¿Qué impresión se podían haber formado acerca de los movimientos del poder político en Gran Bretaña? Con todo, Wessex y sus ricas tierras permanecieron aún intactas por su ferozmente exitoso ejército.

La defensa de Wessex se encontraba principalmente en las manos de Alfredo. Su hermano mayor, Etelredo, sólo luchó en las campañas de la primera estación. Sin ser un genio militar, Alfredo respondió a los ataques vikingos con tácticas de suficiencia transitoria. Su defensa de *Inglaterra* no existió: Wessex sola le concernía. Al principio, cada bando puso a prueba la fuerza del otro. En 870 los daneses tomaron Reading, situada en la confluencia del río Kennet y el Támesis, sin dificultad; como York, Nottingham y Thetford, habría de servir como un cuartel general regional, porque era una ubicación fácilmente defendida, y una base para la acción en el área general. Casi inmediatamente (tres días después de su llegada, de acuerdo con la *Crónica*) se puso a prueba a los daneses. Los ejércitos locales reclutados de Berkshire trabaron escaramuzas con ellos. Cuatro días más tarde (es decir, una semana después de que los daneses tomaron Reading) los hermanos Etelredo y Alfredo cerraron su ejército. Siguieron combates mayores en Reading, Ashdown (es decir, los Berkshire Downs), Basing y *Merantum* (ahora no identificable). A pesar de una victoria de los sajones occidentales en Ashdown, los vikingos mantuvieron la ventaja. La muerte de Etelredo dejó a Alfredo con la tarea de hacer frente a sus oponentes solo; esto lo hizo en Wilton pero sin éxito. El cronista resume el año 871 (es decir, de septiembre de 870 a septiembre de 871):

En el transcurso del año se libraron nueve combates generales contra el ejército danés en el reino al sur del Támesis, además de las innumerables escaramuzas en las que Alfredo, el hermano del rey, y un solo regidor y caballero del rey participaron.

Wessex no estaba preparada y Alfredo sabiamente pidió la paz. Cualquiera que haya sido el precio —y éste no necesita haber incluido plata—, eliminó la amenaza vikinga de Wessex durante cuatro años.

La horda vikinga abandonó Wessex e invernó (871-872) en Londres, el centro comercial de Mercia. En 872 viajaron desde Londres hasta Torksey en Lindsey. Los habitantes de Mercia no pudieron resistir con éxito al aclimatado ejército vikingo ni en Londres ni en Lindsey, y en ambos lugares hicieron la paz. Pareciera que Londres estuvo en suelo danés desde 871 hasta 886, aunque el descubrimiento de una ceca anglosajona hacia finales de la década de 870 plantea algunos problemas. En todo caso, después de

invernar en Torksey, el ejército vikingo se dirigió a Repton en Mercia en 873, donde pasó el siguiente invierno. Entierros masivos encontrados en Repton y en Ingleby, a poco menos de cinco kilómetros, podrían reflejar la invernación del gran ejército en 873-874, si bien se ha discutido que Ingleby y no Repton fue su cementerio principal. El tiempo y más análisis habrán de revelarlo. Lo que queda claro es que el reino de Mercia llegaba a su fin: los vikingos obligaron al rey Burhred a vivir en el exilio y colocaron al servil Ceolwulf en el trono.

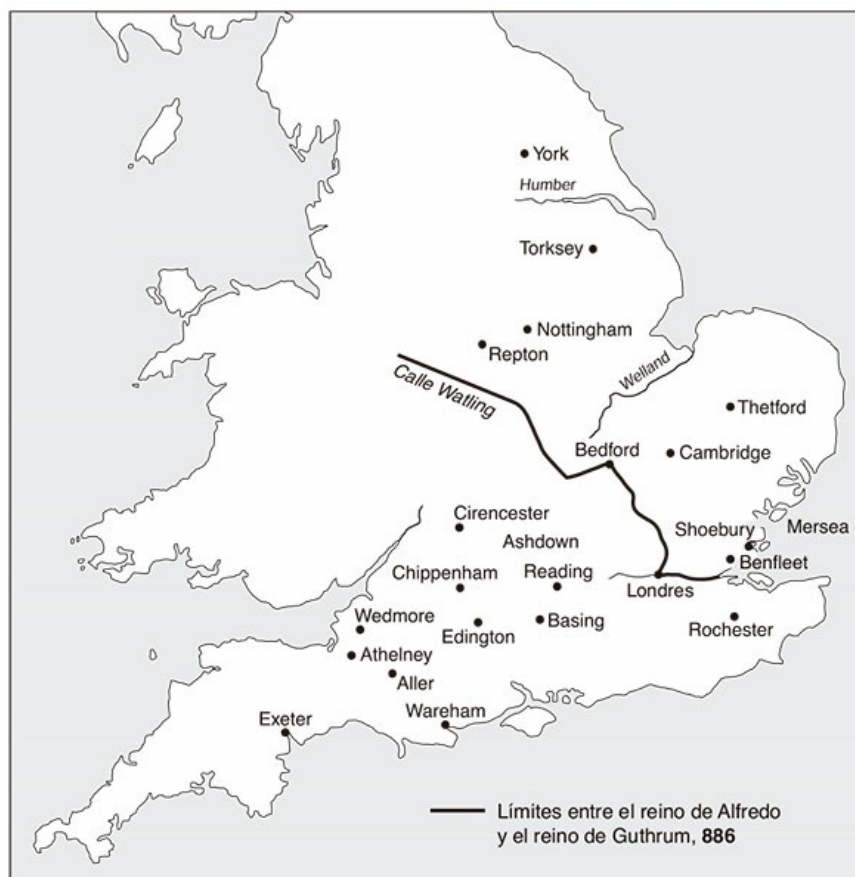
Llenos de confianza —en menos de 10 años habían triunfado en Anglia Oriental, Northumbria y Mercia—, los vikingos lograron una decisión importante en 874. El ejército que había permanecido unido desde su desembarco en Anglia Oriental en el otoño de 865 se dividió ahora. Halfdan llevó su ejército al norte de Repton y en 876, después de pasar un año estableciendo áreas fronterizas firmes contra los pictos en el norte y los britanos de Strathclyde al occidente, inició el proceso de colonización. La *Crónica* refiere que “repartió Northumbria entre él mismo y sus hombres, y su ejército pronto estaba arando la tierra y viviendo de ella”. La otra parte del ejército vikingo también abandonó Repton en 874 y se dirigió al sur, siendo su propósito obtener las codiciadas tierras de los de Wessex. Desde Cambridge, donde invernaron en 874-875, este remanente del Gran Ejército de 865, ahora dirigido por Guthrum, Oscytel y Anund, atacó Wessex. Cualquier cosa que pudiera haber preocupado a Alfredo durante la calma pasajera de cuatro años, ciertamente no había sido la defensa de su reino. El hecho de que los daneses se trasladaran sin interferencia desde Cambridge hasta Wareham en 875 atestigua el débil estado de la defensa de Wessex. Los intentos por concertar la paz en Wareham y, al año siguiente, en Exeter llevaron finalmente, pero no hasta 877, al regreso de los daneses a Mercia. Los confiados daneses redujeron más el tamaño de su ejército al dividir Mercia en dos —Mercia Occidental (o inglesa) y Mercia Oriental (o danesa)— con el fin de repartir ésta para poblamiento.

La paz fue sólo temporal: los vikingos volvieron a entrar a Wessex en enero de 878, resueltos a adquirir tierra. Utilizaron Chippenham como su base y tuvieron tanto éxito al ocupar grandes regiones de Wessex que el cronista lamenta que “empujaron a muchos de los habitantes a ultramar”. Durante esta pausa de cuatro años, Alfredo no había establecido una defensa adecuada contra los invasores paganos. No tenía opción, fuera de la rendición, sino emprender una retirada estratégica, e hizo esto. Los daneses no lo persiguieron hasta los inservibles yermos de Athelney; estaban demasiado ocupados sometiendo el territorio. Alfredo libró ataques relámpago contra los invasores. Éstos fueron sólo pequeñas escaramuzas, pero proporcionaron experiencia en el combate a los hombres locales que se unieron a su pequeña fuerza en los pantanos de Somerset en la primavera de 878. Entonces reclutó a los hombres que pudo desde Somerset, Wiltshire y la parte más cercana de Hampshire. “Y vieron a Alfredo vigoroso y lleno de vitalidad a

pesar de sus desventuras, y se llenaron de alegría” (*Crónica*).

Mientras Alfredo se preparaba para una ofensiva en la primavera, su reino recibió todavía un golpe más —un ataque vikingo no coordinado procedente de Gales del Sur y lanzado contra Devon— y fueron los hombres de Devon quienes lo rechazaron. La victoria obtenida por el ejército de Alfredo en Edington, Wiltshire, en la primavera de 878 no fue una victoria total ni fue seguida por la rendición total de los vikingos daneses. El “ejército” danés representaba sólo una fracción, quizá una pequeña fracción, del gran ejército que había desembarcado en Anglia Oriental en 865, partes del cual ya se habían establecido en Northumbria y en Mercia Oriental. La paz no llegó sino hasta después del sitio de dos semanas que Alfredo impuso a los daneses en sus fortificaciones en Chippenham, a las que habían huido provenientes del campo de batalla en Edington. La *Crónica* refiere: “Los daneses le dieron rehenes y juraron solemnemente que abandonarían el reino y que su rey sería bautizado”. El bautizo de Guthrum (ahora conocido como Athelstan) vino después en Aller y su confirmación en Wedmore.

El ejército danés, aún fuerte y aún siendo una amenaza en potencia, no abandonó Wessex de inmediato. Permanecieron en Chippenham durante el verano y sólo al final de la estación se trasladaron a la cercana Cirencester en Mercia Occidental. No fue sino hasta la primavera de 879, un año completo después de los sucesos de Edington, Aller y Wedmore, cuando se trasladaron a Anglia Oriental, donde se repartieron la tierra y la poblaron. No existe una evidencia que vincule el acuerdo de Chippenham con la colonización de Anglia Oriental. Los daneses cumplieron su juramento a Alfredo trasladándose simplemente a la Mercia inglesa, es decir, fuera de Wessex. El porqué de su traslado de Mercia a Anglia Oriental es una cuestión aparte, sobre la cual nuestras fuentes guardan silencio. Ningún bando habría de considerar final esta paz. En 884 los vikingos de Anglia Oriental se levantaron para apoyar a sus parientes, que habían cruzado el Canal de la Mancha desde el Somme, y que atacaron Rochester en Kent y asolaron las tierras al sur del bajo Támesis. En respuesta, Alfredo envió barcos para atacar Anglia Oriental, donde, después de una victoria inicial, fueron derrotados por los daneses. El parcial cronista de Wessex acusa a los daneses de haber quebrantado la paz cuando se vengaron atacando a Alfredo más tarde en ese año; la paz, de hecho, había sido rota muchos meses antes. Seguramente fue en respuesta a estas provocaciones que Alfredo tomó Londres mediante la fuerza militar en 886 y la colocó bajo la autoridad del regidor de Mercia, Etelredo, quien parece haber ascendido al puesto antes ocupado por Ceolwulf II.



MAPA VI.2. *Inglaterra en la época del rey Alfredo.*

La pretensión del cronista de Alfredo en este momento —“y todos los ingleses, con excepción de aquellos sometidos a los daneses, se sometieron a él”— requiere de un examen más minucioso. Ciertamente existía un nuevo acuerdo. Los sucesos del periodo de 878 a 886 habían llevado a una realineación de la estructura del poder y de la geografía política de Inglaterra. Alfredo era el gobernante indisputado de Wessex, la cual estaba ahora más segura en sus linderos de lo que había estado desde 870; ejercía cierto poder sobre la Mercia inglesa que incluía a Londres, pero Mercia siguió siendo Mercia y no fue anexada para formar una gran Wessex. ¿Qué sucedía con los ingleses fuera de Wessex y Mercia? No está claro cuáles de estos ingleses no estaban sometidos al dominio de los reyes daneses en 866; quizá ninguno. La pretensión del cronista, aunque se tomara en su significado literal, tal vez puede ser una recapitulación de las consecuencias obvias de la ocupación de Londres: Alfredo gobernó Wessex sin temor y ejerció la hegemonía sobre algunas partes de Mercia. El acuerdo entre Guthrum y Alfredo (878-886) trazó una línea divisoria entre sus territorios. La frontera sur del reino de Guthrum puede trazarse a lo largo del Támesis desde su estuario al occidente del río Lea, siguiendo río arriba por el Lea hasta su nacimiento, luego yendo hasta Bedford y río arriba por el Ouse hasta la calle Watling que formaba la frontera occidental. La frontera norte de su reino no permite

una delimitación tan clara, pero probablemente llegaba tan lejos como hasta el Welland y el alto Avon. Más allá de esa frontera había otros reinos vikingos en York y en otras partes del norte. La situación era en el mejor de los casos variable, y los límites habrían de cambiar con frecuencia antes de que el periodo vikingo en Inglaterra llegara a su fin.

Seis años de paz siguieron a la toma de Londres. Luego, en 892, el gran ejército de los daneses que había estado hostilizando los Países Bajos y que ahora estaba renuente a sufrir las consecuencias de una mala cosecha en la Europa continental dirigió sus barcos contruidos en Frisia hacia Inglaterra. Su campaña en Inglaterra, que duró cuatro años, resultó un fracaso. Durante los años de paz antes de 892, Alfredo había puesto en marcha los planes para la defensa del reino. El método para reclutar una fuerza militar en Wessex se había adaptado de modo que satisficiera las necesidades de finales del siglo IX. Las fortificaciones defensivas probablemente habían estado en construcción durante algunos años y estaban casi terminadas para cuando ocurrieron los nuevos ataques daneses. Alfredo también intentó suministrar defensas navales, pero la construcción naval inglesa de ninguna manera podía competir con las técnicas escandinavas ni con las técnicas frisias. Pensar que sus talentos eran ilimitados es una muestra de la confianza que tenía en sí mismo un hombre que había triunfado en tantas otras empresas, como en verdad lo había hecho Alfredo. La *Crónica*, nuevamente, relata:

El rey Alfredo ordenó que se construyeran barcos para hacer frente a los barcos daneses: del doble de largo de los barcos vikingos. Algunos con sesenta remos, algunos incluso con más. Habrían de ser más veloces, más seguros y con mayor espacio en cubierta. No se construyeron de acuerdo con un diseño frisio o danés sino como el rey pensó que era lo mejor.

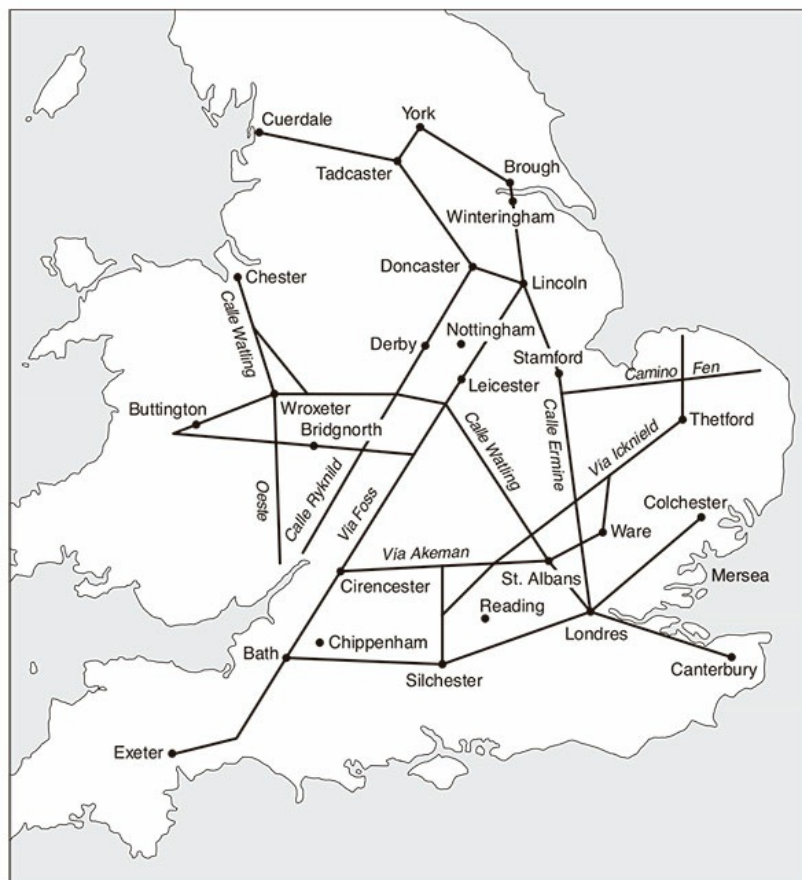
Por supuesto, el pensar que lo más grande es lo mejor es un error que no es exclusivo de la época actual. La navegación de los barcos de Alfredo resultó complicada en lugares estrechos: derrota tras derrota mostraron su insuficiencia contra los mejores barcos y navegantes de la época.

Caballos, esposas e hijos acompañaron esta nueva invasión; los caballos desde el mismo inicio y las mujeres e hijos por lo menos hacia 893. Estos vikingos intentaron asentarse. Un relato de su campaña mostraría a sus ejércitos cruzando Inglaterra en todas direcciones, tomando bases entre compatriotas en Mercia y Essex, sin infligir nunca una seria derrota a los de Wessex, y sin embargo, persistiendo como amenaza, sin ser nunca seriamente derrotados. Este estancamiento terminó en 896 cuando los vikingos se dividieron: los que pudieron hacerlo se asentaron en Northumbria y Anglia Oriental, los que no pudieron buscaron más aventuras en el Sena.

Hasting y los otros jefes de estos ataques vikingos fueron, hasta cierto grado, auxiliados por sus compañeros daneses, a veces quizá sin darse cuenta. Por ejemplo, cuando en 893 una partida danesa fue atrapada en una isla en el río Colne en Buckinghamshire, Alfredo y su ejército que avanzaba, listos para asestar un golpe

aplastante, fueron obligados, en vez de eso, a marchar a Exeter, para enfrentarse a los “pacíficos” daneses, quienes estaban asolando el lugar. Ese mismo año, en su gran viaje desde Wessex hasta la entonces desierta ciudad de Chester, al ejército vikingo se unió un ejército proveniente de Northumbria y Anglia Oriental. Sus bases principales se encontraban en la Essex danesa (en Benfleet y Mersea) y parecían tener paso libre a través de estas tierras danesas. Es difícil imaginar el éxito relativo de las incursiones de 892-894 sin reconocer el apoyo activo y pasivo de los “antiguos daneses”.

Éste no es el lugar para valorar el reinado de Alfredo: mucho aconteció durante su reinado de 28 años además de los dos periodos de ataques vikingos (871-879, 892-896). Sin embargo, gran parte de la reputación póstuma de Alfredo proviene de su control de la amenaza vikinga. Con frecuencia se dice que él salvó a Inglaterra y también que fue un genio militar. Haya hecho lo que haya hecho, Alfredo no salvó a Inglaterra, y haya sido lo que pudiera haber sido, no fue un genio militar. En 871, al comienzo de su reinado, los vikingos se mantenían firmes sólo en Northumbria, donde se concentraron en York. En 899, a la muerte de Alfredo, no sólo controlaban Northumbria sino también Anglia Oriental y Mercia Oriental, y aun planteaban una amenaza para Wessex. En el mejor de los casos, Alfredo “salvó” a Wessex y la salvó sólo temporalmente. Por lo pronto, logró resguardar la integridad territorial de su reino. En 873-874, cuando los vikingos atacaron Mercia, Alfredo no movió un dedo para ayudar. Cuando Alfredo hizo las paces con Guthrum en 878 y 886, ésta fue una paz entre iguales y él, implícitamente, reconocía el derecho danés de establecerse en grandes regiones de Inglaterra.



MAPA VI.3. *Caminos romanos usados por los vikingos.*

La fama de Alfredo como líder militar es aún más difícil de entender. Contra los primeros ataques de importancia en 871 se distinguió por pedir la paz y, a pesar de que durante cuatro años no fue molestado por los daneses, aún no estaba preparado para sus ataques renovados en 875 y tuvo que pedir la paz otra vez. En 878 aún se encontraba desprevenido y tuvo que buscar refugio en los pantanos de Somerset. (¿Alfredo el Desprevenido?) De su victoria en Edington nada se sabe acerca de las tácticas de campaña, el tamaño de los ejércitos que combatieron, las posiciones ocupadas, etc. Como la mayor parte de las batallas de la época, la victoria se logró tanto por el peso de las cifras como por la superioridad en el mando.

Las defensas de Alfredo no existían *in vacuo*, sino que existían sólo en el contexto del tipo de ataque que su enemigo utilizaba en Inglaterra. Nada podía estar más alejado de la verdad que una imagen de barcos vikingos que aparecían en las complejas vías fluviales de Inglaterra, navegando a través de los sistemas fluviales del Támesis, Trent, Ouse, Severn, Humber, Ribble, etc., penetrando hasta las zonas de mayor importancia, atacando desde sus barcos a su paso y sobrecogiendo de terror las almas de los ingleses, la mayoría de los cuales vivía cerca de las vías fluviales. Tal imagen pasa por alto el hecho crucial de que no fue por barco como los vikingos condujeron sus principales

campañas (866-886, 892-896). Con unas cuantas excepciones notables, los vikingos, una vez que hubieron desembarcado en Inglaterra, atravesado las defensas costeras y establecido bases, emprendieron un ataque contra Inglaterra por tierra. La clave de sus ataques y, ciertamente, de sus triunfos no fueron las vías fluviales inglesas sino los caminos romanos. Sin los caminos romanos los ataques vikingos en Inglaterra tal como ocurrieron serían inimaginables. Para sus destinos en el interior, los vikingos daneses utilizaron el sistema de caminos que dejaron los romanos como su legado más perdurable a Gran Bretaña. Las veredas prehistóricas y las sendas anglosajonas también se utilizaron, pero fue por los caminos trazados por los ingenieros romanos, que pueden medirse en miles de kilómetros, por donde los vikingos viajaron a caballo. No necesitaban caminos en óptimo estado o a todo lo ancho, tan sólo caminos lo suficientemente buenos para que pasaran los caballos. Estas vías suministraron un contexto e impusieron una forma para los ataques vikingos en el interior de Inglaterra. Obtuvieron caballos de los ingleses, como sucedió en Anglia Oriental en 865-866, o bien, llevaron los animales con ellos, como lo hicieron cuando desembarcaron en Kent en 892. Los guerreros vikingos no lucharon a caballo —una forma de lucha que habría de ser perfeccionada con el tiempo por el caballero medieval—, sino que utilizaron los caballos tan sólo como medio de transporte de un lugar a otro: el combate se libraba a pie.

Cuando los vikingos desembarcaron en Anglia Oriental en 865 —no nos dicen dónde— adquirieron caballos y ocuparon York el año siguiente. ¿Cómo llegaron a York? Siguieron el camino Fen hacia el occidente hasta la calle Ermine, donde se dirigieron al norte. Cruzaron el Welland en lo que habría de convertirse en Stamford y continuaron en línea recta hacia el norte hasta el Humber, donde cruzaron desde Winteringham a Brough. Y desde allí a York. En total, fue un viaje de alrededor de 240 kilómetros, de casi una semana, sin tomar en cuenta, como quizá se debiera, las salidas de ataque a la campaña, un viaje sencillamente descrito en la *Crónica* con las palabras: “El ejército abandonó Anglia Oriental por la desembocadura del Humber hasta York en Northumbria”. En la primavera de 867 invadieron Mercia y pasaron el siguiente invierno en Nottingham. Nuevamente casi con seguridad viajaron por tierra. Aunque se podría trazar una vía fluvial por el Ouse, Humber y Trent, esta ruta es muy poco probable. Los vikingos que invadían Mercia estaban bien equipados con caballos, y en York se detuvieron en lo alto de un camino que llegaba hasta Mercia. Sin duda, cabalgaron siguiendo la calle Ryknild hasta el sitio de un antiguo campamento romano, que más tarde se llamó Derby. Desde allí un ramal corto los llevó al Trent, a unos cuantos kilómetros de la aldea real de Nottingham. La distancia entre York y Nottingham era de unos 160 kilómetros por esta ruta. Cuando regresaron a York en 869, habrían regresado por la misma ruta. Más tarde en ese mismo año los daneses “viajaron a través de Mercia” (*Crónica*) hasta Anglia Oriental, donde permanecieron en Thetford para el

invierno de 869-870. ¿Cómo llegaron a Thetford desde York? Simplemente siguieron las huellas de su viaje de 866, pasando por Mercia Oriental por la calle Ermine y siguiendo el camino Fen hacia el oriente hasta la prehistórica vía Ickniel que conducía a Thetford. ¿Cómo atacaron Reading desde Thetford en 871? Cabalgaron a lo largo de la vía Ickniel hasta Wessex de nuevo, sin duda, asolando a su paso, hasta que llegaron al río Kennet en un sitio que estaba a sólo una corta distancia de la aldea real en Reading. Más tarde, en 878, después de los rituales en Wedmore, los vikingos deben de haber regresado siguiendo la vía Foss hasta Chippenham, que se encuentra en un sitio a corta distancia al occidente de este gran camino romano. Cuando viajaron de Chippenham hacia Cirencester, simplemente volvieron a tomar la vía Foss, y se dirigieron al norte unos 30 kilómetros, un viaje fácil de un día. El viaje de Cirencester a Anglia Oriental apenas pudo haber sido más sencillo para ellos. Cirencester era el eje de una red de caminos romanos. Para llegar a Anglia Oriental, Guthrum habría conducido su ejército hacia el oriente a lo largo de la calle Akeman hasta la vía Ickniel, y de ahí a Thetford y los ricos campos de Anglia Oriental, un viaje de unos 240 kilómetros.



MAPA VI.4. *Defensas del Burghal Hidage para el reino de Wessex (ca. 900).*

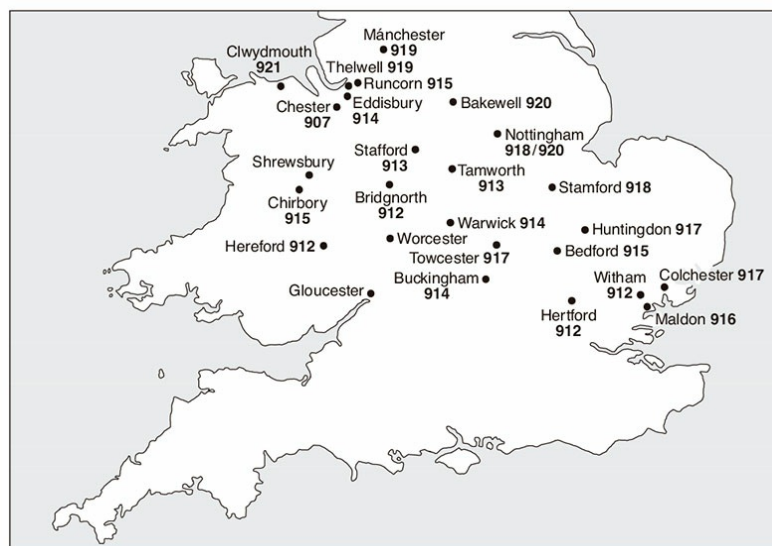
Las principales campañas de la década de 890, cuando los vikingos llegaron con sus caballos procedentes de Europa continental, fueron similares. Al principio, mientras estuvieron en Kent (en Appledore y Milton Regis), se trasladaban por barco, aunque de pasada se debe decir que Milton Regis estaba situada en el camino romano que iba de Canterbury a Londres. Cuando trasladaron su base a Essex, al otro lado de la desembocadura del Támesis, navegaron por mar hasta Benfleet y más tarde, a Shoebury y Mersea. En 893 empezaron a utilizar rutas por tierra y durante los siguientes tres años continuaron haciéndolo así casi exclusivamente. Por ejemplo, en 893 un ejército danés cruzó Inglaterra y finalmente se encontró con un gran ejército de ingleses y galeses en Buttington en el Severn. ¿Cómo llegaron allí? Cruzaron la región central de Inglaterra siguiendo la calle Watling y viajaron hasta su término occidental en Wroxeter, desde

donde tomaron una continuación de esa calle que atraviesa los Pantanos de Gales. Siguieron este camino romano a lo largo de la cresta de Long Mountain hasta la fortaleza de Buttington, en la parte alta del Severn. La *Crónica anglosajona* no nos deja dudas acerca de que viajaban a caballo: cuando estuvieron bajo sitio “se desesperaban por la falta de comida y se comieron la mayor parte de sus caballos”. Unos cuantos de estos daneses lograron llegar a su base en Essex. Reforzados, más tarde, en 893, viajaron por la calle Watling otra vez, y en Wroxeter no tomaron el camino hacia Buttington —¿había demasiados malos recuerdos allí?—, sino la calle Watling Oeste en dirección al norte. Es concebible que utilizaran la “desviación” Wroxeter de Stretton a la calle Oeste. Al final del camino encontraron un fuerte romano abandonado, que era el alguna vez impresionante Chester. A su regreso de Gales más tarde en 893 habrían utilizado la ahora familiar ruta de la calle Watling. Cuando, el siguiente año, los daneses se mudaron de base, navegaron río arriba por el Támesis y luego por el Lea, que, como se recordará, era la frontera entre Wessex y las tierras de Guthrum. Construyeron un fuerte en un sitio probablemente justo abajo de Ware. Alfredo bloqueó el río Lea, que quedaba abajo de ellos, y los vikingos —sin duda habrían llevado sus caballos como carga por el Lea— viajaron a campo traviesa hasta Bridgnorth en el Severn, que estaba situado en un camino romano que cruzaba la calle Watling Oeste. El ímpetu de los ataques vikingos en la década de 890 llegó a su fin con esta larga campaña a campo traviesa. Se debe recordar que durante gran parte de esta época su centro de operaciones en Essex se localizaba en Mersea, cerca de Colchester, ella misma el eje de una red de caminos romanos.

¿Qué tipo de estrategia defensiva empleó Alfredo contra los ataques predominantemente por tierra, que seguían las redes de los caminos romanos y los senderos antiguos? Alfredo no tenía una defensa estratégica obvia —a diferencia de la defensa táctica— contra los ataques que abarcaron los años 866-886. Sus defensas estratégicas probablemente sólo estuvieron en su sitio para la época en que los vikingos daneses atacaron en 892. El Burghal Hidage, aunque data del reinado de su hijo, probablemente representa la situación defensiva de Alfredo en 892, y algunos argumentos de peso han apoyado esa conclusión. El Burghal Hidage no es un documento único; existe en varios documentos, aunque de ninguna manera idénticos. Proporcionó los medios para el financiamiento de la construcción y mantenimiento de los *burgos* (es decir, lugares fortificados). Treinta sitios de Wessex estaban incluidos en estos convenios, y se puede demostrar que ésta es la cifra total —o se acerca mucho a ella— y no una parte. Si, entonces, se terminó el Burghal Hidage en su mayor parte para 892, y si representa la suma y total del plan defensivo de Alfredo, obviamente es digno de atención. Destaca un aspecto sobre todos los demás: estas fortificaciones fueron ideadas, por lo general, para combatir a los atacantes que llegaban por vías fluviales. Todos

excepto tres de estos *burgos* se localizaban a lo largo de la costa o en las vías fluviales del interior de Wessex. De los tres que no tenían esa ubicación —Shaftesbury (Dorset), Chisbury (Wiltshire) y Halwell (Devon)—, Shaftesbury estaba situada dominando el extremo occidental del valle del río Nather, y Halwell fue, con el tiempo, abandonada en favor de Totnes en el río Dart. Las defensas costeras, la línea principal de defensa, estaban situadas a lo largo de la costa sur y a lo largo del Canal de Bristol, y en general tuvieron éxito, al menos hasta el grado de que la principal penetración vikinga tuvo lugar en la zona del estuario del Támesis. La línea secundaria de defensa —la línea interior— se trazó a lo largo de la frontera norte de Wessex (es decir, el Bristol Avon-Támesis), y también se localizaba en lugares estratégicos en los otros ríos de Wessex. Esta línea secundaria era particularmente inapropiada para hacer frente a los ataques por tierra y en general fue por tierra como llegaron los vikingos. Si la línea Maginot daba hacia un sitio inapropiado en 1940, la línea secundaria de Wessex se encontraba en un lugar inapropiado en la década de 890. Un sitio ideal para la defensa y que no fue utilizado habría sido Streatley (Berkshire), situada en el Támesis en la confluencia de dos caminos principales (la vía Icknield y el camino SilchesterDorchester). La calle Wading, un virtual camino vikingo, no contaba con fortificaciones defensivas durante el reinado de Alfredo. La conclusión que se sugiere a sí misma es que, sin importar los beneficios que los *burgos* pudieran haber tenido posteriormente para usos administrativos, la defensa estratégica alfrediana representaba en la década de 890 tan sólo una estrategia parcialmente exitosa para la defensa de Wessex contra los vikingos.

Consideremos por un momento la situación de los vikingos hacia el año 900. El dominio danés estaba fragmentado en varios territorios vikingos separados, que tenían en común el idioma y las costumbres. Northumbria, el mayor de éstos, tenía su foco en York y su líder podría ser llamado “rey”. Anglia Oriental formó quizá dos unidades políticas, una —antigua— con su centro en Thetford y otra —más reciente— con su centro en Colchester. Mercia Oriental (o Danesa) tenía por lo menos nueve territorios daneses separados y en esta época independientes. Cada territorio se centraba en un sitio fortificado bajo el control de un ejército danés propio: Northampton, Huntingdon, Bedford y Cambridge, y, al norte de éstos, Leicester, Lincoln, Derby, Nottingham y Stamford, que para la década de 920 parecen formar el territorio de las Cinco Villas (es decir, Inglaterra oriental entre el Welland y el Humber). Hablar de la división de Inglaterra en un dominio danés y un dominio inglés es inexacto —ya que también existía un dominio de Mercia— y no hace justicia a la complejidad de la situación política en las regiones de Inglaterra que se encontraban bajo el dominio danés en esta época. Las cuatro primeras décadas del siglo X presenciaron el intento de los reyes de Wessex por obtener el control de algunos de estos territorios como gobernantes directos y otros como reyes supremos.



MAPA VI.5. Fortificaciones de Eduardo el Viejo y de Ethelfled (907-923).

Reconquista no es la palabra correcta —ella misma tan impregnada de significado para otros países y otras épocas— para describir el proceso mediante el cual los reyes de Wessex conquistaron las regiones centrales y el norte de Inglaterra durante la primera mitad del siglo X. Tres figuras principales destacaron en este logro: Eduardo el Viejo (899-924), su hermana Ethelfled, señora de Mercia (911-918), y su hijo Athelstan (924-939). Los dos hijos de Alfredo y su nieto convirtieron a los reyes de Wessex en gobernantes de hecho —y no sólo en su propia descripción— de una gran parte de Inglaterra.

Durante la segunda década del siglo, Eduardo y Ethelfled, actuando uno tras otro, fueron quienes hicieron retroceder el dominio danés. Si no fuera por el breve *Registro de Mercia*, apenas sabríamos algo acerca de la señora de Mercia y de su defensa de Mercia. Antes de la muerte de su esposo, el rey Etelredo de Mercia en 911, habían fortificado Worcester, Hereford, Shrewsbury, Chester y probablemente Gloucester. El *Registro de Mercia* describe la increíble hazaña de la construcción de fuertes bajo la dirección de ella durante los años 912 a 915: *Scergeat* (se desconoce su localización), Bridgnorth, Tamworth, Stafford, Eddisbury, Warwick, Chirbury, *Weadburh* (se desconoce su localización) y Runcorn. Estando su territorio protegido de esta manera, pudo tomar Derby y Leicester. Mientras tanto, su hermano concentró su atención en los vikingos de Colchester, luego en los de Hertford y en 914 tomó Bedford. En el año 917 derrotó a los ejércitos de Towcester, Cambridge, Huntingdon y Northampton. Así, para 917, Ethelfled y Eduardo controlaban Inglaterra al sur del Welland. Poco después de la muerte de Ethelfled, acaecida en 918, Eduardo llegó al Humber, y de esta suerte todo lo que se encontraba al sur de esta frontera natural estuvo bajo su control. Cuarenta años antes, su padre se había retirado a los inservibles pantanos del occidente de Somerset. Ahora los

ejércitos vikingos separados no eran rivales dignos de los esfuerzos sincronizados de Eduardo y Ethelfled.

Para hacer resaltar la extensión del poder de Eduardo en esta época el cronista de Wessex alardeaba con satisfacción comprensible:

920

El rey de los escoceses y toda la nación escocesa lo aceptaron como padre y señor. Así, también lo hicieron Ragnald y los hijos de Eadwulf y toda la gente que vivía en Northumbria —ingleses, daneses, noruegos y otros— y también el rey de los britanos de Strathclyde y todo su pueblo.

Tales sumisiones —hubo un sometimiento similar hacia Athelstan en 927— significaron quizá que había un vago reconocimiento de que Eduardo, y más tarde Athelstan, eran los hombres más poderosos de la isla. Ni Eduardo ni su hijo eran lo suficientemente ilusos como para comprender los límites de su poder. Cuando Eduardo el Viejo murió en 924, muchos daneses —la cantidad tendrá que ser tratada luego— vivían en su reino en las zonas del oriente de las regiones centrales y en Anglia Oriental, donde se habían asentado. El único Estado vikingo real era el del norte del Humber, el reino de Northumbria, con su centro en York.

En la víspera de las invasiones vikingas de mediados del siglo IX, el norte de Inglaterra tenía cuatro unidades políticas principales. Los Peninos dividían el norte de Inglaterra de manera efectiva entre el este y el oeste, aunque los caminos romanos a través de los pasajes permitieron cierta comunicación. Al este de los Peninos, entre el Humber y el Tyne, se encontraba el reino de Northumbria, y al norte de él, entre el Tyne y el Tweed, el reino de Bernicia. Al occidente de los Peninos prevalecía una situación menos clara. Existía un reino británico (es decir, galés) en Strathclyde, el cual se extendía desde Clyde hasta el Solway, y al sur de él había un principado inglés del que poco se sabe, en Westmorland y Cumberland. El reino de Northumbria ejerció una hegemonía política sobre todo el norte, y su poder efectivo variaba de una situación a otra. La llegada de los vikingos produjo tres efectos principales en el norte. En primer lugar y ante todo, establecieron un reino en York que, en realidad, reemplazó al reino inglés de Northumbria. En segundo lugar, el reino inglés de Bernicia siguió siendo cristiano e inglés y, durante algún tiempo al menos, aceptó el dominio supremo de los reyes de Wessex. En tercer lugar, en el noroeste, Strathclyde habría de ser reconocida como separada e independiente —sin perder su independencia hasta el siglo XI—, y entre el Wirral y el Solway se asentaron algunos escandinavos dependientes, al principio, de Dublín y, más tarde, de Dublín-York, y más tarde aún, de York.

El “reino vikingo de York” es el nombre dado al reino escandinavo situado al norte del Humber, cuyo centro se hallaba en York. Sus límites occidentales a veces eran los Peninos y a veces el mar de Irlanda y, durante un periodo muy breve, cierto sitio al occidente de Dublín. Los vikingos dominaron Northumbria desde 876 hasta 954 con ciertas interrupciones. Cuando marcharon contra York en 867, la tomaron sin oposición y derrotaron en la siguiente primavera a los de Northumbria, que intentaron reconquistar la ciudad. Los vikingos convirtieron a York en una ciudad vikinga. En 876 un gran número de guerreros vikingos regresaron a Northumbria procedentes de campañas en el sur, y repartieron la tierra. Tanto el año 867 como 876 pueden utilizarse como fecha de origen de este reino. Entre estas fechas habían nombrado un rey inglés como su títere en Northumbria. No obstante, Halfan tomó el control en 876, y durante gran parte de los siguientes 78 años el norte fue regido por reyes vikingos.

Una cosa es decir que los reyes vikingos gobernaron en el norte y otra muy distinta enumerar a estos gobernantes vikingos en orden. Las lagunas, ambigüedades y la evidencia incomparable hacen esto imposible. La lista provisional de los reyes de York en el cuadro VI.2 ilustrará este punto. El cuadro VI.2 muestra las lagunas principales en nuestro conocimiento. Sería sumamente arriesgado aseverar que no hubo un rey escandinavo en los años de 877 a aproximadamente 883, o determinar con seguridad la secuencia precisa de la sucesión desde aproximadamente 895 hasta alrededor de 902, o

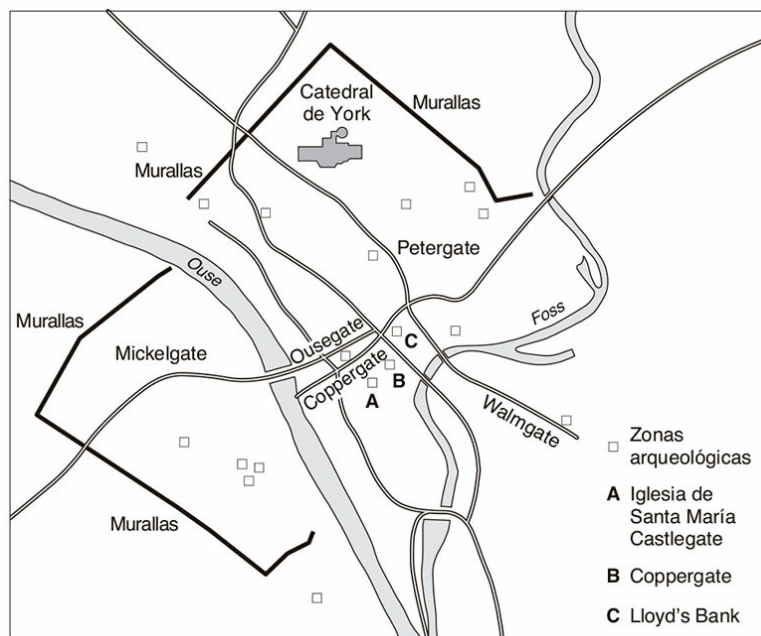
atribuir un reinado por entero simultáneo a los, según se dice, reyes unidos Halfdan, Eowils e Ivar. ¿Y acaso deberíamos fechar el principio del reinado de Ragnald a partir de 912, cuando invadió Northumbria, o a partir de 919, cuando ocupó York?

CUADRO VI.2. *Los reyes vikingos de York.*

<i>Reino</i>	
Halfdan	876-877 (expulsado y asesinado en Irlanda)
Guthfrith	ca. 883-ca. 895
Sigfrido	ca. 919-ca. 921
Canuto	ca. 900-ca. 902
Ethelwald	902
Halfdan Eowils Ivar	} reyes unidos (?) ca. 902-910
Ragnald	
Sihtric	
Guthfrith	927 (expulsado el mismo año)
(Athelstan, rey de Inglaterra, gobernó directamente, 927-939)	
Olaf Guthfrithson	ca. 939-941
Olaf Sihtricson	941-943, 949-952
Ragnald Guthfrithson	943-944
Erik Hacha Sangrienta	948, 952-954

A dos reyes, Canuto y Sigfrido, los conocemos sólo por medio de las monedas encontradas en un tesoro descubierto en Cuerdale en el río Ribble, en Lancashire. Aquí, como en tantos otros pasajes de la historia vikinga, el historiador tiene una gran deuda con las meticulosas y disciplinadas investigaciones de los numismáticos. Descubiertas en fecha tan remota como 1840, estas monedas, ahora desafortunadamente dispersas en más de media docena de lugares, han producido una rica información histórica bajo el escrutinio de generaciones de eruditos numismáticos. Aunque las monedas de Cuerdale han introducido dos reyes de York en nuestra lista —Sigfrido y Canuto—, las fechas de los reinados de estos dos reyes sólo pueden ser aproximaciones. Las dudas suscitadas anteriormente acerca de si se trataba de dos personas o sólo una se han resuelto ahora, pero la presencia de los nombres de ambos en algunas monedas sugiere un periodo de reinado conjunto. El hecho de que las monedas de Sigfrido y Canuto hubieran sido acuñadas en York a menos de 20 años del asentamiento vikingo en ese lugar y de que se hubieran utilizado símbolos cristianos en estas monedas, atestiguan la rápida toma del

poder efectivo y una temprana cristianización de estos daneses. El tamaño de este tesoro (más de 7 000 monedas) es sencillamente asombroso: es más que todas las monedas conocidas en Noruega antes de la década de 1060. ¿Por qué había tantas monedas en un lugar? ¿Por qué estaban escondidas? Ninguna moneda de este tesoro se puede fechar después de 903. Todas las circunstancias sugieren que fueron enterradas alrededor de 903: el tamaño del tesoro y la cantidad de monedas de finales del siglo IX y principios del X —más de 3 000 de Sigfrido y Canuto solos— hacen pensar con certeza que se trata de un entierro casi contemporáneo. La localización de Cuerdale en la ruta de Dublín a York demuestra la relación de este tesoro con la conexión Dublín-York. Se han hecho intentos por demostrar una conexión continua entre los vikingos de Northumbria y los de Dublín desde la década de 860. Ciertamente, hubo conexiones: Halfdan, quien había repartido Northumbria, murió en combate en Irlanda, y Sigfrido —un nombre poco común— podría haber sido el mismo Sigfrido que estuvo implicado en los asuntos de Dublín en la década de 880. En los primeros años del siglo X los vikingos noruegos cruzaron el Mar de Irlanda desde Dublín hasta el Wirral y hasta el litoral al norte de él. Las fortificaciones construidas en esa región por Ethelfled y su hermano Eduardo tenían por objeto el rechazo de los ataques provenientes de Irlanda. En 902 Hingamund había dirigido a una partida de dublineses noruegos, quienes habían sido derrotados por los irlandeses, al Wirral. Seguramente es más que una coincidencia que un tesoro de enorme tamaño hubiera sido escondido en los mismos años de estos ataques hiberno-noruegos y enterrado en la misma ruta de Dublín a York, una ruta que seguía río arriba por el Ribble y por un camino romano a través de los Peninos hasta York. ¿Qué es lo que nos gustaría ver aquí? ¿Acaso un rey vikingo de York (quizá Canuto) y su ejército, quienes habían acampado —llevando el tesoro real— para rechazar un ataque noruego, fueron tomados por sorpresa y obligados a enterrar su plata? Es posible. ¿O los mismos guerreros hiberno-noruegos, que se habían apoderado de un tesoro danés, fueron atacados por sorpresa a su regreso? ¿O acaso el tesoro fue llevado por refugiados echados de Dublín en 902 por los irlandeses de Meath? De hecho, otras explicaciones son posibles. Pero el punto esencial que se debe captar aquí es el hecho de que desde los primeros días del siglo X el factor Dublín existió en la historia de York y subsistió durante medio siglo.



MAPA VI.6. York en el periodo vikingo.

Los reyes de Dublín disfrutaron de un éxito considerable en Northumbria en gran parte debido a la costosa derrota de los daneses de Northumbria en Tettenhall en 910, donde al final de la batalla tres reyes daneses de Northumbria —Halfdan, Eowils e Ivar— yacían muertos en el campo de batalla. Æthelweard, noble y cronista de Wessex, nos dice:



FIGURA VI.1. El tesoro de Cuerdale.

Trabaron combate sin una prolongada demora en el campo de Wednesfield; los ingleses disfrutaron de la bendición de la victoria; el ejército de los daneses huyó vencido por la fuerza armada. Estos acontecimientos son relatados como sucedieron el quinto día del mes de agosto. Sucumbieron tres de sus reyes en ese mismo ataque... Halfdan, Eowils e Ivar fueron llevados a toda prisa a la antecámara del infierno igual que sus *jarls* y nobles.

Nunca más los de Northumbria habrían de atacar la región situada al sur de ellos. Lo que es más importante, con seguridad debe haber seguido un vacío en el mando en el norte como consecuencia de Tettenhall, y los amenazadores vikingos de Dublín pudieron ejercer su poder en Northumbria. En 912, Ragnald, el vikingo de Dublín, estuvo activo con su ejército en Northumbria y antes del final de la década se convirtió en rey indisputable.

Y así llegaron los dublineses. Algunos de los ingleses que pudieron huir al noroeste lo hicieron. En 910 el abad de Heversham y el hijo del “príncipe” inglés de Cumbria huyeron para ponerse a salvo al este de los Peninos en el valle Wear. Alrededor de 911 Ragnald ocupó York temporalmente y se emitieron monedas en la ceca en su nombre. Para 913 había afirmado su autoridad al norte del Tyne, y el año siguiente cruzó las tierras bajas de Escocia, infligiendo derrotas al rey de Bernicia y al rey de los escoceses. En 919 volvió a tomar esa ciudad, y es a partir de esta época cuando es habitual fechar el dominio de los irlandeses-noruegos en York. El reconocimiento de Eduardo el Viejo como señor supremo de Northumbria en 920 no fue una rendición por parte de Ragnald, sino simplemente el reconocimiento realista de sus propios efectivos militares limitados y del poderío de sus vecinos ingleses del sur. El significado del reinado supremo está lejos de ser claro, pero es evidente que existió un reino virtualmente independiente en Northumbria con su capital en York y que estaba encabezado por un rey irlandés-escandinavo.

Durante este periodo (919-954), aunque fue interrumpido por 12 años de dominio inglés (927-939), los reyes noruegos gobernaron York. Aunque tanto Dublín como York fueron gobernadas por reyes noruegos y a veces por los mismos reyes, no existió un reino unido de ambas ciudades. Lo que existió fue un eje Dublín-York, en el cual el control político permitió un notable florecimiento del comercio, cuya extensión está siendo revelada por las excavaciones que se realizan bajo las calles y edificios actuales de esos sitios. Un factor importante en este eje fue la ruta mar de Irlandario Ribble-camino romano que condujo a los guerreros y comerciantes a través de las aguas y de las montañas que unían a las dos ciudades, y que rivalizaron en importancia con las grandes ciudades de Escandinavia.

El destino de este reino del norte estaba intrincadamente ligado a las ambiciones de la dinastía de Wessex de extender el control activo al norte del Humber y al occidente de los Peninos. Los contemporáneos subrayaron la importancia de que Athelstan, hijo de Eduardo el Viejo, hubiera permanecido en las riberas del río Eamont en 927 y hubiera

aceptado la sumisión del rey de Escocia, del rey de Strathclyde y del gobernante de esa región de Northumbria al norte del Tees. Diez años después estos reyes, Olaf Sihtricson y una fuerza noruega de Dublín intentaron anular el acuerdo del Eamont. Sus esperanzas se frustraron, al menos temporalmente, cuando Athelstan infligió una derrota tan grave a sus contrincantes que el compilador de la *Crónica anglosajona* insertó un verso que conmemora esta victoria inglesa.

En este año el rey Athelstan, señor de guerreros,
el dador de anillos de los hombres, con su hermano el príncipe Edmundo,
ganó gloria imperecedera con los filos de las espadas,
en la contienda cerca de Brunanburh.
Con sus espadas repujadas, los hijos de Eduardo
se abrieron paso por las murallas de defensa y tajaron los broqueles de tilo,
como era instintivo en ellos, por su linaje,
defender su tierra, sus tesoros y sus hogares.
En frecuente lucha contra cada enemigo,
los enemigos fueron derrotados: los escoceses
y el ejército de los barcos estaba irremediablemente perdido. El campo
se oscureció con la sangre de los hombres después del sol,
esa lumbrera gloriosa, la vela luminosa de Dios,
se elevó alto en la mañana sobre el horizonte,
hasta que el majestuoso ser del Señor Eterno
se ocultó para descansar. Allí yacían muchos guerreros
de los hombres del norte, desgarrados por las lanzas,
disparadas por encima de su escudo; asimismo muchos escoceses
saciados de batalla, yacían sin vida.

La victoria, sabemos, fue menos permanente de lo que creyó el poeta anglosajón. Dos años después, habiendo muerto Athelstan, los noruegos una vez más dominaron el reino de Northumbria. Pero nunca restablecieron por entero su poder. Erik Hacha Sangrienta, hijo del rey de Noruega —su sobrenombre desafortunadamente da a este noble guerrero una reputación póstuma inmerecida—, fracasó en un último intento por afirmar el control vikingo en el norte de Inglaterra; su cuerpo sin vida yacía al final del día en Stainmore en 954 como un símbolo y más que un símbolo del fin de la primera oleada vikinga contra Inglaterra. En lo sucesivo, la región fue gobernada por condes ingleses.

Las excavaciones en York, en particular a partir de 1972, subrayan la importancia de esta capital vikinga. Una capa de turba del subsuelo ha creado condiciones muy favorables para la supervivencia de material. En el sitio de Lloyd's Bank, Pavement, se encontró evidencia notable de manufacturas de cuero: bastidores para estirar la piel,

cerdas, mazos utilizados en el curtido y miles de piezas de cuero cortado. Su industria compañera, la manufactura de calzado, dejó señales de actividad en el mismo sitio: hormas de zapatos, herramientas, suelas, etc. La iglesia de Santa María, Castlegate, fue el sitio donde los arqueólogos encontraron fragmentos de cruces decoradas al estilo danés de la última mitad del siglo X. En 1976, la ciudad de York ayudó a los arqueólogos en forma considerable al adquirir cuatro propiedades en Coppergate y cederlas al York Archaeological Trust para su estudio. En este rico sitio arqueológico se hallaban cuatro edificios del siglo XVIII. Las excavaciones mostraron que estos edificios fueron construidos en los mismos linderos de los edificios del periodo vikingo erigidos allí, probablemente como parte de una renovación urbana, aproximadamente entre 950 y 960. Estas estructuras del siglo X eran edificios largos, de forma rectangular y se extendían desde Coppergate por su costado largo hacia abajo por un declive que existía entonces hacia el río Foss. Detrás de cada una de estas casas se encontraba otro edificio, probablemente utilizado como taller. Antes de que la excavación concluyera, en 1981, los excavadores encontraron más de 40 000 objetos, así como más de 5 000 huesos de animales y 250 000 fragmentos de alfarería. Los restos materiales muestran claramente que Coppergate obtuvo su nombre de manera apropiada (“la calle de los toneleros”), pues la amplia variedad de hallazgos en este sitio indica que fue utilizada primordialmente por carpinteros. Sin embargo, uno de los talleres contenía cuentas y piezas de ámbar, evidencia de la fabricación de joyas.

En general, la evidencia de los distintos sitios arqueológicos en York indica una diversidad de manufacturas: textiles, peines, diferentes tipos de metalistería (en bronce, oro, plata y aleaciones de plomo), artículos labrados de carpintería y de piel. La presencia de artículos manufacturados en el extranjero —seda probablemente del Oriente, jarras de vino de Renania, piedras para pulir de Noruega, etc.— es una prueba firme en favor de un componente mercantil importante en la economía del York escandinavo. Los artículos manufacturados en York y los del interior del país (por ejemplo, cerámica de Lincolnshire) suministraban las exportaciones necesarias para equilibrar este comercio. Al escribir alrededor del año 1000, el autor anónimo de la *Vida de san Osvaldo* describió York así:

La ciudad metropolitana de todo el pueblo de Northumbria, magníficamente construida y rodeada de sólidas murallas, con todo ahora envejecida por el paso del tiempo, aunque aún cuenta con una gran población que asciende ahora a más de 30 000 adultos, una ciudad alimentada con creces y muy enriquecida por la opulencia de los mercaderes, que llegan de todas partes pero en especial del pueblo danés.

El mismo tamaño de York es una indicación de su importancia. La York romana medía alrededor de 50 acres. Poco después del asentamiento vikingo, el área circundada se extendió hacia el Foss, acrecentando así el tamaño de York a casi 90 acres. Pronto las presiones de la población y del comercio obligaron al desarrollo del área de Micklegate al

otro lado de Ouse. Para principios del siglo x York comprendía un área cercana a 100 acres y hacia el final de ese siglo tenía quizá 10 iglesias. En su punto culminante los otros grandes centros mercantiles del norte no eran tan grandes: Hedeby tenía 60 acres dentro de sus murallas y un total de cerca de 83 acres por todo, mientras Birka tenía quizá 50 acres. La población de la York anterior a la conquista, aunque fue determinada por el hagiógrafo de san Osvaldo en 30 000 habitantes, probablemente se encontraba entre alrededor de 5 000 y 10 000, convirtiéndola en una de las grandes ciudades vikingas, comparable en muchos aspectos a la Kiev del siglo x.

Todas las disciplinas tienen sus limitaciones, y no debemos exigir más a los arqueólogos de lo que ellos puedan decirnos. Nos gustaría saber cuáles eran los lugares *cercanos* con los que York comerciaba. Evidentemente, la presencia de seda del Oriente no se puede utilizar para afirmar que existía un vínculo directo entre York y el Oriente. ¿Cuáles eran los centros comerciales favorecidos por los mercaderes de York? Sin duda, Dublín, pero ¿dónde más? Sigue en pie la pregunta más difícil de contestar: puesto que había una diversidad de mercaderías manufacturadas y de comercio, ¿cuán extensa era esa manufactura y comercio? y ¿cuán intensa era la economía de la York vikinga?

EL PROCESO DE ASENTAMIENTO

Durante y después de la lucha hubo una ocupación de tierra; en verdad pudo ser una gran ocupación. Y con la gran ocupación de tierra llegó una gran migración, y también pudo haber sido una migración extensa, no de golpe, sino que pudo haber durado alrededor de 130 años.

Los daneses llegaron en grandes cantidades a trabajar la tierra, excediendo su migración en tamaño incluso a la que se asentó en Normandía. No había funcionarios de inmigración que revisaran sus documentos; ninguna lista de pasajeros de los barcos en la que figuraran nombres y lugares de origen; ningún relato escrito por inmigrantes acerca de los éxitos en su nuevo mundo. Navegaron hacia Anglia Oriental y Northumbria, se dirigieron al interior del país y establecieron granjas virtualmente sin una mención registrada. Habrían de crear una sociedad angloescandinava que sobrevivió a la desaparición política de sus reyes en York en 954, una sociedad que fue agitada intensamente por la destrucción infligida en el norte por Guillermo el Conquistador en 1069, y una sociedad que aún seguía viviendo en las peculiaridades regionales que existían en los siglos XII y XIII. El mismo término *dominio danés* se utilizó por primera vez en el siglo XI y continuó en uso oficial mucho después de la conquista normanda.

La teoría, muy aceptada, de las “dos etapas” sostiene que los daneses emigraron a Inglaterra en dos ocasiones: primero como guerreros colonos y después como colonos que llegaron más tarde protegidos por el escudo militar. Los guerreros vikingos, cualquiera que haya sido su propósito inicial —eran capaces, como lo somos nosotros, de tener intenciones múltiples—, se establecieron en Inglaterra. La *Crónica* en varios pasajes lacónicos pero reveladores nos relata la primera etapa del asentamiento de estos guerreros convertidos en colonos:

876

En este año Halfdan repartió las tierras de Northumbria, y empezaron a arar y a mantenerse a sí mismos.

877

Durante la época de cosecha el ejército danés fue a Mercia y se repartió una parte de ella.

879

En este año el gran ejército danés dejó Cirencester y se dirigió a Anglia Oriental, la cual ocupó y se repartió.

892

En este año el gran ejército danés [...] cruzó el mar, con caballos y todo.

893

El ejército inglés atacó las fortificaciones [danesas en Benfleet, Essex] y se apoderó de todo, bienes personales así como de mujeres y niños.

895

Los daneses habían enviado a sus mujeres a salvo en Anglia Oriental antes de partir del fuerte [en el Lea].

896

En el verano el ejército danés se dispersó, algunos fueron a Anglia Oriental, otros a Northumbria y los que no tenían tierras al Sena.

Y de una fuente del norte nos dicen que entre 912 y 915

[Ragnald] repartió las aldeas de San Cutberto. Dio a su poderoso soldado Scula una parte, que se extendía desde la aldea llamada Eden hasta Billingham. Dio a alguien llamado Onalafball otra parte, desde Eden hasta el río Wear.

La pauta es bastante clara. En 876 tuvo lugar el reparto del Yorkshire moderno y el año siguiente el de Mercia Oriental, centrado alrededor de las Cinco Villas [*Five Boroughs*]. Anglia Oriental fue dividida por Guthrum en 879. Tanto Northumbria como Anglia Oriental recibieron guerreros colonos en 896.

En la segunda década del siglo X algunos colonos hiberno-noruegos colonizaron partes del condado de Durham. Ninguno de estos ejércitos vikingos era enorme: el llamado gran ejército que estuvo activo desde 892 hasta 896 difícilmente podría haber excedido a unos cuantos miles, y los otros probablemente mucho menos.

La segunda etapa en la teoría de las “dos etapas” se conoce sólo por medio de inferencia. Se afirma que la evidencia formada por los nombres de lugares y de personas, así como la evidencia lingüística sugieren una colonización escandinava muy considerable y, ya que los ejércitos relativamente pequeños no pueden explicar un asentamiento de tan gran magnitud, debe de haberse verificado otra inmigración, alguna ocurrida tras el escudo del guerrero. La inferencia es digna de elaboración.

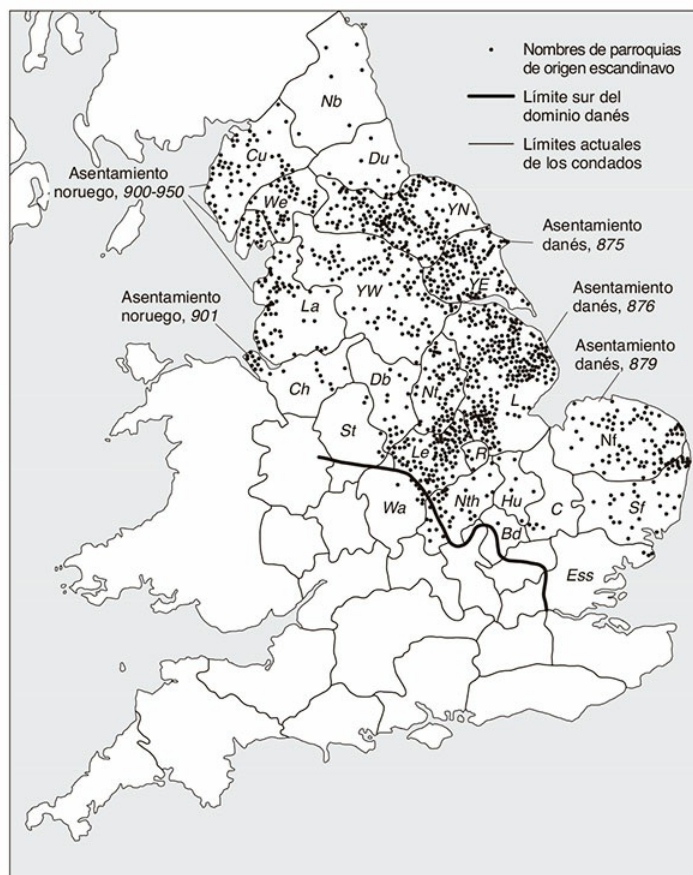
Los nombres de lugares en este contexto se refieren a sitios registrados principalmente en el Domesday Book (1086). El mapa vi.7 muestra claramente la magnitud de la influencia escandinava en los nombres del dominio danés. Existen unos cuantos lugares con nombres escandinavos en Warwickshire y Northamptonshire al sur de la frontera pero, con excepción de éstos, el sur y el occidente carecen de nombres parroquiales de origen danés. En Suffolk se encuentran menos que en Norfolk. La concentración más densa se encuentra sin duda en el territorio de las Cinco Villas, con la excepción de Derby, y en los Ridings norte y oeste de Yorkshire. En Lincolnshire, por ejemplo, casi 50% de los nombres aún existentes de aldeas es de origen danés, y en algunas partes de Lincolnshire la densidad alcanza casi 75%. El Domesday Book contiene más de 500 nombres de lugares de origen danés del territorio de las Cinco Villas. Puede trazarse una gruesa faja de nombres de lugares de origen escandinavo hacia el occidente desde el Mar del Norte, empezando en la costa de Lincolnshire entre Grimsby y Saltfleet y que se extiende hasta Leicester. Sin embargo, en todo esto debe tenerse en cuenta lo incompleto de los lugares registrados en el informe del Domesday, cuyo propósito era proporcionar listas de propiedades como fuentes de ingreso a la Corona y no proporcionar una lista completa de asentamientos. A pesar de esto, es nuestra fuente principal.

Por lo general, aparecen tres formas de nombres de lugares de origen danés y parecen indicar tres fases en el proceso de asentamiento. Un grupo de nombres de

lugares llamado “híbridos Grimston” tiene un flujo inglés como *-tūn* (caserío, granja) pero con un nombre personal o apelativo danés que lo precede. Los ejemplos abundan: Grimston (Leicestershire, Norfolk, Nottinghamshire, Suffolk, Yorkshire), Barkston (Lincolnshire), Thurvaston (Derbyshire) y Colston (Nottinghamshire). Puede presentarse un razonamiento convincente para apoyar la afirmación de que estos nombres representan aldeas inglesas que existían con anterioridad y que fueron ocupadas al comienzo de la colonización danesa, siendo remplazado el nombre inglés con el nombre de un colonizador por este mismo, si bien nueva evidencia, en especial para Yorkshire, sugiere que algunos de los nombres pudieron haber sido acuñados posteriormente por angloparlantes. La segunda categoría general de nombres de lugares que poseen un elemento escandinavo comprende los nombres terminados en *-by* (aldea, granja) y precedidos por una palabra danesa, que con frecuencia es un nombre personal (por ejemplo, Derby, Selby, Danby, Thoresby). Tales lugares son comunes: existen aproximadamente 800 en total y más de 200 sólo en Lincolnshire. En algún momento se pensó que estos nombres indicaban una fase en la que las tierras hasta entonces no usadas estaban siendo colonizadas y cuando la tierra aún deseable era poblada: la fase de ocupación total. Numerosos lugares cuyos nombres terminan en *-by* y que ya habían estado ocupados, al menos en cierta medida, han sido identificados, y lo que podríamos estar presenciando es la división de estados antiguos con los daneses repartiéndose la tierra, probablemente grandes extensiones de ésta. Con todo, a lo largo de la línea costera de Lancashire existen varios lugares con nombres que terminan en *-by* que les fueron asignados a zonas pantanosas reclamadas. La conclusión debe ser que los nombres de lugares que terminan en *-by* no necesariamente indican asentamientos completamente nuevos, sino más bien una población danesa considerable. Los lugares cuyos nombres terminan en *-thorp* (poblado secundario, caserío aislado) —por ejemplo, Scunthorpe, Mablethorpe, Weaverthorpe, Swainsthorpe— forman un tercer grupo de lugares, menos apropiados para el cultivo y poblados al final. La región Kesteven de Lincolnshire tiene 28 de estos lugares, y Leicestershire 18. La región norte de Yorkshire Wolds tiene una concentración de lugares terminados en *-thorp*, pero por otra parte estos lugares se encuentran dispersos en otras regiones de Yorkshire donde la tierra es más árida. Un mapa del norte y el este de Inglaterra en el que no aparecieran los lugares con nombres de origen danés sería un mapa de un área subdesarrollada y escasamente poblada. La abundancia de tales nombres de lugares no puede ser explicada por la colonización de soldados, cuyo número nunca fue grande en extremo, sino —afirma la teoría— por una migración de sus parientes y otros compatriotas. Los mapas, como los que aquí presentamos, pueden ser engañosos: no es que no muestren el patrón de los asentamientos escandinavos —sí lo hacen—, la cuestión es que no muestran su densidad. Es difícil determinar la pauta exacta de uso de tierra en la víspera del

asentamiento vikingo; a decir verdad, no es fácil determinar la topografía de estas zonas. Pueden hacerse amplias generalizaciones acerca de bosques y claros, pero las particularizaciones son difíciles de obtener. Un parecer racional sugiere que un ejército conquistador ocupó, mediante el derecho de la fuerza, la tierra que quiso y no sólo la que los conquistados no estaban utilizando. De otra forma, estaríamos obligados a atribuir a los daneses una restricción masiva, que ni ellos ni la mayoría de los ejércitos conquistadores han mostrado. Esto no significa que los vikingos no utilizaron tierras marginales —los nombres en *-thorp* probablemente se refieren a este tipo de tierra—, sino que significa que deben haberse apoderado de las tierras de los ingleses, en particular en los primeros días del asentamiento.

Ninguna otra fuerza exterior por sí sola ha influido en el idioma inglés hasta el grado que lo hicieron los daneses. El número de vocablos prestados llenaría columnas; no se trata de palabras para objetos concretos poco usuales —como fue el caso en Normandía—, sino de palabras comunes como *happy, ugly, call, fellow, loose, ill, law*; no son la clase de palabras impuestas a un campesinado inglés por una élite gobernante danesa. El inglés contemporáneo tenía palabras que fueron muy fácilmente remplazadas por palabras danesas. Más aún, no sólo hubo palabras danesas prestadas al por mayor: ocurrieron cambios sustanciales en la estructura del idioma, en particular en el desarrollo de formas pronominales claras para la tercera persona del plural. También, los daneses introdujeron en el inglés adverbios pronominales tales como *thence, hence* y *whence*, al igual que preposiciones como *fro* y *till*. Los cambios de esta importancia son prueba de la *dönsk tunga* que persistió durante un periodo bilingüe, desde el cual se fundió con el inglés antiguo a tal grado que podemos emplear el término “angloescandinavo” para describir el idioma de este último periodo.



MAPAI.

Nadie puede proporcionar cifras referentes a los colonos que dieron nombre a los lugares y que modificaron el idioma inglés; no obstante, miles y miles de ellos deben haber penetrado en el dominio danés con la protección de los colonos-guerreros. Tampoco es necesario concluir que el asentamiento ya se había completado hacia 954. Las evidencias sugieren que otros colonizadores daneses (“nuevos daneses”) llegaron a Inglaterra a partir de la década de 990 y bien entrado el reinado de Canuto (1016-1034). Un periodo de asentamiento más largo, que probablemente duró hasta entrada la cuarta década del siglo XI, por lo tanto una migración que se expandió por cerca de 150 años, se vislumbra más a tono con lo que se sabe sobre la segunda ola vikinga.

Sin una rápida conversión al cristianismo, el asentamiento danés habría sido un proceso mucho más difícil de lo que fue. El connubio entre los hombres daneses y las mujeres inglesas se hizo más fácil después de la conversión. Incluso existieron sin duda arreglos matrimoniales por debajo del nivel del ideal cristiano. Los daneses ciertamente eran extranjeros y conquistadores, pero ya no eran paganos y ya no se encontraban separados de los ingleses por este abismo insalvable. La rapidez de este proceso de conversión aún resulta sorprendente. Hasta 878 los vikingos que estaban en Inglaterra eran paganos. Después Guthrum, quien habría de colonizar Anglia Oriental, fue bañado

con las aguas bautismales. Otro jefe vikingo, Guthfrith, fue sepultado con ritos cristianos debajo de la catedral de York alrededor del año 895. No sólo dos jefes vikingos sino indudablemente la mayor parte de sus seguidores también adoptaron nombres cristianos y siguieron a sus reyes a la pila bautismal y al sepulcro. En 875 los monjes de Lindisfarne huyeron llevando los huesos de san Cutberto hacia el occidente hasta el mar de Irlanda, pero hacia 883 pudieron regresar al otro lado de los Peninos y establecerse pacíficamente en Chester-le-Street, donde pronto recibieron un patrimonio adecuado. Las monedas de York atestiguan estos cambios. Las monedas de Sigfrido y Canuto, que fueron emitidas al término del siglo IX e inicios del X, contienen cruces cristianas; algunas incluso contienen inscripciones cristianas: *Mirabilia fecit* (Él ha realizado maravillas), *Dominus deus omnipotens rex* (Señor Dios, rey todopoderoso). Desde el año 905 se emitió una serie de monedas por la casa de moneda de la catedral de York (la iglesia de San Pedro), y portaban la leyenda *sancti Petri moneti* (moneda de san Pedro).

El advenimiento de Ragnald a York como rey hacia el año 919 significó el advenimiento de un pagano. No existe ninguna señal de alguna regresión general al paganismo, pero existen indicios de la coexistencia del paganismo y el cristianismo durante las primeras décadas del siglo X. Las monedas de Ragnald parecen haber tenido el martillo de Thor y una espada vikinga, en tanto que las emitidas durante el reinado de Sihtric llevan en el reverso ya sea el martillo de Thor o bien una cruz cristiana. En el reverso de algunas monedas que datan, al parecer, del reinado de Sihtric puede verse el martillo de Thor debajo del nombre de san Pedro. Algunos arqueólogos ven en la Cruz de Middleton una etapa temprana en el proceso de conversión porque, se dice, un artífice anglosajón trató de incorporar motivos escandinavos en esta alta cruz cristiana. Sin embargo, esta identificación se basa en la suposición de que los elementos decorativos del estilo Jelling se encuentran aquí, una suposición que, a primera vista, no es por completo imperativa. Los restos de las prácticas paganas aculturadas no fueron simplemente eliminados mediante las purificadoras aguas del bautismo, como se puso de manifiesto con la experiencia de san Agustín en Inglaterra, san Bonifacio en Alemania y muchos otros misioneros. El profesor Dolley sensatamente considera un símbolo vikingo de buena suerte no más ofensivo para los cristianos que la herradura en un moderno pastel de bodas. En poco tiempo los colonos daneses estuvieron tan completamente cristianizados como sus vecinos ingleses. Oda, arzobispo de Canterbury de 941 a 958, fue hijo de un danés, y fue este arzobispo quien se encargó de restablecer una diócesis en Elmham en la Anglia Oriental danesa. El gran san Osvaldo, sobrino de Oda, por consiguiente, era el nieto de un vikingo pagano. Dos o tres generaciones del martillo a la cruz; desde cualquier punto de vista fue una asimilación rápida.

LA SEGUNDA OLEADA VIKINGA (980-1035)

Dos piedras se yerguen entre dos montículos sepulcrales en Jelling en la región central de la península de Jutlandia en Dinamarca. La más grande de las dos —de hecho la piedra rúnica más grande de Dinamarca— explica el segundo periodo de los ataques daneses contra Inglaterra. Dice así: “El rey Haroldo ordenó que este monumento fuera erigido en memoria de su padre Gorm y su madre Thyra, el mismo Haroldo que dominó toda Dinamarca y también Noruega y que llevó a los daneses al cristianismo”.

El rey Haroldo mencionado en la piedra (alrededor de 960) se conoce en la historia como Haroldo Diente Azul, y su hijo y nieto se conocen como dos conquistadores y, en verdad, reyes de Inglaterra (Svein y Canuto). La piedra rúnica es a la vez un monumento conmemorativo y un derecho de sucesión. Haroldo sucedió a Gorm. Sin embargo, Haroldo no sólo sucedió a Gorm sino que dominó un Estado danés que llegaba a la mayoría de edad, y su dominio se extendía hasta los límites de la Dinamarca medieval. Jelling, su plaza fuerte, se localizaba cerca del centro de este Estado, con las ciudades que surgían casi todas equidistantes (Århus, Viborg, Odense y Ribe). Las principales expediciones a Inglaterra fueron dirigidas por miembros de una familia real danesa —la dinastía Jelling— y sus lugartenientes, y llegaron como jefes de ejércitos *nacionales* en campañas emprendidas por razones *nacionales*. Eran la extensión política y económica del poder danés. No hay necesidad de atribuir designios imperiales a Svein ni a Canuto: el resultado de sus hazañas fue la creación de un virtual imperio danés en el norte de Europa. No logró perdurar, y el último intento de reclamación de él por parte de un rey noruego sucumbió con él en Stamford Bridge en 1066.

La plata, los bienes muebles y posiblemente más tierra eran las metas de la segunda oleada vikinga. El pago en la forma de *danegeld* es casi totalmente desconocido en el primer periodo de los ataques vikingos contra Inglaterra, pero se convirtió en una marca de estos últimos ataques. Desde la década de 990, tales pagos, que eran sorprendentemente elevados, no sólo reflejan los designios de los nuevos vikingos sino también la riqueza de Inglaterra. Una gran cantidad de plata fue pagada a los atacantes vikingos desde 992 hasta 1012, cuando el *danegeld* se convirtió en parte de la estructura tributaria. La medida del fracaso de la política inglesa de pagar *danegeld* a los daneses es simplemente que los ingleses siguieron pagándolo, que no se compró una paz estable, que los daneses regresaron por más y que los ingleses terminaron con un rey danés. Un comentarista ha expresado que Inglaterra pagó por su propia conquista. El cuadro VI.3 enumera los pagos.

CUADRO VI.3. Danegelds *pagados por los ingleses*.

<i>Año</i>	<i>Cantidad en libras de plata</i>
991	22 000
994	16 000
1002	24 000
1007	36 000
1009	3 000

Más de 100 000 libras de plata —monedas, brazaletes, etc.— llegaron a Escandinavia. Gran parte de ésta apareció allí en tesoros que incluían decenas de miles de monedas de Etelredo. Se siguieron exigiendo enormes cantidades con arreglo al derecho de *danegeld* después de 1012. Por ejemplo, en 1018 los ingleses recaudaron una suma en exceso de 82 000 libras de plata para pagar a Canuto. El *danegeld* siguió siendo durante todo este periodo —al principio, de manera casual, luego institucionalizado— un instrumento de la política vikinga contra Inglaterra.

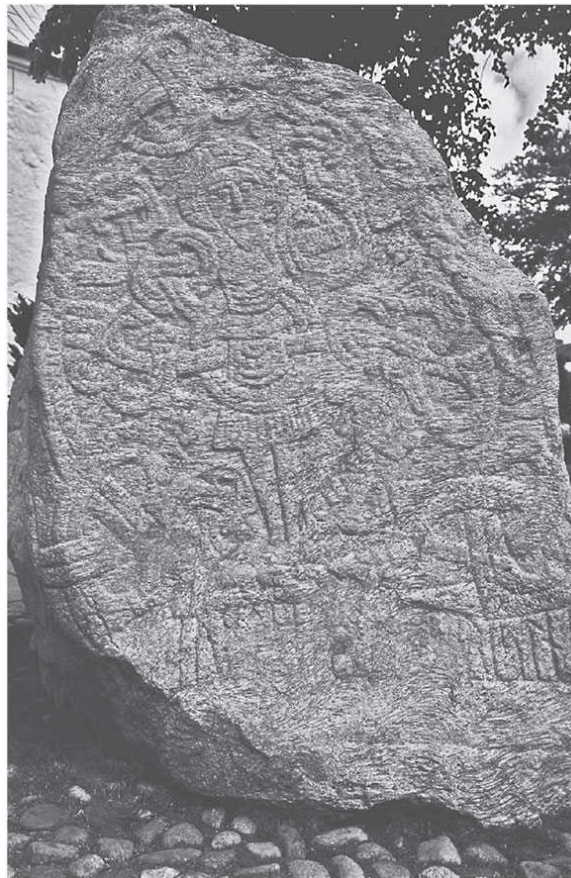


FIGURA VI.2. *La piedra rúnica de Jelling*.

Los actores principales fueron reyes y futuros reyes: del lado vikingo, Olaf Tryggvason, Svein y Canuto y, del lado inglés, Etelredo el del largo reinado. Las fuentes inglesas adjudican la culpa de su derrota a la ineptitud de sus jefes y a la debilidad y fracaso en la dirección por parte de su rey. No existe un Asser comprensivo, ningún cronista lisonjero, ninguna rehabilitación póstuma con éxito para el rey Etelredo. Éste aparece como la causa y símbolo de la derrota inglesa. Pocos reyes de Inglaterra tienen un sobrenombre que se recuerde con tanta facilidad y que sea tan irrecusable —Etelredo el Desprevenido, Consejo Noble no es Consejo—, y el infortunio no es sólo de Etelredo: es a expensas de un enfoque histórico apropiado. Esta preocupación con Etelredo subraya la derrota inglesa, el fracaso de los ingleses para defenderse a sí mismos con éxito —como lo habían hecho con Alfredo— de los ataques vikingos. El enfoque no corresponde a este prolongado lamido de heridas, sino a la gran victoria de los vikingos. Los daneses conquistaron Inglaterra. Dominaron una de las regiones más ricas de Europa. Colocaron a su rey en el trono de Inglaterra. Fueron Svein y Canuto —y no el desventurado y derrotado Etelredo— quienes se hallaban en el centro del escenario, triunfantes y victoriosos. ¿Podría alguno de los grandes reyes de Wessex —Alfredo, Eduardo el Viejo, Athelstan— haber resistido a este ejército danés que llegó en una fuerza al mando de jefes de sangre real? ¿Habría tenido Alfredo más éxito que Etelredo? ¿Acaso oímos, aunque no se exprese, la suposición de fuentes insulares acerca de que la derrota inglesa sólo puede ser el resultado de la debilidad inglesa?

El ejército danés —bien equipado, muy disciplinado, sumamente motivado y brillantemente dirigido— obtuvo la victoria. Aunque en su mayor parte estaba compuesto por daneses, el ejército invasor incluía vikingos de otras partes de Escandinavia: cinco piedras en Suecia conmemoran a tales guerreros, y las miles de monedas inglesas encontradas en Gotland, en Suecia continental y en Noruega son evidencia de su presencia. La leyenda de los jomsvikings, una comunidad de guerreros vikingos cuyos servicios se alquilaban, corresponde a un periodo posterior, y no es necesario atribuir la victoria vikinga en Inglaterra a aquellos hombres legendarios entrenados en el ambiente severo y célibe de Jomsborg. Tres fuertes de finales del siglo X en Dinamarca —en Trelleborg, Fyrkat y Aggersborg— no fueron utilizados como campos de entrenamiento militar para la invasión a Inglaterra, como alguna vez se creyó, y sin embargo, siguen siendo para nosotros los símbolos de una sociedad organizada capaz de guarnecer lugares estratégicos para los fines de defensa y para el cobro de derechos. Esta sociedad organizada produjo el ejército que acompañó a Svein, a Canuto y a sus jefes militares a conquistar Inglaterra.



FIGURA VI.3. *Fortaleza vikinga, Fyrkat, Dinamarca.*

Estos ejércitos daneses invasores no deben ser contados en cientos, al menos no el ejército de Olaf y Svein en 994 ni, en especial, el ejército de Thorkell y sus compañeros en 1009 —descrito como “inmenso” por el cronista— ni los ejércitos victoriosos de Svein en 1013 y de Canuto en 1015, cuando en ambas ocasiones se empleó toda la fuerza militar de los daneses. Éstos eran ejércitos grandes preparados para pasar periodos muy extensos en el campo, capaces de resistir reveses, y finalmente de derrotar a un ejército inglés no tan mal preparado como los apologistas podrán sostener. No es de extrañarse que en 1009, al enfrentarse al extraordinario ejército de Thorkell, el hombre de Svein, el rey Etelredo ordenó que se rezaran oraciones después de la misa comenzando con el tercer salmo: “Oh Señor, ¡cuán numerosos son mis adversarios!” Puede no ser mucha exageración comparar el tamaño del ejército que Canuto llevó a Sandwich en 1015 con el ejército normando que desembarcó dirigido por el duque Guillermo en Pevensery en 1066.

Los sucesos pueden narrarse con rapidez. Inglaterra vivió en paz desde 954 hasta 980: una laguna entre la primera y la segunda oleada, una pausa no distinta de los 40 años de tranquilidad en Irlanda. Los primeros ataques —los de la década de 980— fueron de poca magnitud y bastante ocasionales; fueron sólo ataques de menor importancia. No obstante, revelaron la inquietud renovada en Dinamarca. Aunque el poema en inglés antiguo acerca de la batalla de Maldon ha hecho famosa la derrota de un ejército inglés en Essex en 991, la importancia de la batalla no radica tanto en el

caballeroso código de conducta por ambos lados ni en el temerario valor de los ingleses bajo el mando de Byrhtnoth como sí en la derrota inglesa, que fue una señal de las cosas que habrían de venir.

La primera invasión importante en medio siglo llegó en 994, conducida por Svein, rey de Dinamarca (987-1014), y Olaf Tryggvason, más tarde rey de Noruega (995-1000), quien al parecer había regresado recientemente de unas aventuras entre parientes en Rusia. La conversión de Olaf al cristianismo en la corte de Etelredo como resultado de la pacificación en 994 había de tener profundas consecuencias en Noruega y en las tierras nórdicas del Atlántico Norte. El ejército danés que llegó a Inglaterra en 997 permaneció allí hasta el año 1000, y probablemente limitó sus ataques a la costa sur de Inglaterra y a Gales. Regresó en 1001, utilizando la isla de Wight como base para las acciones, en particular en el sudoeste, y la paz sólo llegó en 1002 con el pago de 24 000 libras de plata a los daneses. Los rehabilitadores de Etelredo pasarían dificultades para justificar su orden de asesinar en masa a los daneses el 13 de noviembre de ese año. La *Crónica anglosajona* simplemente afirma:

El rey ordenó que todos los daneses que vivían en Inglaterra fueran asesinados el día de san Brice porque se había enterado de que conspiraban para matarlo a él y a sus consejeros y luego tomar posesión de su reino.

El rey en una cédula casi contemporánea describe los terribles acontecimientos del asesinato en masa del día de san Brice en Oxford:

Con el consejo de los hombres principales y potentados promulgué el decreto de que todos los daneses que hubieran brotado en esta isla, como la cizaña en medio del trigo, deberían ser justamente exterminados. Todos los daneses que vivían en Oxford, temiendo por sus vidas, buscaron refugio en el monasterio de San Frideswide, el cual fueron obligados a abandonar cuando sus seguidores prendieron fuego al monasterio.



MAPA VI.8. Extensión de los ataques lanzados por el ejército de Thorkell el Alto (1009-1011).

El historiador Henry de Huntington, al escribir en 1150, afirmaba:

En un plan traicionero él [Etelredo] ordenó que todos los daneses que vivían pacíficamente en Inglaterra fueran ejecutados ese mismo día, es decir, durante la fiesta de san Brice. Con respecto a este crimen, en mi infancia oí a hombres muy viejos decir que el rey había enviado cartas secretas a todas las ciudades, según las cuales los ingleses debían o lisiar con su espada a todos los confiados daneses ese mismo día y hora, o, sin aviso y también en ese mismo instante, capturarlos y destruirlos con fuego.

Un asesinato en masa de todos los daneses que vivían en el dominio danés desafiaba la imaginación: decenas de miles habrían tenido que sucumbir bajo la espada inglesa sin un murmullo en los registros contemporáneos. La referencia aquí debe ser a los “nuevos daneses” que habían llegado a Inglaterra durante esta segunda ola de ataques vikingos. Los términos de un tratado entre Etelredo y los daneses en el año

994 presuponían nuevos asentamientos. Más tarde, Thorkell el Alto y Canuto habrían de supervisar los asentamientos. Por lo tanto, no debemos pensar en el establecimiento de asentamientos vikingos como un fenómeno únicamente de la primera ola de ataques vikingos. La evidencia en cuanto a topónimos es muy difícil de utilizar para determinar la cronología, y puesto que el grueso de los topónimos utilizados por estudiosos modernos se deriva casi exclusivamente del informe de Domesday de 1086, todo lo que uno puede concluir es que estos nombres entraron en uso antes de dicho informe, y no necesariamente en la primera ola de asentamiento danés, y que éste continuó hasta bien entrado el siglo XI.

La tradición fidedigna nos dice que la hermana del rey Svein se encontraba entre los asesinados del día de san Brice en 1002. La venganza, un poderoso estimulante, bastaría para justificar la forma en que Svein acometió contra Inglaterra en las campañas de 1003, 1004, 1006 y 1007, abandonándola prudentemente durante el año de la hambruna en 1005. Llegaron implacables, resueltos a castigar a Etelredo. Y siendo siempre vikingo de corazón, a Svein le gustaba la plata, 36 000 libras de la cual él y su ejército llevaron de vuelta con ellos a Escandinavia en 1007. Se compraron dos años de paz.

Un gran ejército danés bajo el mando de Thorkell el Alto llegó en 1009. Se desplazó, atacó y devastó a su voluntad. Parecía que no hubiera poder en Inglaterra que pudiera detener a los guerreros vikingos. El cronista, bajo el año 1011, tan sólo dijo acerca de los triunfos de Thorkell:

Para esta época habían asolado *I)* Anglia Oriental, *II)* Essex, *III)* Middlesex, *IV)* Oxfordshire, *V)* Cambridgeshire, *VI)* Hertfordshire, *VII)* Buckinghamshire, *VIII)* Bedfordshire, *IX)* la mitad de Huntingdonshire y *X)* una gran parte de Northamptonshire así como, al sur del Támesis, todo Kent y Sussex y la región cercana a Hastings y Surrey y Berkshire y Hampshire y una gran parte de Wiltshire.

Este ejército cesó sus ataques sólo cuando se le pagaron 48 000 libras de plata. Aún ávidos de un rescate por Alfheah (Alphege), arzobispo de Canterbury, y más que un

poco borrachos con el vino del sur, un grupo de los hombres de Thorkell aporreó al arzobispo con huesos y cabezas de bueyes y partió su cráneo con una hacha el sábado después de la Pascua Florida; otro cristiano que se añadía a las listas de mártires y santos. El reino, cuyas defensas casi no existían después de tres años de campañas de Thorkell, estaba listo para ser ocupado y eso es lo que Svein hizo. En 1013 Svein obtuvo el apoyo del dominio danés en Inglaterra, marchó hacia el sur, y hacia el final del año era el único soberano de Inglaterra. Disfrutó este triunfo sólo unas cuantas semanas, porque murió el 3 de febrero de 1014. Etelredo restableció su reino, pero sólo durante breve tiempo, porque el hijo de Svein, el Canuto de 18 años, a la cabeza de un gran ejército, reconquistó la hegemonía danesa de Inglaterra para 1016.

El reinado de Canuto (1016-1035) corresponde más a la historia inglesa que a la vikinga, sin embargo, no se puede pasar por alto el hecho de que un gran rey-guerrero vikingo gobernara Inglaterra durante casi 20 años. Inglaterra siguió siendo un reino independiente; no se convirtió en una provincia del reino danés cuando Canuto se convirtió en rey de Dinamarca en 1019, ni en una parte de un imperio escandinavo cuando Canuto se convirtió en rey de Noruega en 1028. Sin embargo, existió una gran Escandinavia bajo Canuto. En una proclamación de 1027 él pudo llamarse a sí mismo “rey de toda Inglaterra, Dinamarca y Noruega, y parte de Suecia”. ¿Acaso fue la modestia, una virtud en extremo ajena a los vikingos, la que lo llevó a omitir “señor de las Orcadas y Shetland, señor supremo de los reyes de Escocia y Dublín”? El mundo vikingo había cambiado desde que los capitanes de los barcos habían dirigido los ataques de invasión contra la costa inglesa en la década de 830. Canuto asistió a la coronación del emperador Conrado II en Roma en 1027; nueve años después, su hija se casó con el hijo mayor del emperador. Canuto se alió con los poderosos y tenía todo el derecho de hacerlo así. Ningún rey anterior en Inglaterra había desempeñado un papel tan importante en el escenario europeo. Pudo permitirse el lujo de ser magnánimo y honrar el culto del rey Edmundo de Anglia Oriental, asesinado por compañeros daneses en 869, y ayudar a llevar los restos del arzobispo Alphege a Canterbury.

La segunda oleada vikinga contra Inglaterra llegó a su fin con la muerte de Canuto en 1035. Los intentos realizados por otros reyes escandinavos para añadir Inglaterra a sus diademas fracasaron. Harald Hardrada, el varego de la corte de Constantinopla y rey de Noruega (1046-1066), fracasó en Stamford Bridge en 1066, y el intento de un rey danés posterior llamado Canuto se frustró en 1085 antes de que los barcos zarparan. Y con estos esfuerzos vanos por reafirmar el poder vikingo en Inglaterra se había extinguido la fuerza que se sintió por primera vez en Lindisfarne en 793 y que había dominado la historia inglesa durante gran parte del intervalo. Grandes fuerzas armadas han golpeado esta isla en su historia registrada: al nombre de romano, anglosajón y normando sin duda se debe añadir vikingo.

Existe un enorme volumen de literatura sobre el tema de los daneses en Inglaterra, y crece a ojos vistas. La *Anglo-Saxon Chronicle*, la fuente principal, existe en traducciones al inglés de Dorothy Whitelock *et al.* (Cambridge, 1961), y de M. J. Swanton (Londres, 1996, 2000; Nueva York, 1998). Los textos originales (en inglés antiguo y latín) están siendo editados en un compendio previsto de 23 tomos, *The AngloSaxon Chronicle: A Collaborative Edition* (David Dumville y Simon Keynes [coords.], Cambridge, 1983). Keynes y M. Lapidge realizaron una valiosa traducción al inglés de Asser S., *Alfred the Great, Asser's Life of King Alfred' and Other Contemporary Sources* (Harmondsworth, 1983). Existe una edición y traducción de *The Chronicle of Aethelweard* de A. Campbell (Londres, 1962).

Una fuente esencial en el estudio de este tema —de hecho, el punto inicial obligado— es el tratamiento magistral ofrecido por sir Frank Stenton en *Anglo-Saxon England* (3ª ed., Oxford, 1971). Una obra clásica es la escrita por P. H. Blair, *An Introduction to Anglo-Saxon England* (2ª ed., Cambridge, 1977). H. R. Loyn presenta un estudio más reciente en *The Vikings in Britain* (2ª ed., Oxford, 1994). *Viking Age England* (ed. rev., Stroud, Glos., 2000), de Julian D. Richards, ofrece un enfoque arqueológico bien informado. Para una opinión más positiva del rey Alfredo de la que ofrecemos aquí véase Richard Abels, *Alfred the Great: War, Kingship and Culture in Anglo-Saxon England* (Londres y Nueva York, 1998). Un análisis revisado de la amenaza militar al rey Alfredo aparece en N. P. Brooks, “England in the Ninth Century: The Crucible of Defeat”, *Transactions of the Royal Historical Society*, 5ª serie, 29 (1979) pp. 1-20. *Alfred the Great: Papers from the Eleventh Centenary Conferences* (Timothy Reuter [coord.], Aldershot, 2003) presenta varios aspectos del reinado del rey Alfredo. *The Defence of Wessex: The Burghal Hidage and Anglo-Saxon Fortifications* (David Hill y Alexander R. Rumble [coords.], Mánchester, 1996) reúne una serie de estudios sobre el *Burghal Hidage*.

Para un estudio acerca del norte véase A. P. Smyth, *Scandinavian York and Dublin* (2 vols., Dublín, 1987). Richard A. Hall ofrece una descripción de las excavaciones en Coppergate en *The Excavations at York: The Viking Dig* (Londres, 1984). Desde 1992 el análisis de esta y otras excavaciones en York ha visto la luz al ser publicado en la serie *The Archaeology of York*. Para las excavaciones conducidas en Repton véase Martin Biddle y Birthe Kjølbye-Biddle, “Repton and the ‘Great Heathen Arm’ ”, pp. 873-874, *Vikings and the Danelaw* (James Graham-Campbell y Colleen Batey [coords.], Oxford, 2001); para Ingleby véase Julian D. Richards *et al.*, “Excavations at the Viking Barrow Cemetery at Heath Wood, Ingleby, Derbyshire”, *The Antiquaries Journal* 84 (2004), pp. 23-116.

Los títulos primordiales al comienzo de la controversia por los asentamientos son P.

H. Sawyer, *The Age of the Vikings* (2ª ed., Londres, 1971), y Kenneth Cameron, *Scandinavian Settlement in the Territory of the Five Boroughs* (Nottingham, 1966). Gillian Fellows-Jensen, en numerosos estudios sobre topónimos, ha delimitado las cuestiones de forma cuidadosa y convincente; véase, por ejemplo, su artículo “Scandinavian Settlement in Yorkshire — through the Rear-Glass Mirror”, *Scandinavian Settlement in Northern Briain: Thirteen Studies of Place-Names in Their Historical Context* (Barbara E. Crawford [coord.], Londres y Nueva York, 1995). El estudio clásico sobre nombres propios es el de Olaf von Feilitzen, *The Pre-Conquest Personal Names of Domesday Book* (Oslo, 1937). Matthew Townend argumenta en favor de la inteligibilidad mutua dialectal entre los ingleses y los daneses en *Language and History in Viking Age England: Language Relations between Speakers of Old Norse and Old English* (Turnout, 2002). Dawn M. Hadley se adelanta al “redundante” debate sobre el tamaño de los asentamientos daneses en su excitante capítulo “The Scandinavian Impact”, en su monografía *The Northern Danelaw, Its Social Structure, ca. 800-1100* (Londres y Nueva York, 2000). Para más información sobre el dominio danés véase la colección de ensayos en *Vikings and the Danelaw* (los detalles se encuentran más arriba).

Ian Howard presenta una revisión grata y convincente de la idea convencional del rey Etelredo en *Swein Forkbeard's Invasions and the Danish Conquest of England, 991-1017* (Woodbridge, Suffolk, 2003). Contribución adicional a la rehabilitación de Etelredo es el ensayo de Simon Keynes, “A Tale of Two Kings: Alfred the Great and Æthelred the Unready”, *Transactions of the Royal Historical Society*, 5ª serie, 36 (1986), pp. 195-217. M. K. Lawson ofrece un estudio accesible: *Cnut: The Danes in England in the Early Eleventh Century* (Londres y Nueva York, 1993). Además, puede encontrarse una rica colección de contribuciones en *The Reign of Cnut: King of England, Denmark and Norway* (Alexander R. Rumble [coord.], Londres, 1994). Para conocer observaciones interesantes sobre los “nuevos daneses” del siglo XI véase Ann Williams, “‘Cockles Amongst the Wheat’: Danes and English in the Western Midlands in the First Half of the Eleventh Century”, *Midland History* 11 (1986), pp. 1-22.

Para un estudio sobre la arqueología véase *The Archaeology of Anglo-Saxon England* (D. M. Wilson [coord.], Londres, 1976) y Richard N. Bailey, *Viking Age Sculpture in Northern England* (Londres, 1980). Sobre numismática véase *Anglo-Saxon Coin* (R. H. M. Dolley [coord.], Londres, 1961); *id.*, “The Anglo-Danish and Anglo-Norman Coinages of York”, *Viking Age York and the North* (R. A. Hall [coord.], Londres, 1978), pp. 26-31; las contribuciones de numerosos eruditos a *Viking-Age Coinage in the Northern Lands* (M. A. S. Blackburn y D. M. Metcalf [coords.], Oxford, 1981), y *An Atlas of Anglo-Saxon and Norman Coin Finds, ca. 973-1086* (Londres, 1998), de Metcalf. Para un análisis sobre ciudades, la obra clásica es la de Susan Reynolds, *An Introduction to the History of English Medieval Towns* (Oxford, 1977).

Listas con nuevos títulos aparecen cada año en la revista *Anglo-Saxon England*.

VII. LOS SUECOS Y EL ORIENTE

Y UN camino condujo al Oriente. Los vikingos que partieron de Uppland y de la isla de Gotland siguieron este camino por río y porteo adentrándose en el interior de Europa Oriental y más allá hasta las capitales de Bizancio y, quizá, hasta el islam. Incluso fue establecida una guardia vikinga por el emperador en Constantinopla. Ciudades como Novgorod y Kiev fueron gobernadas por vikingos. Se mantuvieron abiertas las comunicaciones con la madre patria. Década tras década se depositaban tesoros de monedas en Escandinavia. Los peligros encontrados no eran los peligros del mar abierto —con excepción de las tormentas ocasionales en el Báltico oriental—, sino los obstáculos físicos de rápidos y del transporte por tierra, y los obstáculos humanos de compañeros piratas comerciantes y tribus hostiles.

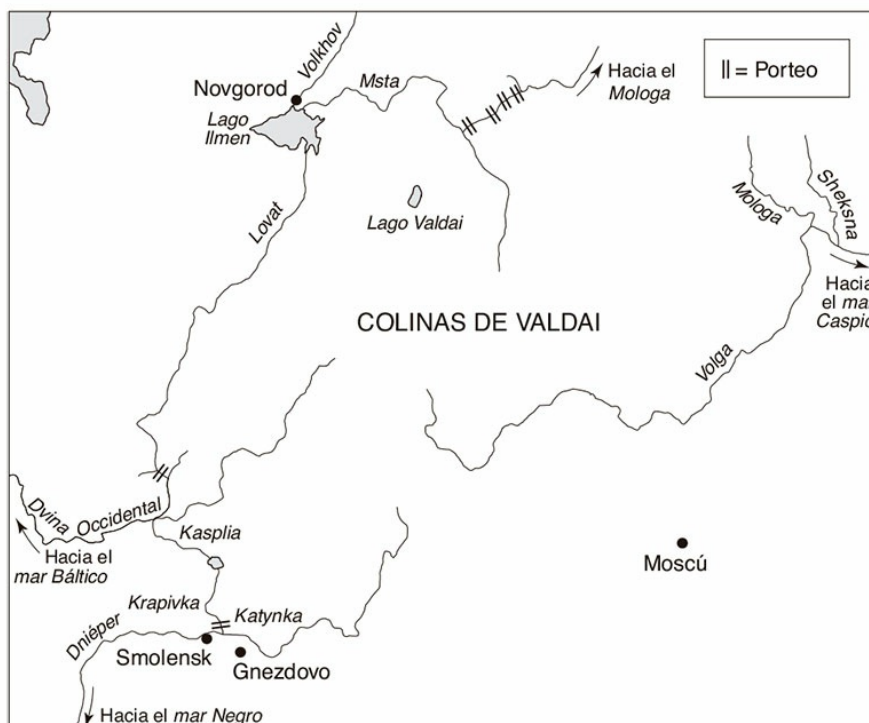
El historiador moderno de los vikingos en la Rusia antigua también se enfrenta con algunos peligros. Las excesivas afirmaciones y las igualmente excesivas negaciones se deben en gran parte al nacionalismo, chovinismo y la ideología política. Décadas antes de la Revolución rusa de 1917, los historiadores pertenecían ya sea a un bando escandinavo o bien a un bando eslavo. Y empleando una terminología, que merece una sepultura silenciosa, los bandos han sido descritos como normandista y antinormandista, a pesar del hecho de que el acuerdo general en el idioma inglés durante más de un siglo ha sido utilizar la palabra *Norman* y sus formas para referirse a la provincia de Normandía en Francia. La Revolución de 1917 ha introducido en este debate una dimensión política, así como una doctrina de determinismo histórico. En 1949 un círculo dirigente de los estudios históricos en la Unión Soviética proscribió la idea de que el Estado ruso deriva de los escandinavos. Dos libros del mismo autor acerca de la cuestión de los vikingos en Rusia contienen 4 500 notas bibliográficas, un monumento no a un problema histórico insoluble, sino al acondicionamiento, por factores ambientales, del proceso mismo de escribir historia. Para los historiadores, no ha sido nuestro mejor momento. Sin embargo, en la era postsoviética se dio un notable brote sumamente productivo de erudición, libre de ideologías, y al parecer la controversia entre los normandistas y antinormandistas comienza a perderse en la distancia.

Para los vikingos, su experiencia en Europa Oriental ciertamente podría haber sido el momento más extraordinario. El mar Báltico en esta época era un lago sueco. Más tarde habría de ser llamado por los griegos y por otros el mar Varego (es decir, escandinavo). La Suecia de Uppland ejerció dominio político sobre las islas de Gotland y Aland. Aunque Gotland era incapaz de ejercer poder político en el extranjero, su localización estratégica en las encrucijadas del mar Báltico le aseguró un lugar prominente en las relaciones con el Oriente. Más de la mitad de las monedas de Escandinavia que datan del periodo vikingo han sido encontradas en Gotland, entre ellas 32 tesoros enterrados

aproximadamente antes del año 890 y que contienen más de 4 000 monedas, la mayor parte cúficas (es decir, árabes). Ochenta por ciento de las monedas procedentes de Bizancio, que son bastante raras en Escandinavia, han sido encontradas en Gotland. Y existen piedras memoriales dispersas por toda esa isla, algunas erigidas a la memoria de vikingos de Gotland que murieron en el camino al Oriente; por ejemplo, una que lleva el epitafio “Grecia, Jerusalén, Islandia, Serkland [Tierra de los sarracenos]”. Wulfstan, cuyas descripciones se incluyeron en *Orosius* del rey Alfredo, navegó por estas aguas orientales y observó Gotland a babor, una tierra que, nos relató, pertenecía a Suecia. Antes del periodo vikingo los suecos y los habitantes de Gotland habían establecido colonias en la costa sur del Báltico. Las excavaciones han revelado dos cementerios escandinavos importantes cerca de la ciudad de Grobin, la cual está situada cerca de la moderna Libau, en la costa de Letonia. Uno de éstos, sin lugar a dudas de carácter militar, contiene vestigios claros de Suecia central. El otro contiene sepulturas de hombres y de mujeres, joyas e indicios de domesticidad; éste era el cementerio de una comunidad de habitantes de Gotland que se dedicaban a actividades pacíficas tras el escudo de los guerreros suecos. Los dos cementerios de Grobin pueden fecharse en los años cercanos a 650 a alrededor de 800, y confirman claramente la existencia de colonias escandinavas anteriores a los vikingos en la costa sur del mar Báltico.

Al oriente del Báltico el camino no era un “camino” sino vías fluviales que conducían a las tierras habitadas por los finlandeses, búlgaros, eslavos y otros. De importancia fundamental para una comprensión de estos notables sistemas fluviales es la región de las colinas de Valdai, un área que mide cerca de 259 kilómetros cuadrados, la cual está situada a unos 100 kilómetros al sur de Novgorod y unos 320 kilómetros al noroeste del Moscú moderno. En estas colinas nacen cuatro de los ríos más importantes de Europa Oriental. El Dvina occidental fluye hacia el occidente y noroeste de los Altos de Valdai hasta el mar Báltico, el cual penetra en el golfo de Riga. El Lovat fluye hacia el norte desde las Valdai y desagua en el lago Ilmen, desde donde el Voljov conduce al lago Ladoga y por el río Neva al mar Báltico en el golfo de Finlandia. El tercer río que nace en estas colinas es el Dniéper que fluye al sur pasando por la ciudad de Kiev hasta el mar Negro. Y, finalmente, el río más largo de Europa: el Volga. Éste también tiene su origen en las colinas de Valdai, desde donde fluye en dirección al este hasta la moderna Kazán, donde se curva —la llamada curva del Volga— y luego fluye hacia el sur y penetra en el mar Caspio. Las colinas de Valdai consideradas desde esta perspectiva son sin duda una de las grandes vertientes de Europa. La importancia de estas colinas para los vikingos radicó en que fue posible, por la vía de los porteos en las Valdai, unir estos ríos, y permitir así el paso de los tributarios de un río principal a los tributarios de otro río principal. Los porteos de las Valdai permitieron a los suecos el acceso a las regiones del sur y oriente de esta parte de Europa.

Dos entradas se hallaban ante los vikingos en Escandinavia cuando miraban hacia Europa Oriental. En primer lugar, podían tener acceso por el golfo de Riga y el Dvina occidental que los conducía pasando por Polotsk al área de Valdai, desde donde por lo menos ocho rutas distintas, cada una de las cuales requería sólo un porteo, los llevaban al Dniéper y a todo lo que este río descubría ante ellos. La ruta mejor conocida para el Dniéper desde el Dvina occidental seguía el río Kasplia, luego el río Výdra hasta el lago Kuprino y desde allí el río Krapivka, desde donde, después de un corto porteo hasta el río Katynka, continuaba hasta llegar al Dniéper cerca de Gnezdovo. En segundo lugar, podían penetrar en Europa Oriental a través del golfo de Finlandia y el río Neva hasta el lago Ladoga. Desde este lago podían ir hacia el sur o bien hacia el oriente. Si se dirigían al sur, navegarían a lo largo del río Voljov más allá de Novgorod hasta el lago Ilmen, y desde allí a lo largo del Lovat hasta las colinas de Valdai. Allí rutas convenientes unían el Lovat con el Dvina y, por supuesto, por la vía del Dvina hasta el Dniéper. Si iban hacia el oriente desde el lago Ladoga, navegarían a lo largo del río Svir hasta el lago Onega, luego por río hacia el sur hasta el lago Blanco o Beloózero, desde donde el río Sheksna conducía hasta el Volga. Esta ruta requería un solo porteo de menos de ocho kilómetros. Por otra parte, los vikingos suecos podían llegar al Volga desde el lago Ilmen por la vía del río Msta y los mercados de pieles en Mologa. De nuevo, éstos eran sólo porteos cortos. La palabra *porteo* podría crear la falsa impresión de que estos barcos vikingos eran llevados por tierra. La palabra rusa para porteo (*volok*) implica que los barcos se llevaban arrastrando. Tal práctica era necesaria no sólo para conectar a los tributarios de los ríos principales; también se requería para pasar algunos de los principales rápidos, en particular en el Dniéper inferior. Algunas veces los barcos tenían que vaciar sus mercancías, las cuales eran llevadas por esclavos o mozos, para facilitar el paso por los rápidos. Los servicios de acarreo se desarrollaron en ambos extremos del porteo. Así, estos grandes sistemas fluviales obsequiaron a los vikingos de Suecia y Gotland una red de caminos comparable a las vías que los caminos romanos suministraron a sus primos daneses en Inglaterra. Y así, siguiendo estos ríos, llegaron los vikingos.



MAPA VII.1. *Las colinas de Valdai y los sistemas fluviales.*

En sus viajes por estos ríos los vikingos encontraron una diversidad de pueblos. Al oriente, en las orillas del Volga, vivían tribus ugrofinesas y, al oriente de éstas, los búlgaros o, más bien, los búlgaros orientales —los búlgaros occidentales se habían trasladado al bajo Danubio—, quienes se concentraban en Bulgar, cerca de la curva del Volga. Al sur de los búlgaros entraban en contacto con los jázaros, quienes dominaban en el bajo Volga, en las costas septentrionales del mar Caspio, donde se hallaba su capital en Itil, y el occidente hasta el mar de Azov y la península de Crimea al norte de las montañas del Cáucaso. Diversas tribus eslavas vivían en las tierras situadas en el camino a Constantinopla, notablemente los krivichis, los dregovichis, los drevljanos y los radimichis en la región del alto Dniéper. Al sur de ellos vivía una fiera tribu de origen turco, los pechenegos. Fue a estas regiones y con estos pueblos, donde los suecos llamados “rus” llegaron en el siglo IX.

LA PRIMERA LLEGADA DE LOS VIKINGOS

A principios del siglo IX vikingos del este de Escandinavia penetraron en lo que se habría de conocer como Rusia. Su entrada no está completamente registrada, pero existen suficientes testimonios literarios y arqueológicos para tener un esbozo general. La *Crónica primaria rusa* (en un tiempo conocida como la *Crónica de Néstor*) es el registro escrito principal. Esta crónica analítica fue redactada en conjunto alrededor de 1113 en un monasterio de Kiev por un solo compilador, quien utilizó algunas fuentes griegas y rusas conocidas así como antiguas tradiciones rusas. Entre estas tradiciones se encuentra la llamada de los varegos.

859

Los varegos de allende el mar impusieron tributo a los chuds, los eslavos, los merianos, los ves y los krivichianos.

860-862

Los tributarios de los varegos los expulsaron más allá del mar y, negándoles más tributo, se dispusieron a gobernarse ellos mismos. No existían leyes entre ellos y empezaron a combatir unos contra otros. Se dijeron a sí mismos: “Busquemos a un príncipe que pueda gobernarnos y juzgarnos de acuerdo con la ley”. Por consiguiente, fueron a ultramar con los rus varegos. Estos varegos en particular se conocían como rus, del mismo modo que otros se llaman suecos, otros noruegos, otros anglos y otros godos, pues así es como se llaman. Los chuds, los eslavos, los krivichianos y los ves dijeron entonces al pueblo de los rus: “Nuestra tierra es grande y rica, pero no existe el orden en ella. Vengan a gobernar y a reinar sobre nosotros”. Así eligieron a tres hermanos, con sus parientes, quienes llevaron con ellos a todos los rus y emigraron. El más viejo, Rurik, se estableció en Novgorod; el segundo, Sineus, en Beloózero, y el tercero, Truvor, en Izborsk. A causa de estos varegos la región de Novgorod llegó a conocerse como la tierra de los rus. Los habitantes actuales de Novgorod son descendientes de la raza varega, pero en otro tiempo eran eslavos.

A sólo unos cuantos años, continúa el relato de la crónica, los hermanos de Rurik murieron, y él se convirtió en el amo del noroeste de Rusia y en gobernante de la gente que ya vivía allí (eslavos, krivichianos, ves, merianos y muromianos). Dos varegos de Novgorod, llamados Askold y Dir, que no eran parientes de Rurik, se hicieron a la vela por los ríos resueltos a llegar a Constantinopla. En su camino hacia abajo del Dniéper repararon en una ciudad situada en una colina y preguntaron cuál era. Les dijeron que tres hermanos habían fundado la ciudad y que ahora era tributaria de los jazaros. Askold y Dir, prosigue la narración, reunieron una fuerza varega y tomaron el lugar. Así empezó la larga historia de los rus en Kiev.

La historia relatada en la crónica es digna de la aceptación general. El autor claramente está estableciendo el hecho de que los rus dominaron primero las ciudades mercantiles y la región interior del noroeste, y luego Kiev y sus alrededores. Una vez que hubo expuesto lo anterior, puede —tal como lo hace— continuar relatando la historia posterior de los rus. Novgorod y Kiev se mantuvieron como centros vikingos rivales sólo durante corto tiempo. Alrededor de 880 Oleg, gobernante de Novgorod, tomó Kiev con

un ejército de vikingos, finlandeses, eslavos y otros. “Oleg —nos refieren— se erigió a sí mismo como príncipe en Kiev y afirmó que esta ciudad debería ser la madre de las ciudades rusas.” Y así fue.



MAPA VII.2. La Rusia vikinga.

La cronología, aquí como en otros pasajes de la crónica, no es confiable. La llegada de los rus puede fijarse con cierta seguridad a principios del siglo IX: para 860 se encontraban organizados en su nuevo país y estaban atacando Constantinopla. Además de la cronología, este relato de la *Crónica rusa* ha generado algunas de las polémicas más acaloradas de la historiografía moderna, y en el meollo de la controversia se encuentra el significado de dos palabras: *rus* y *varego*. Esta última, debe entenderse, en forma vaga significa escandinavo. Los cinco pueblos a los cuales aplica el término el compilador del siglo XII —él mismo eslavo, ha de recordarse— son suecos, noruegos, anglos (es decir, habitantes de Dinamarca cerca de Hedeby), godos (es decir, habitantes de Gotland) y, por último, rus. Es evidente que, de acuerdo con la crónica, los rus son varegos (es decir, una variedad de escandinavos) y que Rusia tuvo su origen en los rus que eran escandinavos.

Afortunadamente, existen otras fuentes más contemporáneas que explican quiénes eran los rus en los siglos IX y X. Los *Anales de San Bertín*, una fuente principal para el estudio de los vikingos en Francia y, en cuanto a esto, una crónica cortesana

contemporánea, contiene bajo el año 839 un incidente relacionado con los vikingos en Europa Oriental. En ese año llegó una embajada de Constantinopla con el emperador Luis el Piadoso, quien se encontraba en Ingelheim cerca de Mainz. Estos embajadores griegos traían con ellos a dos hombres “que dijeron llamarse a sí mismos ‘rhos’ ”. Habían llegado como embajadores de su rey (*chaganus*) a la corte imperial en Constantinopla, pero temían regresar por donde habían llegado debido a los pueblos hostiles. ¿Les concedería Luis un paso seguro por su reino para que pudieran regresar a su país por ese camino? ¿Quién es esta gente?, preguntó Luis. Son suecos, se le informó. Habiendo experimentado la amenaza de sus primos daneses y temiendo que pudieran ser espías, Luis ordenó que se les detuviera hasta que él pudiera decidir si su relato era cierto. Así, debido a que los “rhos” eran vikingos, fueron detenidos. Otras fuentes podrían ser citadas —aparecerán a su debido tiempo—, pero debería ser bastante evidente que los rus mencionados en la crónica eran suecos.

Las excavaciones arqueológicas en diversos sitios han corroborado en parte esta imagen de los vikingos que llegaban del otro lado del mar a estas ciudades mercantiles. En Stáraia Ladoga, un lugar situado a unos 11 kilómetros al sur del lago Ladoga en el río Voljov y conocida en relatos noruegos posteriores como Aldeigjuborg, han sido encontrados muchos artículos de origen escandinavo del siglo IX así como materiales de origen finlandés. Una estaca de madera que porta una inscripción rúnica, posiblemente una maldición, fue descubierta en ese nivel. Además, se encontraron un pequeño broche ovalado de bronce, cuatro piezas de juego hechas de hueso y un estuche de agujas hecho de bronce, todos ellos característicos del diseño y la decoración sueca. Han aparecido zapatos de piel con un tacón afilado en forma de triángulo, una forma usada en el sur de Suecia, en Stáraia Ladoga, y han sido fechados como provenientes del periodo en el que se sabe que los escandinavos aparecieron por primera vez. Broches y peines parecidos sólo a los tipos escandinavos aparecen en el siguiente nivel más reciente. Además, un cementerio en Stáraia Ladoga puede fecharse cerca de mediados del siglo IX. Estos hallazgos son compatibles con la idea de que Stáraia Ladoga era un sitio para detenerse en el camino a otros lugares, en especial a Novgorod.

Novgorod se encuentra en el río Voljov a unos cinco kilómetros al norte del lago Ilmen, y a 185 kilómetros al sur de Stáraia Ladoga: el río, de hecho, divide la ciudad. El lado oeste comprende la catedral del siglo XI de Santa Sofía y la ciudadela (*kremlin*), el sitio de un fuerte desde el siglo XI. El lado este es el lado donde se encontraba el mercado. Las extensas excavaciones en el lado oeste no han mostrado evidencias acerca de la existencia de una ciudad antes de mediados del siglo X, a pesar de las condiciones ideales (es decir, anegaciones) para la preservación. No se debe llegar a conclusiones negativas: el sitio vikingo lógicamente podría haberse encontrado en el lado del mercado (este) del Voljov, tal como convendría a los comerciantes. Una pala a 90 metros de

distancia del límite de una excavación podría descubrir hallazgos importantes. Es útil recordar que, si nos limitásemos a la evidencia arqueológica en lo concerniente a Inglaterra e Irlanda, virtualmente las únicas ciudades del periodo vikingo de las cuales tendríamos algún conocimiento serían York y Dublín. El vasto cementerio en Gnezdovo cerca de Smolensk contiene 3 000 montículos sepulcrales —una necrópolis— y, aunque la mayoría de ellos no han sido estudiados, revelan una población de carácter muy diverso, pero que comprendía una cantidad notable de escandinavos. Smolensk, a sólo 9.5 kilómetros de distancia, remplazó a Gnezdovo en el siglo XI, y esto ayuda a explicar la ausencia de materiales de origen escandinavo en la excavación de Smolensk.

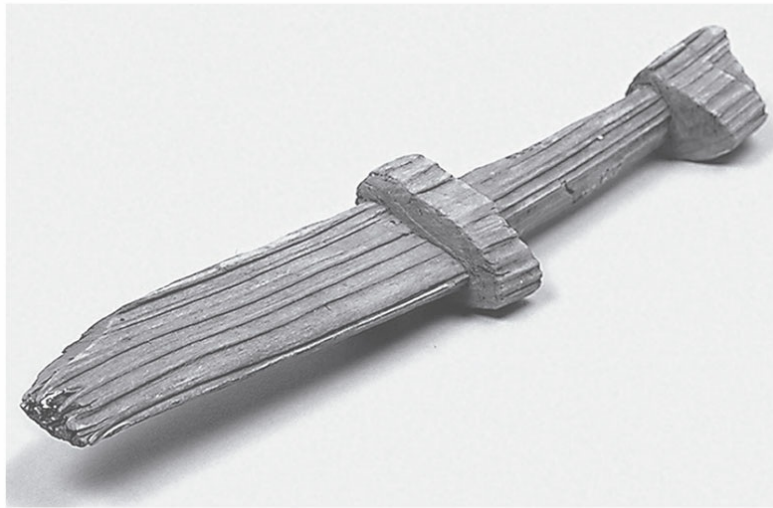


FIGURA VII.1. *Espada de juguete de la era vikinga, Ladoga, Rusia.*

La conexión entre Kiev y Constantinopla, entre rus y griego, entre vikingo y bizantino, se formó rápidamente después de la toma de Kiev. Al principio la conexión tenía elementos mercantiles y políticos, pero con el tiempo, la religión y, hasta cierto grado, la cultura se mezclaron. Aunque los rus de Kiev plantearon una seria amenaza para Constantinopla más de una vez, ellos eran los inferiores en esta relación, a veces incluso eran los instrumentos de los experimentados griegos. La presencia de dos embajadores de los rus en la corte del emperador en 839 es una prueba de los primeros contactos; de hecho, es la referencia literaria más antigua que se conoce de los vikingos en el Oriente. El que estos rus fueran suecos no está en duda, pero su misión y, lo que es más importante, el lugar de donde procedían son cuestiones que siguen sujetas a discusión. Probablemente actuaron como embajadores para comerciantes rus que se habían establecido hacía poco tiempo en Stáraia Ladoga o en Novgorod o, como muchos creen, en la misma Kiev. Por supuesto, es posible que estos rus vinieran de Suecia y hubieran viajado a Constantinopla por la vía del Dniéper. Pero esto parece improbable en vista de los acontecimientos del año 860, tan sólo 20 años más tarde, que parecen requerir la organización y planeación de por lo menos un Estado incipiente.

El 18 de junio de 860 una flota de barcos vikingos apareció en Constantinopla. La nueva Roma, hasta entonces inexpugnable contra los ataques, sintió ahora el azote de un ataque marítimo masivo de los rus escandinavos. Los atacantes habían navegado siguiendo el curso inferior del Dniéper desde Kiev y desde su desembocadura habían navegado por el mar Negro hasta el Bósforo, probablemente navegando a lo largo de la costa. La flota comprendía 200 barcos —la *Crónica primaria rusa* dice que eran 2 000 y da la fecha como 865, pero ni las cifras ni la cronología son los puntos fuertes del cronista—. Considerando una tripulación de 40 hombres para cada barco —algunos cálculos llegan a un número tan elevado como 100—, entonces, en junio de 860, un ejército vikingo de unos 8 000 guerreros navegantes se encontraba frente a Constantinopla. La ciudad no estaba preparada: su flota y su emperador estaban ocupados en otra parte en una campaña contra los árabes. No había llegado ningún aviso previo a la ciudad: los barcos simplemente aparecieron y, de inmediato, los monasterios que se encontraban a lo largo del Bósforo fueron saqueados. Los atacantes llegaron hasta el Cuerno de Oro, y los habitantes pudieron verlos cuando levantaron sus espadas sobre sus cabezas como las figuras de una imagen de piedra. Un domingo, durante el ataque, el patriarca Focio pronunció un sermón que, aun despojado de su belleza retórica y de los lugares comunes, perdura como el relato absolutamente contemporáneo más vívido de una incursión vikinga de toda la literatura, sobrepasando a los relatos del sitio de París en 885.

¿Qué es esto? ¿Esta penosa y pesada desgracia y furia? ¿Por qué ha caído este terrible rayo sobre nosotros del muy lejano norte? ¿Qué nubes formadas por calamidades y condena han chocado con violencia para lanzar este rayo irresistible sobre nosotros? ¿Por qué se ha desencadenado esta repentina granizada de bárbaros, no una que sólo tira los tallos del trigo y acama las espigas del cereal o azota las ramitas de la vid y destruye la fruta no madura o golpea los tallos de las plantas y arranca las ramas [...] sino que agobia miserablemente los mismos cuerpos de los hombres y destruye amargamente a toda la nación? ¿Acaso no es por nuestros pecados?

Aquí se escuchan ecos de Alcuino al lamentarse del ataque contra Lindisfarne en 793, pero Constantinopla no era un monasterio ordinario en una isla en las márgenes del mundo civilizado; ésta era la ciudad más importante del mundo, la heredera de Roma, el centro mismo de la civilización. Focio había advertido a su rebaño —ladrones, fornicadores, adúlteros y perpetradores de otros pecados abominables— pero, les recordó, mientras los barcos vikingos amenazaban no lejos de Santa Sofía, ellos se habían negado a escuchar: “No he sido escuchado porque puedo ver una multitud de bárbaros que bañan de sangre nuestra ciudad que ha sido reseca por los pecados”. Los invasores venían de tierras lejanas, de tierras separadas de la ciudad por otras tierras y pueblos y “por ríos navegables y por mares sin puertos”. Al describir las devastaciones inmediatas, Focio se lamentó:

¡Ay de mí!, que veo a una tribu fiera y salvaje que en forma osada llegó en tropel a la ciudad, asolando las inmediaciones, destruyendo todo, devastando todo —campos, casas, rebaños, bestias de carga, mujeres, ancianos, jóvenes—, atravesando todo con sus espadas, sin apiadarse de nada, sin perdonar nada. La destrucción es universal. Como la langosta en un trigal, como moho en un viñedo, o más bien como un torbellino o tifón o un torrente o no sé qué decir, cayó sobre nuestra tierra y ha aniquilado a generaciones enteras de habitantes. Considero felices a los que han caído víctimas en las manos de los bárbaros sanguinarios porque, habiendo muerto, no saben del desastre que nos ha acontecido.



MAPA VII.3. *Constantinopla y alrededores.*

El patriarca añadió que las inmediaciones se encontraban bajo ataque. Allí los atacantes bárbaros estaban prendiendo fuego a las casas, arrojando a sus víctimas al mar o atravesándolas con sus espadas. Era inútil lamentarse de esta tragedia, incluso arrepentirse era inútil, a menos que la contrición fuera sincera y no se marchara con los

atacantes. “Finalmente, amados míos, ha llegado el momento de recurrir a la Madre del Verbo, nuestra única esperanza y refugio. Implorando, clamemos a ella: Salva a tu ciudad, como tú sabes hacerlo.”

Los atacantes vikingos, más allá del poder de persuasión del predicador, pasaron de las inmediaciones al mar de Mármara y atacaron las islas Príncipe. El antiguo patriarca, Ignacio, que se encontraba en el exilio allí, presenció el derribo de su altar, el robo de vasijas sagradas y el traslado de 22 de sus sirvientes a bordo del barco donde fueron despedazados con hachas.

Nadie conoce la razón por la cual los vikingos finalmente se marcharon. Focio organizó una procesión y llevó el manto de la virgen alrededor del perímetro de la ciudad. El emperador venía de regreso con su ejército. El ataque relámpago había logrado su objeto: botín y, quizá, una vista de “La gran ciudad” (*Michelgard*, como los rus la llamaban). Ya fuera a causa del emperador Miguel, la Virgen o las tempestades experimentadas en el mar Negro de regreso a sus tierras, la *Crónica* no consideró el ataque un éxito. Constantinopla, que había sido subyugada durante 10 días aproximadamente, que había temido por su supervivencia, se encontraba ahora a salvo. Pero Focio, temiendo que el tiempo borrara los malos recuerdos y los buenos propósitos, predicó nuevamente:

Todos ustedes deben saber que los peligros que hemos experimentado y el repentino ataque de esta tribu cayeron sobre nosotros no de otra causa sino de la ira y la cólera del Señor Todopoderoso [...] No fue como otros ataques de bárbaros, sino que la naturaleza inesperada del ataque, su extraña rapidez, la crueldad de la bárbara tribu, el rigor de su comportamiento y el salvajismo de su temperamento proclaman que el golpe ha sido descargado como un rayo desde el cielo [...] Cuanto más extraño y terrible y extraordinario sea el ataque de la nación invasora, más clara es la prueba de la abundancia de pecados, y de nuevo, hasta el grado de que fuera una oscura e insignificante nación, ni siquiera conocida hasta que lanzó el ataque contra nosotros, tanto más es la enormidad de nuestra vergüenza imputada y la exhibición de nuestra desgracia proclamada y tanto más amarga es la pena causada por el azote [...] Han devastado las inmediaciones [de la ciudad], han destruido las vías de acceso a la ciudad, han aniquilado cruelmente a los que cayeron en sus manos, han invadido en tropel sus alrededores con toda impunidad [...]

Una nación oscura, una nación insignificante, una nación que está al nivel de los esclavos, desconocida, pero que ha obtenido fama debido a la expedición contra nosotros —alguna vez insignificante pero ahora famosa, alguna vez humilde y menesterosa, pero ahora espléndida y rica—, una nación que vivía en algún lugar alejado de nuestro país, bárbara, nómada, armada con arrogancia, a la cual no se prestaba atención, sin rival, sin jefe, repentinamente, en un abrir y cerrar de ojos, como una ola del mar, ha invadido nuestras fronteras y como un jabalí ha devorado a los habitantes de la tierra como si fuesen hierba o paja o una planta [...] sin perdonar nada desde el hombre hasta la bestia, sin respetar la debilidad femenina, sin compadecerse de los tiernos infantes, sin respetar los venerables cabellos de los ancianos, sin compadecerse de nada que suela provocar piedad en la naturaleza humana, aun cuando ésta ha descendido hasta la de las bestias salvajes, sino clavando con osadía su espada en las personas de cualquier edad y sexo. Los infantes fueron arrancados del seno y de la leche y de la vida misma y sus cuerpos fueron lanzados contra las rocas que se convirtieron en sus tumbas. Sus madres fueron asesinadas sin piedad y arrojadas sobre los cuerpos aún convulsos de sus criaturas [...] Tampoco se detuvo su salvajismo con los seres humanos sino que se extendió a los animales brutos —bueyes, caballos, aves de corral y otros—. Allí yacía un buey y un hombre a su lado, un niño y un

caballo encontraron una tumba común, las mujeres y las aves de corral se tiñeron unas y otras con su sangre. En todas partes había cuerpos sin vida. La corriente de los ríos se convirtió en sangre; algunas de las fuentes y represas no podían ser distinguidas debido a que estaban al ras con cadáveres [...] El trigo se echaba a perder con los cuerpos sin vida, los caminos fueron obstruidos. Los bosques se veían desiertos y desolados, no debido a la maleza y la soledad sino debido a los cadáveres; las cavernas se llenaron hasta el tope y las montañas, colinas, cañadas y hondonadas no diferían de ningún modo de los cementerios de la ciudad.

Un defensor de los vikingos como pacíficos comerciantes pasaría apuros para justificar el grado de crueldad y la violencia injustificada que Focio presencié y describió con imágenes tan vívidas aunque tomara en cuenta los excesos de un predicador moralizante que utiliza un lenguaje apropiado para su propósito. Sus oyentes también habían presenciado el ataque y su descripción no podía poner en duda su experiencia. Así, cinco años antes de que los vikingos atacaran en masa Inglaterra y 25 años antes de que sitiara París, algunos de ellos habían infligido a Constantinopla las más extensas atrocidades de las cuales tenemos registro en sus aventuras. Posteriormente habrían de venir relaciones más pacíficas y se creó un eje Kiev-Constantinopla, que estimuló el comercio entre los dos pueblos y con el tiempo llevó el cristianismo a los rus.

Esta conexión mercantil adquirió términos formales en 907 y 911, cuando se celebraron tratados entre los rus y los griegos. Un relato acerca de un ataque de los rus contra Constantinopla se intercaló en la *Crónica rusa* para el año 907 —no se menciona en ninguna otra parte—, probablemente con el fin de explicar estos tratados. Oleg el Sabio gobernaba Kiev en esta época. Su reinado ha dado origen a importantes leyendas. Entre los acontecimientos indisputables estaba la celebración de tratados de sus embajadores con el emperador griego en Constantinopla: los 15 embajadores rus llevan nombres inconfundiblemente escandinavos. Los términos fueron provechosos para los comerciantes rus y deben de haber acarreado beneficios a los griegos, quienes deseaban estimular el comercio. Los comerciantes rus habrían de recibir todo el cereal que necesitaran: pan, vino, carne, pescado y otras provisiones durante un periodo de seis meses. Se debían preparar baños para ellos en la cantidad necesaria. Y para su viaje de regreso a su tierra el emperador les proporcionaría lo que necesitaran. Los griegos hicieron hincapié en que no querían a ningún rus en su capital a menos que fuera comerciante. Aun así, debían vivir fuera de la ciudad y sólo podían entrar por una puerta, y en ese caso, sólo si no estaban armados y si no había más de 50 a la vez. Se les permitió llevar a cabo negocios sin pagar impuesto sobre sus mercancías. Estos tratados establecieron las normas —un código penal— que regulaban el comportamiento entre los rus y los griegos.

La paz lograda mediante estos tratados duró 40 años y fue, suponemos, un periodo de comercio pacífico. Sólo podemos hacer conjeturas acerca de lo que condujo al rompimiento de la paz y lo que motivó a Igor, el sucesor de Oleg, a dirigir una flota de 1 000 embarcaciones a Constantinopla en 941. El momento era oportuno, puesto que la

flota griega se encontraba ocupada en el extranjero. Si el tamaño de la flota parece exagerado, debemos recordar que la *Crónica rusa* lo da como 10 000 y las fuentes griegas como 15 000. El diplomático italiano Liudprand de Cremona, quien da la cifra como 1 000, no estuvo presente en Constantinopla hasta 949, pero su padrastro había sido enviado a esa ciudad durante el gran ataque de 941: “A menudo le he escuchado hablar acerca de la cortesía y de la sabiduría del emperador y de la manera como derrotó a los rus”. Por si el lector no sabía quiénes eran los rus, Liudprand los identificó como *Nordmanni*, los hombres del norte, llamados así debido a la localización de su tierra natal. El emperador improvisó una defensa haciendo que sus constructores navales pertrecharan 15 viejos barcos, que habían sido retirados del servicio, con lanzadores de fuego de popa a proa. Igor, deseando apresar estas embarcaciones griegas y a sus tripulantes, pero sin tener conocimiento de los lanzadores de fuego, hizo que su flota los rodeara. Entonces, en un instante, el fuego griego fue lanzado por cañones sobre los rus y sus aliados: “Los rus, al ver las llamas, saltaron al agua, prefiriendo el agua al fuego. Algunos se hundieron, agobiados por el peso de sus petos y cascos; otros se quemaron con el fuego”. El padrastro de Liudprand presenció la decapitación de los que fueron capturados. El fuego griego —Arnold Toynbee lo llama “napalm”—, que era petróleo probablemente espesado con resina y dispersado mediante fuelles de forjador, había resultado ser sorprendentemente eficaz en las aguas calmas y fue la causa de que sólo una parte de la flota regresara a su país con Igor, aunque no antes de haber devastado las áreas costeras del sur del mar Negro en su camino. Tres años después, Igor, ansioso de vengar esta humillación, reunió una gran fuerza militar, reclutó a los vecinos como aliados y zarpó hacia el Bósforo. En esta ocasión el emperador romano Lecapeno estaba preparado con una estrategia: sus enviados, llevando tributos y presentes, se hicieron a la vela para encontrarse con la formidable flota rus. Igor regresó a Kiev y el año siguiente se concertó un tratado de paz, similar a los tratados anteriores. De los 50 delegados rusos sólo 19 tienen nombres de formas identificables, y de éstos, 16 son escandinavos y tres eslavos.

Las autoridades bizantinas comprendieron bien la situación de los rus: sus necesidades, sus puntos fuertes y sus limitaciones. Siguieron una política secular basada en el dominio de vecinos y en la utilización del vecino para vigilar al vecino. Entre los años 948 y 952 el emperador Constantino VII Porfirogéneta preparó un documento secreto para su hijo que, aunque estaba escrito en griego, se conoce por lo común por el título latino *De administrando imperio*, que más tarde se le dio. Sir Steven Runciman describe este tratado como “uno de los libros más importantes en toda la historia de la Edad Media temprana”. Es un compendio de política extranjera, en el cual se condensó la experiencia bizantina en la diplomacia. Si su interés aquí se limita a los rus, la naturaleza del libro y su alcance más extenso no deben ser olvidados. Los rus, explicó,

necesitaban mantener buenas relaciones con sus vecinos los pechenegos, de quienes importaban ganado vacuno, caballar y lanar, y por cuyas tierras los rus tenían que viajar para llegar a Constantinopla, ya que los pechenegos dominaban el Dniéper inferior. Evidentemente, era un punto cardinal de la política extranjera bizantina estar en paz con los pechenegos, quienes podían dominar tanto a los rus como a los turcos. Para que los rus llegaran a Constantinopla, tenían que pasar por los peligrosos rápidos del Dniéper inferior, siendo el peligro allí acrecentado por la posibilidad de un ataque por parte de pechenegos hostiles, ocultos en la oscuridad, que esperaban una oportunidad para atacar. El emperador no sólo enumeró los siete rápidos y les dio nombres escandinavos, sino que también describió los peligros de cada uno de ellos. Los rus pasan el primer rápido desembarcando a la tripulación, la cual camina a lo largo de la orilla, con excepción de algunos que “hacen caminar el barco” por los escollos. Para pasar el cuarto rápido, la tripulación, el contenido del barco, los esclavos e incluso los mismos barcos deben ir por tierra por casi 10 kilómetros, siendo arrastrados los barcos y llevados en hombros. Constantino dijo a su hijo: “Durante el invierno, estos rus hacen sus recorridos entre los pueblos más débiles, recaudando de ellos tributo”.

Navegando por el Dniéper y pasando estos rápidos, llegó en 957 la gran Olga, viuda de Igor, en su camino a Constantinopla para encontrarse con el mismo emperador, Constantino Porfirogéneta. El encuentro de esta princesa de Kiev, una vikinga nacida en Suecia, y el emperador del oriente, el sucesor de Augusto y Justiniano, estuvo acompañado por una gran magnificencia, una señal de la importancia atribuida a su visita por las autoridades imperiales: hubo banquetes, presentes de oro y espectáculos de color y sonido cuando ondearon banderas brillantes y cantaron las voces de dos coros eclesiásticos. En el momento en que fue presentada al emperador, “la princesa de Rusia”, como los griegos la describieron, no dobló una rodilla ni inclinó el talle en señal de reverencia ante el nuevo Constantino en la nueva Roma: simplemente inclinó la cabeza —¿saludó con la cabeza?— y se sentó con las damas. Si se puede dar crédito a la *Crónica rusa* acerca de esta cuestión, debemos aceptar que fue durante su visita a Constantinopla cuando Olga se convirtió al cristianismo. Los detalles son en verdad discutibles, pero puede haber pocas dudas de que Olga regresó a Kiev siendo cristiana. Algunos narradores sugieren que ya antes de su visita a la corte imperial era cristiana. De cualquier modo, pronto habría de escribir al emperador de occidente, el germano Otón I, para que enviara misioneros. Así pues, un monje de Trier, llamado Adalberto, se convirtió en el primer obispo de Kiev. Cuán distinta habría sido la historia de Rusia si la misión de Adalberto hubiera tenido éxito y si el cristianismo hubiera llegado a Rusia desde el occidente latino. Su misión no prosperó, y cuando el cristianismo llegó a Rusia llegó de una fuente distinta.

El hijo de Olga, Sviatoslav (962-972), no tenía interés en el cristianismo —se dice

que dijo a su madre que sus soldados se mofarían de él si se convirtiera al cristianismo —, pero estaba impaciente por extender el dominio de los rus, en particular en la tierra de los búlgaros de occidente en el Danubio. En la mareante sucesión de intrigas y traiciones de los griegos bizantinos, quizá existe la posibilidad de pensar que intrigaron para incitar a Sviatoslav para que se lanzara a estas fútiles campañas balcánicas. A pesar de haber sido el primero de los gobernantes de Kiev que llevó un nombre eslavo, Sviatoslav actuó con la despiadada temeridad de sus antepasados vikingos y siempre con habilidad para los negocios. ¿Qué sitio mejor para establecer un nuevo centro que la importante localización comercial en la desembocadura del Danubio? Penetró en lo más profundo de los Balcanes, hasta la frontera de Tracia y desde allí hasta la frontera del Imperio de Oriente. Hinchado de éxito, volvió su ejército sobre el mismo Imperio bizantino. El resultado fue una aplastante derrota para los rus. Para concertar la paz, Sviatoslav y el emperador Juan Tzimisce se encontraron en la orilla del Danubio. El emperador viajó a caballo a su encuentro usando una armadura de oro y acompañado por un magnífico séquito, en tanto que Sviatoslav llegó como remero, sentado en la banca de un barco, diferenciándose de los otros remeros rus sólo por la limpieza de sus vestiduras y por un zarcillo de oro adornado con joyas; un personaje ridiculizado por los griegos pero eminentemente digno de sus antepasados vikingos. En el camino de regreso a su país, probablemente en 972, Sviatoslav fue asesinado por pechenegos y con él murió la ambición de los rus de dominar el Danubio inferior.

El rechazo de Sviatoslav hacia el cristianismo también murió con él. Cuando la sangre hubo dejado de correr y terminó la lucha de sucesión, fue su hijo Vladimiro quien, con la ayuda de un ejército sueco, gobernó este Estado que se extendía desde el lago Ladoga hasta el mar Negro y quien, con el tiempo, habría de llevar a su pueblo al rebaño cristiano. La *Crónica rusa* afirma que Vladimiro consideró la religión del islam —la cual rechazó, se dice, porque “beber es la alegría de los rus y no podemos vivir sin este placer”—, después pensó en el judaísmo, luego en el cristianismo latino y finalmente en el cristianismo griego, el cual aceptó, nos dicen, debido a la belleza y al esplendor de su liturgia. El hecho de que hubiera obtenido por esposa a la hermana del emperador y las tierras de Crimea como dote sin duda proporcionó una persuasión adicional. Cualesquiera que hayan sido sus motivos, en 989 (o 990) el príncipe jefe de los rus aceptó la fe cristiana. La *Crónica* no nos dice lo que sucedió con las 300 concubinas que tenía Vladimiro en Vjshgorod, las 300 en Belgorod y las 200 en Berestovo. Antes de su conversión había gozado de una reputación internacional como tenorio. La *Crónica rusa* simplemente dice —pero sin una desaprobación evidente— que “Vladimiro estaba rendido por su afición a las mujeres”. El cronista germano Tietmaro de Merseburgo (975-1018) fue más claro: “erat enim fornicator immensus et crudelis”. Una vez que su conversión se hubo realizado, Vladimiro organizó un bautizo en masa de los rus en las

aguas del Dniéper en Kiev.

Así, penetró con fuerza en la tierra de los rus la religión del Oriente y, con ella, una huella cultural que no es posible medir. El idioma griego no habría de ser utilizado en la liturgia —el eslavo se convirtió en el idioma de la religión—, pero los estrechos vínculos religiosos con Bizancio se establecieron entonces. Iglesias, monasterios y prácticas religiosas de todas clases —con gran rapidez asimiladas a la situación de los rus— recibieron influencia de Constantinopla, la misma ciudad a la cual una flota de los rus de 1 000 barcos había amenazado severamente 130 años antes. Fue con una buena razón que los rus dieron a su templo principal el nombre de Santa Sofía.

Después de su conversión, Vladimiro envió 6 000 guerreros al emperador. Desde entonces muchos observadores han visto en esta acción el inicio de la famosa Guardia Varega, el cuerpo selecto de rus que protegía la persona del emperador. La utilización de mercenarios extranjeros por el ejército imperial no era ninguna novedad, y la utilización de soldados rus en esta época indica la normalización de las relaciones entre los rus y los griegos. Lo que es digno de notarse, sin embargo, es el hecho de que alrededor del año 1 000, un cuerpo de rus formó la guardia del palacio imperial.

La utilización de rus para este propósito no puede remontarse hasta Vladimiro, pero sin duda para el final del milenio la fuerza estaba en su lugar. Seguramente, la referencia más antigua a la “Guardia Varega” con ese nombre no se encuentra hasta 1034, pero esa referencia misma implica una brigada establecida durante algún tiempo. Harald Hardrada, quien habría de convertirse en rey de Noruega y casi se convirtió en rey de Inglaterra, sirvió en esta guardia hasta 1042. Una notable obra griega titulada *Consejo para un emperador*, que fue escrita en la década de 1070 pero que fue descubierta hasta 1881, describió a Harald como el hijo de un emperador varego y afirmó que él ingresó en la fuerza imperial bizantina y que, debido a su gran valor en una campaña en Bulgaria, recibió el título de “spat-harocandidato”, un gran puesto en la corte imperial.

No obstante que algunos ingleses y daneses ingresaron a la guardia varega después de 1066, probablemente aún estaba dominada por los varegos. Siguieron siendo parte de las fuerzas militares bizantinas —el rey danés Erik I se dirigió a ellos en noruego en 1103— hasta 1204, cuando los cruzados en su camino a Jerusalén atacaron, saquearon, arrasaron y tomaron la ciudad cristiana de Constantinopla. Entre los defensores había hombres de la Guardia Varega e, irónicamente, entre los voraces cruzados se encontraron los descendientes de vikingos que se habían establecido en Normandía. El círculo estaba cerrado.

El comercio forjó el vínculo entre los hombres del norte y los hombres del libro. Hubo incursiones hostiles de los rus en las tierras de los musulmanes, pero sus relaciones tenían que ver principalmente con el negocio de los negocios. La gran abundancia de monedas cúficas en el occidente de Escandinavia nos dice sólo parte de esta historia —80 000 de estas monedas han sido encontradas, la mitad de ellas en Gotland—, pues grandes cantidades de ellas también han sido encontradas en Rusia. Los mercaderes rus y los mercaderes musulmanes se encontraron en los centros comerciales del Volga: el camino al islam condujo inevitablemente a lo largo del Volga al mar Caspio.

En las cercanías de una curva en el Volga —próxima a la moderna Kazán— existió un lugar de comercio internacional en Bulgar, y allí comerciaban los mercaderes de muchas naciones. Los rus comerciaban principalmente con pieles. Los árabes que habían estado en el mercado de Bulgar en el siglo X observaron que los rus comerciaban con una variedad de pieles: marta cebellina, zorra, ardilla, armiño, marta, comadreja y liebre. Algunas de estas pieles provenían de Laponia y Finnmark, distantes hacia el norte, en las márgenes del océano Ártico.

Un comercio de esclavos constante, pero probablemente en pequeña escala, era parte de la actividad comercial de los rus, aunque éstos parecían haber manejado dicho negocio en forma privada y no en los mercados públicos. “Empacaban” a sus esclavos vistiéndolos con trajes elegantes: se cuenta la historia de un mercader rus que se entristeció cuando su esclava predilecta fue comprada, a pesar de que él la había cubierto de andrajos.

Poco después del año 900 Ibn Rusteh, un enciclopedista árabe, advirtió cómo los rus guardaban el dinero que recibían por sus pieles y esclavos en fajas para dinero: en efecto, dijo, no tenían campos ni fincas y vivían sólo del comercio. Eran de aspecto limpio y pulcro y usaban pantalones abolsados plegados en las rodillas. Temían tanto al ataque que uno de ellos no salía a orinar sin llevar un guardia personal con él. No se sabe dónde obtuvo Ibn Rusteh su información, pero su fiabilidad no se pone en duda.

Ningún testimonio acerca de los vikingos en ningún lugar y en ninguna etapa de su historia proporciona un relato más detallado y vívido que Ibn Fadlan, el embajador de Bagdad con los búlgaros. Su embajada partió de Bagdad el 21 de junio de 921 y pasó por tierras habitadas por jwarizmianos, turcos, guzz, pechenegos y baskires antes de llegar a Bulgar el 12 de mayo de 922. Ibn Fadlan no encontró ninguna ciudad allí, sólo barracas y tiendas temporales. Su propósito era ayudar a los búlgaros a fortalecer su mercado. Parafrasear su relato es tan sólo señalar algo de su riqueza: su exactitud es incontestada y su importancia evidente.

Los rus, nos dice, llegaron como mercaderes a Bulgar, donde construyeron chozas de madera lo suficientemente grandes para albergar entre 10 y 20 personas. Para asegurar la

venta de esclavos o de pieles erigían ídolos de madera y les dejaban comida y bebida como ofrenda, y si las ventas avanzaban con demasiada lentitud, regresaban y hacían más ofrendas. Cuando todo se vendía, regresaban a dejar ofrendas de agradecimiento. Nunca antes había visto Ibn Fadlan tales dechados de perfección física: altos y rubios y de tez rosada. Los rus vestían una prenda que cubría sus cuerpos por un lado y dejaba suelto otro lado para la acción; siempre llevaban un hacha, una espada de tipo franco y un cuchillo con ellos. Los tatuajes los cubrían desde la punta del dedo hasta el cuello: árboles, diseños y cosas por el estilo. Las mujeres, en cierta forma, también revelaban públicamente la riqueza de sus maridos: el tamaño y la belleza de los broches para el pecho y la cantidad de aros para el cuello eran indicios públicos de la riqueza de un marido. A las mujeres les gustaba usar sartas de cuentas de color verde y comerciaban con las cuentas entre ellas. Los rus eran un pueblo sucio, como asnos silvestres, pues eliminaban los desechos del cuerpo sin recato y no se lavaban después de comer ni después del orgasmo. Cuando se lavaban, lo hacían de una palangana —un hábito repugnante para un árabe que sólo usaba agua corriente para su retrete— y ponían un gran cuidado en su cabello. Incluso copulaban con sus esclavas en presencia de compañeros y hasta de compradores de esclavos. Si alguno de los rus se enfermaba, era apartado en un lugar aislado y abandonado con pan y agua. Si se recuperaba, regresaba con sus compañeros; si no, era cremado. La cremación generalmente se verificaba 10 días después de la muerte. En el ínterin, se hacían los preparativos y la riqueza del difunto se dividía en tres partes: un tercio para su familia, un tercio para sus vestiduras funerarias y un tercio para bebida.

Ibn Fadlan en verdad presencié las exequias de un destacado rus. Como era la costumbre entre esta gente, dijo, a las esclavas del difunto se les preguntaba cuál de ellas moriría con su amo. Una de ellas se ofreció como voluntaria y fue puesta al cuidado de dos mujeres jóvenes que la sirvieron. Pasó 10 días cantando y bebiendo y entregada a otros placeres. El día de la cremación, los rus arrastraron el barco del gran hombre a la playa y construyeron un andamio de madera para el barco; debajo de él colocaron leña. En el centro del barco se preparó un lecho cubierto con un paño para su cuerpo, y esta área estaba cubierta como una tienda. El cuerpo del hombre fue exhumado de su sepultura temporal, vestido con magníficas vestiduras y cubierto con una pieza de piel. Sus compañeros lo sostuvieron en el lecho con cojines y pusieron comida y bebida a sus pies. Las armas del difunto se colocaron a su lado. Se mataron varios animales —un perro, dos caballos, dos vacas, un gallo y una gallina—, se cortaron en pedazos y se colocaron en el barco.

Todo lo que le quedaba para su viaje al otro sitio era su esclava. Ella fue de tienda en tienda y el amo de cada una tuvo trato sexual con ella y le dijo: “Di a tu señor que he hecho esto por amor a él”. Luego fue conducida a algo que se asemejaba al marco de

una puerta. (¿Acaso no es este marco de puerta los “pilares” utilizados por el sacerdote-jefe de familia vikingo, y conocido por nosotros por su empleo en Islandia y en otras regiones?) Ella se puso de pie sobre las palmas de las manos de los hombres y fue levantada para que pudiera ver por la parte superior. Esto se hacía tres veces. La primera vez dijo: “¡He aquí!, veo a mi padre y a mi madre”; la segunda vez: “Veo a todos mis parientes muertos sentados”; y la tercera vez: “Veo a mi amo sentado en el paraíso, y el paraíso es hermoso y verde; con él hay sirvientes adultos y jóvenes; me está llamando; llévenme con él”. Y así lo hicieron. Antes de que entrara en la tienda-cámara sepulcral en el barco de su amo, dio dos brazaletes de oro a la mujer llamada Ángel de la Muerte y un anillo a cada una de sus dos acompañantes. Bebió y cantó nuevamente, luego vaciló en la entrada de la cámara, pero el Ángel de la Muerte la empujó hacia adentro. Los guerreros se reunieron afuera y golpearon sus escudos con sus espadas para que las otras muchachas sirvientas no pudieran escuchar sus gritos. Seis hombres entraron en la cámara sepulcral después de ella, y cada uno de ellos tuvo trato sexual con ella. Luego la colocaron junto al cuerpo de su difunto amo. Dos de los hombres la sostuvieron por los pies, dos, de las manos, mientras los otros dos sostenían los extremos de una cuerda que habían puesto alrededor de su cuello. El Ángel de la Muerte se acercó a ella, sacó una daga y, mientras los dos hombres jalaban la cuerda, la atravesó una y otra vez con el puñal en el pecho hasta que su cuerpo quedó sin vida. Todos se retiraron de la cámara sepulcral. Entonces el jefe de la comitiva fúnebre permaneció desnudo frente al barco y encendió un pedazo de leña con el cual prendió fuego a la leña que se encontraba bajo la embarcación. Cada uno de los espectadores tomó un pedazo de leña encendida y también la puso en la leña. En menos de una hora, el barco, el amo, la esclava y la leña eran pavesa y cenizas. Un rus, que se hallaba junto a Ibn Fadlan, dijo por medio de un intérprete: “Ustedes los árabes son tontos; llevan a los seres a quienes aman y respetan más y los entierran en el suelo donde son comidos por gusanos. Nosotros incineramos a nuestro ser querido en un momento y él entra al paraíso de inmediato”. Los rus construyeron un pequeño montículo sobre el lugar, colocaron una estaca de abedul en el centro, y escribieron sobre ella el nombre del hombre y el de su rey, quien vivía en un lugar en lo alto en su capital que se llamaba Kyawh (Kiev).

No fue sólo el viajero musulmán que visitaba las tierras del norte por asuntos de comercio o diplomáticos quien conoció a los rus en forma directa. Los habitantes a lo largo de las costas del mar Caspio e incluso a cierta distancia en el interior tenían conocimiento de los rus, no sólo en sus prácticas pacíficas para enviar a jefes guerreros al Valhala, sino en prácticas hostiles de ataque, conquista e incluso de matanza en masa. Conocemos seis de estos ataques y por medio de ellos la extensión y naturaleza de la actividad de los rus al oriente del Dniéper. Precediendo a estos ataques y, ciertamente, al mismo tiempo de ellos, se establecieron relaciones comerciales en la región del Caspio.

Desde el siglo IX una fuente árabe bien informada describió a los rus trabajando en las áreas mercantiles del Volga bajo, donde adquirirían artículos de los jázaros, y en los mercados de las costas del mar Caspio, vendiendo pieles, hojas para espadas y lanzas. La misma fuente dice que incluso llevaban camellos y seguían la ruta a Bagdad, donde vendían sus mercancías, ayudados por esclavos europeos, que servían como intérpretes para ellos. Existe el sabor de la verdad en todo esto, a pesar de que hay quienes dicen (sin convencer a nadie) que el autor, Ibn Khurdadbeh (alrededor de 820-911), había confundido a los rus con jázaros judíos. La mención del autor acerca de intérpretes y su familiaridad con Bagdad implica que los intérpretes comunicaron la identidad de estos mercaderes del norte. ¿Qué fue lo que estos mercaderes del norte pensaron de la ciudad más grandiosa del islam? La transmisión del texto de Ibn Khurdadbeh entraña problemas y, quizá con razón, el juicio debe ser reservado a la cuestión de la llegada de los vikingos rus a Bagdad en el siglo IX. El hallazgo de grandes cantidades de monedas árabes en lugares específicos de la antigua Rusia anima a algunos eruditos a concluir que hubo mercaderes escandinavos que viajaron a Bagdad en el siglo X, si bien es posible que las monedas llegaran a su destino a través de intermediarios a lo largo de rutas de comercio establecidas. Así pues, no hay aventuras vikingas en *Las mil y una noches*.

El viaje al islam fue posible para los rus sólo con el consentimiento de los jázaros, ese extraordinario pueblo turco, en parte musulmán, en parte judío y en parte cristiano, que dominaba el bajo Volga; un consentimiento que por lo general podía ser comprado a cambio de una contribución de 10% de las mercancías de los rus. Se dice que un jefe jázaro afirmó: “Yo no permito que los rus que llegan en sus barcos viajen por mar a atacar a los árabes [...] Ellos destruirían la tierra de los árabes hasta Bagdad”. A pesar de esta jactancia, los rus, de hecho, pasaron por el bajo Volga a las tierras que se encontraban más allá. Durante el reinado de Hasan Ibn Zaid, soberano de Tabaristán (864-884), los rus llegaron navegando hasta el mar Caspio y atacaron sin éxito la costa oriental en Abaskun. Ésta, probablemente, fue una incursión en una escala muy pequeña, al igual que el ataque de 910 en el cual se cuenta que 16 barcos cometieron pillaje a lo largo de la costa pérsica. Sin embargo, los grandes ataques se lanzaron alrededor de 913, en 943, 965 y alrededor de 1041. En el primero de éstos una flota, que ascendía a 500 barcos, atravesó el país de los jázaros, pero su vía de acceso no fue, como se podría esperar, yendo por el Volga río abajo desde Bulgar —el camino al islam—, sino desde el mar Negro. Estos rus en particular, que sin duda alguna eran de los rus del Dniéper, navegaron desde el mar Negro hasta el mar de Azov, luego siguieron río arriba por el Don, pasando Sarkel, y luego por un corto porteo llegaron al Volga, que los condujo al mar Caspio. Para asegurar una vía de acceso pacífica a través de las tierras de los jázaros les prometieron a éstos la mitad de su botín. Los árabes no estaban preparados para un ataque como éste: su mar hasta entonces sólo había conocido barcos amistosos

dedicados a la pesca y al comercio. Los rus atacaron en la región de Jurjan cerca de Abaskun, asolando la campiña en su camino. Al otro lado del mar atacaron Bakú en Azerbaiyán, penetrando tierra adentro hasta una distancia de tres días de viaje. Dondequiera que fueron se llevaron lo que pudieron, incluyendo mujeres y niños como esclavos. Un intento de rechazarlos cuando se hallaban anclados cerca de unas islas en la región sudoccidental del mar Caspio resultó inútil, y entonces pudieron transitar y atacar a voluntad. Es ésta una situación que recuerda a ratos a los vikingos en Inglaterra y en Francia. Las noticias acerca de sus atrocidades los precedieron cuando se dirigieron de regreso a su tierra, y en la desembocadura del Volga, a pesar de la promesa del rey jázaro, un gran ejército de jázaros musulmanes, encolerizados por los crímenes cometidos contra sus compañeros, se enfrentaron y devastaron a los rus, de los cuales sólo un resto pudo escapar.

Los rus que llegaron al mar Caspio en 943 podrían haber intentado fundar una colonia de acuerdo con el modelo de Kiev, pero no tuvieron éxito en esto. Esta vez los rus, utilizando el río Kura, penetraron muy adentro en Azerbaiyán, donde, en un tributario, tomaron Berda, la antigua capital de la región. Al pueblo de Berda se le habría de permitir vivir en paz y practicar su fe musulmana siempre que conviniera en reconocer a los rus como sus jefes supremos. El lanzamiento de piedras y otros ultrajes cometidos contra los rus rompieron la paz y, cuando la gente local se negó a aceptar un ultimátum para evacuar Berda (y aquí la fuente es árabe), los rus empezaron a matar a los habitantes y a hacer prisioneros a muchos para obtener rescate. Las negociaciones se volvieron ásperas, se interrumpieron y después vino una matanza. Quizá fueron las mujeres musulmanas esclavizadas mediante la fuerza quienes envenenaron el agua potable, o quizá fue la ira divina, pero, cualquiera que haya sido la causa, el efecto fue que la disentería se extendió por las filas de los rus, y éstos, al amparo de la oscuridad, se marcharon remando. Los musulmanes desenterraron entonces de las tumbas de los rus las armas que habían sido enterradas al lado de estos guerreros.

En 965 el audaz Sviatoslav, quizá irritado porque el rey jázaro se negó a permitirle el paso, atacó la gran ciudad de los jázaros, Itil, cerca de la desembocadura del Volga. Resultó una gran victoria para los rus, vengando así cualquier agravio pasado, y un visitante en Itil poco después observó: “Los rus atacaron, y no quedó ninguna uva ni pasa, ni una hoja en una rama”. Más tarde, en el siglo XI, se emprendió otra aventura en gran escala contra los musulmanes. El hecho de que se mezclara mucha leyenda con sucesos históricos verificables no debe disminuir la importancia de esta expedición que partió de Suecia encabezada por Ingvar Vittfarne (“el Viajero de Lugares Lejanos”) y que navegó río abajo por el Volga hasta la tierra de los sarracenos (“Serkland”) a mediados del siglo XI. La fecha de su muerte en esta tierra, de acuerdo con la *Saga de Yngvar*, es 1041. Existen no menos de 26 piedras rúnicas —23 de ellas en la región del

lago Malar en Uppland en Suecia— que aluden a guerreros suecos que partieron con Ingvar en su expedición a las tierras sarracenas, una expedición cuyo propósito probablemente era reabrir las antiguas rutas de comercio, pues los búlgaros y los jázaros ya no eran un obstáculo. Una piedra a la memoria del hermano de Ingvar indica que viajó hacia el oriente en busca de oro, pero que murió en tierra sarracena, siendo su cuerpo alimento para las águilas. Y con la muerte del hermano de Ingvar y esta expedición sueca, el camino entre el Báltico y el Caspio se convirtió tan sólo en un contexto para los narradores de las sagas islandesas.

Las controversias acerca de la naturaleza de los rus y de los orígenes del Estado ruso han complicado los estudios vikingos y, ciertamente, la historia rusa durante más de un siglo. Es históricamente cierto que los rus eran suecos. La evidencia es incontrovertible, y el que aún continúe un debate en ciertos planos de la historiografía es evidencia clara de la fuerza de retención de los conceptos aprobados. El debate sobre esta cuestión —fútil, exacerbado, tendencioso y doctrinario— ha servido para oscurecer el problema histórico más serio y genuino que subsiste: la asimilación de estos rus vikingos con los pueblos eslavos entre quienes vivían. La principal interrogante histórica no es si los rus eran escandinavos o eslavos, sino, más bien, con cuánta rapidez estos rus escandinavos fueron absorbidos en la vida y la cultura eslava. La eslavización de los vikingos fue paralela a su asimilación con los pueblos de Europa Occidental —en Irlanda, Inglaterra y Francia— y, tal como sucede con el establecimiento de los vikingos en Europa Occidental, las cuestiones que conciernen al establecimiento de los vikingos en Rusia aún no han sido resueltas.

Lo que consta con toda claridad es que los suecos que entraron, se establecieron y dieron su nombre a esa región de Europa Oriental perdieron su esencia sueca. La evidencia de los nombres de lugares es sumamente escasa y virtualmente no existe una vez que mencionamos los rápidos del Dniéper. La afirmación acerca de que los suecos fundaron el Estado ruso pasa por alto en gran manera el hecho de que un Estado no se crea, que no se forma en un solo momento en el tiempo. Los factores dinámicos contribuyen a la evolución de un Estado: entre estos factores, en el caso del Estado ruso figura el factor sueco, que ni debe ser pasado por alto ni debe ser exagerado. Pero, en todo caso, ¿por qué debe suponerse que la “fundación” de un Estado es el problema histórico fundamental? Esto presupone un modo de enfocar la sociedad acerca del cual no hay unanimidad ni, en cuanto a eso, consenso.

En 839 los rus eran suecos; en 1043 eran eslavos. Entre 839 y 1043 tuvieron lugar dos cambios: uno fue la asimilación de los rus suecos con el pueblo eslavo en medio del cual se habían establecido, y el segundo fue la extensión del término “rus” para aplicarse a estos pueblos eslavos por quienes los suecos fueron absorbidos. El velo que oculta este proceso sólo se descorre a ratos y luego con demasiada rapidez vuelve a caer. Los rus quienes, en 839, tomaron el largo camino de regreso a su tierra desde Constantinopla pasando por la corte de Luis el Piadoso eran sin duda alguna suecos y, en el contexto, supuestamente suecos de primera generación que vivían en el norte de Rusia. Los rus a quienes el patriarca Focio condenó en 860 con seguridad deben haber sido escandinavos, aunque incluso en esta época algunos miembros de la tripulación bien podrían haber sido eslavos. Los jefes de los rus conservaron nombres escandinavos hasta el siglo x: los 15 signatarios del tratado concertado con los griegos en 911 tenían todos ellos nombres

escandinavos, en tanto que entre los signatarios del tratado de 945 figuraban algunos nombres eslavos (tres de 19 nombres identificables). Liudprand de Cremona, quien viajó a Constantinopla en dos ocasiones (en 949 y 968), identificó a los rus para sus lectores al decir que se trataba de aquel pueblo a quienes llamamos por otro nombre, es decir, “hombres del norte”, el término común utilizado en el occidente contemporáneo para referirse a los escandinavos. Aparecen otros indicios contradictorios. Por ejemplo, la *Crónica rusa*, bajo los años 880-882 afirma que, cuando Oleg se convirtió en príncipe de Kiev, “los varegos, eslavos y otros que lo acompañaban eran llamados rus”. La fijación de las fechas en la *Crónica* aquí, al igual que en otras partes, es una cuestión discutible, pero parece que para finales del siglo IX ya existía cierta asimilación. Sin embargo, la jefatura debe de haber sido retenida por los de ascendencia escandinava durante algún tiempo. La influencia eslava probablemente predominó para la época del reinado de Vladimiro (alrededor de 978-1015) en Kiev. La indicación más reveladora de que había llegado un nuevo orden fue la aceptación de un cristianismo que era bizantino en forma pero de lengua eslava. La lengua del pueblo era sin duda eslava para 988, la fecha de la conversión de Vladimiro. Lo que resulta aún más sorprendente es que virtualmente nada del noruego antiguo penetró en la lengua eslava de la Iglesia antigua ni en el ruso moderno. No obstante, el vínculo con Escandinavia subsistió bajo el sucesor de Vladimiro, Yaroslavi, quien llegó al poder con la ayuda de guerreros suecos y quien se casó con una princesa sueca. Recibió en su corte a jefes escandinavos desterrados como Harald Hardrada y Magnus Olaffson y quizá al padre de este último, Olaf Haraldsson, y dio a su propia hija en matrimonio a Harald Hardrada; ella estuvo a punto de convertirse en reina de Inglaterra. El recuerdo de las raíces escandinavas de Rusia vivió de una manera romántica, pues los compositores de las sagas islandesas dieron un contexto histórico y —¿quién puede saberlo?— sustancia a los relatos narrados en el Atlántico Norte, relatos de lugares remotos como Kiev y Constantinopla, y de héroes que habían dejado de existir hacía mucho tiempo, como Oleg y Harald Hardrada. Desafortunadamente, el romance no es la materia que forma la historia. Pero la historia muestra la sorprendente rapidez con la que se verificó el proceso de absorción: los rus se habían convertido en eslavos (es decir, rusos) en 150 años, un lapso comparable con los periodos de absorción en Irlanda e Inglaterra.

La última palabra acerca de Rusia corresponde a los arqueólogos, con quienes tenemos una gran deuda. Los arqueólogos reconocen con mucho el lugar de los escandinavos entre la élite gobernante de los rus. Para ellos el proceso de asimilación debería ser considerado en forma regional, y el norte de Rusia debe ser distinguido de la Rusia del Dniéper (o de Kiev). En la región norte de lo que ahora es Rusia, es decir, esa parte que se extiende desde la región del lago Ladoga hacia el oriente hasta el alto Volga, vivían pueblos ugrofineses antes de la llegada de los vikingos, en tanto que algunos

pueblos bálticos y eslavos vivían con los finlandeses en la zona del lago Ladoga. Los escandinavos llegaron a principios del siglo IX a la región cercana al lago Ladoga: se han encontrado allí embarcaciones sepulcrales para cremación de un tipo conocido sólo en Suecia central en esa época. Para fines del siglo X, estaban surgiendo sin duda ciudades en la ruta hacia el oriente donde los rus se encontraban con los finlandeses, y ocurrió cierta integración de las culturas. Los montículos sepulcrales dejados a raíz de estos últimos movimientos combinan las culturas escandinava y finlandesa: embarcaciones sepulcrales para cremación, armas y otros objetos de tipo escandinavo, así como piras finlandesas para sepultura en las cuales los sepulcros de los hombres y de las mujeres se encuentran separados. Pueden encontrarse evidencias de tal integración en las cercanías del lago Ladoga y también en los cementerios cercanos a Yaroslavl, a unos 80 kilómetros al oriente.

En la región del Dniéper surge una historia similar. Allí los bálticos aborígenes ya habían experimentado la llegada de los eslavos antes del movimiento o los movimientos hacia el sur de los escandinavos. El encuentro principal entre los eslavos y los escandinavos tuvo lugar en esta región. A juzgar por los restos sepulcrales, aparecen tumbas de carácter inconfundiblemente escandinavo en esta región hacia el año 900, pero para la segunda mitad del siglo X han de encontrarse nuevas prácticas con pocos rasgos escandinavos, y éstas fueron seguidas muy rápidamente por sepulturas para guerreros que no tienen rasgos escandinavos. Sin embargo, llegaron más escandinavos, a menudo como mercenarios, en la última mitad del siglo X para formar parte de la clase gobernante. Por ejemplo, las cámaras funerarias en las proximidades de Chernigov tienen notable parecido con las de Birka en Suecia central, pero las cámaras funerarias de la guardia personal de Vladimiro, encontradas en el oriente de Polonia, muestran una mezcla de objetos de tipo escandinavo y de Kiev en el mismo montículo. La evidencia de sepulturas posteriores que contienen material escandinavo se refiere casi en forma exclusiva a artículos costosos importados de Gotland. En todo esto, los frutos son escasos, el argumento necesariamente es poco convincente y, por consiguiente, las conclusiones son probables más que seguras. No obstante, la cronología expuesta por los arqueólogos de Leningrado concuerda con los hechos que se conocen por otros medios y no está aislada por fuerza.

Gran parte del material de fuentes pertinentes se ha traducido al inglés, y las transcripciones aquí utilizadas se basaron en estas traducciones: S. H. Cross y O. P. SherbowitzWetzer (trads. y coords.), *The Russian Primary Chronicle: Laurentian Text* (Cambridge, Massachusetts, 1953); Cyril Mango (trad.), *The Homilies of Photius, Patriarch of Constantinople* (Cambridge, Massachusetts, 1958); Medieval Academy of America, 1953; Constantino VII Porfirogéneta, *De administrando imperio* (C. Moravcsk [coord.] y R. J. H. Jenkins [trad.], Washington, 1967, reimpreso en 1985); H. M. Smyser, “Ibn Fadlan’s Account of the Rus with some Commentary and some Allusion to *Beowulf*”, *Francis and Linguistic Studies in Honor of Francis Peabody Magoun, Jr.* (J. B. Bessinger y R. P. Creed [comps.], Nueva York), pp. 92-119; Liudprand of Cremona, *The Embassy to Constantinople and Other Writings* (John Julius Norwich [coord.], F. A. Wright [trad.], Londres, 1993).

Un lugar de inicio en los estudios secundarios debe ser la introducción y síntesis en forma narrativa escrita en colaboración por Simon Franklin y Jonathan Shepard *The Emergence of Rus, 750-1200* (Londres y Nueva York, 1996). Además, podemos consultar dos contribuciones de Thomas S. Noonan: “Scandinavians in European Russia”, en *The Oxford Illustrated History of the Vikings* (Peter Sawyer [coord.], Oxford, 1997) y “European Russia, c. 500-c. 1050”, en *The New Cambridge Medieval History*, vol. 3, c. 900-c. 1024 (Timothy Reuter [coord.], Cambridge, 1999), capítulo 19. El libro de H. R. Ellis Davidson, *The Viking Road to Byzantium* (Londres, 1976), también ofrece una introducción bastante accesible a la materia. Thomas S. Noonan nos da una amplia descripción y análisis de la evidencia numismática en “The Vikings in the East: Coins and Commerce”, *Developments around the Baltic and the North Sea in the Viking Age* (Björn Ambrosiani y Helen Clarke [coords.], Estocolmo, 1994), pp. 215-236. Una serie de ensayos sobre varios temas de importancia puede encontrarse en E. A. Melnikova, *The Eastern World of the Vikings* (Gotemburgo, 1996). La profesora Melnikova y V. J. Petrukhin estudian el significado de *rus* en su artículo “The Origin and Evolution of the Name ‘Rus’: The Scandinavian in Eastern European Ethno-Political Processes before the Eleventh Century”, *Tor* 23 (1991) pp. 203-234. *Varangian Problems* (Copenhague, 1970) es, también, una importante colección de ensayos. Sigfús Blöndal y Benedikt S. Benediktz, *The Varangians of Byzantium: An Aspect of Byzantine Military History* (Cambridge, 1978), nos proveen con un útil sumario de la palabra *varego* en el capítulo 1. Con más de 100 años de edad pero sorprendentemente aún bastante útiles son las charlas en Oxford de Vilhelm Thomsen, *The Relations between Ancient Russia and Scandinavia and the Origin of the Russian State* (Oxford, 1877), que es de más que simple interés historiográfico.

Para una discusión sobre los sistemas fluviales y rutas de porteo véase Melnikova,

The Eastern World (citado más arriba), capítulo 3, y Robert J. Kerner, *The Urge to the Sea: The Course of Russian History* (Berkeley, California, 1942). Dos obras de A. A. Vasiliev examinan aspectos de los rus y Bizancio: *The Russian Attack on Constantinople in 860* (Cambridge, Massachusetts, 1946) y “The Second Russian Attack on Constantinople”, *Dumbarton Oaks Papers* 6 (1951), pp. 161-225. Para otros aspectos de los rus en Bizancio y los Balcanes véase Steven Runciman, *The Emperor Romanus Lecapenus and His Reign* (Cambridge, 1929) y *A History of the First Bulgarian* (Londres, 1930). En la obra de A. P. Vlasto *The Entry of the Slavs into Christendom* (Cambridge, 1970) podemos encontrar una descripción de la conversión de los rus. Johan Callmer realiza un estudio de las excavaciones recientes en Kiev en “The Archaeology of Kiev to the End of the Earliest Urban Phase”, *Harvard Ukrainian Studies* 11 (1997), pp. 323-353. Varios aspectos de los riquísimos descubrimientos arqueológicos se discuten en *Novgorod: The Archaeology of a Russian Medieval City and Its Hinterland* (Mark Brisbane y David Gaimster [coords.], Londres, 2001). Dos interesantes artículos sobre arqueología preurbana y rural en Rusia aparecen en *Land, Sea and Home* (J. Hines, A. Lane y M. Redknap [coords.], Leeds, 2004).

En el libro *Vikings in Russia: Yngvar's Saga and Eymund's Saga* (Hermann Palsson y Paul Edwards [trads.], Edimburgo, 1989), autores islandeses de sagas escribieron sobre aventuras en una tierra lejana que jamás conocieron.

EPÍLOGO

Hacia mediados del siglo XI los vikingos ya habían desaparecido de la escena mundial. El proceso de asimilación esencialmente ya estaba completo. El impulso que originalmente había llevado a navegantes y colonos a abandonar sus países de origen —el cambio climático, la presión demográfica, la necesidad política o todos ellos combinados con otros factores— había cesado. El aparato rudimentario de Estados incipientes puede verse en Escandinavia. Una Iglesia reformada en Europa Occidental comenzaba a vislumbrarse. Se comenzaban a forjar enlaces comerciales de un nuevo orden, y las rutas comerciales mayores se alteraban y configuraban una nueva alianza de ciudades del norte en la Liga Hanseática. En el ir y venir de los acontecimientos humanos, los vikingos, al igual que los persas, griegos y romanos antes que ellos, así como muchos otros que vendrían después, habían pasado a la historia. La dinámica de la historia mundial eleva un pueblo a un lugar de prominencia, incluso de dominación, y esas mismas fuerzas, todavía no controladas por los organismos humanos, ocasionan el declive del pueblo. La era de los vikingos había terminado. ¿Qué podemos decir de ellos?

En primer lugar, hay que decir que el mundo nunca ha visto de nuevo viajeros y colonos similares, ni siquiera los pueblos germánicos de la *Völkerwanderung*, que emigraron gradualmente y no a través de enormes distancias. Los vikingos viajaron miles de kilómetros a través de los mares, a través de los ríos e incluso por tierra a caballo. Al hablar del oeste no es suficiente decir que fueron de isla en isla, lo cual es cierto, sino que hay que añadir que se establecieron. Las Orcadas y Shetland se volvieron tan nórdicas como Noruega. Irlanda se hizo de ciudades vikingas. Islandia fue habitada por una población cuyos descendientes todavía viven allí, sin ser molestados por otros pueblos. Y Groenlandia durante medio milenio fue el puesto de avanzada cultural de la civilización europea. Sus viajes a través de Europa Occidental los llevaron no sólo a atacar sino a establecer asentamientos permanentes en el dominio danés inglés y en Normandía. Sus viajes por el mar Báltico y por los grandes sistemas fluviales del este de Europa —mercantiles y políticos en efecto— los llevaron a las fronteras más al este de Europa. “De Vinlandia al Volga” suena como publicidad pegadiza, pero en realidad indica el alcance de los viajes vikingos. La gente que hacia el año 1000 construyó un asentamiento en Terranova y las personas que en ese momento negociaban en la curva del Volga hablaban la misma lengua, adoraban a los mismos dioses y compartían los mismos valores culturales. En los anales de la historia este pueblo viajero es único.

En segundo lugar, los vikingos eran violentos y es con justa razón que los recordamos así. Los *Anales de Ulster* relatan que en 798 había “una devastación generalizada” por los vikingos. El cronista anglosajón nos dice que, en el año 793, “la devastación de unos paganos destruyó la iglesia de Dios en Lindisfarne con pillaje y asesinatos en masa”. El

autor de los *Anales de Fontanelle* escribe que en 841 los hombres del norte quemaron la ciudad de Ruan. Peor aún, en la década de 850, Ermentarius de Noirmoutier informa: “Ruan es atacada, saqueada e incendiada; París, Beauvais y Meaux son ocupadas; la fortaleza de Melun es arrasada; Chartres es tomada; Évreux y Bayeux son saqueadas y todas las demás ciudades son asoladas”. El cronista de San Váast, bajo el año 884, describió de forma vívida cómo todos los caminos estaban esparcidos con cuerpos de laicos y clérigos por igual, nobles, mujeres y niños. El patriarca de Constantinopla se lamenta del ataque vikingo en su ciudad en el año 860, cuando no perdonaron a nadie, clavaron sus espadas indiscriminadamente a través de viejos y jóvenes, de mujeres y sus criaturas; los cuerpos estaban por doquier, llenando ríos, cuevas, laderas y barrancos. Es un panorama sombrío el que pintaron estos observadores contemporáneos. Sería fácil tratar de descartar sus informes simplemente diciendo que éstas son las descripciones de testigos hostiles. Las víctimas que prestaron testimonio pudieron ser hostiles, aunque no necesariamente son testigos poco fiables. ¿Quién más podría registrar este tipo de eventos sino quienes los experimentaron? Para nosotros éstos son nuestros únicos testigos. No descartamos los informes de aquellos que en tiempos modernos han sufrido un trato inhumano por el mero hecho de ser víctimas. La evidencia de su parte debe ser respetada, incluso si es necesario dejar un margen para los comprensibles elementos de cólera en su testimonio. Esa evidencia muestra que los vikingos fueron violentos, incluso de forma salvaje.

Sin embargo, eso nos lleva a otra pregunta. ¿Eran violentos siempre y en todas partes? Ninguna lectura neutral de las fuentes para Francia en la década de 850, para Bélgica (moderna) a mediados de la década de 880 y para Inglaterra en 1009 —otras fechas podrían añadirse— puede negar la violencia brutal desatada por los hombres del norte. Por supuesto, los vikingos no atacaron cada pueblo y caserío: atacaron en su mayoría lugares con riqueza portátil. Parece justo decir que las incursiones iniciales, que eran allanamientos para robar, se acompañaron de violencia, probablemente “violencia gratuita”. La fase de asentamiento (excepto en Islandia y Groenlandia, donde no había gente indígena a la cual desplazar) por lo general fue el resultado de violencia en forma de campañas militares. A los tratados y treguas siguió la conversión al cristianismo y la toma de tierras, y en lugares como el dominio danés inglés y Normandía se convirtieron en colonos pacíficos. La situación en el este fue diferente, pues la evidencia literaria es escasa y, en todo caso, los vikingos eran en gran parte una élite, la clase gobernante.

¿Si los vikingos eran violentos —como lo fueron en las incursiones y en la toma de tierra—, eran acaso más violentos que otros pueblos de la época? Ésta es la pregunta central del tema de la violencia, y no es fácil de responder. En Irlanda la guerra tribal y regional era casi endémica. En Inglaterra los reinos anglosajones a menudo estaban en guerra entre sí. Timothy Reuter dijo de manera célebre que para otros pueblos en el

continente los francos eran sus vikingos. La cuantificación en realidad no es posible, y la naturaleza de las barbaridades no puede calcularse fácilmente. Lo que distinguía los violentos ataques de los vikingos de los ataques violentos perpetrados por los habitantes nativos de uno u otro pueblo es el hecho de que las víctimas de los vikingos veían a sus atacantes como “paganos” y “bárbaros”, lo que los hacía más temibles, ya que ni siquiera de boquilla se acataban a las restricciones exigidas por la religión cristiana. El temor que sentían las víctimas hacia un enemigo que para ellos no tenía restricciones de conciencia era una forma de sufrimiento psicológico y fue una realidad histórica tanto como lo fueron los sufrimientos físicos que experimentaron. Sin embargo, una opinión mesurada colocaría a los vikingos entre la gente de su tiempo: con frecuencia violenta, incluso muy violenta, pero por largos periodos dada a las ordinarias actividades pacíficas de la vida cotidiana. Es un elemento que no debe dominar los estudios vikingos.

Vale la pena poner sobre la mesa una cuestión aún más importante: ¿por qué los vikingos fueron asimilados tan rápidamente por las culturas nativas de las tierras donde se establecieron? (Una vez más, sin contar Islandia y Groenlandia.) Ellos fueron absorbidos por los irlandeses, los ingleses, los franceses y los eslavos. Sólo dominaron en las Islas del Norte, y ese proceso se esconde a nuestros ojos. En otras partes fueron asimilados, y la conversión al cristianismo y los matrimonios interraciales aceleraron el proceso; los enclaves que establecieron en Irlanda (es decir, las ciudades) para el siglo XII se habían convertido en pueblos irlandeses. En Inglaterra el impacto fue mayor, pero incluso allí, a pesar de que pueden encontrarse importantes vestigios en los nombres de lugares y el lenguaje, en el año 941 el hijo de un danés se convirtió en arzobispo de Canterbury, y su sobrino, nieto de un danés, fue san Oswald. De los tres intentos de asentamiento en Francia sólo uno —Normandía— tuvo éxito, pero los vikingos pronto adoptaron la lengua y formas francesas y se convirtieron en franceses normandos, dejándonos solamente algunos topónimos y algunos vocablos especializados relacionados con la navegación. Menos aún permanecen en Rusia, donde los rus de Suecia se eslavizaron, adoptando el lenguaje y las costumbres eslavas. Al cabo de 150 años la asimilación se había completado en todos estos lugares. Los vikingos obviamente no vieron mérito en distinguirse —“el otro”, según el vocabulario de la antropología moderna— y con bastante rapidez perdieron su alteridad. Es evidente que en América y en otros lugares hay paralelos modernos de inmigración a gran escala seguida de asimilación (o grados de asimilación), pero la interrogante de por qué este pueblo —vigoroso, aventurero, seguro de sí mismo— en específico se dejó absorber e incluso deseó ser absorbido, y por qué pensó que era importante fundirse en el paisaje local, nos lleva a territorios más allá de la experiencia humana, donde las herramientas normales del historiador están cerca de su límite. Ésta se yergue como la pregunta más importante hasta ahora sin respuesta sobre los vikingos. *Quaestio stat.*

ÍNDICE ANALÍTICO

- Abaskun: 326
- Adalberto de Trier, primer obispo de Kiev: 316
- Adam de Bremen: 34, 37, 108, 139-140, 153, 168
- Æthelhard, arzobispo de Canterbury (793-805): 62
- Æthelweard, cronista de Wessex: 60, 261
- África, ataque vikingo en: 207
- Agder, Noruega: 95
- Aggersborg, Dinamarca: 282
- Alan Barba Torcida: 217
- Aland, isla: 294
- Alcuino de York: 62, 185-186, 307
- Aldeigjuborg, Rusia: 303
- Alejandro VI, papa (1492-1503): 128
- Alf, obispo de Gardar, Groenlandia: 126
- Alfheah, *véase* Alphege
- Alfredo, rey de Wessex (871-899): 59, 209, 216, 225-226, 231, 281, 295; como líder militar, 243-252; defiende Wessex en la década de 870, 234-242; derrota a los vikingos en Edington, 238; se opone a los vikingos (892-896), 241-245
- Algeciras, España: 207 al-Ghazal: 205
- Aller, Somerset: 239
- Alphege, san, arzobispo de Canterbury (984-1012): 225, 287-288
- Alptafjord, Islandia: 103 al-Rahman II, Abd: 205 al-Tartushi: 30-31 *althing*: 108-109
- Amberes, Bélgica: 191
- América, *véase* América del Norte
- América del Norte: antes de los vikingos, 138-139; exploración vikinga e intento de colonización de, 139-150; *véase también* Vinlandia, mapa de Vinlandia
- Amiens, Francia: 193, 210
- Anagassan, Irlanda: 74
- Anales de Fontanelle: 192-193, 338
- Anales de San Bertín: 189, 231, 302
- Anales de San Neots: 60
- Anales de Ulster: 56, 70-71, 74, 80, 85, 338
- Anales islandeses: 140, 178
- Andelle, río, Francia: 198
- Angers, Francia: 193, 196, 202, 216

Anglesey: 68

Anglia Oriental: asentamiento posterior en, 243, 269; atacada (en 841), 229-230; primer gran ataque en contra de y las secuelas, 232-233, 246, 248; y asentamiento posterior a la batalla de Edington, 238-239; y conversión, 277; y el dominio danés 252, 255 anglosajones, *véase* Inglaterra

Angmagssalik, Groenlandia: 113-115

Angulema, Francia: 196

Anund, líder de una partida vikinga atacante en Wessex: 237

Appledore, Kent: 248

Aquitania: ataque vikingo temprano en, 185-186; ataques posteriores en, 190, 203 árabes, *véase* islam, moros, musulmanes

Århus, Dinamarca: 278

Ari Thorgilsson: 102, 110-111, 140

Arlés, Francia: 207

Armagh, Irlanda, 70-71, 76, 81; Libro de, 87

Arnarhval, Islandia: 104

Arno, río, Italia: 208 arqueología, *véase* excavaciones Arrás, Francia: 210 asentamiento: e incorporación posterior en Rusia, 341; en Feroe, 95; en Francia, 216-222; en Groenlandia, 112-128; en Inglaterra, 267-277; en Islandia, 101-109; y asimilación en Rusia, 329-333

Asgeir: 192

Ashdown, Berkshire: 235 asimilación de los vikingos: en Escocia y las islas, 64-68; en Inglaterra, 268-277; en Irlanda, 83-85; en Normandía, 218-222; en Rusia, 328-333

Askold, un varego: 300

Asser, biógrafo del rey Alfredo: 226, 279

Asturias, España: 206, 209

Athelney, Somerset: 238

Athelstan, rey de Wessex (924-939): 225-227, 232, 239, 253, 255, 258, 263-264, 281

Auvernia, Francia: 194-195

Auvers, Francia: 199

Auxerre, Francia: 194

Avon (Bristol), río: 251

Avon, alto, río: 241

Avranchin, Francia: 219

Azerbaiyán, Rusia: 326-327

Baffin, isla de: 151, 158, 160

Bagdad: 185, 321, 325 bahía de Hudson: 158, 170 bahía de Ungava, Quebec: 160,
 170 bahía Deception, Quebec: 160 bahía Melville, Groenlandia: 118 bahía
 Payne, Quebec: 160
 Bakú, Azerbaiyán: 326
 Bangor (condado de Down), Irlanda: 70-71
 Bardarstrand, Islandia: 100
 Basing, Hampshire: 235 baskires: 321
 Bat Creek, Tennessee: 136
 Bayeux, Normandía: 196, 220
 Beaduheard, magistrado: 60
 Beardmore, Ontario: 156
 Beauvais, Francia: 196, 338
 Beauvais, Vincent de: 173, 179
 Beda el Venerable: 65, 96, 110
 Bedford: 241, 252, 254
 Bélgica: 201, 339
 Belgorod, Rusia: 317
 Beloózero, Rusia: 297, 300
 Benfleet, Essex: 243, 248, 269
 Beowulf: 44
 Berda, Rusia: 327
 Berestovo, Rusia: 317
 Bergen, Noruega: 27, 48, 123, 126
 Berkshire: 252, 287
 Berkshire Downs: 235
 Bernicia, reino de: 255-256, 262
 Bessin, Normandía: 219
 Billingham, condado de Durham: 269
 Birka, Suecia: 29, 31-32, 40, 233, 267, 333
 Birsay, Orcadas: 64, 67
 Bizancio: 23, 52, 293-294, 318
 Bjarni Herjolfsson: 142-144, 147, 149-150, 175, 178, 180
 Bjorn Brazo de Hierro: 206-207
 Björn Einarsson: 126
 Blanco, lago, Rusia: 297
 Blekinge, Suecia: 28
 Blois, Francia: 193
 Bonn: 211

Borgoña: 194, 202, 215
 Bósforo: 306, 313
 Boulogne, Francia: 191, 210-211
 Boyne, río, Irlanda: 73
 Brattahlid, Groenlandia: 48, 117, 119, 121, 145, 151
 Brega, planicie de, Irlanda: 80
 Breidafjord, Islandia: 100, 151
 Brendan, san: 136-138
 Brian Boru: 82-84
 Brice, san, masacre el día de (1002): 284-286
 Bridgnorth: 250, 254
 Brihtric, rey de Wessex (786-802): 60
 Britania: 94, 96, 136
 Brodir, rey de Man: 83
 Brunanburh, batalla de (937): 263
 Bulgar: 298, 320-321, 326 búlgaros: 32, 295, 298, 316, 321, 328
 Burdeos: 193, 196
 Burghal Hidage: 250-251
 Burhred, rey de Mercia (852-874): 236
 Buttington, Montgomeryshire: 248, 250
 Byrhtnoth, líder inglés en la batalla de Maldon: 283 cabo Cod, Massachusetts: 154,
 170 cabo Farewell, Groenlandia: 115 cabo Finisterre, España: 204 cabo Norte,
 Noruega: 24-25
 Cádiz, España: 204
 Caithness: 57, 65, 67-68, 83
 Calais, Francia: 210
 Cáliz de Ardagh: 86
 Camargue, isla de: 207
 Cambrai, Francia: 210
 Cambridge: 237, 252, 254
 Cambridge, Massachusetts: 154 canal de Bristol: 251
 Canterbury: 229, 248; Alphege (1005-1012), 225, 287, 288; arzobispo de, Æthelhard
 (793-805), 62; Oda (941-958), 277
 Canuto, rey de Inglaterra (1016-1035), rey de Dinamarca (1019-1035), rey de
 Noruega (1028-1035): 226, 275, 278-279, 281-283, 287-289
 Canuto, rey de York (902): 257-259, 261
 carbono 14, pruebas de: 41, 127, 154
 Carhampton, Somerset: 229

Carlingford, lago, Irlanda: 79
 Carlomagno, rey de los francos (768-814), emperador (800-814): 22-23, 36, 62, 185-186, 188, 197, 203
 Carlos el Calvo, rey de los francos del occidente (843-877), emperador (875-877): 193, 197-203, 216-217
 Carlos el Gordo, rey de los francos, emperador (884-887): 211-216
 Carlos el Simple, rey de los francos del occidente (893-923): 217-219
 Carlos Martel, mayordomo de palacio (714-741): 197
 Cashel, Irlanda: 78, 85
 Castledermot, Irlanda: 78
 celtas: ataques en contra de en Irlanda, 75-88; entre los colonizadores de Islandia, 101, 105; supuesta presencia en América del Norte, 138
 Ceolwulf II, rey de Mercia (874-*ca.* 883): 236, 239
 Cerball, rey de Osraige: 76
 Chablis, Francia: 194
 Charente, río, Francia: 195
 Charenton, puente en, Francia: 199
 Chartres: 196, 218-219, 339
 Charvoux, monasterio, Francia: 194
 Chernigov, Rusia: 333
 Chester: 243, 250, 254
 Chester-le-Street, condado de Durham: 276
 Chippenham, Wiltshire: 237-239, 247
 Chirbury, Shropshire: 254 chuds: 299
 Cinco Villas, territorio de las: 252, 269-271
 Cirencester: 239, 247-248, 269
 Clermont, Francia: 195 clima: 38, 123-124
 Clondalkin, monasterio, Irlanda: 75
 Clonenagh, monasterio, Irlanda: 75
 Clonfert, monasterio, Irlanda: 70, 76, 136
 Clonmacnois, monasterio, Irlanda: 70, 73, 75
 Clontarf, batalla de: 82-84
 Clyde, río: 256
 Coblenza, Alemania: 211
 Cogadh Gaedhel re Gallaibh: 76
 Colchester: 250, 252, 254
 colinas de Valdai, Rusia: 295-296
 Colne, río: 243

Colonia: 191, 211
 comercio: centros de, en Escandinavia, 28-32; y migración vikinga, 40-42
 Comgall, san, reliquias de: 71
 Compostela, España: 209
 Condé, Francia: 210
 Conna, santa, reliquias de: 71
 Connaught, Irlanda: 73
 Connemara, Irlanda: 71
 Conrado II, emperador (1024-1039): 288
 Constantino VII Porfirogéneta, emperador de Bizancio (944-959): 314-315
 Constantinopla y los rus: 298-301, 305-319, 331; embajada de (838), 302, 330
 Corbie, Francia: 211
 Córdoba, España: 30, 204, 206
 Cork, Irlanda: 70, 73-74, 78
 Cormery, Francia: 194
 Cornualles: 229
 Coruña, España: 204
 costumbres funerarias de los vikingos: 323
 Cotentin, Francia: 219-220
 Cotentin, Normandía: 219-220
 Courtrai, Bélgica: 210-211
 Crimea: 298, 317
 cristianismo: conversión de los vikingos al, 340; en Feroe, 95; en Groenlandia, 117;
 en Inglaterra, 276-277; en Islandia, 110-112, 117; en Irlanda, 82, 84-86; en las
 Orcadas y Shetland, 67; en Normandía, 218-221; en Rusia, 316-318
 Crónica anglosajona: 57-62, 225-226, 229-242, 246-248, 261, 263-264, 268-269,
 284, 339
 Crónica de Néstor, véase Crónica primaria rusa
 Crónica franca: 41
 Crónica Parker, véase Crónica anglosajona
 Crónica primaria rusa: 299-302, 309, 311-312, 315, 317, 330 cronista de San Vaast:
 211, 217, 339
 Cruz de Middleton: 276 cúficas, monedas: 294, 319
 Cumberland: 256
 Cumbria: 18, 80, 262
 Cunauld, Francia: 194
 Cunningsburgh: 66
 curva del Volga: 21, 33, 296, 298, 320; *véase también* Bulgar

Dal Cáis: 85
 danegeld: en Francia, 199-202; en
 Inglaterra, 278-279
 daneses: adentramiento en Francia, 216-222; ataque en Irlanda, 78-79; ataques en
 Francia, 185-203; ataques en Inglaterra, 61-63, 225-289; incursiones en
 Iberia y el Mediterráneo, 203-209
 Danevirke: 40-42, 188
 Danubio, río: 298, 316-317
 Dart, río: 251
 Davis, estrecho: 151
 Déas, Francia: 194 dendrocronólogos: 41
 Derby: 247, 252, 254, 270-271
 Devon: 229, 238, 251
 Dicuil, geógrafo irlandés: 93-94, 96
 Dinamarca: excavación de barcos en Skuldelev en, 43-46, 50-51; geografía de, 28-
 29; lenguas usadas en, 33; mercado en Hedeby y Ribe en, 29-31; y Danevirke,
 defensa; y comercio, 40-41; y la corte del rey Svein
 Estrithson, 140
 Dir, un varego: 300
 Dniéper, río, Rusia: 296-298, 300, 305-306, 314-315, 318, 324, 326, 329, 332
 Domesday Book: 270-271, 286 dominio danés: 81, 252-254, 138, 268-277, 286-287,
 338-340
 Don, río: 63, 326
 Donegal, Irlanda: 25, 71
 Donemuthan: 63
 dönsk tunga: 33, 274
 Dorchester, Dorset: 60
 Dorchester, Oxfordshire: 252
 Dordoña, río, Francia: 193
 Dorestad: 31, 40-41, 189, 191, 216
 Dorset: 57, 59-62; primeros ataques a, 57-61; y las defensas alfredianas, 250-251
 Douglas County, Minnesota: 157 dregovichis: 298
 drevljanes: 298
 Dublín: 233, 256, 259-263, 267, 288; excavaciones en, 74; fundación de, 74;
 primeros reyes vikingos de, 79; y York, 81, 255-263
 Dudo de San Quintín: 39, 208
 Dunamese, Irlanda: 75
 Dundalk, Irlanda: 74

Durham, condado de: 270
 Durrow, monasterio, Irlanda: 70
 Dvina (occidental), río, Rusia: 295-297
 Eadburh, hija del rey Offa de Mercia: 60
 Eadwine, visitante islandés de la corte danesa: 140
 Eadwulf, *ealdorman* de Bernicia: 255
 Eamont, río: 263
 Eddisbury, Cheshire: 254
 Eden, condado de Durham: 269
 Edgar, rey de Inglaterra (959-975): 227
 Edington, batalla de (878): 209, 225, 233, 238-239, 245
 Edmundo, san, rey de Anglia Oriental (855-870): 225, 234, 288
 Eduardo el Confesor, san, rey de Inglaterra (1042-1066): 226
 Eduardo el Viejo, rey de Wessex (899-924): 226, 232, 253-255, 260, 262-263, 281
 Eiriksfiord, Groenlandia: 117
 Elba, río: 191
 Ellesmere, isla: 118
 Elmham, diócesis de: 277
 Elsloo, Países Bajos: 211
 Enrique, conde de Sajonia: 214
 Eoganacht, Irlanda: 85
 Eowils, rey de York (*ca.* 902-910): 257, 258, 261
 Épaves, bahía, Terranova: 161, 166, 172
 Erik, *jarl*, gobernante en Noruega (1000-1014): 150
 Erik, obispo de Groenlandia: 140, 178, 180
 Erik I, rey de Dinamarca (d. 1103): 319
 Erik el Rojo: 52, 115-120, 142-144, 149
 Erik Hacha Sangrienta, rey de Noruega (930-954), rey de York (948, 952-954): 37, 225, 258, 264
 Ermentanus de Noirmoutier: 196
 Erne, lago, Irlanda: 73
 Erne, río, Irlanda: 81
 Escocia: 56, 61, 70, 79-80, 105, 288; acepta la autoridad de Eduardo el Viejo, 255; ataques vikingos en, 64-69; y Athelstan, rey de Wessex, 263-264; y nombres escandinavos de lugares en Caithness, 68; y Ragnald, rey de York, 262
 eslavos: 31, 295, 299-300, 314, 328-333
 España: 31, 186, 203-207

Espejo del Rey: 118, 124 esquimales: 164
 esquimales dorset: 160, 164, 167, 171
 Essex: 242-243, 248, 250, 259, 283, 287
 Estilo Borre: 33
 Estuarios del Este, Islandia: 99
 Etelredo, regidor de Mercia (*ca.* 883-911), en ocasiones llamado: 254, 239
 Etelredo, rey de Wessex (*ca.* 6571): 234-235
 Etelredo el Desprevenido, rey de
 Inglaterra (978-1016): 225, 279, 281
 Ethelbert, rey de Wessex (860-865): 230
 Ethelfled, señora de Mercia (911-918): 253-254, 260
 Ethelred, rey de Northumbria (774-796): 62
 Ethelwald, rey de York (902): 258
 Eure, río, Francia: 198
 Évreux, Francia: 196, 339 excavaciones arqueológicas: en América del Norte, 159-171; en Birka, Suecia, 32-33; en Dublín, 74-75; en el Danevirke, 41; en Groenlandia, 115, 119-122, 127; en Hedeby, Dinamarca, 31; en Islandia, 112; en Kaupang, Noruega, 29; en Rusia, 303-304, 331-333; en Shetland y las Orcadas, 65-68; en Woodstown, Irlanda, 75; en York, 264-267; y barcos vikingos, 43-52
 Exeter: 243
 Fair, isla: 65
 Feroe, islas: 93-96, 98-99, 105, 138; asentamiento, 93-95; incursiones vikingas tempranas, 93-94; mapa de, 97
 Ferrières, Lupus de: 207
 Fiésole, Italia: 208
 Finglas, monasterio, Irlanda: 75
 Finlandia: 296
 Finlandia, golfo de: 296
 Finnmark: 28, 320
 Fionia, Dinamarca: 28 fiordo de Oslo: 25, 29, 44
 Flandes: 188, 194
 Flatey Book: 141
 Flokavardi, Noruega: 100
 Floki Vilgerdason: 99-101, 103
 Focio, patriarca de Constantinopla (858-867, 878-886): 306-312, 330, 339
 Fontanelle, monasterio, Francia: 192
 Formentera, isla: 207
 Foss, río: 265-266

Francia: 21-22, 61, 228, 231; asedio de París, 214-216; asentamientos en, 216-222; *Danegeld*, pagado en, 199-202; defensa en contra de los ataques en, 197-203; grandes ataques en (879-892), 209-216; primeras décadas de ataques en, 188-196; primeros ataques en (799), 185; y Normandía, 218-222
 Freswick, Escocia: 68
 Freya, diosa de la fertilidad: 34
 Freydis, hija de Eric el Rojo: 144, 146-149
 Frisia: 36, 40-41, 61, 188-191, 215, 228; barcos construidos en, 241
 Furdustrand: 147, 151
 Fyrkat, Dinamarca: 282
 Gales: 57, 68, 136, 238, 250, 284
 Gall-Gaedhill: 78
 Gante, Bélgica: 210
 Gardar, Groenlandia, catedral: 120; diócesis, 118, 124-126, 128
 Gardar Svarvarsson: 99-101; su hijo, 107
 Gardarsholm (es decir, Islandia): 100
 Garona, río, Francia: 193, 204
 Génova, golfo de: 208
 Gerard, conde de Provenza: 207
 Gerloc (Adèle), hija de Rollo de Normandía: 220
 Gibraltar, estrecho de: 204, 207
 Gijón, España: 204
 Gironda, río, Francia: 193
 Gisèle, hija de Carlos el Simple, posiblemente esposa de Rollo de Normandía: 219
 Gizur, jefe islandés: 111
 Glendalough, monasterio, Irlanda: 70
 Gloucester: 254
 Gnezdovo, Rusia: 296, 304-305
 Godofredo, rey de Dinamarca: 28, 41, 188
 Gokstad, barco: 44-46, 48
 Gorm, padre de Harald Diente Azul: 277-278
 Götaland, Suecia: 27-28, 35
 Gotland, isla: 28, 34-35, 43, 281, 293-295, 298, 302, 319, 333
 Gran Serpiente: 48, 50
 Grobin, cerca de Libau, Letonia: 295

Groenlandia: 52, 92, 96, 113-128, 133, 162-164, 338, 340; clima histórico de, 124-125; “descubrimiento” de, 113; excavaciones arqueológicas en, 119-122, 127; fin del asentamiento vikingo en, 122-128; y el descubrimiento de Vinlandia, 139-150; y el mapa de Vinlandia, 172-182
 Guadalquivir, río, España: 31, 204, 206
 Guardia Varega: 288, 318-319
 Gudbrandsdal, Noruega: 25
 Gudrid, esposa de Thorstein Ericsson y Thorfinn Karlsefni: 144-150
 Guillermo el Conquistador, duque de Normandía (1035-1087), rey de Inglaterra (1066-1087): 226, 268, 283
 Guillermo Larga Espada: 220
 Gunnbjarnarsker: 113
 Gunnbjorn: 113, 115
 Guthfrith, rey de York (927): 81, 258, 275
 Guthrum: 237, 239, 241, 244, 248, 250, 269, 275
 Haeredalande: 60-61
 Hafrsfjord, batalla de: 106-107
 Haki, Hako: 156
 Halfdan, hijo del legendario Ragnar Lothbrok: 232, 237
 Halfdan, rey de York (876-877): 237, 257-259, 268
 Halfdan, rey de York (*ca.* 902-910): 257-258, 261
 Halland, Suecia: 28
 Hallfrid, hija de Snorri: 150
 Halogaland, Noruega: 48, 50
 Halsingland, Suecia: 28
 Halwell, Devon: 251
 Hamburgo, Alemania: 191
 Hamilton Inlet, Labrador: 151
 Hampshire: 238, 287
 Harald Cabellera Hermosa, rey de Noruega (*ca.* 885-930): 27, 31, 95, 103, 106-107
 Harald Diente Azul, rey de Dinamarca (*ca.* 936-*ca.* 987): 227-228, 277
 Harald Hardrada, rey de Noruega (1047-1066): 31, 288, 318-319, 331
 Hasan Ibn Zaid, gobernante de Tabaristán: 325
 Hasting: activo en el Loira, 215; asentamiento infructuoso en Loira por, 216; dirige un ataque contra Inglaterra (892), 242-243; incursiones en el Mediterráneo por, 208-209
 Hastings, Sussex: 287

Hausbók: 141
 Havalsey, Groenlandia: 121
 Havalsey, isla, Groenlandia: 121
 Hébridas: 67-71, 83, 95, 105
 Hedeby, Dinamarca: 29-31, 41, 45, 51, 233, 267, 302
 Heimskringla: 48
 Helgeland, Noruega: 29
 Hellulandia: 140, 147, 151
 Hereford: 254
 Herjolfsnes, Groenlandia: 121, 127, 142
 Hertford: 254
 Heversham, abad de, en Westmorland: 262
 híbridos Grimston: 271
 Hingamund, líder noruego dublinés: 260
 Hingston Down, Cornualles: 229
 Hjalti, cristiano islandés temprano: 111
 Hjorleif, primer colono islandés: 103-105
 Hólar, diócesis, Islandia: 112
 Hóp, Vinland: 148
 Hordaland, Noruega: 100, 105
 Horik, rey de Dinamarca: 191, 206
 Horn del Este, Islandia: 100
 Horsford, Eben N.: 154
 Hörthaland, Noruega: 61
 Hrollaug, colono islandés: 107
 Hudson, estrecho de: 158, 160
 Humber, río: 233, 245-247, 252, 254-256, 263
 Huntingdon: 252, 254
 Huntington, Henry de, historiador: 285
 Husavik, Islandia: 100
 Hystoria Tartarorum: 175
 Iberia, ataques vikingos en: 203-206
 Ibn Fadlan: 321-324
 Ibn Khurdadbeh: 325
 Ibn Rusteh: 320
 Igor, príncipe de Kiev (*ca.* 912-945): 312-313, 315
 Ilmen, lago, Rusia: 296-297, 303
 Ingimund el Viejo: 107

Inglaterra: 81, 186, 206, 209, 219, 339-341; asentamiento vikingo en, 267-277; ataques de los noruegos dublineses a, 80; ataques estacionales (835-865), 228-231; nombres daneses de lugares en, 270-275; primeros ataques a, 57-64; principales ataques en contra de (865-954), 231-256; y la influencia danesa en la lengua inglesa, 272-275; y la primera oleada vikinga (835-954), 228-256; y la segunda oleada vikinga (980-1035), 277-289; y su conversión al cristianismo, 275-277

Ingleby, Derbyshire: 236

Ingolf Amarson, primer colono de

Islandia: 103-104

Ingstad, Anne Stine, e Ingstad, Helge: 161-165

Ingvar Vittfarne: 328

Inis Cathaig, Irlanda: 83

Inishbofin, Irlanda: 71

Inishmurray, Irlanda: 71

Inispatrick, Irlanda: 71

Inolfsfjeld, Groenlandia: 113

Iona, isla: 57, 70-71, 81, 136

Irlanda: 56-57, 69-88, 103, 136, 186, 219, 260, 340; colonizadores de, en Islandia, 105; efecto de los vikingos en, 85-88; incursiones danesas en contra de, 79; introducción de las ciudades en, 73-74; monjes de, en Feroe, 93; monjes de, en Islandia, 98, 101; primeras incursiones noruegas en, 73; primeros asentamientos en, 75; resistencia a las incursiones en contra de, 76-86; *véase también* Dublín

islam: 293; incursiones vikingas en contra del, en Iberia, 203-209; monedas de, encontradas en Suecia, 32; y los rus, 319-328; *véase también* moros, musulmanes

Islandia: 83, 92, 96-112, 113, 115-117, 120, 122-124, 126-127, 132, 137-138, 140, 142, 146-147, 149, 151, 164, 168, 178, 206, 295, 323, 338, 340-341; colonización de, 101-108; constitución para, 110-111; descubrimiento de, 98-101; geografía de, 98-99; mapa de, 97; referencias antiguas y posteriores a, 96-99; y Groenlandia, 115-128; y su conversión al cristianismo, 109-112

islas Baleares: 186, 207

Islas Occidentales: 65, 80

Isleif, obispo de Skalholt, Islandia: 110, 112

Íslendingabók: 102, 110

Íslendingur: 47-48

Italia: 22, 42, 185-186, 207-208, 221

Itil, Rusia: 298, 307

Ivar, hijo del legendario Ragnar
 Lothbrok: 232
 Ivar, rey de York (*ca.* 902-910): 257-258, 261
 Ivar, rey nórdico de Dublín: 79; nietos de, 80
 Ivar Bárðarson: 125-126
 Izborsk, Rusia: 300
 Jaeren, Noruega: 115
 Jarlshof, Shetland: 64, 66
 Jarrow, monasterio: 57, 62-63 jázaros: 298, 300, 324-328
 Jelling, Dinamarca: 33-34, 276-278
 Jeufosse, Francia: 195
 Jomsborg, legendario campamento para guerreros vikingos: 282
 jomsvikings: 281
 Joscelin, obispo de París: 212, 214
 Juan Tzimisce, emperador de Bizancio (969-976): 316
 Jumièges, monasterio, Francia: 192, 194
 Jutlandia, península de, Dinamarca: 24, 28-29, 31, 34, 40-41, 186, 188, 277
 jwarizianos: 321
 Källunge, Gotland: 34
 Karli, colonizador islandés: 104
 Karlsefni, Thorfinn, *véase* Thorfinn
 Karlsefni
 Kasplia, río, Rusia: 296
 Katynka, río, Rusia: 296
 Kaupang, Noruega: 29
 Kazán, Rusia: 296, 320
 Keelness, Vinlandia: 144
 Kells, monasterio: 71; libro de, 86-87
 Kennet, río: 235, 247
 Kensington, piedra rúnica de: 157-159
 Kent, incursiones en: 229-230, 239, 246, 248, 287
 Kerry, Irlanda: 71
 Kesteven, Lincolnshire: 272
 Ketilsfjord, Groenlandia: 117
 Kiev, Rusia: 267, 293, 296, 299-300, 305-306, 313, 315-316, 318, 324, 327, 331-333; iglesia de Santa Sofía, 318
 Kildare, monasterio, Irlanda: 76
 Kilmainham, monasterio, Irlanda: 75

Kingigtorsuaq, Groenlandia: 122, 153
 Kjalarnes, Vinlandia: 144, 151
 Krapivka, río, Rusia: 296 krivichianos: 298-300
 Kuprino, lago, Rusia: 296
 Kura, río, Rusia: 327
 Labrador: 123, 151, 169, 171
 Ladoga, lago, Rusia: 36, 296-297, 317, 332, 185; Stáraia, 303-305
 Lancashire: 272; ataques nórdicos en: 80, 257
 Landnámabók: 99, 102-107
 L'Anse aux Meadows, Terranova: 17, 47-48, 160-172
 Las mil y una noches: 137, 325
 Lea, río: 241, 250, 269
 Lecapeno, emperador de Bizancio (919-944): 313
 Lee, río, Irlanda: 73
 Lee, Thomas E.: 160
 Leicester: 252, 254, 271
 Leif Ericsson (el Afortunado): 117, 120, 142-150, 180
 Leinster, Irlanda: 69, 78, 80, 83-84 lengua escandinava: 33, 221
 lengua eslava: 331, 341
 Letonia: 36, 295
 Libau, Letonia: 295
 Lieja, Bélgica: 211
 Liffey, río, Irlanda: 73, 83
 Liga Hanseática: 337
 Limerick, Irlanda: 74, 76, 79, 81
 Limoges, Francia: 196
 Lincoln: 252
 Lincolnshire: 270-272
 Lindisfarne, monasterio: 57, 60, 62, 185, 275, 289, 307, 338
 Lindsey: 229-231, 236
 Lisboa, Portugal: 204
 Liudprand de Cremona: 312-313, 330
 Lofoten, Noruega: 27
 Loira, río: 188, 190-192, 197, 202, 207, 209, 214-215, 217, 222
 Londres: 191, 208; saqueada (en 842), 229-230; vikingos en, 236, 239-241, 248
 Lorrha, monasterio, Irlanda: 76
 Lotario, hijo de Luis el Piadoso, rey de Lotaringia y emperador (840-855): 189, 202
 Louth, Irlanda: 74

Lovaina, Bélgica: 215
 Lovat, río, Rusia: 296-297
 Luis III, rey de los francos del occidente (879-882): 211
 Luis el Joven, rey de Sajonia (876-882): 203
 Luis el Piadoso, rey de los francos y emperador (814-840): 23, 188, 192, 197, 203, 216, 302, 330
 Luna, Italia: 208
 Lupus, abadía de Ferrières: 207
 Luxeuil, monasterio, Francia: 70
 Lys, río, Bélgica: 210
 Maastricht, Países Bajos: 211
 Magnus, san, conde de las Orcadas: 67
 Magra, río, Italia: 208
 Maine, Estados Unidos, moneda vikinga encontrada: en: 170-171
 Maine, Normandía: 219 majus, rey de los: 205
 Mälär, lago, Suecia: 32, 328
 Maldon, batalla de (991): 225, 283
 Mallorca, islas Baleares: 207
 Mammen, estilo de arte vikingo: 33
 Man, isla de: 57, 67-68, 80, 83 mapa de Vinlandia: 172-182
 mar Báltico: 24, 28-29, 36, 43, 51, 293-296, 328, 338
 mar Caspio: 296, 298, 320, 324, 326-328
 mar de Azov: 298, 326
 mar de Irlanda: 57, 81, 256, 260, 263, 276
 mar Mediterráneo, presencia vikinga en: 190, 203-204, 208-209
 mar Negro: 296, 306, 309, 313, 317, 326 mar Varego: 294
 Marklandia: 123, 140, 143, 147, 151-153
 Marne, río, Francia: 197-199, 212, 216-217
 Marruecos, ataque vikingo en: 186, 204-205, 207
 Massachusetts, supuestos sitios de Vinlandia en: 153-154
 Mayo, Irlanda: 71
 Meath, Irlanda: 73, 261
 Meaux, Francia: 196, 338
 Medelpad, Suecia: 28
 Medina Sidonia, España: 204
 Melun, Francia: 196, 200, 339
 Menorca, islas Baleares: 207

Merantum, Inglaterra: 235
 Mercia, Reino de: 241-242, 247; asentamiento danés en Mercia Oriental, 237-238, 269; ataques en, 233, 236-238, 259; defensa de, por Ethelfled, señora de Mercia (911-918), 253-254 merianos: 299-300
 Mersea, Essex: 243, 248, 250
 Messay, Francia: 194
 Metz, Francia: 211
 Micklegate, York: 266
 Miguel, emperador de Bizancio (842-867): 309
 Milton Regis, Kent: 248
 Minnesota, supuestos artefactos vikingos en: 157
 Mjøsa, lago, Noruega: 25
 Mologa, Rusia: 297
 monedas: 31-32, 170-171, 257-259, 262, 276, 279, 281, 293-294, 319, 325
 moros, y ataques vikingos: 204-206
 Mosa, río: 193, 211
 Mosela, río, Francia y Alemania: 211
 Msta, río, Rusia: 297
 Munster, Irlanda: 69, 78, 80, 83 muromianos: 300
 musulmanes: 31, 185, 204, 319-320, 327-328; *véase también* islam, moros
 Mystery Hill, Nueva Hampshire: 134
 Naddod, supuesto “descubridor” de Islandia: 99-101
 Nantes, Francia: 192, 217
 Narsarsuaq, convento, Groenlandia: 121
 Narssaq, Groenlandia: 162
 Nather, río: 251 navegación: 51-52, 84, 121
 Navigatio sancti Brendani: 136, 138
 Naze, el, Noruega: 25
 Neagh, lago, Irlanda: 73-74
 Nekor, ciudad del Rif, Marruecos: 207
 Neva, río, Rusia: 296-297
 New Hampshire, lugar de un supuesto asentamiento celta: 134
 Nicolás V, papa (1447-1455): 127
 Nimes, Francia: 207
 Nipigon, lago, Ontario, Canadá: 156
 Noirmoutier, isla monástica, Francia: 191-192, 194
 nombres de lugares: en Caithness, Escocia, 67-68; en Inglaterra, 270-274; en Normandía, 221; en Rusia, 329

nórdicos: en el Nuevo Mundo, 139-150; en Escocia y las islas, 64-69; en Groenlandia, 112-128; en Irlanda, 69-88; en Islandia, 96-112; en las islas Feroe, 93-96; y ataques en Northumbria, 60-64

Nordmanni: 313

Nordseta, Groenlandia: 118

Norfolk: 270-271

Normandía: 24, 83, 222; y asentamiento vikingo, 216-221, 319, 341

norn: 67

Norrland, Suecia: 28

Northampton: 252, 254

Northamptonshire: 270

Northumbria: 70, 185, 237, 243, 247; asentamiento en, 268-277; ataques vikingos tempranos en, 62-64; conquista de, 252-253; y el dominio danés, 281; *véase también* York, Reino Vikingo de

Noruega: excavación del barco de *Oseberg* en, 44; extensión del dominio de Harald Cabellera Hermosa en, 95, 106; geografía de, 25-27; lengua usada en, 33; mercado de Kaupang en, 29; supuesto control de Groenlandia por, 123

noruego antiguo, *véase dönsk tunga*

Nottingham: 234-235, 247, 252

Novgorod, Rusia: 293, 295, 297, 300, 303, 305; catedral de Santa Sofía, 303; excavaciones en, 303-304

Nueva Escocia, Canadá: 156

Oda, arzobispo de Canterbury (941-958): 277, 341

Odense, Dinamarca: 278

Odín, dios escandinavo: 34

Odo, conde de París: 212-215, 220

Offa, rey de Mercia (757-796): 60

Ohthere, viajero noruego: 29

Oise, río, Francia: 197-199, 215

Okak, bahía, Labrador: 151

Oklahoma, supuestos restos vikingos en: 159-160

Olaf, líder vikingo en Dublín: 79

Olaf Guthfrithson, rey de York (*ca.* 939-941): 81, 258

Olaf Haraldsson, san, rey de Noruega (1016-28): 331

Olaf Sihtricson, rey de York (941-943, 949-952): 81, 258, 263

Olaf Tryggvason, rey de Noruega (995-1000) 48, 50, 95, 110, 150, 279, 284

Oláfsúðinn, barco: 126

Oleg el Sabio, gobernante de Novgorod, “príncipe” de Kiev (d.C. 912): 300, 311-

312, 330-331
 Olfus, río, Islandia: 104
 Olga, princesa de Kiev: 315-316
 Onalafball, colonizador vikingo en Inglaterra: 269
 Onega, lago, Rusia: 297
 O'Neill, rey de Tara: 76, 78-81, 83
 Ontario, supuestos restos vikingos encontrados en: 156-157
 Orcadas, las: 64-68, 83, 95, 98, 288, 338
 Orleans, Francia: 193, 196
 Oscelle, isla de, Francia: 195, 198
 Oseberg, Noruega: barco 34, 44; estilo de arte vikingo, 33-34; sitio de la excavación del barco vikingo, 43-44
 Osvaldo, san: 225, 267, 277
 Oswald, san: 341
 Otón I, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (962-973): 22-23, 316
 Ouse, río: 241, 245, 247, 266
 Owel, lago, Irlanda: 78
 Owles (Mayo), Irlanda: 71
 Oxford, monasterio de San Frideswide: 284-285
 Pál Jonsson, obispo de Skalholt, Islandia: 112
 Pamplona, España: 111
 papar, monjes irlandeses en Islandia: 98
 París: 193, 196, 338; asedio de (885-886), 212-216; ataques en (865), 198; defensa de, por Carlos el Calvo (845), 193
 Pascasio Radbertus: 195-196 pechenegos: 298, 314, 317, 321
 Peninos: 81, 255-256, 261-262, 276
 Pentland, estuario de: 65
 Pequeña Serpiente: 50
 Périgueux, Francia: 196
 Péronne, Francia: 210
 Picardía, Francia: 215 pictos: 65-67, 237 piedra Dighton: 153
 piedras rúnicas e inscripciones: 33, 121-122, 153-160, 294-295 piezas del ajedrez de Lewis: 68-69
 Pisa, devastada por vikingos (860): 208
 Pitres, Francia: 198, 219
 población y migración vikinga: 39-42
 Poblado del Este, Groenlandia: 116-117, 121, 123, 126-128, 145, 162

Poblado del Oeste, Groenlandia: 116-118, 121, 124-126, 145
 Poitiers, Francia: 193
 Poitou, Francia: 194
 Polotsk, Rusia: 296
 Pont de l'Arche, Francia: 198
 Porcupine, ribera de, Labrador: 151-152
 Portland, Dorset: 57, 60, 229
 Poteau, montañas, Oklahoma: 159
 Pouso Alto, Brasil: 134 pueblos bálticos: 332
 Quebec, sitios de posibles asentamientos vikingos en: 160
 Quentovic, emporio cerca de la
 Boulogne moderna: 191
 radimichis: 298
 Ragnald, rey de York (919-921): 66, 81, 255, 257-258, 262, 269, 276
 Ragnald Guthfrithson, rey de York (943-944): 258
 Ragnar, en el Sena: 193
 Rathlin, isla, Irlanda: 57, 70
 Raúl, rey de los francos del occidente (923-936): 217
 Rea, lago, Irlanda: 74
 Reading: 235, 247
 Rechru, véase Rathlin
 Registro de Mercia: 254
 Reikiavik, Islandia: 104
 Reims, Francia: 210
 Relación Tártara: 173-175, 179 religión: 33-35
 Remich, Luxemburgo: 211
 Repton, Mercia: 236-237
 Reuter, Timothy: 340
 Reykjanes, Islandia: 100
 Rhode Island, y Vinlandia: 154-156, 161
 rhos: 302
 Ribble, río: 245, 247, 261, 263
 Ribe, Dinamarca: 29, 31, 278
 Ricardo, duque de Normandía: 220
 Riga, golfo de: 296
 Rin, río: 191, 203, 209, 211
 Ringerike, estilo de arte vikingo: 33
 ritos funerarios: 322-323

Roberto, conde, hijo de Roberto el Fuerte: 217
 Rochester: 229, 239
 Ródano, río: 207
 Rogaland, Noruega: 95, 100, 105
 Rollo, y el asentamiento en Normandía: 217-220
 Roma: 208
 romanos, caminos: 245-250
 Romney Marsh, Kent: 229
 Rosellón, Francia: 207
 Roskildefjord, naufragios encontrados en: 45, 50-51
 Rousay, Orcadas: 65, 67
 Ruan, Normandía: 192, 195-196, 198, 217-218, 220, 338
 Runciman, sir Steven: 314
 Runcorn, Cheshire: 254
 Rurik, líder rus: 300
 rus: 299-333; convertidos al cristianismo, 315-319, 331; esclavización de, 328-333; hacen la paz con Bizancio, 312; significado de, 318-320; y el islam, 319-330; y sus ataques en Constantinopla, 305-330
 Rusia: 24, 28, 293-333, 341; asimilación de los vikingos en, 328-333, 341; excavaciones arqueológicas en, 303-305, 331-332; llegada de los primeros vikingos a, 299-305; vías navegables de, 294-298; *véase también* rus
 Saga de Erik: 117, 141, 147-150, 172
 Saga de los groenlandeses: 141-142, 144, 146, 149-150
 Saga de los isleños de las Feroe: 95
 Saga de Yngvar: 328
 sagas: 98, 139-156, 328, 331
 Saint Claire-sur-Epte, Francia: 219
 Saint Germain l'Auxerrois, monasterio, París: 213
 Saint Germain-des-Prés, suburbio de París: 214
 Saint Maur-sur-Loire, monasterio, Francia: 194
 Saint Ninian, isla de, Shetland: 64
 Saint Pourcain-sur-Sioule, Francia: 194
 Saint Valéry, Francia: 211
 Salomón, duque de Britania (857-874): 216
 San Bertín, monasterio, Francia: 210; *véase también* *Anales de San Bertín*
 San Denis, monasterio, Francia: 188, 192-193, 198
 San Filiberto, monasterio, Noirmoutier, Francia: 194
 San Maixent, monasterio, Francia: 194

San Martín de Tours: 194
 San Neots, véase *Anales de San Neots*
 San Patricio, isla de: 71
 San Vaast: 211, 217
 San Wandrille, monasterio, Francia: 192
 Sanday, Orcadas: 66
 Sandnes, Groenlandia: 121
 Sandwich, Kent: 229, 283
 Saona, río, Francia: 194
 Sarkel, Rusia: 326
 Saucourt, Francia: 211
 Scar, Sanday, Orcadas: 66
 Scergeat, Inglaterra: 254
 Scheldt, río, Bélgica: 191, 193, 210, 215
 Schonback, Bengt: 161
 Sciringesheal, véase Kaupang
 Seaver, Kirsten: 182
 Sena, río: 188, 190, 192-193, 195-203, 206-222, 243, 269
 Serkland (Tierra de los Sarracenos): 295, 328
 Severn, río: 245, 248, 250
 Sevilla, califato de: 31, 204-206
 Shaftesbury, Dorset: 251
 Shannon, río: 73, 76, 81
 Sheksna, río, Rusia: 297
 Sheppey, isla, en la boca del Támesis: 229
 Shetland: 92-95, 98, 100, 288, 338; llegada de los vikingos a, 65; excavaciones en, 64-66; barcos y migración vikinga, 42-52; alfrediana, 241-242; Frisia, 241; barco *Gokstad*, 44-49; *Gran Serpiente* 50; barco de Oseberg, 44; *Pequeña Serpiente*, 50; naufragios Skuldelev, 45, 50-51; barco *Tune*, 43-44
 Shoebury, Essex: 248
 Shrewsbury: 254
 Sigfrido, rey de York (ca. 883-895): 257-260, 276
 Sigfrido, sitio de París: 212-214
 Siglufjord, Groenlandia: 117
 Sigur, jarl de las Orcadas: 83
 Sihtric, rey de York (921-927): 81, 83, 258, 276
 Silchester, Hampshire: 252
 Simeón de Durham: 62-63

Sineus, líder rus: 300
 Sirius, supuestamente se adoraba a este dios en Hedeby: 30
 sistema jurídico: 35
 Skalholt, diócesis, Islandia: 112, 150
 Skalholtsbók: 141
 Skåne, Suecia: 28
 Skjalfandi, Islandia: 100
 Skreen, Irlanda: 78
 Skuldelev, naufragio encontrado en: 45, 50-51
 Skye, isla de: 70
 Sleifjord: 29, 40
 Slesvig (Hedeby): 30
 Sligo, Irlanda: 71
 Smolensk, Rusia: 304-305
 Snaefellsnes, Islandia: 100, 115
 Snorri, supuestamente el primer europeo nacido en el Nuevo Mundo: 146, 148, 150
 Snorri Sturluson: 48, 106
 Sogn, Noruega: 95, 105
 Sognefjord, Noruega: 25
 Soissons, Francia: 188-189
 Solway: 80, 256
 Somerset: 229, 238, 245, 254
 Somme, río, Francia: 193, 211, 239
 Southampton: 229
Speculum historiale: 173, 179
 Stafford: 254
 Stainmore, batalla de (954): 264
 Stamford, Lincolnshire: 246, 252
 Stamford Bridge, batalla de (1066): 278, 288
 Stavanger, Noruega: 115
 Stigand de Mezidon: 220
 Strathclyde, bretones en: 237, 255-256, 263
 Stretton, Cheshire: 250
 Streymoy, Feroe: 93, 137
 Suecia: geografía de, 27-28; lengua usada en, 33; mercado en Birka, 32; y Rusia, 293-305
 suecos: eslavización de, 329-333; evidencia arqueológica de, en Rusia, 302-305, 331; y la identidad de los rus, 305, 313, 328-330; y Rusia, 293-305; y su primera vez

en Rusia, 299-305; *véase también* rus
 Suffolk: 270-271
 Sumburgh Head, Shetland: 65
 Surrey: 229, 287
 Svein, rey de Dinamarca (987-1014), rey de Inglaterra (1013-1014): 278-279, 281, 284, 286-287
 Svein Estrithson, rey de Dinamarca (1047-1074): 139-140
 Sviatoslav, príncipe de Kiev (962-972): 21, 316-317, 327
 Svir, río, Rusia: 297
 Swords, monasterio, Irlanda: 75
 Tabaristán: 325
 Tácito: 42, 96
 Tajo, río, Portugal: 204
 Tallaght, monasterio, Irlanda: 75
 Talyata, España: 205
 Támesis, río: 209, 230, 235-236, 239, 241, 245, 248, 250-252, 287
 Tamworth, Staffordshire: 254
 Tara: rey de, 80, 85; broche de
 Tara: 86
 Tees, río: 144
 Teit, tutor de Ari Thorgilsson: 110
 Tennessee, supuesta inscripción fenicia en: 134, 136
 Terranova, 47-48; lugar de asentamiento vikingo, 160-172
 Teryglass, monasterio, Irlanda: 75-76
 tesoro de Cuerdale: 257, 259
 Tettenhall, batalla de (910): 261-262
 Thanet, isla, Kent: 229
 Thangbrand, misionero cristiano en Islandia: 110
 Théroutane, Francia: 210-211
 Thetford, Norfolk: 234-235, 247-248, 252
 thing: 35, 108-109, 117, 122, 221
 thingvellir, Islandia: 108, 111
 Thjodhild, esposa de Erik el Rojo: 117, 120
 Thor, dios escandinavo: 109, 276
 Thorarinsson, Halir: 102
 Thorberg Skafhog, legendario constructor de barcos: 48-50
 Thorfinn Karlsefni: 144-145, 150, 170
 Thorgeir, el hombre de leyes: 111

Thorkell el Alto: 102, 283, 286-287
Thorkell Gellison, tío de Ari Thorgilsson: 140
Thorlak, obispo de Skalholt, Islandia: 150
Thormond, sacerdote-misionero en Islandia: 105, 110
Thorstein Ericsson: 144-145, 147
Thorvald, padre de Erik el Rojo: 115, 144-145, 148
Thurso, Caithness: 68
Thurstein de Cotentin: 220
Tierra de Vino: 144
Tietmaro de Merseburgo: 317
Tolosa, Francia: 193, 196, 204
Tongres, Bélgica: 211
Torksey, Lindsey: 236
Torre Redonda de Newport, Rhode Island: 156
Torshavn, Feroe: 93
Totnes, Devon: 251
Tournai, Bélgica: 210
Tournus, Francia: 194
Tours, Francia: 193-194, 196, 217
Towcester, Northamptonshire: 254
Tracia: 316
Trelleborg, Dinamarca: 282
Trene, río, Dinamarca: 40
Trent, río: 245, 247
Trier, Alemania: 316
Trondheim, Noruega: 25, 48
Truvor, líder rus: 300
Tule: 94, 96
Tune, barco vikingo: 43 turcos: 314, 321
turcos guzz: 321
Turgeis, líder vikingo en Irlanda: 76, 78
Turgeis, rey de Dinamarca: 206
Tweed, río: 255
Tyne, río: 63, 255, 262
Tyrkir, en Vinlandia: 143-144, 148
ugrofinesas, tribus: 298, 332
Ulfijot, islandés: 108
Ulster: 69, 71, 73; véase también *Anales de Ulster*

Uppland, Suecia: 27-28, 294, 328
 Upsala, Suecia: 27, 32, 34
 Urnes, estilo de arte vikingo: 33
 Utrecht, Países Bajos: 189
 Vagar, Feroe: 137
 Valence, Francia: 207
 Valenciennes, Francia: 210 varegos: 299-302, 330
 Vartry, río, Irlanda: 73
 Vatnsfjord, Islandia: 100
 Ves: 299-300
 Vestland, Noruega: 106-107
 Viborg, Dinamarca: 278
 Vida de san Osvaldo: 266
 Vifil: 104
 Vjshgorod, Rusia: 317
 Vik, el (fiordo de Oslo): 29
 Vinlandia: 172-182; ubicación de, 151-172
 violencia y los vikingos: 338-339
 Vladimiro, príncipe de Kiev (*ca.* 978-1015): 317-318, 331
 Volga, río, Rusia: 24, 40, 296-298, 320, 324-328, 332, 338
 Voljov, río, Rusia: 297, 303
 Vydra, río, Rusia: 296
 Wallace, Birgitta Linderöth: 161, 164-165
 Ware, Hertfordshire: 250
 Wareham, Dorset: 237
 Warwick: 254
 Warwickshire: 156, 270
 Waterford (*Vethraffjöthr*), Irlanda: 18, 74-75, 81
 Watling, calle: 241, 248-250
 Weadburh, Inglaterra: 254
 Wear, río: 262, 269
 Wearmouth, monasterio: 62-63
 Wedmore, Somerset: 239, 247
 Wednesfield, Staffordshire: 261
 Welland, río: 241, 246, 252, 254
 Wessex, reino de: 62, 226, 247; defensa de por Alfredo, 251; primer ataque al, 234-235; “salvado” por Alfredo (892-896), 244; y la paz con los vikingos (878-886), 239

Westman, islas, Islandia: 111
 Westmeath, Irlanda: 78
 Westmorland: 256
 Westness, Rousay, Orcadas: 67
 Wexford (*Veigsfjörth*), Irlanda: 74
 Wicklow (*Vikingalo*), Irlanda: 74
 Wight, isla de: 284
 Wilton, Wiltshire: 235
 Wiltshire: 238, 287
 Winchester: 229-230
 Winnipeg, lago, Canadá: 158
 Wirral, Inglaterra: 80, 256, 260
 Witla, Bélgica: 191
 Witten, Laurence: 173-175, 178-180
 Woodstown, cerca de Waterford, Irlanda: 75
 Worcester: 254
 Wroxeter, Shropshire: 248, 250
 Wulfstan, geógrafo: 295
 Yale University y el mapa de Vinlandia: 172-176, 179, 181-183
 Yarmouth, Nueva Escocia: 156
 Yaroslavi, príncipe de Kiev (1019-1054): 331-332
 York: 81, 233-234, 246-247, 252, 255; catedral, 275-276; Coppergate, 265; iglesia de Santa María, 265; Lloyd's Bank, 265; reino vikingo de, 255-268, 279; y su conversión al cristianismo, 276
 Yorkshire: lugares con nombres daneses en 270-273; Wolds, 272
 Yser, río, Bélgica y Francia: 210

Tanto la imaginación popular, como gran parte de la literatura, han concebido a los vikingos como una horda de guerreros rubios llegados del Norte a perturbar y aún a devastar las empresas civilizadoras de Occidente. En esta obra, F. Donald Logan discute aquella visión y explica, en cambio, el papel protagónico que los escandinavos alcanzaron en el mapa histórico de la Europa medieval. Apoyado en evidencias proporcionadas por la arqueología, la literatura y la historia, el autor realiza una crónica de las expediciones ultramarinas de los vikingos y de sus incursiones en los territorios de Inglaterra, Irlanda, Escocia y las islas del Atlántico Norte, así como de su paulatina transformación, de violentos invasores a colonizadores pacíficos, que derivó en verdaderas contribuciones a la cultura de Europa.

Completamente actualizada, la nueva edición de *Los vikingos en la historia* incluye los hallazgos arqueológicos y los debates más recientes sobre el período comprendido entre 800 y 1050, cuando estos guerreros, motivados por la ambición de nuevas tierras, navegaron por todo el mundo más allá de los fiordos y de los países escandinavos, dejando una marca indeleble en la historia.

F. DONALD LOGAN (Viena, 1930-2013) fue profesor emérito del Emmanuel College, Boston, y editor de la revista *Speculum*, publicada por la Academia Medieval de América. Entre sus obras destacan *A History of the Church in the Middle Ages* y *Runaway Religious in Medieval England*.

Índice

Índice	7
Lista de mapas, figuras y cuadros	10
Agradecimientos	13
Prefacio a la primera edición	15
Prefacio a la segunda edición	18
Prefacio a la tercera edición	20
I. Preludio de las invasiones vikingas	24
Escandinavia	28
La explosión nórdica	35
Lecturas selectas adicionales	44
II. Las primeras incursiones en las Islas Británicas y sus consecuencias	46
Inglaterra	49
Escocia y las islas	53
Irlanda	57
Lecturas selectas adicionales	68
III. A través del Atlántico Norte	70
Las islas Feroe	72
Islandia	74
Groenlandia	83
Lecturas selectas adicionales	93
IV. Los vikingos y el Nuevo Mundo	95
Primeros descubrimientos	97
Las exploraciones vikingas	101
Localización de Vinlandia	108
El mapa de Vinlandia: ¿un gran fraude?	121
Lecturas selectas adicionales	126
V. Los daneses en el sur	128

Las primeras décadas de ataques	131
Defensa	136
Iberia y el Mediterráneo	141
Los grandes ataques (879-892)	145
Los asentamientos: Normandía y otros sitios	149
Lecturas selectas adicionales	153
VI. Los daneses en Inglaterra	155
La primera oleada vikinga (835-954)	158
El reino vikingo de York	175
El proceso de asentamiento	183
La segunda oleada vikinga (980-1035)	189
Lecturas selectas adicionales	196
VII. Los suecos y el oriente	199
La primera llegada de los vikingos	204
Los rus y Bizancio	208
Los rus y el islam	216
Del escandinavo al eslavo	222
Lecturas selectas adicionales	225
Epílogo	227
Índice analítico	232